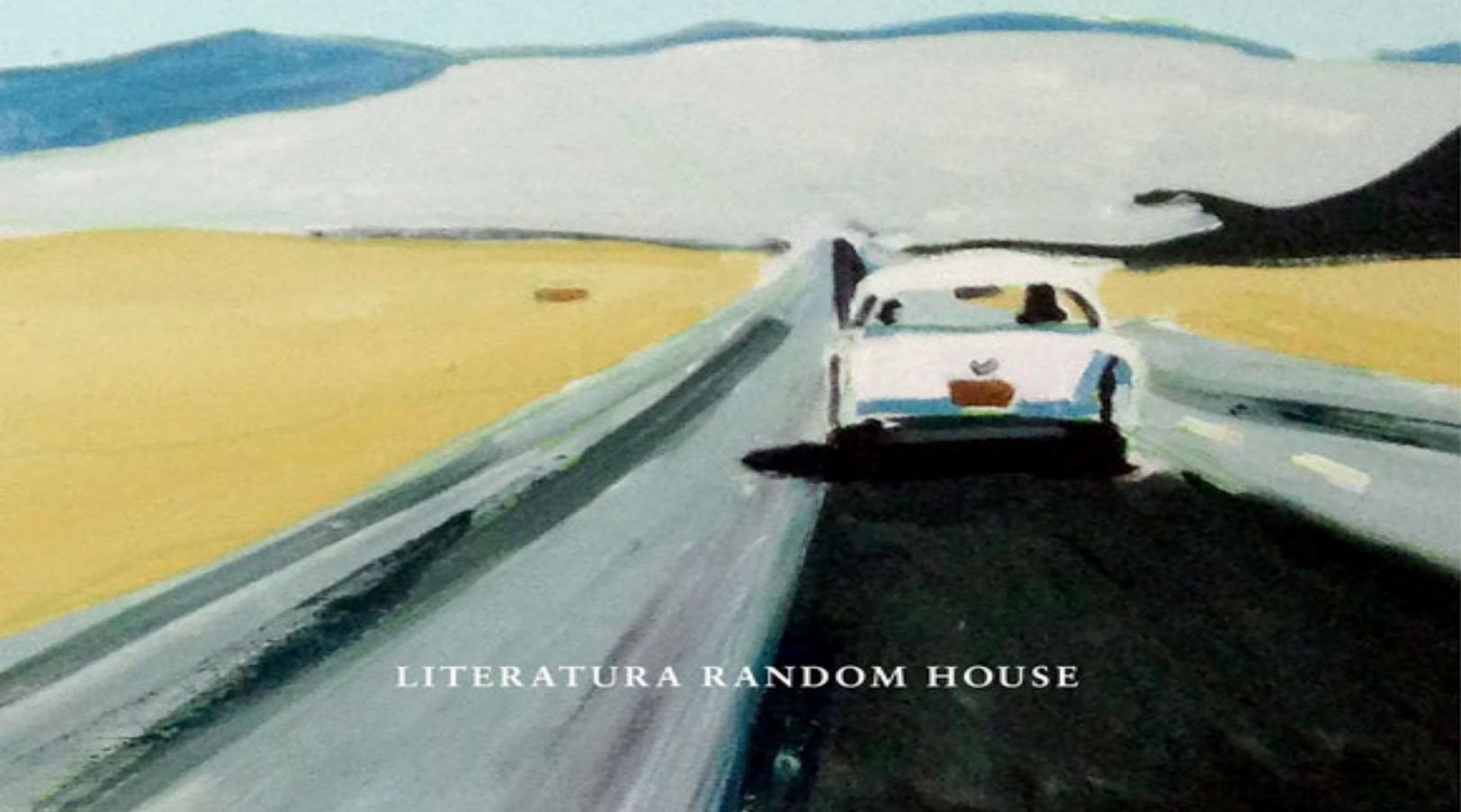


# **KENT HARUF**

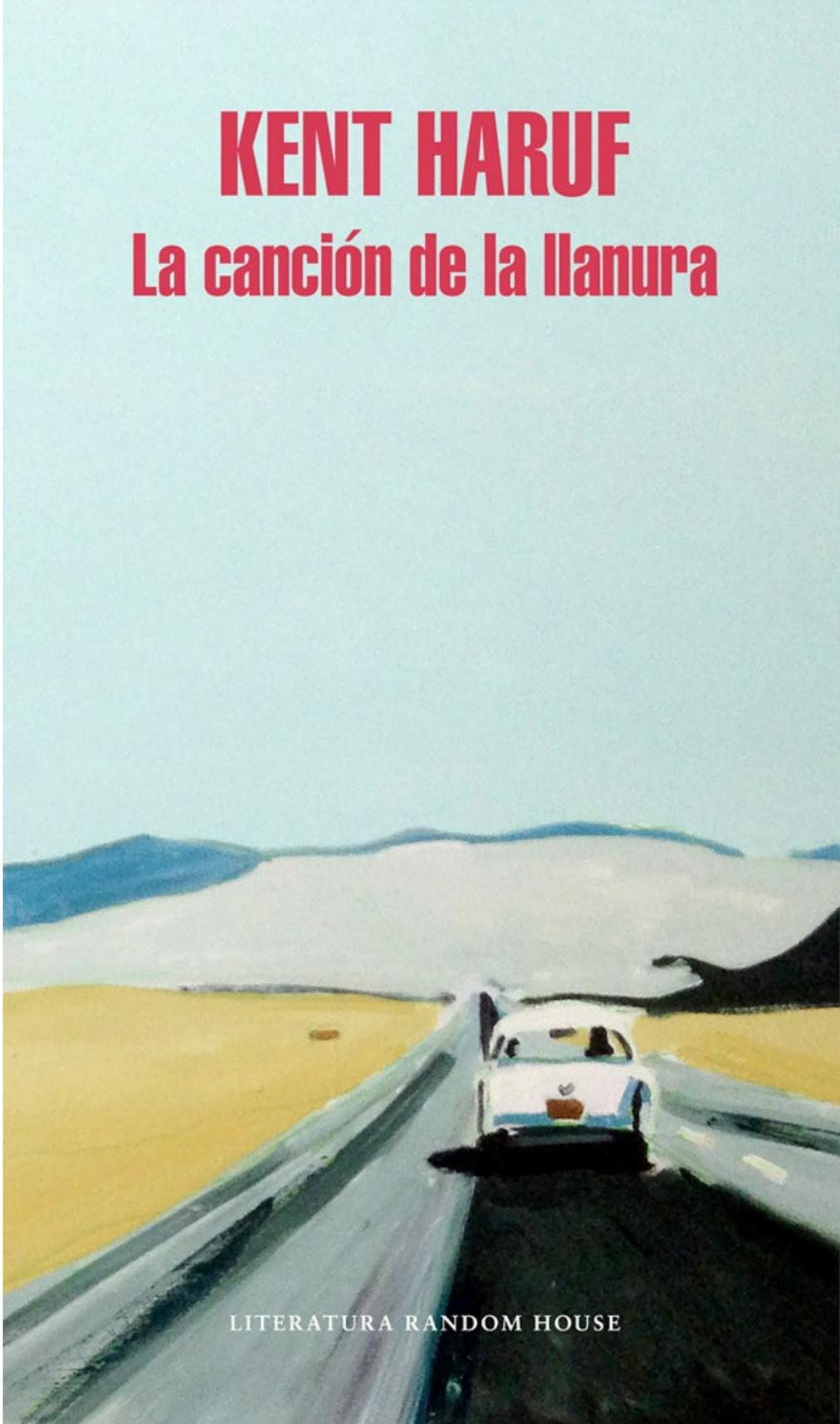
## **La canción de la llanura**



LITERATURA RANDOM HOUSE

# **KENT HARUF**

## **La canción de la llanura**



LITERATURA RANDOM HOUSE

*La canción de la llanura*

(Trilogía de la Llanura 1)

KENT HARUF

Traducción de  
Agustín Vergara



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Cathy.*  
*Y en memoria de Louis y Eleanor Haruf*

CANTO LLANO.[1] Música vocal unísona utilizada en la Iglesia cristiana desde sus principios; cualquier melodía o aire sencillo y sin adornos.

## GUTHRIE

Ahí estaba aquel hombre Tom Guthrie junto a la ventana en la cocina de su casa en Holt fumando y mirando la extensión de terreno por la que empezaba a asomar el sol. Cuando el sol alcanzó la parte alta del molino, observó cómo las aspas de acero y la veleta que había en lo alto de la estructura de madera se teñían de un rojo cada vez más intenso. Después apagó el cigarrillo y fue al piso de arriba y pasó por delante de la puerta cerrada tras la cual yacía ella, dormida o no, a oscuras en el cuarto de invitados, y siguió por el pasillo hasta la habitación acristalada que había encima de la cocina y en la que estaban los dos niños.

La habitación era un antiguo porche cerrado, amplio y diáfano, con ventanas sin cortinas en tres de las paredes y el suelo de madera de pino. Al fondo, bajo las ventanas que daban al norte, ellos seguían dormidos en la misma cama, acurrucados, aunque el otoño acababa de empezar y todavía no hacía frío. Llevaban un mes entero durmiendo en la misma cama y ahora el mayor tenía un brazo estirado sobre la cabeza de su hermano como si quisiera protegerle de algo y salvarse así los dos. Tenían nueve y diez años y el pelo castaño y las caras infantiles y las mejillas tan puras y entrañables como las de una niña.

Fuera se levantó un viento de poniente y la veleta se movió con el aire y las aspas del molino giraron en un zumbido rojo, pero el viento amainó y las aspas se movieron más despacio y dejaron de girar.

Ya es hora de levantarse, dijo Guthrie.

Todavía en albornoz, se quedó mirando a los niños a los pies de la cama.

Era un hombre alto con gafas y el pelo negro y escaso. El mayor retiró el brazo y los dos se hundieron bajo las sábanas. Uno de ellos suspiró con placer.

Ike.

¿Qué?

Venga, levantaos ya.

Ya vamos.

Tú también, Bobby.

Guthrie miró por la ventana. El sol estaba más alto, la luz empezaba a descender por la escalera del molino, llenándola de claridad, creando peldaños de oro rosa.

Al volverse de nuevo hacia la cama vio en sus caras que ya estaban despiertos. Salió al pasillo y volvió a pasar por delante de la puerta cerrada y siguió hasta el cuarto de baño y se afeitó y se lavó la cara y volvió al dormitorio delantero, cuyas altas ventanas daban a Railroad Street, y sacó una camisa y un pantalón del armario y los dejó sobre la cama y se quitó el albornoz y se vistió. De vuelta en el pasillo, los niños hablaban en su habitación, sus voces finas y limpias, ya discutiendo, primero una, después la otra, intermitentes, las voces tempranas y llenas de naturalidad con las que hablan los niños cuando no hay adultos. Guthrie regresó al piso de abajo.

Diez minutos después, cuando los niños entraron en la cocina, él estaba delante del hornillo de gas removiendo los huevos en una sartén de hierro fundido. Los miró. Ellos se sentaron a la mesa de madera que había junto a la ventana.

¿No habéis oído el tren?

Sí, repuso Ike.

Tendríais que haberos levantado entonces.

Es que estábamos cansados, dijo Bobby.

Eso es porque os acostáis tarde.

Nos acostamos temprano.

Pero no os dormís. Os oigo hablar y hacer el tonto.

Miraron a su padre con idénticos ojos azules. Aunque se llevaban un año podrían haber pasado por gemelos. Se habían puesto pantalones vaqueros y camisas de franela y no se habían peinado y su pelo oscuro caía de la misma forma sobre sus frentes infantiles. Esperaron sentados el desayuno con cara adormilada.

Guthrie trajo dos gruesos platos de loza con los huevos recién hechos y unas tostadas con mantequilla y los dejó sobre la mesa y los niños untaron las tostadas con mermelada y empezaron inmediatamente a comer, inclinados sobre los platos, masticando con gestos mecánicos. Guthrie les llevó dos vasos de leche.

Se quedó de pie, mirando cómo comían.

Me voy, dijo. Esta mañana tengo que llegar pronto al instituto.

¿No vas a desayunar con nosotros?, preguntó Ike.

Dejó de masticar y levantó la cabeza.

Esta mañana no puedo.

Guthrie volvió a cruzar la cocina y dejó la sartén en el fregadero y le echó un poco de agua.

¿Por qué tienes que ir tan temprano al instituto?

Tengo que hablar sobre alguien con Lloyd Crowder.

¿Sobre quién?

Sobre un chico de la clase de historia de América.

¿Qué ha hecho?, quiso saber Bobby. ¿Ha copiado?

Todavía no. Pero tal como va, no me extrañaría que acabara haciéndolo.

Ike encontró algo en los huevos y lo dejó en el borde del plato. Volvió a levantar la cabeza.

Pero, papá, dijo.

Qué.

¿Es que mamá tampoco va a bajar hoy?

No lo sé, respondió Guthrie. No sé lo que va a hacer. Pero no os preocupéis. Intentad no preocuparos. Todo irá bien. Vosotros no tenéis la culpa de nada.

Los observó detenidamente. Habían dejado de comer y miraban por la ventana hacia el corral del establo donde estaban los dos caballos.

Venga, daos prisa, dijo. Todavía tenéis que repartir los periódicos y vais a llegar tarde al colegio.

Volvió al piso de arriba. Sacó un jersey de la cómoda del dormitorio y se lo puso y salió al pasillo y se detuvo delante de la puerta cerrada. Se quedó escuchando pero no oyó nada. Al entrar encontró el cuarto prácticamente a oscuras, silencioso y prohibido como una pequeña iglesia después del funeral de una mujer que ha muerto demasiado pronto. Una repentina sensación de aire estático y quietud forzada. Las persianas de las dos ventanas estaban bajadas hasta el alféizar. Se quedó mirándola en silencio. Ella. Que seguía tumbada en la cama con los ojos cerrados. Apenas podía distinguir su cara en la penumbra, esa cara tan pálida como la tiza del colegio y ese delicado cabello que caía enredado ocultando sus mejillas y su delgado cuello. No sabía si estaba dormida, pero le pareció que no lo estaba. Creía que solo estaba esperando a que él le dijera la razón por la que había venido y se marchara.

¿Necesitas algo?, preguntó él.

Ella no se molestó en abrir los ojos. Él esperó. Miró a su alrededor. No había retirado los crisantemos que había sobre la cómoda y el agua rancia del jarrón empezaba a oler mal. Le sorprendió que a ella no le molestase. En qué estaría pensando.

Entonces te veré esta noche, dijo él.

Esperó. Ella siguió sin moverse.

Está bien.

Salió al pasillo y cerró la puerta del cuarto y fue al piso de abajo.

Ella se dio la vuelta en la cama y miró hacia la puerta que él acababa de cerrar. Sus ojos tenían una mirada intensa, despierta, desproporcionada. Volvió a darse la vuelta en la cama y observó los dos finos rayos de luz que atravesaban la persiana. Las motas de polvo nadaban en la débil luz como diminutas criaturas acuáticas, pero ella cerró los ojos. Se tapó la cara con un brazo y permaneció inmóvil, como si durmiera.

En el piso de abajo, a punto de salir, Guthrie oyó a los dos niños hablando en la cocina, sus voces claras, agudas, otra vez animadas. Se detuvo un momento para escuchar lo que decían. Algo relacionado con el colegio. Un niño que había dicho esto y esto otro en el patio de gravilla que había detrás del colegio, y otro, el otro niño, que decía que no tenía razón porque él sabía que no la tenía. Salió afuera y cruzó el porche y el camino de entrada y se acercó a la camioneta. Una Dodge roja descolorida con una gran abolladura en el guardabarros trasero izquierdo. El cielo estaba despejado. El día era luminoso y todavía era temprano y el aire era fresco y afilado, y por un momento Guthrie se sintió animado y lleno de esperanza. Sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió y observó el álamo plateado durante unos instantes. Después se subió a la camioneta y arrancó y avanzó hasta Railroad Street y empezó a recorrer las cinco o seis manzanas que había hasta Main Street. A su paso, la camioneta levantó un penacho de polvo y las partículas resplandecieron suspendidas en el aire como motas de oro iluminadas por el sol.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Se despertó al notar cómo le subía desde el pecho hasta la garganta. Se levantó a toda prisa y corrió hacia el cuarto de baño vestida con unas braguitas blancas y la holgada camiseta con la que dormía. Se agachó sobre el suelo de baldosas y se apartó el pelo de la cara con una mano mientras se agarraba al borde de la taza del retrete con la otra y vomitó con el cuerpo atormentado por los espasmos. Al acabar, un hilo de saliva se balanceó colgando de sus labios y cayó alargándose hasta desprenderse de su boca. Se sentía débil, vacía. Le dolía el pecho y la garganta le ardía. Estaba pálida y sus pómulos, normalmente morenos, se marcaban cetrinos encima de sus mejillas hundidas. Sus ojos parecían más grandes y oscuros de lo normal y tenía la frente cubierta por un pegajoso velo de sudor frío. Se quedó arrodillada, esperando que acabaran las arcadas.

La mujer que apareció junto a la puerta apretó el interruptor, llenando el cuarto de una cruda luz amarilla.

¿Qué haces, Victoria? ¿Qué te pasa?

Nada, mamá.

¿Cómo que nada? ¿Crees que no te he oído?

Vuelve a la cama, mamá.

Has estado bebiendo, ¿verdad? No me engañes.

No.

No me mientas.

No te miento.

Entonces ¿qué te pasa?

Victoria se puso de pie. Las dos se miraron. La madre era delgada y se acercaba a los cincuenta y tenía la cara cansada y macilenta aunque acabara de despertarse. Llevaba la sucia bata de satén azul cruzada sujeta con ambas manos sobre su pecho caído. Se había teñido el pelo, aunque no recientemente; lo tenía de un color marrón que no se parecía al de ningún cabello natural y las raíces destacaban blancas en las sienes y en la frente.

La chica se acercó al lavabo y mojó una toalla de baño y se la puso sobre la cara. El agua le mojó la parte delantera de la camiseta.

La mujer observó a su hija y sacó un mechero y un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo de la bata y encendió el cigarrillo y permaneció en silencio, fumando junto a la puerta. Se rascó el tobillo desnudo con los dedos del pie.

¿Tienes que fumar aquí?

Estoy en mi casa, ¿no?

Mamá, por favor.

Entonces volvió a notar las arcadas. Sintió cómo le subían hasta el pecho. Se agachó de nuevo sobre el retrete y se apartó el pelo oscuro y vomitó y los hombros y el pecho se le contrajeron con los espasmos.

La mujer estaba justo detrás de ella, observándola mientras fumaba. La chica acabó de vomitar y se levantó y volvió a acercarse al lavabo.

¿Sabes lo que creo, jovencita?, dijo la mujer.

Ella volvió a cubrirse la cara con la toalla mojada.

Creo que te has estado acostando con alguien. Creo que estás preñada y que eso te está haciendo vomitar.

Ella miró a su madre en el espejo.

¿O no tengo razón?

Mamá.

Así que es eso.

Mamá, por favor.

Eres una zorra.

No soy una zorra, mamá. No me llames así.

¿Y cómo quieres que te llame? Ya te había avisado. Y ahora, mírate. Mírate bien. ¿Te había avisado o no?

Me has avisado de muchas cosas, mamá.

No te hagas la lista conmigo.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

Por favor, mamá. Necesito que me ayudes.

¿No crees que es un poco tarde para eso? Tú te has metido en esto sola, jovencita. Ahora tendrás que apañártelas por ti misma. Tu padre también me pedía ayuda cuando llegaba a casa por la mañana sintiendo lástima de sí mismo. Eres igual que tu padre.

Por favor, mamá.

Por mí, tú también puedes largarte. Igual que se largó él. Te crees muy lista, ¿verdad? ¿Pues sabes lo que te digo? Ya puedes ir buscándote otro sitio donde vivir.

No lo dices en serio. ¿Verdad que no, mamá?

Claro que lo digo en serio. ¿O es que te crees que no soy capaz de ponerte en la calle?

En el dormitorio de atrás, la chica se puso una cazadora vaquera y la misma falda corta y la misma camiseta blanca que había llevado el día anterior y se colgó del hombro un bolso rojo brillante y salió. Se fue de casa sin comer nada.

Fue andando al instituto como envuelta en una nube. Pasó de la tierra de la callejuela al asfalto de Main Street y cruzó las vías del tren y avanzó por las

anchas aceras, que a esas horas de la mañana todavía estaban vacías, junto a los escaparates de los comercios, observando su reflejo, su manera de andar y de mover el cuerpo. Pero todavía no se apreciaba ningún cambio. Nada que la delatara exteriormente. Siguió andando con el bolso rojo balanceándose a la altura de sus caderas.

## IKE Y BOBBY

Se montaron en sus bicicletas y salieron a la gravilla suelta de Railroad Street y se dirigieron hacia el este, hacia el centro del pueblo. El aire todavía era frío y el ambiente estaba impregnado de estiércol de caballo y del olor de los árboles y de la hierba seca y del polvo y de algo más que no sabían lo que era. Encima de ellos un par de urracas se balanceaban graznando sobre la rama de un álamo. Y entonces una de ellas voló hacia los árboles que había detrás de la casa de la señora Frank y la otra chilló cuatro veces con severidad antes de seguir a su compañera.

Recorrieron el camino de gravilla y pasaron junto a la vieja central eléctrica abandonada que tenía las grandes ventanas cubiertas con tablones de madera y giraron hacia el asfalto de Main Street y cruzaron las vías del tren y llegaron a los adoquines del andén. El apeadero era un edificio de ladrillo rojo de una sola planta con el tejado verde. Dentro había una sala de espera mal iluminada que olía a polvo y a cerrado con una hilera de tres o cuatro bancos de madera de altos respaldos que miraban hacia las vías del tren y una taquilla con una única ventanilla protegida por una reja negra. En el andén, junto a la fachada del edificio, estaba el carro verde con las ruedas de hierro que antes usaba el repartidor de leche. Ahora ya no lo usaba nadie. Pero a Ralph Black, el jefe de estación, le gustaba verlo ahí, junto al edificio. Por eso siempre estaba en el andén. Ralph Black tenía poco trabajo. El tren solo paraba cinco minutos en Holt, el tiempo suficiente como para que bajaran o subieran dos o tres pasajeros mientras el encargado del vagón de equipajes descargaba el fardo de los periódicos. Ahí estaban ahora sobre el andén los

ejemplares del *Denver News*, atados con un cordel. Los de debajo se habían estropeado al caer sobre los toscos adoquines.

Los dos niños apoyaron las bicicletas en el carro y Ike cortó el cordel con una navaja. Se arrodillaron y dividieron el fardo en dos montones y empezaron a enrollar los periódicos y a rodearlos con gomas elásticas.

Casi habían acabado cuando Ralph Black salió del edificio y se detuvo a su lado. Los cubrió con su sombra alargada, oscureciéndolos mientras observaba cómo trabajaban. Era un hombre mayor, pálido y con barriga. Estaba mascando una colilla de puro.

Llegáis tarde, pequeños. Los periódicos llevan esperando una hora.

Ya no somos tan pequeños, dijo Bobby.

Ralph se rio.

Puede que no, pero de todas formas llegáis tarde.

Ellos no dijeron nada.

¿O acaso no es verdad?, insistió Ralph.

¿Y a usted qué le importa?, dijo Ike.

¿Qué has dicho?

He dicho que...

Ike no acabó la frase. Siguió enrollando los periódicos, arrodillado sobre los adoquines junto a su hermano.

Eso está mejor, dijo Ralph Black. Alguien debería darte un par de buenos azotes. Si vuelvo a oírte hablar así, yo mismo me encargaré de hacerlo. Y no creo que eso te guste.

Permaneció observando las coronillas de los niños. Ellos le ignoraron. Él miró las vías del tren y escupió tabaco y saliva sobre los raíles.

Y que sea la última vez que apoyáis las bicicletas en el carro. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? La próxima vez se lo diré a vuestro padre.

Los niños acabaron de enrollar los periódicos y se levantaron y los

metieron en las bolsas de lona que colgaban de las bicicletas. Ralph Black los observó con satisfacción. Después volvió a escupir sobre los raíles y entró en el edificio. Cuando la puerta se cerró a su espalda, Bobby comentó:

Nunca nos ha dicho que no apoyemos las bicis en el carro.

No le hagas caso, dijo Ike. No dice más que tonterías. Venga, vámonos.

Se separaron y cada uno empezó su parte del recorrido. Entre los dos se encargaban del pueblo entero. Bobby era el responsable del sur de Holt, la parte más vieja, más acomodada, donde las calles eran anchas y planas y estaban flanqueadas por olmos y algarrobos y almezos y abetos, donde las casas de dos pisos estaban separadas de la acera por explanadas de césped y donde los garajes de la parte de atrás daban a callejones de grava. Ike se encargaba de las tres manzanas de Main Street, de los comercios y de los oscuros apartamentos que había encima de los comercios, y del norte de Holt, al otro lado de las vías del tren, donde las casas eran más pequeñas y a veces estaban separadas por solares vacíos, donde las casas estaban pintadas de azul o de amarillo o de verde pálido y donde, en la parte de atrás, podía haber gallineros o perros atados o coches oxidándose entre hierbajos y matorrales a la sombra de las moreras de ramas caídas.

Tardaron más o menos una hora en repartir los periódicos. Después se encontraron en la esquina de Main y Railroad y volvieron a casa pedaleando por el camino de gravilla lleno de baches. Pasaron junto a la hilera de arbustos de lilas que había al fondo del jardín de la señora Frank, donde las flores hacía tiempo que se habían marchitado y el tráfico había cubierto de polvo las hojas con forma de corazón, y dejaron atrás el estrecho prado y la casa de madera construida en las ramas del álamo plateado y llegaron al camino de entrada de su casa y apoyaron las bicicletas delante del porche.

Subieron al cuarto de baño y se mojaron el pelo y se peinaron, ahuecándose el cabello con las manos para que se alzara rígido sobre sus frentes. El agua les goteó por las mejillas y por detrás del cuello. Se secaron con una toalla y salieron al pasillo y se detuvieron nerviosos delante de la puerta cerrada hasta que Ike hizo girar el pomo y entraron en el cuarto, silencioso y apenas iluminado.

Ella estaba tumbada boca arriba en la cama de invitados, cubriéndose la cara con el brazo como alguien que sufre una gran angustia. Una mujer delgada, atrapada en un gesto de profunda meditación, tan inmóvil que ni siquiera parecía respirar. Los niños se detuvieron junto a la puerta. Ahí estaban los breves rayos de luz, atravesando las persianas bajadas. Desde la cómoda les llegaba el olor de las flores marchitas.

¿Sí?, dijo ella sin moverse. Su voz era casi un susurro.

Madre.

Sí.

¿Estás bien?

Acercaos, dijo ella.

Se acercaron a la cama. Ella se apartó el brazo de la cara y los miró, primero a uno, después al otro. En la penumbra, el pelo de los niños parecía todavía más oscuro y sus ojos azules eran casi negros. Estaban al lado de la cama, observándola.

¿Estás mejor?, preguntó Ike.

¿No tienes ganas de levantarte?, dijo Bobby.

Ella tenía los ojos vidriosos, como cuando se tiene fiebre.

¿Ya habéis repartido los periódicos?

Sí, respondieron ellos.

¿Qué hora es?

Los chicos miraron el despertador que había sobre el tocador.

Las ocho menos cuarto, dijo Ike.

Vais a llegar tarde al colegio, dijo ella. Después sonrió débilmente y extendió una mano hacia ellos. Dadme un beso antes de iros.

Se agacharon y le dieron un beso en la mejilla; esos besos rápidos y avergonzados que dan los niños pequeños. Ella olía bien. Cogió las manos de los niños y se las llevó a la cara y los miró. Ellos casi no se atrevían a mirarla. Esperaron, incómodos, apretados contra el borde de la cama hasta que soltó sus manos. Después se incorporaron rápidamente.

Venga, no os entretengáis más. Vais a llegar tarde.

Adiós, madre, dijo Ike.

Espero que te mejores, añadió Bobby.

Salieron del cuarto y cerraron la puerta. Salieron de la casa y volvieron a recorrer el camino de entrada y atravesaron Railroad Street y caminaron por el camino cubierto de hierbajos y cruzaron las vías del tren y el viejo parque. Al llegar al patio del colegio se separaron para reunirse con los niños de su curso y hablaron con ellos hasta que el timbre anunció el comienzo de las clases.

## GUTHRIE

En la oficina del instituto, Judy, la secretaria, hablaba por teléfono y tomaba notas en un bloc de papel rosa. Llevaba un conjunto de falda corta que se le ceñía a las caderas y zapatos de tacón de aguja. Guthrie la miraba desde el otro lado del mostrador. Al cabo de un rato se volvió hacia él y le dedicó una mueca de desesperación.

Sí, entiendo, dijo al auricular. No. Por supuesto que se lo diré. Está bien.

Colgó con brusquedad.

¿Quién era?, preguntó Guthrie.

La madre de un alumno.

Judy escribió algo más en el bloc rosa.

¿Qué quería?

Era por la obra de teatro que representaron los alumnos ayer.

¿Pasó algo?

¿No la viste?

No.

Deberías verla. Es bastante buena.

Entonces ¿cuál es el problema?

El problema es que Lindy Rayburn cantó una canción vestida con una combinación negra. Y la madre que me acaba de llamar no cree que sea adecuado que una chica de diecisiete años aparezca así en público. Y menos todavía en un instituto.

Después de todo, tal vez vaya a ver la obra, dijo Guthrie.

Lindy no va tan destapada. No enseña nada de lo que haya que

avergonzarse.

Y entonces ¿qué quiere esa madre?

Quiere hablar con el señor Crowder. Le he dicho que estaba ocupado.

¿Dónde está? He venido temprano porque tengo que hablar con él.

Está ahí enfrente, dijo Judy señalando hacia el otro lado del pasillo, donde estaban los aseos.

Le esperaré en su despacho.

Haces bien.

Guthrie entró en el despacho del director y se sentó delante del escritorio, cerca de los marcos engarzados de latón con fotos de la mujer y los tres hijos de Lloyd Crowder. La foto que colgaba de la pared detrás de la mesa mostraba al propio director arrodillado delante de unos abetos sujetando la cabeza de un ciervo de gran cornamenta. La pared de al lado estaba llena de archivadores grises. Encima de los archivadores había un gran calendario escolar. Guthrie observó la foto del ciervo. Tenía los ojos entornados, como si solo estuviera adormilado.

Diez minutos después Lloyd Crowder entró en su despacho y se dejó caer pesadamente sobre el sillón giratorio que había detrás del escritorio. Era un hombre grande y rubicundo que se peinaba de lado los escasos mechones rubios que le quedaban para intentar ocultar su cráneo rosáceo. Apoyó las manos en el escritorio y miró a Guthrie.

Dime, Tom, ¿de qué se trata?

Dijiste que querías verme.

Sí, así es. Crowder consultó una lista de nombres que tenía delante. Bajo la luz de la lámpara, el cráneo le brillaba como si fuera un estanque de agua. ¿Cómo están los niños?

Están bien.

¿Y Ella?

También está bien.

El director levantó la hoja de papel.

Aquí está. Russell Beckman. Por lo que veo, vas a suspenderle este trimestre.

Sí, así es.

¿Te importaría decirme por qué?

Guthrie miró al director.

Porque no ha entregado los trabajos que he pedido en clase.

Eso ya me lo imagino, pero lo que quiero saber es por qué vas a suspenderle.

Guthrie le miró en silencio.

Maldita sea, dijo Lloyd Crowder. Todo el mundo sabe que Beckman es un estudiante pésimo y que no tiene remedio. Pero necesita aprobar la clase de historia de América para graduarse. Es un requisito del plan de estudios de Colorado.

Ya.

Es su último año en el instituto. Además, no entiendo qué hace dando una asignatura de tercero. Tenía que haberla dado el año pasado. Me pregunto por qué no lo haría.

No lo sé.

Bueno, eso es lo de menos.

Los dos hombres se miraron.

Puede que lo mejor sea que se presente por libre al examen de equivalencia, dijo Guthrie.

Venga, Tom.

El director se apoyó pesadamente sobre sus gruesos antebrazos.

Vamos a ver. No creo que sea pedir demasiado. Lo único que estoy diciendo es que podrías ser un poco menos exigente con él. Piensa en el

futuro. Desde luego, no queremos que siga en el instituto el año que viene. Eso no creo que lo quiera nadie. ¿A ti te gustaría volver a tenerlo como alumno?

Ojalá no lo tuviera tampoco este año.

¿Ves? Nadie quiere saber nada de él. Ninguno de los profesores le quiere en su clase. Pero la cosa es que está en el instituto. Tú ya me entiendes. Yo qué sé. Dale un buen escarmiento. Dale un buen susto al chaval... Pero no lo suspendas.

Guthrie miró las fotos enmarcadas.

No habrás estado hablando con Wright, ¿verdad?, preguntó Guthrie.

¿Con Wright? ¿Por qué lo dices? ¿Porque es el entrenador del equipo de baloncesto?

Guthrie asintió.

Pero si Beckman ni siquiera juega tan bien al baloncesto. Hay chicos mejores que él. No, Wright no me ha dicho nada, pero mi trabajo consiste en asegurarme de que todo marche bien en el instituto. Piénsalo, vale.

Guthrie se levantó.

Y, por cierto, Tom...

Guthrie esperó.

No necesito que nadie me diga nada. Todavía soy capaz de pensar por mí mismo. No lo olvides.

Entonces más vale que le digas a Beckman que empiece a estudiar, dijo Guthrie.

Salió del despacho. Su aula estaba al otro extremo del edificio. Avanzó por el ancho pasillo, entre las taquillas metálicas con hojas de colores en las que se leían los nombres de los estudiantes y sus distintos lemas. Encima de las taquillas las largas banderolas de papel que colgaban de las paredes ostentaban los extravagantes logros de los equipos deportivos. A esa hora de

la mañana las baldosas del suelo estaban relucientes.

Entró en su aula y se sentó detrás del escritorio y sacó la carpeta de tapas azules en la que guardaba los apuntes que hacía para preparar las clases y repasó lo que había escrito. Después sacó un duplicado del examen de un cajón del escritorio y salió al pasillo.

En la sala de profesores Maggie Jones estaba usando la máquina multicopista. Se dio la vuelta cuando oyó entrar a Guthrie. Él se sentó a la mesa que había en medio de la sala y encendió un cigarrillo. Ella siguió mirándole.

Creía que lo habías dejado, dijo.

Y lo había dejado.

¿Cómo es que has vuelto a caer? No parecías llevarlo demasiado mal.

Guthrie se encogió de hombros.

Las cosas cambian, dijo.

¿Te pasa algo? No tienes buena cara. De hecho, tienes un aspecto horrible.

Gracias. ¿Vas a estar mucho tiempo con la máquina?

Estoy hablando en serio, dijo ella. ¿Has dormido algo?

Guthrie se acercó el cenicero y echó la ceniza y miró a Maggie. Ella volvió a concentrarse en la máquina multicopista. Él observó cómo giraba rápidamente la manivela con la mano, mientras las caderas y la falda parecían seguir el ritmo que marcaba su brazo con cada giro. Era una mujer alta, de aspecto saludable y pelo oscuro. Llevaba puesta una falda negra y una blusa blanca y lucía una considerable cantidad de adornos de plata. Detuvo la máquina e introdujo un nuevo original.

¿Qué haces aquí tan temprano?, preguntó ella.

Crowder quería hablar conmigo.

¿Sobre qué?

Sobre Russell Beckman.

¿Qué ha hecho esta vez ese inútil?

Nada. Pero ya puede empezar a hacer algo si quiere aprobar historia de América.

Que tengas suerte, dijo ella. Volvió a accionar la máquina. ¿Es solo eso lo que te preocupa?

No me preocupa nada.

Mira, basta con mirarte para darse cuenta de que te pasa algo.

Ella le miró a los ojos. Él le devolvió la mirada con el cigarrillo en la boca.

¿Pasa algo en tu casa?, dijo ella.

Él no contestó. Se encogió de hombros y siguió fumando.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombrecillo musculoso con una camisa de manga corta. Irving Curtis daba las clases de economía.

Buenos días a todos, dijo.

Se acercó a Maggie Jones y le rodeó la cintura con el brazo. La coronilla de Curtis llegaba a la altura de los ojos de Maggie. Curtis se puso de puntillas y le susurró algo al oído. Estrechó su cintura con fuerza y la atrajo hacia él. Ella se deshizo de su abrazo.

No seas bestia, le dijo. Es demasiado temprano para decir estupideces.

Solo era una broma.

Déjame en paz.

Vale, vale.

Curtis se sentó enfrente de Guthrie y se encendió un cigarrillo con un mechero de plata y lo cerró con un ruido seco y se puso a jugar con él sobre la mesa.

¿Qué te cuentas?, le dijo a Guthrie.

Nada, contestó él.

¿Qué le pasa hoy a todo el mundo?, dijo Irving Curtis. ¡Por Dios! Si ya falta menos para el fin de semana. Llego animado al trabajo y mirad con lo

que me encuentro. Ya me habéis deprimido y todavía no son ni las ocho de la mañana. ¿Qué se supone que debo hacer?

Podrías pegarte un tiro, dijo Guthrie.

Curtis se rio.

Eso está mejor, dijo. Por lo menos tiene gracia.

Siguieron fumando. Maggie Jones acabó con la multcopista y recogió sus papeles.

Te toca, le dijo a Guthrie.

Después salió de la sala.

Hasta luego, dijo Curtis.

Guthrie se levantó e introdujo el original en la ranura de la multcopista y la cerró y accionó la máquina para ver cómo salían las copias.

En serio. Algún día me gustaría pasar un rato con esa mujer en un cuarto oscuro, dijo Curtis. Aunque solo fuera una vez.

Déjala en paz.

Está bien, pero imagínatelo.

Guthrie volvió a accionar la máquina y las hojas cayeron húmedas en la bandeja. Olían a alcohol.

Ya te conté lo que dice de ella Gary Rawlson.

Sí, ya me lo contaste, repuso Guthrie.

¿Crees que es verdad?

No. No creo que se lo crea ni él cuando no está borracho.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

A mediodía salió del ruido y del tumulto del instituto y caminó una manzana por la carretera hasta llegar a la gasolinera. Tenía tres billetes de un dólar y algunas monedas y quería creer que podría comer algo sin vomitarlo. En cualquier caso pensaba que debía intentarlo.

De camino a la tienda de la gasolinera pasó por delante de dos chicos del instituto que le estaban echando gasolina a un viejo Ford Mustang azul. Los chicos la miraron. Ella también los miró.

¿Qué tal, Vicky?, dijo uno de ellos.

Ella bajó la mirada y el chico dijo algo que provocó la risa de su compañero. Ella siguió andando.

En la tienda un grupo de chicos del instituto hacían cola hablando a gritos delante del mostrador con bolsas de patatas y grandes vasos de plástico llenos de refrescos y los sándwiches fríos de carne que habían cogido de la nevera. Ella recorrió los pasillos observando las latas etiquetadas y los coloridos envoltorios de los alimentos que había en los estantes. Ya nada le parecía apetecible. Cogió una lata de salchichas de Viena y la observó detenidamente y leyó la etiqueta y la volvió a dejar en su sitio en cuanto pensó en su tacto y en cómo se escurrían de la mano al sacarlas de la lata. Se acercó a la máquina de las palomitas. Al menos las palomitas tenían un gusto salado. Llenó una bolsa y sacó un refresco de la nevera. Se acercó al mostrador y dejó la bolsa y el refresco al lado de la caja.

Alice, una mujer delgada con un lunar negro en la mejilla y gesto cansado, marcó los importes en la caja registradora.

Un dólar doce, dijo. Su voz sonaba áspera.

La chica apoyó el bolso en el mostrador y lo abrió.

¿Estás bien, cielo?, preguntó Alice. Tienes mala cara.

Es que no he dormido bien, dijo ella mientras dejaba el dinero sobre el mostrador.

Las chicas de ahora dormís demasiado poco. Deberíais acostaros antes. Cogió el dinero y lo metió en la caja. Y quiero decir solas.

Eso es lo que hago.

Ya, dijo Alice.

La chica se acercó al escaparate de la tienda, pasó junto a la doble puerta de cristal y se detuvo delante de las revistas y mientras se comía las palomitas de una en una y le daba pequeños sorbos al refresco leyó algo sobre tres chicas de su edad que se habían metido en algún lío en California. Entraron más chicos del instituto y compraron bebidas y salieron y un par de chavales de segundo empezaron a darse empujones entre unas latas de aceite de motor y unas latas de cerdo con alubias hasta que Alice dijo:

Basta ya. Si queréis pegaros, hacedlo fuera.

Un estudiante del último curso entró y pagó la gasolina que acababa de echar. Era un chico alto y rubio y llevaba unas gafas de sol en la cabeza. Victoria le conocía de la clase de biología de primero. Al salir sujetó la puerta con una pierna y se inclinó hacia ella.

Roubideaux.

Ella se volvió hacia él.

¿Quieres que te lleve en coche?

No.

Solo hasta el instituto.

No, gracias.

¿Por qué no?

Porque no me apetece.

Tú te lo pierdes.

Salió a la calle y la puerta de cristal se cerró lentamente a su espalda. Se subió al coche y revolucionó el motor. El coche se quejó al cambiar de marcha. Ella volvió andando al instituto.

Al acabar las clases salió del instituto junto a los demás estudiantes y descendió la escalinata envuelta en el barullo y la emoción de cada tarde. Se dirigió hacia el norte por Main Street y pasó por delante de unas casas cuadradas y bajo las altas patas del viejo depósito de agua y junto a varios comercios desperdigados antes de llegar a las tres manzanas del centro, donde los negocios se sucedían tras el banco de cristales oscuros y la gran bandera de la oficina postal.

Entró en el local rectangular del café Holt, en la esquina de Second y Main. Sentados a una mesa, dos hombres mayores con gorras de béisbol hablaban y bebían café en grandes tazas. Una mujer joven con un vestido estampado bebía té en uno de los reservados que había junto a la pared. Ella fue a la cocina y se quitó la cazadora y la colgó de un gancho en el armario y colgó el bolso encima de la cazadora y se puso un largo delantal. El cocinero la miró sin apartarse de la parrilla. Era un hombre bajo y corpulento con los ojos hundidos en una cara rosácea. Tenía los bordes del delantal llenos de manchas de grasa.

Necesito esos cazos, le dijo. Date prisa.

Victoria despejó los dos enormes fregaderos grises y amontonó los cacharros sobre la encimera.

Y la cesta de la freidora. También te la he dejado en el fregadero. Le hace falta una buena limpieza.

Ahora mismo la friego.

Llenó el fregadero de agua y vertió el detergente en polvo. El agua se llenó de espuma.

No he visto a Janine, dijo ella.

Por ahí anda. Estará hablando por teléfono.

La chica se puso unos guantes de goma y sumergió las manos en el agua caliente. Empezó por las ollas sucias. Iba todos los días al salir del instituto y lavaba los cacharros que había ensuciado el cocinero del turno de mañana y los platos y las tazas y los cubiertos y los cuencos de la hora del almuerzo. El viejo que lavaba los platos de la hora del desayuno salía a las nueve. Siempre había un montón de cacharros esperándola. Ella trabajaba hasta las siete, cuando, después de fregar los cacharros y los platos de la cena, se sentaba a cenar al final de la barra y hablaba un rato con Janine o con una de las camareras antes de irse a casa.

Janine entró en la cocina con su delantal marrón y su blusa blanca. Era una mujer pequeña y fuerte. Miró a su alrededor y se acercó a la chica y le rodeó la cintura con el brazo.

¿Cómo está hoy mi chica preferida?

Bien.

Janine retrocedió un paso para poder verla mejor.

Pues cualquiera lo diría. ¿Qué te pasa?

Nada.

Janine volvió a acercarse.

¿Tienes la regla?

No.

Entonces ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

La chica negó con la cabeza.

Bueno, de todas formas, hoy tómatelo con calma. ¿Quieres sentarte un

rato? Los cacharros de Rodney pueden esperar. Janine miró al cocinero. No será por él, ¿no? Maldita sea, Rodney, ¿qué le has hecho a la chica?

¿De qué me hablas?, preguntó el cocinero.

Él no tiene nada que ver, dijo la chica. Déjalo. No es nada.

Bueno, pero como me entere de que estás molestando a la chica te echo de aquí a patadas, le dijo Janine al hombre.

Después se volvió hacia ella y le dio un pellizco cariñoso en la cadera.

¿Y de dónde ibas a sacar otro cocinero para este tugurio?, dijo él.

Del mismo sitio donde encontré al último, respondió la mujer riéndose divertida. Le dio otro pellizco a la chica. Mírale, dijo. Mira cómo ya no dice nada.

## IKE Y BOBBY

Cuando llegaron del colegio la camioneta de su padre no estaba aparcada delante de la casa. Casi nunca lo estaba, aunque a veces llegaba temprano. Cruzaron el porche y entraron en la casa. En el comedor se detuvieron al lado de la mesa y miraron hacia el techo y escucharon.

Todavía está acostada, dijo Bobby.

Puede que haya estado levantada y se haya vuelto a acostar, dijo Ike.

Pero puede que no.

Nos va a oír, dijo Ike.

No nos va a oír. Desde el cuarto no se oye nada. Además, está dormida.

No sabemos si está dormida. Puede que esté despierta.

Entonces ¿por qué no baja?, preguntó Bobby.

Puede que ya haya bajado. Puede que haya vuelto a subir. Tiene que haber comido algo.

Los dos niños miraron el techo como si quisieran atravesarlo con la vista para ver el cuarto de invitados, donde las persianas estaban bajadas día y noche bloqueando la luz, bloqueando el mundo entero. Miraron el techo como si pudieran verla tumbada en la cama sin moverse, igual que antes, sola y sumida en sus tristes pensamientos.

Debería comer con nosotros, dijo Bobby. Podría comer con nosotros la próxima vez que baje.

Fueron a la cocina y llenaron dos vasos de leche y sacaron el paquete de galletas que su padre había comprado en la tienda y merendaron de pie junto a la encimera, muy cerca el uno del otro, sin hablar, hasta que se acabaron las

galletas. Entonces se bebieron la leche que quedaba en los vasos y los dejaron en el fregadero y volvieron a salir.

Fueron hacia el establo y abrieron la portilla de madera del corral y entraron. Los caballos, Elko e Easter, uno bermejo y el otro bayo, estaban adormilados de pie bajo el cálido sol. Al oír a los niños levantaron la cabeza y los observaron con cautela.

Vamos, gritó Ike. Al establo.

Los caballos retrocedieron unos pasos. Los niños se separaron para dirigirlos hacia el establo.

Venga, dijo Ike. No. Ni se os ocurra.

Corrió hacia ellos.

Los caballos iniciaron un elegante trote. Agitaron la cabeza y pasaron por delante de los niños y escaparon galopando junto a la valla hasta el extremo contrario del corral, donde se dieron la vuelta y esperaron mirando con interés a los niños. Ellos seguían en el otro extremo del corral, junto al establo.

Voy a por ellos, dijo Ike.

¿Quieres que vaya yo esta vez?

No, ya voy yo.

Bobby esperó delante de las puertas abiertas del establo. Ike se acercó a los caballos y los obligó a volver hacia su hermano. Los animales trotaron hacia el niño, que los esperaba agitando los brazos con las piernas separadas.

¡Eh! ¡Eh!, gritó Bobby.

Parecía muy pequeño, ahí de pie, intentando cortarles el paso. Antes de llegar a su altura los caballos giraron y entraron ruidosamente en el establo y se metieron rápidamente en sus cuadras. Los niños entraron detrás de ellos.

Dentro del establo el aire era fresco y estaba oscuro y olía a paja y a estiércol. Los caballos piafaban y resoplaban olisqueando los comederos

vacíos. Los niños llenaron los comederos de avena y mientras los caballos comían los cepillaron y los ensillaron. Después apretaron las bridas y se montaron y siguieron las vías del tren hacia el oeste, alejándose del pueblo.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Todavía no hacía frío cuando la chica salió del café. El aire de otoño estaba cargado de soledad y transmitía una extraña premonición.

Dejó atrás el centro y cruzó las vías del tren de camino a su casa. En la calle las farolas ya lucían encendidas, dibujando pequeños charcos de luz azulada en las aceras y la calzada, y las luces de los porches brillaban encima de las puertas cerradas de las casas. Giró en una calle pequeña y pasó por delante de varias casas de una sola planta antes de llegar a la suya. Estaba demasiado oscura, demasiado silenciosa.

Trató de abrir la puerta pero estaba cerrada con llave.

¿Mamá?, dijo.

Llamó a la puerta.

¿Mamá?

Se puso de puntillas y miró por la estrecha ventanilla de la puerta. Había una débil luz al fondo. Una bombilla desnuda encendida en el pequeño pasillo que separaba los dos dormitorios.

Mamá. Déjame entrar. Sé que me estás oyendo.

Agarró el pomo y tiró de él, intentando hacerlo girar, y golpeó la ventana y el duro cristal se estremeció en su marco, pero la puerta no se abrió. La débil luz del pasillo se apagó.

Mamá. Por favor.

Seguía aferrada a la puerta.

¿Por qué me haces esto? Lo siento, mamá. Por favor. ¿Es que no me oyes?

Sacudió la puerta. Apoyó la cabeza contra la madera. Estaba fría y ella se

sentía agotada. Algo parecido al pánico empezaba a apoderarse de ella.

Mamá. Por favor. No me hagas esto.

Miró a su alrededor. Casas y árboles desnudos. Se dejó caer deslizándose hasta el suelo del porche y apoyó la espalda en las frías tablas de madera de la fachada. Pareció desvanecerse. Creyó perderse en el aturdimiento que le provocaban la incredulidad y la tristeza. Lloró. Miró los árboles silenciosos y la calle oscura y las casas de enfrente, donde los vecinos se movían libremente por habitaciones llenas de luz, y observó cómo se movían los árboles cuando el viento suspiraba. Se quedó sentada, mirando, sin moverse.

Hasta que reaccionó.

Está bien, mamá. Tú ganas. Me voy.

Un coche pasó lentamente por la calle. La pareja que iba dentro la miró.

Ella apoyó las manos en el suelo y se levantó y se apretó la delgada cazadora contra el pecho, contra su cuerpo delgado, contra su pecho de niña, y se alejó andando de la casa.

Ya era noche cerrada y cada vez hacía más frío. Las calles estaban vacías. Un perro apareció ladrando y ella extendió la mano y el perro se detuvo, pero no dejó de ladrar, abriendo y cerrando la boca como si tuviera un muelle.

Ven, lo llamó ella.

El perro se acercó un poco y le olisqueó la mano, pero empezó a ladrar otra vez en cuanto ella se movió. Las luces de la casa se encendieron. Un hombre abrió la puerta y gritó:

Maldita sea. Ven aquí.

Y el perro trotó hacia su dueño y se detuvo un momento y ladró antes de entrar en la casa.

Siguió andando. Volvió a cruzar las vías del tren. Delante de ella, el semáforo de Second Street parpadeaba ajeno a la hora del día, yendo del rojo al verde y del verde al ámbar, iluminando el asfalto desierto. Pasó por delante

de los oscuros escaparates de los comercios, por delante del café, donde las mesas esperaban ordenadas y en silencio y el cartel luminoso de Pepsi de detrás de la barra hacía brillar los vasos limpios que esperaban sobre el mostrador. Siguió por Main Street y cruzó la carretera y pasó por delante de la gasolinera, de los surtidores desatendidos, del brillante cartel, del encargado que leía una revista en el mostrador de la tienda. Giró en la primera esquina y llegó a la casa de madera en la que sabía que vivía Maggie Jones.

Llamó a la puerta y esperó sin pensar en nada y la luz amarillenta del porche se encendió sobre su cabeza.

Maggie Jones abrió la puerta. Llevaba puesto un albornoz y tenía el pelo negro enredado por el sueño. Sin maquillar resultaba más corriente que en el instituto, menos espectacular, incluso parecía un poco hinchada. El albornoz colgaba abierto de sus hombros, mostrando un pálido camisón amarillo.

¿Victoria? ¿Eres tú?

¿Puedo hablar con usted, señorita Jones?

Pues claro, cielo. ¿Qué pasa?

La chica entró en la casa. Maggie cogió una manta del sofá y la puso sobre los hombros de su alumna. Estuvieron una hora sentadas a la mesa de la cocina, hablando y bebiendo té en el silencio de la noche mientras los vecinos dormían y roncaban y soñaban en sus camas.

La chica rodeaba la taza caliente con las dos manos. Poco a poco había empezado a hablar de su novio. De las noches en el asiento trasero del coche en un camino de tierra a unos diez kilómetros al norte de Holt, junto a una vieja granja abandonada con un viejo granero gris y un molino de viento que no funcionaba y algunos, pocos, árboles que se perfilaban contra el cielo. De cómo el viento entraba por las ventanillas abiertas del coche oliendo a salvia y a hierba fresca. Y del amor que surgió entonces. Habló poco del amor. Del

olor de la piel del chico, del olor de la loción que se ponía después de afeitarse, del tacto de sus manos y de la urgencia y de cómo terminaba siempre esa urgencia y de las palabras tiernas que, a veces, le decía él después. Y del camino de vuelta a casa.

¿Quién es él?, preguntó Maggie.

Un chico.

Eso ya lo sé, cielo. Pero ¿qué chico?

Prefiero no decírselo. De todas formas, él no va a querer saber nada. Diría que no es suyo. Es de ese tipo de chicos.

¿Qué quieres decir?

Que no es nada paternal.

De todas formas, debería asumir su responsabilidad.

No es de Holt, dijo la chica. No creo que le conozca, señorita Jones. Además, es mayor. Ya no va al instituto.

¿Cómo le conociste?

La chica miró a su alrededor. Había unos platos secándose en el escurridero y varios botes esmaltados dispuestos en fila debajo de los pulcros armarios de cocina. Se ajustó la manta sobre los hombros.

Nos conocimos el verano pasado en un baile, dijo. Yo estaba sentada al lado de la puerta y él vino y me preguntó si quería bailar. Era muy guapo. Yo le dije que no le conocía de nada y él me dijo que qué más daba eso. Así que yo le pregunté que quién era. Él me dijo que eso no importaba, que solo era un chico que quería bailar conmigo. A veces decía cosas así. Al final yo le dije que sí. Bailando parecía todavía más alto. Fue entonces cuando empezó. Así empezó todo.

Porque bailaba bien, intervino Maggie.

Sí. Pero usted no lo entiende. Era simpático. Me trataba bien. Me decía cosas...

Ya me imagino.

Me decía cosas bonitas.

¿Como qué?

Una vez me dijo que tenía unos ojos preciosos. Me dijo que mis ojos eran como diamantes negros que se iluminaban con las estrellas de la noche.

Y lo son, cielo.

Pero a mí nunca me lo habían dicho.

No, dijo Maggie. Nunca lo hacen.

Maggie miró a través del umbral hacia la otra habitación. Levantó su taza de té y bebió un poco y volvió a dejarla sobre la mesa.

Sigue, cielo. ¿Quieres contarme lo que pasó después?

Empezamos a vernos. Él siempre me recogía en el parque. Ahí es donde me recogía. Enfrente de los elevadores de grano. Yo me subía al coche. Íbamos a Shattuck. Comíamos una hamburguesa o lo que fuera y luego conducíamos por el campo con las ventanas abiertas y hablábamos y él me contaba cosas que me hacían reír y oíamos una emisora de radio de Denver y siempre entraba ese aire nocturno por la ventana. Y después íbamos a esa vieja granja y aparcábamos. Él decía que era nuestro sitio especial.

¿Nunca iba a recogerte a casa?

No.

¿No querías que lo hiciera?

La chica negó con la cabeza.

No. No con mamá en casa. Le dije que no lo hiciera.

Ya. Sigue contándome.

No hay mucho más que contar, dijo la chica. A finales de agosto, cuando empezaron las clases, nos vimos un par de veces más. Pero algo cambió. No sé por qué. Él no dijo nada. No me avisó. Y, de repente, dejó de venir a buscarme. Así, sin más.

¿Y no sabes por qué?

No.

¿Sabes dónde está ahora?

No estoy segura. Siempre hablaba de ir a Denver. Conocía a alguien en Denver.

Maggie Jones observó a la chica durante unos segundos. Parecía triste, cansada. Se cubría los hombros con la manta como si fuese una superviviente de una inundación, una triste víctima que se había cruzado en el camino de un desastre natural. Maggie se levantó y recogió las tazas y vertió el té que quedaba en el fregadero y volvió a mirar a la chica.

Pero, cielo, dijo con un tono de voz un poco más acalorado, ¿es que no sabías lo que podía pasar?

Sí.

¿Y no usasteis ningún tipo de protección?

Sí, dijo la chica. Él siempre se lo ponía, pero se le rompió un par de veces. Por lo menos eso es lo que me dijo. Las veces que pasó me eché agua caliente con sal al llegar a casa. Pero no ha servido de nada.

¿Te echaste agua caliente con sal?

Sí, me la echaba dentro con una pera.

¿Y no te escocía?

Sí.

¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Quieres tenerlo?

La chica eludió la mirada de Maggie.

Sabes que no tienes que tenerlo si no quieres, ¿verdad? Si quieres, yo puedo acompañarte a ver a un médico. Pero solo si de verdad es eso lo que quieres.

La chica se dio la vuelta en la silla y miró hacia la ventana. El cristal le devolvió el reflejo de la cocina. Detrás de la ventana estaban las casas oscuras

de los vecinos.

Quiero tenerlo, dijo sin dejar de mirar la ventana. Su voz sonaba firme.

¿Estás segura?

Sí.

La chica volvió a darse la vuelta y miró a Maggie sin pestañear con sus grandes ojos oscuros.

Si cambias de idea, sabes que...

Lo sé.

Está bien, dijo Maggie. Bueno, creo que ya es hora de prepararte la cama.

La chica se levantó.

Gracias, señorita Jones. Gracias por ser tan amable conmigo. No sabía a quién más podía acudir.

Maggie Jones le rodeó los hombros con el brazo.

No sabes cuánto lo siento, cielo, dijo. Sabes que va a ser duro, ¿verdad? Más duro de lo que te imaginas.

Se quedaron abrazadas en la cocina.

Hasta que Maggie dijo:

Sabes que mi padre también vive aquí, ¿no? No sé si lo va a entender. La verdad es que está mayor. De todas formas, puedes quedarte. Ya veremos lo que hacemos.

Salieron de la cocina. Maggie encontró un largo camisón de franela para la chica y le preparó la cama en el sofá del salón. Ella se acostó.

Buenas noches, señorita Jones.

Buenas noches, cielo.

Se hizo un ovillo bajo las sábanas. Maggie volvió a su dormitorio y al cabo de un rato ella se durmió.

Se despertó al oír toser a alguien. Todavía era de noche. Observó la oscuridad que la rodeaba. La habitación y los objetos desconocidos. En algún

lugar se oía un reloj. Se incorporó en el sofá. Esperó un momento pero no oyó nada. Volvió a tumbarse. Casi se había vuelto a dormir cuando le oyó entrar en el cuarto de baño. Le oyó orinar. Oyó cómo tiraba de la cadena. Él salió del baño y la miró desde el umbral de la puerta. Un hombre viejo con el pelo blanco y un holgado pijama a rayas. Se aclaró la garganta y se rascó el flaco costado y la camisa del pijama se movió acompañando su gesto. Se quedó mirándola. Después regresó a su habitación arrastrando los pies. Ella tardó un poco en volver a dormirse.

## IKE Y BOBBY

Cobraban los sábados. Se levantaban temprano y repartían los periódicos antes de volver a casa. Después iban al establo y daban de comer a los caballos y a los gatos que maullaban y al perro y volvían a casa y se lavaban en el fregadero de la cocina y desayunaban con su padre antes de volver a salir. Siempre iban juntos a cobrar. Era mejor así. Llevaban un libro de recibos y una bolsa de lona para guardar el dinero que se cerraba con un cordón.

Empezaron por Main Street, donde los dueños de los comercios les pagaban antes de que comenzaran a llegar los clientes, antes de que los habitantes de Holt se acercaran al centro y los granjeros y los rancheros llegaran del campo para comprar lo que necesitaban para la semana y para estar un rato con sus vecinos. Empezaron por el aserradero de Nexey, al lado de las vías del tren. Les pagó el propio Don Nexey, que era cariñoso con ellos y que estaba tan calvo que cuando se ponía debajo de las lámparas de hojalata del mostrador la cabeza le brillaba como un trozo de mármol esculpido. Después se acercaron a la peluquería de caballeros de Schmidt, que estaba en la puerta de al lado, y apoyaron las bicicletas en la fachada de ladrillo, junto al poste de espirales rojas y blancas.

Cuando entraron en la peluquería, Harvey Schmidt le estaba cortando el pelo a un hombre sentado con un gran paño a rayas sujeto al cuello. Los dobleces del paño estaban salpicados de unos rizos negros que parecían retazos de costura. Sentados junto a la pared un hombre y un niño leían revistas mientras esperaban. Al oírles entrar alzaron la vista al mismo tiempo.

Ike y Bobby cerraron la puerta y se quedaron quietos junto al escaparate.

¿Y vosotros qué queréis?

Harvey Schmidt les hacía la misma pregunta todos los sábados.

Venimos a cobrar, dijo Ike.

A cobrar, repitió él. Me parece que esta vez no voy a pagaros. El periódico no trae más que malas noticias.

Ellos no dijeron nada. El niño que estaba sentado los miraba desde detrás de su revista. Era también de primaria, aunque mayor que ellos.

Págalos, Harvey, dijo el hombre al que le estaba cortando el pelo. No creo que te arruines por unos periódicos.

No sé, no sé, dijo Harvey.

Separó un mechón del resto del pelo y lo cortó con un tajo limpio y pasó el peine varias veces por el cabello del hombre. Después volvió a mirar a los niños.

¿Quién os corta el pelo ahora?

¿Qué?

He dicho que quién os corta el pelo.

Nuestra madre.

Creía que vuestra madre ya no estaba con vosotros. He oído que se ha mudado a Chicago Street.

Ellos no dijeron nada. No les sorprendía que lo supiera pero no querían que hablara de eso delante de la gente.

¿O es que he oído mal?

Ellos le miraron y después miraron al niño que estaba esperando. Seguía mirándolos. Ellos no dijeron nada y bajaron la cabeza y vieron los mechones de pelo que había en el suelo junto al sillón de cuero.

Déjalos en paz, Harvey.

No los estoy molestando. Solo les he hecho una pregunta.

Déjalos en paz.

Pensadlo bien, les dijo Harvey. Vosotros me traéis el periódico todos los días y a cambio yo os corto el pelo. Así funcionan las cosas. Los señaló con las tijeras. Yo os compro algo y vosotros me compráis algo a mí. Se llama comercio.

Son dos dólares y cincuenta centavos, dijo Ike.

El peluquero le miró fijamente durante unos instantes antes de volver a concentrarse en el corte de pelo de su cliente. Los niños permanecieron juntos, esperando. Cuando acabó con las tijeras, el peluquero dobló un trozo de papel de seda sobre el cuello de la camisa de su cliente y le untó la piel con una espuma de afeitar jabonosa y cogió una navaja y le afeitó la nuca, limpiando el filo con la palma de la mano después de cada pasada, y le quitó el papel de seda del cuello y limpió la navaja con el papel y lo tiró a la papelera y se limpió las manos. Después frotó el cuello y la cabeza del hombre con una toalla y se echó un poco de aceite rosa de coco en la palma de la mano y lo frotó en el cuero cabelludo del hombre antes de peinarle con una raya perfecta y de dibujarle una onda en la frente con los dedos. Al mirarse en el espejo el hombre sacó la mano de debajo del gran paño y se aplastó la onda del flequillo.

Solo intentaba darte un poco más de atractivo, dijo Harvey.

No hace falta, dijo el hombre. Ya me sobra.

Se levantó de la silla y el peluquero le quitó el paño y lo sacudió sobre el suelo, tirando de las dos esquinas al mismo tiempo, y el paño soltó un chasquido. El hombre pagó y dejó una propina en el estante de mármol que había debajo del espejo.

Paga de una vez a los niños, Harvey, insistió. Están esperando.

Supongo que no me queda más remedio. Como no les pague son capaces de quedarse aquí todo el día.

Sacó tres billetes de un dólar de la caja registradora y se los tendió a los niños.

Ike dio un paso hacia delante y cogió los tres billetes y le dio el cambio y un recibo.

¿Estás seguro de que es eso lo que te debo?

Sí.

Está bien. Bueno, ¿qué se dice?

¿Cómo?

Que qué se dice cuando alguien te paga.

Gracias, dijo Ike.

Los dos niños salieron a la calle y miraron el interior de la peluquería a través del escaparate. Detrás de las letras doradas que trazaban un arco sobre el cristal el hombre que acababa de cortarse el pelo se estaba poniendo la chaqueta y el niño de la revista se estaba subiendo al sillón del peluquero.

Hijo de puta, dijo Bobby. Es una mierda.

Pero no sirvió de ayuda. Ike no dijo nada.

Se montaron en sus bicicletas y pedalearon hacia el sur y se detuvieron a media manzana, en la tienda de Duckwall, y entraron y fueron hacia el fondo sin hacer ningún comentario sobre las bragas y los sujetadores y pasaron por la sección de peines y horquillas y espejos y junto a los platos de plástico y las almohadas y las cortinas y las mangueras y llamaron a la puerta del despacho del gerente, que les dijo que pasaran y les pagó sin hacerles esperar. Volvieron a salir a la calle y cruzaron Second Street y cobraron en los almacenes de Schulte, que estaban en la esquina, y fueron a la pastelería de Bradbury y se pararon a mirar las tartas de boda que había en el gran escaparate.

¿Entramos o subimos primero?, dijo Ike.

Mejor subimos, dijo Bobby. Así nos lo quitamos de encima.

Aparcaron las bicicletas y abrieron la puerta que estaba retranqueada en la fachada del edificio y entraron en un vestíbulo pequeño y oscuro. Había varios buzones negros en la pared y un par de zapatos marrones en el suelo. Cruzaron el vestíbulo y subieron la escalera y al llegar arriba avanzaron por un pasillo largo y mal iluminado que acababa en la escalera de incendios que bajaba al callejón de atrás. Se pararon delante de la última puerta. El ejemplar del *Denver News* seguía encima del felpudo. Ike lo cogió del suelo y llamó a la puerta y los dos niños aguardaron con la cabeza inclinada, mirando las tablas de madera del suelo. Ike volvió a llamar. Entonces oyeron pasos al otro lado de la puerta.

¿Quién es?

Por su voz parecía que llevaba varios días sin hablar. Tosió.

Venimos a cobrar el periódico.

¿Quién es?

Somos los repartidores del periódico.

Ella abrió la puerta.

Pasad, niños, dijo al verlos.

Son dos dólares y cincuenta centavos, señora Stearns.

Pasad, pasad.

Ella retrocedió un par de pasos arrastrando los pies y los niños entraron. Hacía demasiado calor. Hacía un calor sofocante en aquella habitación atestada de toda clase de cosas. Cajas de cartón, papeles, montones de ropa, pilas de periódicos amarillentos, macetas, un ventilador de pie, un ventilador de mesa, un estante para sombreros, una colección de catálogos de Sears, una tabla de planchar apoyada contra una pared y, encima de la tabla, las bolsas llenas de la compra. En medio de la habitación había un televisor empotrado en un mueble de madera y encima del mueble otro televisor más pequeño que parecía la cabeza del primero. Delante de los televisores había un sillón con

los brazos desgastados cubiertos de pequeñas toallas y, a un lado, pegado a la ventana, un viejo sofá de corte clásico.

No toquéis nada, dijo la mujer. Sentaos ahí.

Se sentaron juntos en el sofá y observaron cómo la mujer cruzaba la habitación ayudándose de dos bastones de metal. Había una especie de camino que se abría paso entre las cajas y las pilas torcidas de papeles. La mujer lo recorrió hasta el sillón y se sentó con gran esfuerzo y apoyó los bastones plateados entre sus rodillas.

Era una mujer muy mayor y llevaba un largo delantal encima de una bata estampada de flores. Tenía chepa y llevaba el pelo de color amarillo peinado hacia atrás y recogido en un moño muy apretado y usaba sonotone y tenía los brazos llenos de manchas y pecas y encima del codo la piel le caía en pliegues. El moretón que tenía en el dorso de la mano casi parecía una marca de nacimiento. Una vez sentada cogió un cigarrillo encendido que había dejado en el cenicero y aspiró y expulsó el humo en un torrente gris que ascendió hasta el techo. Llevaba los labios pintados de un intenso color rojo. Miró a los dos niños desde detrás de sus gafas.

¿Y bien? Estoy esperando, dijo.

Los dos niños la miraron.

Contadme.

Son dos dólares y cincuenta centavos, señora Stearns, dijo Ike. Por los periódicos.

¿Eso es todo lo que sabéis decir? Contadme algo. ¿Qué tiempo hace?

Los niños se dieron la vuelta y miraron a través de las cortinas de gasa que tapaban la ventana que tenían detrás; las cortinas estaban llenas de polvo. Por la ventana solo se veía el callejón trasero.

Hace sol, dijo Bobby.

Hoy no hace viento, dijo Ike.

Pero las hojas se están empezando a caer.

Eso no es el tiempo, dijo Ike.

Bobby miró a su hermano.

Pero tiene que ver con el tiempo.

Pero no es el tiempo.

Da igual, dijo la señora Stearns. Estiró un brazo arrugado sobre el reposabrazos de la butaca y echó la ceniza del cigarrillo en el cenicero. ¿Qué tal os va en el colegio? Porque vais al colegio, ¿no?

Sí.

¿Y?

Los niños no dijeron nada.

Tú eres el mayor. ¿Cómo te llamas?

Ike.

¿En qué curso estás?

En quinto.

¿Quién es tu profesora?

La señorita Keene.

¿Una mujer alta? ¿Con la mandíbula prominente?

Supongo que sí, dijo Ike.

¿Es buena profesora?

No nos mete prisa y nos hace escribir en la pizarra. Después ella copia lo que escribimos y lo manda a otras clases para que lo vean.

Así que es buena profesora.

Pero una vez le dijo a una niña que se callara.

¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Porque no quería sentarse al lado de un niño.

¿De qué niño?

De Richard Peterson. Decía que olía mal.

Su familia tiene una lechería, ¿verdad?

Huele como los establos de las vacas.

Vosotros oleríais igual si tuvieseis que trabajar en una lechería, dijo la señora Stearns.

Nosotros tenemos caballos, dijo Ike.

Iva Stearns observó al niño durante unos instantes. Parecía estar pensando en lo que acababa de decir. Le dio una calada al cigarrillo y lo apagó. Se volvió hacia Bobby.

¿Y tú? ¿Quién es tu profesora?

La señorita Carpenter.

¿Quién?

La señorita Carpenter.

No la conozco.

Tiene el cabello largo y...

¿Y qué?

Siempre lleva jersey.

¿Ah, sí?

Sí, casi siempre.

¿Y qué sabes tú de jerséis?

No sé, dijo Bobby. Pero me gustan.

Ya me imagino por qué, dijo ella. ¿No te parece que eres un poco joven para pensar en esas cosas?

Pareció reírse un poco, aunque de una manera extraña, torpe, vacilante, como si no supiera cómo se hacía. De repente tosió. Eso sí que sabía hacerlo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y el pecho se le estremeció bajo la bata y el delantal. Los niños la miraron con disimulo, fascinados y asustados al mismo tiempo. La señora Stearns se tapó la boca con una mano y cerró los ojos y volvió a toser y un par de lágrimas aparecieron en las comisuras de sus

ojos. Hasta que finalmente dejó de toser y se quitó las gafas y sacó un puñado de pañuelos de papel del bolsillo del delantal y se secó las lágrimas, y se sonó. Volvió a ponerse las gafas y miró a los dos niños, que no se habían movido del sofá.

No fuméis nunca, niños, dijo. Su voz sonaba como un susurro rasposo.

Pues usted siempre está fumando, dijo Bobby.

¿Y por qué creéis que os lo digo? ¿Es que queréis acabar como yo? Una vieja que vive sola en un piso que ni siquiera es suyo y con una ventana por la que solo se ve un sucio callejón.

No.

Pues entonces no fuméis.

Los niños la miraron y luego observaron la habitación.

¿No tiene familia, señora Stearns?, preguntó Ike. ¿No tiene a nadie con quien pueda vivir?

No, dijo ella. Ya no.

¿Por qué?

Habla más alto. No te oigo.

¿Dónde está su familia?

Se han ido. O están muertos.

Ike y Bobby se quedaron mirándola, esperando que dijera algo más. No se les ocurría nada que decir, ninguna forma de ayudarla. Ella tampoco decía nada. Solo miraba detrás de ellos, hacia la ventana con las cortinas sucias que daba al callejón. Detrás de las gafas, sus ojos eran de un pálido color azul. Hasta sus córneas parecían azuladas, aunque estaban atravesadas por unas finísimas venas rojas. Al taparse la boca intentando contener la tos, el rojo de sus labios se había corrido hasta su barbilla. Los niños esperaron en silencio, pero ella seguía sin hablar.

Nuestra madre se ha ido de casa, dijo por fin Bobby.

La mujer movió lentamente los ojos hacia el niño.

¿Qué has dicho?

Se fue hace un par de semanas, dijo Bobby sin subir la voz. Ya no vive con nosotros.

¿Ya no vive con vosotros?

No.

¿Y dónde vive?

Cállate, Bobby, dijo Ike. No hables de eso.

No os preocupéis, dijo la señora Stearns. No se lo voy a contar a nadie. ¿A quién iba a contárselo?

Observó detenidamente a Bobby y después a su hermano. Ellos no se movieron. Esperaron a que ella siguiera hablando.

Lo siento, dijo ella por fin. Siento mucho lo de vuestra madre. Yo hablando de mis problemas y resulta que vosotros os habéis quedado solos.

Ellos no sabían qué decir.

Si os sentís solos podéis venir a verme cuando queráis. ¿Vendréis a verme?

Ellos la miraron sin decir nada, sentados en el sofá, en la habitación silenciosa, envueltos en el polvo y el humo de los cigarrillos que llenaban el ambiente.

¿Vendréis a verme?, volvió a decir la señora Stearns.

Al fin asintieron.

Está bien. Acercadme el bolso para que os pague. Está en la otra habitación. Encima de la mesa. Id uno de los dos a traérmelo. ¿Me hacéis ese favor? Ya no os atormentaré más. Después os podéis ir si queréis.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Estaba segura. En el fondo, estaba convencida.

Maggie Jones le había dicho que a veces pasaba. Por todo tipo de razones, por razones que no podíamos prever ni esperar ni conocer. Le había dicho que podría ser otra cosa, que nunca se sabía, que tenía que asegurarse.

Pero ella estaba convencida, porque entre otras cosas nunca había tenido una falta, porque hasta hacía un par de meses había sido tan fiable como el mecanismo de un reloj y porque además se notaba rara. No solo rara como esa mañana en la que había sentido que iba a vomitar antes incluso de despertarse del todo, cuando su madre había entrado en el cuarto de baño y lo había empeorado todo al encenderse un cigarrillo y quedarse ahí de pie mirándola, sino también de otra manera, en otros momentos, cuando tenía esa sensación interior que no podía describir, que no sabría cómo explicarle a nadie. Y había más cosas, como cuando se sentía cansada y le entraban ganas de llorar, como cuando se echaba a llorar sin tener ningún motivo. O como cuando los pechos se le ponían tan sensibles. A veces le pasaba por la noche, cuando se acostaba y se miraba los pezones y veía que los tenía hinchados y que se habían vuelto más oscuros.

Pero Maggie Jones dijo que de todas formas debía asegurarse.

Así que ella, Maggie Jones, compró la prueba y la trajo a casa una tarde después del trabajo. Estaban en la cocina.

Así al menos estaremos seguras, dijo.

¿De verdad cree que es buena idea?

Sí, de verdad lo creo.

¿Qué tengo que hacer?

Aquí dice que tienes que poner la punta absorbente debajo de la orina mientras haces pis. Luego tienes que esperar cinco minutos y si las dos rayas se ponen rojas es que estás embarazada. Toma.

¿Quiere que lo haga ahora?

Sí. ¿Por qué no?

Pero, señorita Jones... No sé. Me parece tan raro. Saberlo así, de forma tan definitiva y con usted aquí fuera, esperando.

Venga, cielo, dijo Maggie Jones. Tienes que empezar a enfrentarte a la realidad.

Así que cogió la cajita plana. La chica de la tapa tenía el pelo de color miel y parecía sumida en una especie de trance místico delante de un jardín soleado repleto de unas flores que podrían ser rosas, aunque también podrían no serlo. Fue al cuarto de baño y echó el pestillo y abrió la caja y siguió las instrucciones, sosteniendo la punta absorbente con las rodillas abiertas, y se salpicó un poco en los dedos, aunque eso no tenía importancia. Después dejó la prueba sobre el mármol del lavabo y esperó pensando en lo que haría si realmente estaba embarazada. Pero puede que no lo esté. ¿Cómo me sentiría si no lo estuviera, después de todos estos días pensando que sí lo estoy? Eso podría ser peor, después de haber empezado a pensar en todo lo del embarazo y en el bebé y hasta en el futuro. Pero ¿y si lo estoy? Entonces supo que ya había pasado tiempo suficiente, más de los cinco minutos requeridos. Miró la prueba y vio las dos rayas rojas. Estaba embarazada. Se levantó y se miró la cara en el espejo. Ya lo sabía, se dijo a sí misma. Estaba convencida, así que realmente no ha cambiado nada. Además seguía sin notársele en la cara. ¿Y por qué iba a notarse? No, no se notaba nada diferente, ni siquiera en su mirada.

Abrió la puerta y fue a la cocina con la prueba y se la enseñó a Maggie

Jones.

Bueno, cielo, ahora estamos seguras. ¿Te encuentras bien?

Creo que sí.

Me alegro. Ahora tenemos que pedir hora para que te vea el médico.

¿Tan pronto?

Conviene que te reconozca lo antes posible. No debes descuidarte. De hecho, ya tendrías que haber ido. ¿Conoces a algún médico?

No.

¿Cuándo fue la última vez que fuiste al médico? Para lo que fuera.

No lo sé. Hace seis o siete años.

¿Recuerdas a qué médico fuiste?

Era un hombre viejo. No me acuerdo de su nombre.

Sería el doctor Martin.

Señorita Jones, dijo la chica, preferiría que me viera una mujer.

En Holt no hay ninguna ginecóloga.

Podría ir a la ciudad.

Victoria, cielo, escúchame, dijo Maggie Jones. Estás aquí, en Holt. Aquí es donde vives.

## IKE Y BOBBY

Medianoche. Salió del cuarto de baño y volvió al porche acristalado donde su hermano dormía en la cama que había pegada a la pared norte. A pesar de tener ventanas en tres de las paredes, la habitación estaba oscura. No había luna. Miró un momento por la ventana que daba al oeste. Se quedó quieto, sin apartar la mirada de la casa abandonada en la que había visto la luz. La luz venía de la casa que había detrás de la del hombre mayor que vivía al lado de ellos. Era una luz difusa. Parecía como si la estuviera viendo a través de la niebla. Pero era una luz. Una luz tenue y vacilante. Entonces se dio cuenta de que había alguien en la habitación.

Tiró del brazo de Bobby.

¿Qué pasa? Bobby se dio la vuelta en la cama. Déjame en paz.

Mira.

Déjame de una vez.

Hay una luz en la casa abandonada.

¿Qué?

Bobby se arrodilló sobre la cama y miró por la ventana. En el callejón sin salida donde moría Railroad Street la luz parecía bailar parpadeando en el pequeño cuadrado de la ventana de la casa abandonada.

¿Qué pasa?, dijo Bobby.

Hay alguien dentro.

Y alguien, quienquiera que fuese, pasó frente a la ventana y su silueta se recortó contra la débil luz.

Ike empezó a vestirse.

¿Qué haces?

Voy a ver qué pasa.

Se puso el pantalón encima del pijama y se agachó para ponerse los calcetines.

Espérame, dijo Bobby.

Se bajó de la cama y se vistió a toda prisa.

Cruzaron el pasillo con los zapatos en la mano y se pararon junto a la escalera, desde donde se veía la puerta abierta del dormitorio de su padre. Se le oía respirar. Era como un estertor seguido del sonido del aire al ser expulsado y una pausa y otra vez el estertor. Bajaron sin hacer ruido y salieron al porche y se sentaron en los escalones y se pusieron los zapatos. Fuera hacía fresco, casi frío. El cielo estaba despejado y abarrotado de estrellas. Las pocas hojas que todavía se aferraban a las ramas de los álamos se agitaban susurrantes en la suave brisa nocturna.

Se alejaron de la casa y salieron a Railroad Street y pasaron junto a la luz purpúrea de la farola que ronroneaba en lo alto del poste y siguieron andando por el lateral de la calle de tierra, alejándose del foco de luz, avanzando hacia la creciente oscuridad. No se oía nada en la casa de al lado, la del hombre mayor. Tenía un aspecto pálido, como las casas grises de los sueños. Siguieron andando. Entonces lo vieron. A unos treinta metros de ellos había un coche oscuro aparcado entre los arbustos que bordeaban la calle.

Se pararon de golpe. Ike le hizo una seña a Bobby y los dos se metieron en la zanja que había junto a las vías del tren y avanzaron agachados y sin hacer ruido sobre los hierbajos. No se detuvieron hasta llegar a la altura del coche. Lo observaron aparcado al otro lado de la calle, con los tapacubos plateados y el débil reflejo de las estrellas en la curva que dibujaban el techo y el capó. Todo estaba en silencio. Incluso el viento había parado. Salieron de la zanja y se acercaron al coche, sintiéndose vulnerables en plena calle, pero cuando se

levantaron y miraron por las ventanillas vieron que no había nadie dentro, tan solo unas latas vacías de cerveza en el suelo y una chaqueta tirada sobre el asiento de detrás. Siguieron andando. Rodearon el coche hasta los algarrobos del jardín y se pararon un momento y atravesaron la parcela cubierta de hierbajos y girasoles marchitos y llegaron a la fachada lateral de la casa. Avanzaron pegados a las frías tablillas de madera hasta la ventana de la que salía un resplandor de luz que se derramaba sobre el jardín abandonado, donde brillaba débilmente en una especie de eco luminoso sobre la tierra y los hierbajos.

Entonces oyeron unas voces dentro. La ventana no tenía cristal desde que alguien lo había roto de una pedrada. Pero todavía colgaba del marco una vieja cortina de encaje amarillento. Al levantar la cabeza distinguieron a través de la tela a una chica rubia acostada sobre un viejo colchón apoyado en el suelo al lado de dos velas encajadas en botellas de cerveza. Era una de las chicas del instituto con las que se cruzaban a veces en Main Street y estaba completamente desnuda. Estaba tumbada encima de una manta del ejército con las rodillas levantadas. Vieron el vello que le brillaba húmedo entre las piernas y vieron sus suaves pechos aplanados y sus caderas y sus brazos delgados. Tenía la piel del color de la nata, aunque un poco rosada. La miraron con sorpresa y con algo parecido al asombro y al fervor religioso. Estaba tumbada al lado de un chico pelirrojo que también estaba desnudo, solo que él llevaba puesta una camiseta gris con las mangas cortadas. Era un chico grande y musculoso y también era del instituto. A él también le habían visto antes. Y ahora le estaba diciendo a la chica que no se pusiera así, que solo sería una vez.

¿Por qué tengo que hacerlo?, dijo la chica.

Ya te lo he dicho. Porque él ha venido esta noche. Porque si venía le dije que podía.

Pero yo no quiero hacerlo.

Hazlo por mí entonces.

No me quieres, dijo ella.

Ya te he dicho que te quiero.

Y una mierda. Si me quisieras no me harías pasar por esto.

No te estoy haciendo nada. Solo te lo estoy pidiendo como un favor.

Pero es que no quiero.

Vale, Sharlene. A tomar por culo. No lo hagas.

El chico del instituto se levantó del colchón. Los dos niños le miraron desde el otro lado de la ventana rota. Estaba de pie, alto y musculoso, iluminado por las velas, con su camiseta sin mangas y las piernas desnudas. La tenía muy grande y la punta estaba morada. El pelo de encima también era rojo, pero más claro, más anaranjado que el de la cabeza. Se agachó para coger sus pantalones vaqueros y se los puso y se abrochó el cinturón.

Russ, dijo la chica.

Le estaba mirando desde el colchón.

¿Qué?

¿Estás enfadado?

Ya le había dicho que sí. Ahora no sé qué voy a decirle.

Está bien, dijo ella. Lo haré, pero solo por ti. Solo por ti, porque no quiero hacerlo.

Él la miró.

Ya lo sé, dijo. Voy a decírselo.

Y espero que lo aprecies, maldita sea.

Lo aprecio.

Y que no lo olvides, dijo ella.

Él salió por la puerta y los niños se quedaron mirando a la chica. Se incorporó sobre un codo, de cara a ellos, y agitó un paquete rojo de cigarrillos

y sacó uno y lo encendió inclinándose hacia la llama de la vela, con los pequeños pechos balanceándose libres, con el muslo y el costado iluminados por la danza de la llama, y se volvió a tumbar y aspiró el humo del cigarrillo y lo expulsó hacia el techo y tiró la ceniza al suelo. Levantó el otro brazo y se miró el dorso de la mano y después se la pasó por el pelo rubio y se lo apartó de la cara. Entonces apareció otro chico en la puerta. Era otro chico mayor del instituto.

Ella ni siquiera le miró.

Que sepas que no me gustas, dijo la chica. Así que no te hagas ilusiones.

Ya lo sé, dijo él.

Pues que no se te olvide.

¿Puedo sentarme?

Yo, desde luego, no pienso levantarme, dijo ella.

Él se sentó encima de la manta y la miró. Al cabo de unos instantes estiró un brazo y le tocó un pezón con los dedos extendidos.

Pero ¿qué te crees que haces?, dijo ella.

Russ me ha dicho que estabas de acuerdo.

Pues claro que no, joder. Pero se lo he prometido. Así que venga, acaba de una vez.

Ya voy.

Pues venga, joder.

El chico se quitó los zapatos de un puntapié y se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones y los calzoncillos y los niños vieron que también tenía pelo en ese sitio. La suya era más grande y estaba hinchada y levantada, y sin decir nada el chico se tumbó encima de la chica, que tenía las rodillas levantadas y separadas, y empezó a moverse encima de ella. Los niños vieron cómo subía y bajaba las nalgas blancas. Cada vez más rápido y después casi golpeándola con su cuerpo y entonces, al poco tiempo, gritó algo salvaje e

ininteligible, como si le doliera algo, y pegó la cara al cuello de la chica y siguió gritando y se agitó y tembló y después dejó de moverse. Mientras tanto la chica seguía tumbada sin decir nada, mirando el techo con los brazos pegados al costado, como si estuviera en otro sitio, como si él no estuviera ahí con ella.

Quítate de encima, dijo ella.

El chico levantó la cabeza y la miró a la cara y rodó sobre su cuerpo y se quedó tumbado boca arriba. Al cabo de un rato dijo:

Oye.

Ella volvió a coger el cigarrillo que había dejado encima de la tapa de un tarro al entrar él y le dio un par de caladas, pero el cigarrillo se había apagado. Se inclinó hacia la vela y volvió a encenderlo.

Oye, volvió a decir él. ¿Sharlene?

¿Qué?

Lo haces muy bien.

Pues tú no.

Él se apoyó sobre un codo y la miró.

¿Por qué dices eso?

Ella no le miró. Seguía tumbada boca arriba, fumando, con la mirada clavada en el punto del techo mugriento donde se reflejaba la llama de la vela.

¿Por qué no te largas de una puta vez?

¿Qué es lo que he hecho tan mal?, dijo él.

¿Quieres largarte de una puta vez?, dijo ella casi gritando.

Él se levantó y se vistió sin dejar de mirarla y salió de la habitación.

El primer chico volvió a entrar. Ahora estaba vestido y llevaba una chaqueta del instituto.

La chica le miró desde el colchón.

¿Qué tal?, dijo él.

¿Tú qué crees?, dijo ella. Por lo menos podrías acercarte y darme un beso, ¿no?

Él se agachó y la besó en la boca y le acarició los pechos y apoyó la mano entre sus piernas.

No hagas eso, dijo ella. Te he dicho que te estés quieto. Vámonos de aquí. Este sitio empieza a darme escalofríos.

Desde el otro lado de la ventana los dos niños vieron salir al chico del instituto de la habitación. Después miraron cómo la chica se ponía las bragas y se abrochaba el sujetador blanco con las manos en la espalda y los codos apuntando hacia fuera y cómo se ponía los pantalones vaqueros y cómo levantaba los brazos para ponerse la camisa y cómo se agachaba y soplabla para apagar las velas. La habitación se quedó a oscuras y solo pudieron oír sus pasos sobre el suelo de madera de pino. Fuera los niños se acercaron a la parte delantera de la casa y se escondieron pegados a las tablas de madera de la fachada y vieron salir a la chica con los dos chicos y los miraron mientras cruzaban el jardín abandonado y pasaban por debajo de los árboles y se subían al coche y se marchaban por Railroad Street. Hasta que solo pudieron ver los ojos rojos de los pilotos traseros haciéndose cada vez más pequeños en la fina polvareda que levantaba el coche.

Qué hijo de puta, dijo Ike.

Y el otro también, dijo Bobby. No veas el otro.

Volvieron a casa rodeados de hierbajos y de girasoles marchitos.

## LOS McPHERON

El ganado ya estaba en el corral. Las vacas y las novillas de dos años esperaban bajo el cielo despejado de finales de otoño. Las reses mugían agitadas y el polvo llenaba el aire cubriendo los corrales como si fuera una nube parda de mosquitos. Los viejos hermanos McPheron vigilaban el ganado desde un extremo del corral. Los dos llevaban pantalones vaqueros y botas y chaquetones de faena y gorras de franela con orejeras. Una gota transparente se asomó a la nariz de Harold y se estremeció temblorosa antes de desprenderse. Raymond tenía los ojos irritados y llorosos por el frío y por el polvo que levantaba el ganado. Ya estaba todo listo. Solo faltaba que llegara Tom Guthrie y acabarían el trabajo por este otoño. De pie, junto al corral, contemplaban el cielo.

Parece que este año se resiste a nevar, dijo Raymond.

Hace demasiado frío para que nieve, dijo Harold. Y el aire está demasiado seco.

Puede que nieve por la noche, dijo Raymond. No me extrañaría nada.

No va a nevar, dijo Harold. Mira el color que tiene el cielo.

Eso es lo que estoy mirando, dijo Raymond.

Volvieron a observar el ganado y sin decir nada más se alejaron del corral y condujeron hasta los establos, donde cargaron la camioneta con las pistolas para vacunar y el Ivermec y los medicamentos y las agujadas eléctricas. Añadieron el barril fumígeno al resto de las cosas y sujetaron la chimenea ennegrecida del barril a los tablones del lateral de la camioneta y volvieron al corral y dejaron todo el equipo encima del tambor del cable telefónico que,

volcado, hacía las veces de mesa improvisada. Dejaron el barril en el suelo, al lado de la manga del corral, y Harold se agachó lentamente y encendió una cerilla. Cuando el líquido del barril prendió, ajustó el tiro de la chimenea y el humo se alzó negro en el despejado cielo de invierno y el olor a queroseno se mezcló con el polvo que levantaba el ganado.

Volvieron la cabeza al oír el ruido de un motor: la camioneta de Guthrie que acababa de desviarse de la carretera. La vieja Dodge rodeó la casa y los cobertizos y pasó por delante de los árboles escuálidos y se detuvo junto a los dos hermanos. Guthrie y los dos niños se bajaron. Llevaban gorras y chaquetones de invierno.

¿Traes peones nuevos?, dijo Harold mirando a Ike y a Bobby.

Querían venir a echar una mano, dijo Guthrie.

Espero que no cobren demasiado, Tom, dijo Harold. Sabes de sobra que aquí no nos podemos permitir los salarios de la ciudad.

Hablaba con una animosidad fingida. Los dos niños le miraron.

No sé cuánto piden, dijo Guthrie. Tendrás que preguntárselo a ellos.

Raymond se acercó a los niños.

¿Qué me decís? ¿Cuánto nos va a costar vuestra ayuda?

Los niños se volvieron hacia el hombre mayor, que era algo más joven que el primero. Tenía la cara enrojecida por el frío y los ojos irritados y la barba cana de un par de días y la gorra calada hasta las cejas.

A ver, ¿cuánto queréis ganar?, dijo.

Ellos no sabían qué decir. Se encogieron de hombros y miraron a su padre.

Bueno, dijo Raymond. Ya hablaremos de eso después, cuando sepamos cómo trabajáis.

Les guiñó un ojo y se dio la vuelta y ellos supieron que ya no tenían por qué preocuparse. Se acercaron a la manga del corral y se pararon delante de la mesa improvisada y miraron las pistolas para vacunar y las cajas llenas de

medicamentos. Lo miraron todo y tocaron cuidadosamente la sangre seca que cubría las afiladas tenazas que se usaban para descornar al ganado y se acercaron más al barril fumígeno y extendieron los brazos para calentarse las manos con el calor. Una de las reses mugió al otro lado del cercado del corral. Los niños se agacharon y miraron entre los tablones intentando adivinar cuál había sido. Las reses se movían impacientemente, esperando que ocurriera lo que tenía que ocurrir.

Los hombres se pusieron manos a la obra. Guthrie se subió al cercado. Cuando las reses lo vieron, retrocedieron hasta amontonarse en el otro extremo del corral. Él se acercó con paso decidido. El ganado empezó a moverse a lo largo del cercado. Él corrió hacia delante, cortándoles el paso a las dos últimas reses, una novilla negra y una vaca con la cabeza moteada, y las obligó a retroceder. Ellas intentaban unirse al resto del ganado, pero cada vez que lo hacían él agitaba los brazos y gritaba. Finalmente entraron trotando desconfiadamente en el estrecho pasaje que conducía a la manga. En cuanto entraron, Raymond atravesó una tabla detrás de los dos animales para que no pudieran retroceder. Después picó a la novilla con la aguijada eléctrica, que soltó unas chispas al golpear contra su costado, y la novilla resopló y entró en la estrecha manga. Raymond aprisionó la cabeza de la novilla, que empezó a dar patadas y a golpearse contra los lados de la manga hasta que Raymond la inmovilizó apretando las barras laterales contra sus costillas. La novilla levantó el hocico negro y mugió aterrorizada.

Mientras tanto Harold se había quitado la chaqueta y se había puesto una vieja sudadera naranja a la que le faltaba una manga y se había embadurnado el brazo desnudo con un gel lubricante. Se puso detrás de la novilla y le levantó la cola. Metió la mano dentro del animal y sacó un poco de estiércol oscuro y verdoso y metió la mano más adentro, palpando en busca de un ternero. Miraba hacia el cielo con los ojos entornados por la concentración y

la cara pegada al flanco del animal. Palpó la dureza redonda del cuello del útero y la hinchazón que había detrás. Giró la mano. Los huesos del ternero ya se estaban formando.

Sí, esta está, le gritó a Raymond.

Sacó el brazo. Lo tenía rojo y cubierto de mucosas y excrementos y finos hilos de sangre.

Sostuvo el brazo extendido lejos de su cuerpo, expulsando vapor en el frío aire, y mientras esperaba a que la próxima res entrara, se plantó cerca del barril junto a los dos niños para entrar en calor. Estos miraban su brazo fascinados, y luego su cara enrojecida, y él asintió en su dirección, y luego se giró para mirar a la novilla en la manga.

Mientras su hermano palpaba a la primera novilla, Raymond le había examinado los ojos y la boca y le había puesto dos vacunas: Ivermec contra los piojos y las lombrices y leptó para evitar un posible aborto. Al acabar abrió la manga y la novilla salió brincando y levantó la tierra salpicada de excrementos secos. Se detuvo de golpe y volvió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, mugiéndole desconsoladamente a la gélida tarde invernal, y un largo hilo plateado de saliva salpicó su paletilla.

Raymond inmovilizó en la manga a la vaca vieja de la cara moteada y Harold se acercó y le levantó el rabo y limpió la mugre verde y metió la mano y el brazo, palpando en su interior. Pero no había nada que palpar. Movié los dedos buscando, pero no había nada que encontrar.

Está vacía, gritó. No ha debido de agarrar bien. ¿Qué hacemos con ella?

Siempre ha tenido buenos terneros, dijo Raymond.

Sí, pero ya se va haciendo vieja. Mira lo hundido que tiene el costado.

Puede que agarre la próxima vez.

¿Quieres pagar el pienso de todo el invierno para nada?, dijo Harold. Yo, desde luego, no.

Está bien. Suéltala, dijo Raymond. Pero nos ha dado buenos terneros. Al menos eso tienes que reconocerlo.

Abrió la barrera y la vieja vaca salió trotando de la manga y entró en el corral vacío donde estaba la rampa para cargar el ganado y levantó la cabeza moteada, olfateando el aire, y se dio la vuelta. Parecía nerviosa, fuera de sitio, incluso un poco temblorosa. La novilla negra que estaba en el corral de al lado mugió y la vaca vieja se acercó a ella y se tocaron los hocicos separadas por la valla.

Los dos niños lo observaron todo. Pisoteaban el suelo y agitaban los brazos dentro de sus chaquetones de invierno para luchar contra el frío mientras miraban lo que hacían su padre y los hermanos McPheron. Encima de ellos el cielo lucía tan azul como un tazón de loza recién lavado y el sol brillaba con fuerza. Pero a medida que avanzaba la tarde cada vez hacía más frío. Algo se estaba formando al oeste. A lo lejos las nubes se acumulaban sobre las montañas. Los niños no se separaban del calor del barril.

Cuando ya solo quedaban unas pocas vacas y novillas por examinar, Guthrie se apoyó en la parte del cercado que estaba más cerca del barril y se sonó con insistencia antes de doblar el pañuelo azul y guardárselo en el bolsillo.

¿Queréis echar una mano?, les dijo a los niños.

Sí.

Venga.

Ellos escalaron el cercado y saltaron dentro del corral. Las pocas reses que quedaban retrocedieron unos pasos sin dejar de mirarlos, nerviosas, con la cabeza levantada, como si fueran venados. El polvo que había dentro del corral hizo que los niños se cubrieran la nariz y la boca.

Fijaos en cómo lo hago, dijo el padre. Y tened cuidado. Están nerviosas.

Los niños miraron a las reses.

Separaos un poco y tened cuidado de que no os peguen una coz. Eso es lo único que os pueden hacer. Tened mucho cuidado con esa vaca bermeja.

¿Cuál?, dijo Ike.

Esa alta de ahí. La que no tiene nada de blanco en las patas. ¿La veis? La de la cola pelada.

¿Qué le pasa?

Nada, pero está muy nerviosa. Solo quiero que tengáis cuidado.

Los niños avanzaron a ambos lados de su padre. Las reses empezaron a moverse, amontonándose unas contra otras junto al cercado. Un tablón se rompió bajo su presión. Entonces las reses empezaron a esparcirse, corriendo junto al cercado, y Guthrie corrió hacia delante y gritó e hizo chasquear un fino látigo trenzado y lo sacudió contra el morro de una vieja vaca. La vaca resbaló sobre la tierra y resopló y se dio la vuelta y retrocedió un par de pasos seguida de una novilla con la cara blanca que no se apartaba de ella.

Guthrie y los niños las condujeron hasta la manga. Los niños se mantuvieron a un par de pasos de Tom mientras los dos animales trotaban delante de ellos levantando una nube de polvo. Al llegar a la entrada de la manga la novilla se asustó y se dio la vuelta.

Cerradle el paso, gritó Guthrie. Obligadla a dar la vuelta.

Bobby agitó los brazos.

¡Eh, eh!, gritó.

La novilla le miró fijamente con los ojos negros rodeados de pelo blanco y se dio la vuelta y levantó la cola y encorvó el lomo y golpeó el aire con las dos patas traseras y corrió hacia la manga, donde adelantó a la vaca vieja. Raymond metió el tablón entre las tablas del cercado en cuanto las dos estuvieron dentro.

¿Creéis que podéis hacerlo solos?, dijo Tom.

¿El qué?

Lo que acabamos de hacer. Tenéis que traerlas de dos en dos. Y tened cuidado.

¿Tú dónde vas a estar?, dijo Ike.

En la manga. Tengo que ayudar a Raymond. Es demasiado trabajo para un hombre solo. Además tenemos que quitarle un cuerno a esa vaca. Miró a los niños. Tomad. Esto os ayudará.

Le dio el látigo a Ike, que lo cogió y lo levantó un poco, como midiendo su peso, y lo sacudió sobre un trozo de estiércol que saltó por los aires.

¿Y yo qué?, dijo Bobby. Yo también necesito algo.

Su padre miró a su alrededor.

Raymond, gritó. ¿Me puedes acercar una de esas agujadas?

Raymond cogió una agujada y se la tendió por encima del cercado. Guthrie la cogió y les enseñó a los niños cómo funcionaba, cómo se giraba el mango y cómo se apretaba el botón para producir la descarga eléctrica. Apretó la agujada contra la puntera de su bota y la herramienta soltó una chispa.

¿Lo veis?, dijo.

Se la dio a Bobby, que la miró un momento antes de apretar la punta contra su zapato. Al oír el ruido de la chispa apartó el pie de golpe y miró a su padre y a su hermano sorprendido.

Yo también quiero usarla, dijo Ike.

Podéis turnaros, dijo Guthrie. Pero no os entusiasméis. Usadla solo cuando de verdad sea necesario. De todas formas, hace falta estar muy cerca para poder usarla.

¿Les duele?, dijo Bobby.

No les gusta, dijo Guthrie. Pero cumple su misión. Guthrie apoyó las manos en los hombros de los niños. ¿Estáis listos?

Sí, creo que sí.

Yo estaré en la manga si necesitáis algo.

Saltó la valla del corral y se unió a los hermanos McPheron. Inmovilizaron a la novilla y Harold la palpó. Estaba preñada. Raymond le puso las dos inyecciones y la dejó salir. Entonces metieron a la vaca en la manga y después de palparla y de vacunarla Guthrie le rodeó la cabeza con los dos brazos y tiró violentamente hacia un lado. La vaca dobló el cuello con los ojos llenos de terror y Raymond colocó las afiladas hojas de las tenazas alrededor del cuerno, que crecía torcido desde donde alguien había intentado cortarlo anteriormente. Apretó con todas sus fuerzas e hizo girar las tenazas hasta que por fin consiguió cortarlo. El cuerno cayó al suelo como una rama podada y dejó un blando espacio blanco en la cabeza del animal desde el que empezó a brotar un fino chorro de sangre que formó un pequeño charco en la tierra. Guthrie seguía sujetando a la vaca por la cabeza. El animal mugía con los ojos desorbitados por el miedo, intentando liberarse del abrazo de Guthrie mientras Raymond le echaba unos polvos en la herida para detener la hemorragia. La sangre dejó de manar y Raymond siguió echando polvos y los apelmazó en la herida con los dedos. Dejaron libre a la vaca, que entró en el corral agitando la cabeza. Un hilo de sangre le caía junto al ojo.

Los dos niños se emplearon a fondo con el ganado que quedaba en el primer corral. Cubiertos de polvo consiguieron llevar dos nuevas reses a la manga y Harold las palpó. Una de las vacas estaba seca. La llevaron al corral donde esperaba la vieja vaca de cara moteada. Los dos animales se olisquearon y se quedaron quietos, esperando junto a la valla.

Esa nunca ha agarrado bien, dijo Harold.

El veterinario Wycoff podría inseminar a las dos con su A-I, dijo Guthrie.

Ya, dijo Raymond. Pero ya sabes cuánto cobra.

¿Te hemos contado que una vez pillamos al viejo en plena faena?, dijo Harold.

No, creo que no, dijo Guthrie.

Pues sí, le pillamos en plena faena. Raymond y yo habíamos ido a verle por algo. No me acuerdo qué pasaba. La cosa es que cuando entramos en la clínica oímos unos ruidos detrás del mostrador. Así que nos asomamos y allí estaba el viejo detrás del mostrador con una chica tumbada boca arriba en el suelo rodeándole la espalda con las piernas y los brazos. Desde luego le tenía bien agarrado. La chica ni siquiera se inmutó al vernos. Solo dejó de moverse y bajó las piernas. Le dio una palmadita al viejo en la cabeza y se quedó mirándonos. El viejo le preguntó qué pasaba y ella le dijo que tenían compañía. ¿En serio?, le preguntó él sin darse la vuelta. Y ella le dijo que sí, que en serio. Así que el viejo volvió la cabeza y nos miró. ¿Y a que no sabes lo que hizo? Nos preguntó si era urgente. Nosotros le dijimos que no, que podía esperar y él nos dijo que le diéramos unos minutos, que en cuanto acabara estaría con nosotros.

Guthrie soltó una carcajada.

Desde luego, es único.

Sí que lo es, dijo Harold.

No tardó mucho, dijo Raymond. Supongo que ya estaba a punto.

Y ella, dijo Harold.

¿Qué estaba, pagando la visita?, dijo Guthrie.

No, dijo Harold. Creo que no. Creo que se habían puesto tan cachondos que no habían podido contenerse.

A veces pasa, dijo Guthrie.

Sí, supongo que sí, dijo Harold.

Sí, supongo que pasa, dijo Raymond.

Miró hacia la llanura que se extendía desnuda hasta el horizonte, donde se veían unos cerros azulados de tierra arenosa.

Solo quedaba la vaca bermeja, la vaca sobre la que Guthrie había advertido a los niños. Y ahora estaba todavía más nerviosa. Miraba a los niños con la cabeza alta, sin pestañear, como un animal salvaje que nunca hubiera visto a un ser humano. Los niños se habían mantenido alejados de ella. No querían que les diera una coz. Se acercaron despacio a la vaca y ella los miró fijamente y retrocedió unos pasos y empezó a trotar junto al cercado. Ellos le cerraron el paso. Era una vaca alta y tenía las cuatro patas rojas y los ojos rodeados de pelo blanco. Bajó la cabeza y se dio la vuelta con el rabo levantado y galopó en dirección contraria. Ellos la siguieron, acercándose cada vez más, hasta arrinconarla. La vaca los encaró. Tenía una mirada siniestra y los costados se le movían con la respiración. Ike se acercó un poco más y levantó el látigo y le cruzó la cara con la punta. La vaca pareció sorprendida. De repente saltó hacia un lado y galopó hacia Bobby y le golpeó antes de que el niño pudiera apartarse. Bobby aterrizó de espaldas y rebotó como un tronco de leña desechado y la vaca lo pateó antes de galopar hacia el otro extremo del corral. Bobby no se movía. La gorra había caído al lado de su pie y la aguijada no demasiado lejos de su mano. Se quedó quieto y miró el cielo despejado intentando respirar. Pero el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Bobby clavó los tacones en la tierra y los arrastró hacia delante y hacia atrás. Ike estaba agachado a su lado, mirándole y hablándole. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de pánico. Y entonces el aire entró de golpe en los pulmones de Bobby. Tosió y soltó una especie de sollozo agudo.

Su padre ya había saltado la valla y se había acercado corriendo. Ahora estaba agachado a su lado.

Bobby. ¿Estás bien? Bobby.

Los ojos del niño se movieron en distintas direcciones. Parecía asustado, sorprendido. Miró a su padre y a su hermano.

Creo que sí, dijo.

¿Tienes algo roto? ¿Dónde te duele?

Bobby se tocó los brazos. Después las piernas.

No, dijo. Creo que no.

¿Puedes sentarte?

El niño se incorporó y levantó los hombros y los bajó y movió la cabeza hacia delante y hacia atrás.

Te has dado un buen golpe, dijo Guthrie. Pero parece que solo es un golpe. Parece que estás bien.

Ayudó al niño a levantarse y le limpió la tierra de los hombros y del pelo.

Toma, dijo. Suénate.

Bobby se sonó y se limpió la nariz y miró el pañuelo para ver si tenía sangre, pero solo vio tierra y polvo. Se lo devolvió a su padre. Su hermano le colocó la gorra en la cabeza.

Habéis hecho un buen trabajo, dijo Guthrie. Estoy orgulloso de vosotros.

Ellos le miraron y después miraron a la vaca, que se había detenido en el otro extremo del corral.

Habéis hecho todo lo que habéis podido, dijo Guthrie.

Pero ¿y la vaca?, dijo Ike.

Dame el látigo, dijo Guthrie. Si queréis, podéis ayudarme. Pero manteneos alejados de ella.

Se acercaron lentamente. La vaca esperaba al otro lado del corral, pegada al cercado. No dejaba de mirarlos. Parecía salvaje, como un gato callejero. Parecía capaz de saltar los dos metros que tenía la valla y escapar. Dio varios pasos hacia un lado y después hacia el otro, intentando retroceder. Guthrie

siguió andando hacia ella con los dos niños detrás. Cuando la vaca empezó a darse la vuelta, él corrió rápidamente hacia ella y la golpeó con el látigo y ella se alejó soltando ceces y él la siguió corriendo y la volvió a golpear con el látigo y entonces, cuando estaba a punto de entrar en la manga, la vaca se dio la vuelta y corrió hacia la valla y saltó. Pero no lo consiguió. Cayó encima del cercado y se quedó atascada y empezó a mugir, aterrorizada, con medio cuerpo a cada lado de los tablones. Forcejeó por liberarse, dando patadas al aire.

Maldita seas. Para ya de una vez, le gritó Harold a la vaca. Los dos hermanos se habían acercado corriendo. Quédate quieta de una vez. Para ya, maldita hija de puta.

Intentaron calmarla, tranquilizarla, pero ella pataleaba y se revolvía frenéticamente. Era imposible acercarse. Guthrie escaló el cercado y saltó al corral donde estaban las reses que ya habían pasado por la manga e intentó empujarla hacia atrás, pero ella siguió moviéndose y pataleando hasta que de repente cayó de cabeza en el lado de la valla donde estaba Guthrie y dio una voltereta, la cabeza abajo, las patas traseras en el aire, y cayó de espaldas con un sonido seco. Entonces por fin se quedó quieta.

Mírala, dijo Harold. Vaya golpe que se ha dado la muy testaruda.

Se quedaron mirándola. Sus costados subían y bajaban al compás de la respiración. Tenía los ojos muy abiertos. Guthrie se acercó a ella y le levantó la cabeza con un pie. Eso pareció despertarla. Empezó a temblar y de repente se levantó. Guthrie se apartó rápidamente y ella se quedó quieta, tambaleándose, mirando airadamente a su alrededor. Se había hecho una herida en el costado con uno de los tablones de la valla. Los bordes de la herida temblaban y la sangre caía en rápidas y brillantes gotas. Tenía la cabeza y el cuello y el lomo cubiertos de tierra. Parecía una bestia del medievo, sucia y sangrienta y peligrosa. Agitó la cabeza, dio un par de pasos

y empezó a trotar, cojeando, hacia donde estaban el resto de las reses. Las reses retrocedieron desconfiadas.

¿Queréis que vaya a por ella?, dijo Guthrie.

No, déjala, dijo Harold. Tendríamos que matarla a palos para separarla de las demás. O está preñada o no lo está. Y, por lo que ha peleado, ella debe de pensar que lo está. La miró, allí al fondo, junto al resto del ganado. Creo que no le has caído bien, Tom.

Si queréis, voy a por ella, dijo Tom.

No, déjala. La tendremos vigilada.

¿Y la herida?

Ya cicatrizará. No te preocupes, esa vaca está demasiado cabreada con nosotros como para darnos el gusto de morirse.

Los dos niños ayudaron a llevar a las vacas hasta un prado cercano. La vaca bermeja iba cojeando en medio de las demás. Las dos vacas que no se habían quedado preñadas llamaron a las demás, mugiendo con la cabeza levantada, y se aproximaron al cercado, donde se quedaron mirando con la cabeza metida entre los tablones. Los niños ayudaron a recoger los frascos y las pistolas para vacunar y lo cargaron todo en la camioneta de los hermanos McPheron. Después se subieron a la Dodge y se sentaron al lado de su padre, que arrancó la camioneta y puso en marcha la calefacción mientras hablaba con Harold. Raymond se acercó a la ventanilla de los niños.

Bajad la ventanilla, dijo Guthrie. Raymond quiere decir algo.

Raymond sacó una cartera curtida del bolsillo interior de su chaquetón y abrió la cremallera y sacó dos billetes y se los dio a los niños.

Habéis hecho un buen trabajo, dijo.

Los niños dudaron un momento antes de aceptar los billetes y darle las

gracias.

Volved cuando queráis, dijo el hombre. Aquí siempre seréis bienvenidos.

No tenías por qué hacer eso, dijo Guthrie.

Tú métete en tus asuntos, dijo Raymond. Esto no tiene nada que ver contigo, Tom. Es algo entre los muchachos y yo. No lo olvidéis, chavales. Podéis venir cuando queráis.

Raymond se apartó de la camioneta. Los niños le miraron. Miraron su cara curtida y sus ojos inyectados de sangre y su gorra con orejeras. Tenía un aspecto sereno y bondadoso. Cerraron la mano alrededor de los billetes y no los miraron hasta que su padre se despidió de los dos hombres y dio marcha atrás y se alejó del corral y rodeó la casa y llegó a la carretera, donde la gravilla golpeaba los bajos de la camioneta mientras avanzaban hacia el oeste, hacia el anochecer. Entonces los dos niños abrieron la mano. Les había dado diez dólares a cada uno.

Es demasiado, dijo su padre.

¿Tenemos que devolvérselo?

No, dijo Guthrie. Se quitó la gorra, se rascó la coronilla y volvió a ponérsela. Supongo que no. Eso sería un desprecio. Ellos querían dárselo. Les gustó que vinierais.

Papá, dijo Ike.

¿Sí?

¿Por qué no están casados? ¿Por qué no tienen familia como todo el mundo?

No lo sé. Algunas personas nunca se casan.

El interior de la camioneta se había calentado rápidamente. Fuera, al otro lado de la cuneta, los arbustos y el alambre de la valla retrocedían a su paso. Más arriba, en el brazo de un poste telefónico, una rapaz posaba cobriza delante del ocaso. Los niños la miraron pero ella ni siquiera movió la cabeza

cuando pasaron a su lado.

Supongo que no encontrarían a la chica apropiada, dijo su padre. Quién sabe.

Bobby miró por la ventanilla.

Puede que no quisieran separarse, dijo.

Guthrie le miró.

Puede ser. Puede que fuera eso.

Al llegar al asfalto de la carretera principal giraron hacia el norte y los bajos de la camioneta dejaron de hacer ruido. Guthrie encendió la radio para escuchar las noticias vespertinas.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Cuando la chica le dijo cómo se llamaba, la mujer de mediana edad que había detrás de la ventanilla la miró y dijo:

Sí, la señorita Jones nos ha avisado.

Después hizo una marca con un lápiz en la lista que tenía delante y le dio tres hojas de papel a la chica y le dijo que tenía que rellenarlas. Ella cruzó la sala de espera y se sentó y apoyó las hojas sobre sus rodillas y se inclinó con el pelo cayéndole como una cortina a ambos lados de la cara. Se lo apartó por detrás de los hombros con un gesto automático. No sabía cómo responder a muchas de las preguntas. Querían saber si había antecedentes de cáncer en su familia, si algún pariente de su padre había tenido problemas de corazón, si algún pariente de su madre había padecido sífilis. En total eran más de cien preguntas. Solo respondió aquellas de las que estaba completamente segura. No creía que fuera buena idea intentar acertar las preguntas como hacía a veces con los exámenes del instituto. Al acabar volvió a acercarse a la ventanilla y le dio las hojas a la mujer.

No sé cómo contestar algunas preguntas, dijo.

¿Has contestado todas las que sabes?

Sí.

Está bien. Espera a que te llamemos.

Volvió a sentarse. La sala de espera era larga y estrecha. En cada una de las cuatro ventanas había una maceta con una planta enderezada con un palo. Había otras tres personas además de ella. Una mujer con un niño pequeño con la cara amarillenta y los ojos desproporcionadamente grandes. El niño se

apoyaba apáticamente en el hombro de su madre mientras ella le acariciaba la cabeza. Al cabo de un rato el niño cerró los ojos y apoyó la cabeza en el regazo de la madre y ella le pasó la mano una y otra vez por la mejilla enfermiza y amarillenta con la mirada perdida en una de las ventanas. La otra persona era un hombre mayor que llevaba un sombrero de fieltro gris firmemente calado en la cabeza, como una declaración de intenciones. Estaba sentado en una de las sillas de la pared de enfrente y tenía el pulgar de la mano derecha envuelto en un aparatoso vendaje. Apoyado sobre una rodilla el pulgar parecía un regalo envuelto apresuradamente. El hombre miró a la chica con ojos alegres. Parecía querer decirle algo, explicarle lo que le había ocurrido, pero no dijo nada. Simplemente se quedó mirándola en silencio. Al cabo de un rato una enfermera llamó a la mujer con el niño enfermo. Un poco después volvió a por el hombre del pulgar y finalmente la llamó a ella.

Al oír su nombre la chica se levantó y siguió a la mujer de la bata y los pantalones blancos por un estrecho pasillo flanqueado por numerosas puertas. Se detuvieron junto a una báscula y la enfermera la pesó y la midió antes de hacerla pasar a una pequeña habitación con una mesa de reconocimiento y un lavabo y un estante y dos sillas. La enfermera le tomó el pulso y la temperatura y la tensión y apuntó los resultados en una hoja.

Desnúdese y póngase esto, por favor, le dijo. El doctor vendrá enseguida.

La enfermera salió de la habitación y cerró la puerta.

Aunque se sentía incómoda, se desnudó y se puso la bata de papel con la abertura por delante y se sentó en la mesa de reconocimiento y se cubrió las piernas con una sábana de papel. La sábana y la bata eran blancas y ásperas. Esperó mirando la foto del paisaje otoñal que había colgada en la pared, observando esos árboles que crecían en algún lugar que nada tenía que ver con Holt, pues eran altos y tupidos y las hojas tenían tantos colores distintos que a la chica le costaba creer que pudieran ser reales. Entonces entró un

hombre mayor, el viejo doctor, solemne y formal y elegante y bondadoso con su traje azul marino y su blanca camisa y su pajarita marrón anudada con pericia debajo del cuello almidonado y cerró la puerta y le estrechó la mano con cordialidad y se presentó.

Ya he estado una vez en su consulta, dijo ella.

¿De verdad? No lo recuerdo.

Hace seis o siete años.

El médico la observó atentamente y sonrió. Detrás de las gafas sin montura sus ojos eran de un azul un poco más claro que el de su traje. Tenía la piel salpicada de manchas en las sienes y una mirada muy viva.

Eso son muchos años, dijo. Supongo que usted habrá cambiado bastante desde la última vez que la vi. Volvió a sonreír. Bueno, señorita Roubideaux, creo que debería examinarla. Cuando hayamos acabado podrá hacerme todas las preguntas que quiera. ¿Se ha hecho alguna vez una revisión ginecológica?

No.

Entiendo. No es muy agradable, pero seré todo lo cuidadoso que pueda. No se preocupe, acabaremos en un momento. Cogió un instrumento plateado de la bandeja que había en el estante. Esto es un espéculo. ¿Había visto alguno antes? Se abre así. Dibujó un círculo con el índice y el pulgar, introdujo el instrumento en el círculo y lo abrió. Puede que me oiga hacer girar esta tuerca. Es para mantener abierto el espéculo. Intente no contraer los músculos. Eso haría que resultase más difícil para mí y más incómodo para usted. Esta es la luz que me permitirá verle el cuello del útero y este es el bastoncillo para la citología. ¿Tiene alguna pregunta?

Ella le miró un momento antes de negar con la cabeza.

Él se quitó la americana azul y la dobló sobre el respaldo de una silla y se arremangó los puños almidonados de la camisa y se lavó las manos en el lavabo. Después volvió a acercarse a la mesa de reconocimiento.

Ahora le voy a pedir que se tumbe y que ponga los pies aquí arriba, por favor.

Ella apoyó los pies sobre los estribos. Él le cubrió las rodillas y los muslos con la sábana de papel y se puso unos guantes de látex y cogió el espejulo y lo cubrió con un poco de gelatina lubricante. Entonces se sentó en un taburete entre las piernas de la chica y bajó un poco la sábana para poder verle la cara.

Esta es la parte más desagradable. Ajustó la sábana. Deslícese un poco hacia delante, por favor. Gracias. Así está bien. Puede que note un poco de frío, dijo.

La muchacha se contrajo al sentir el espejulo en su interior.

¿Le he hecho daño? Lo siento.

Ella clavó la mirada en el techo. Él tenía la cabeza inclinada entre sus piernas abiertas.

Lo está haciendo muy bien. Intente relajarse. Ahora solo quiero ver cómo está todo.

Ella siguió mirando el techo y notó cómo se movía el espejulo dentro de ella y aguantó y escuchó la voz del médico que le explicaba lo que hacía en cada momento y por qué lo hacía y lo que iba a hacer después y le decía que todo iba bien y que ya quedaba poco. Ella no decía nada. Y entonces él acabó y sacó el molesto instrumento de metal.

Muy bien. Esto solo será un momento, dijo y le palpó los ovarios y midió el tamaño de su útero con una mano dentro y la otra fuera y de nuevo le explicó lo que estaba haciendo y después se quitó los guantes y le palpó los pechos y ella siguió sin moverse y él le dijo que convenía que ella se examinara los senos con cierta regularidad y le explicó cómo tenía que hacerlo. Al acabar se acercó al lavabo y volvió a lavarse las manos y se bajó las mangas de la camisa y volvió a ponerse la americana.

Ya puede vestirse, dijo. Volveré en un momento.

Ella se levantó y se quitó la bata de papel y se vistió. Cuando volvió el doctor, ella le esperaba sentada en la mesa de reconocimiento.

Como supongo que ya sabe, dijo, está usted embarazada de más de tres meses. Yo diría que casi de cuatro. ¿Cuándo tuvo el período por última vez?

Ella se lo dijo.

El bebé nacerá en primavera. Yo calculo que más o menos hacia mediados de abril. Pero me pregunto si lo que le estoy diciendo es una buena noticia para usted.

Ya lo sabía, si es eso lo que quiere decir, dijo la chica. Estaba convencida.

Sí, lo supongo. Pero eso no responde a mi pregunta.

El doctor dejó el historial de la chica sobre el estante. Acercó una silla a la mesa y se sentó con su elegante americana y su camisa blanca y la miró, ahí sentada en la mesa de reconocimiento, un poco por encima de él, con las manos en el regazo, un poco sonrojada.

Si me lo permite, quisiera hablarle con franqueza, dijo él. Le aseguro que nada de lo que me diga va a salir de aquí. Solo quiero que hablemos un poco, que tengamos una pequeña conversación de la que nadie tiene por qué enterarse.

No le entiendo, dijo ella.

Señorita Roubideaux, ¿desea usted tener este bebé?

Ella desvió la mirada. Parecía asustada.

Sí, quiero tenerlo.

¿Está segura? ¿Completamente segura?

Ella le miró a los ojos.

¿Me está preguntando si quiero darlo en adopción?

Esa podría ser otra opción, dijo él. Lo que quería decir es si está segura de querer tener este bebé. Si está segura de querer llevar el embarazo hasta el final.

Sí, eso es lo que quiero.

Entonces ¿verdaderamente desea tenerlo?

Sí.

Está bien. Entonces no tengo que preocuparme de que intente deshacerse de él usted sola o con ayuda de alguien que no sea un doctor, ¿verdad?

No.

Está bien. Me fío de usted. Eso es todo lo que quería saber. Sabe que no va a ser fácil, ¿verdad? Nunca es fácil para una chica de su edad. A su edad, el cuerpo no está preparado para tener un bebé. Pero usted parece fuerte. No parece ser una de esas chicas que se ponen histéricas en cuanto empiezan los problemas. Porque no es usted una de esas chicas, ¿verdad, señorita Roubideaux?

No, creo que no.

Entonces todo saldrá bien. ¿Fuma?

No.

No lo haga. ¿Bebe alcohol?

No.

Tampoco lo haga, al menos mientras esté embarazada. ¿Consume algún tipo de droga?

No.

¿Me está diciendo la verdad?, dijo mirándola fijamente. Después esperó unos segundos. Es importante que no me mienta. Todo lo que usted ingiera afectará a su bebé. ¿Entiende lo que quiero decir?

Sí.

Tiene que alimentarse bien. Eso es muy importante. La señora Jones puede ayudarla en eso. Seguro que es una buena cocinera. Lo normal es que gane un poco de peso, pero no debe engordar demasiado. Eso es todo lo que necesita saber por ahora. La veré el mes que viene. Debe hacerse una revisión cada

mes durante los ocho primeros meses de embarazo. Después las revisiones pasarán a ser semanales. ¿Tiene alguna pregunta?

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. Era como si lo que quería preguntarle fuera más importante y más doloroso que todo lo que había pasado hasta ahora.

¿Está bien el bebé?

¿Es eso lo que le preocupa? Claro que sí. El bebé está perfectamente. Creía que se lo había dicho. Si usted se cuida todo saldrá bien. Perdóneme si la he asustado. No era mi intención.

Ella lloró en silencio durante unos segundos. Tenía los hombros caídos hacia delante y el pelo sobre la cara. El viejo doctor le cogió una mano y la sujetó cariñosamente entre las suyas y permaneció en silencio junto a ella, mirándola con serenidad, como lo haría un abuelo, sin decir nada, respetando su dolor, como había aprendido a hacerlo tras todos esos años de profesión.

Después, cuando se calmó, la chica se despidió del doctor y salió de la clínica. En la calle la luz le pareció muy intensa, demasiado nítida y brillante, como si en vez de a última hora de una tarde de finales de otoño hubiera salido a pleno sol del mediodía de un día de verano.

## GUTHRIE

Era la última clase del día. Él estaba sentado a su mesa, delante de la pizarra, escuchando a los alumnos mientras miraba por la ventana. Fuera los rayos inclinados del sol iluminaban los escasos árboles que se alzaban desnudos a ambos lados de la calle. Era un día frío.

La chica alta que estaba hablando de pie junto a la pizarra acabó su exposición. Algo relacionado con Hamilton. Había dedicado la mitad de la exposición al duelo que había mantenido el presidente con Burr. Sus palabras apenas resultaban coherentes. La chica le miró y se acercó a la mesa y le entregó sus apuntes.

Gracias, dijo Guthrie.

Ella se dio la vuelta y se acercó a la ventana que daba al oeste y se sentó en su pupitre y él apuntó lo que quería comentarle cuando revisaran el ejercicio y volvió a consultar la lista que tenía delante y miró a sus alumnos. Por sus caras parecían a punto de enfrentarse a un desastre inevitable. Excepto los que ya habían salido a hablar. Los que ya habían hecho la exposición simplemente se aburrían.

Glenda, dijo.

¿Yo, señor Guthrie?, dijo una chica que estaba sentada en la fila de en medio.

Sí.

Es que no estoy preparada.

¿Tienes tus apuntes?

Sí, pero no estoy preparada.

Sal a la pizarra. Tendrás que hacerlo lo mejor que puedas.

Pero es que no me lo sé, dijo ella.

Venga, sal de una vez a la pizarra.

Ella salió a la pizarra y leyó sus notas en un flujo de palabras sin la menor inflexión que, de no estar tan aterrorizada, la habrían aburrido incluso a ella misma. Su exposición trataba sobre Cornwallis. Habló sobre la batalla de Yorktown pero ni siquiera llegó a la rendición. De repente, dio la vuelta a una hoja y vio que no tenía escrito nada más. Miró a Guthrie.

Es que no estaba preparada, dijo.

Después se acercó al escritorio y le dio sus apuntes a Guthrie y volvió a toda prisa a su pupitre y se sentó. Tenía la cara completamente colorada. Se miró las palmas de las manos como si ellas pudieran darle algún tipo de explicación o al menos pudieran ofrecerle algún consuelo. Después miró a la chica que estaba sentada a su lado y ella asintió, pero eso no pareció ser suficiente porque al final Glenda se escondió las manos debajo de la falda y se sentó sobre ellas.

Guthrie apuntó algo en sus notas y volvió a consultar la lista de nombres que tenía delante. Llamó al siguiente alumno. Un chico alto que llevaba unas botas vaqueras de color negro se levantó ruidosamente y avanzó hasta la pizarra y empezó a hablar. Acabó su exposición en menos de un minuto.

¿Ya está?, dijo Guthrie.

Sí.

¿No te parece que tu exposición ha sido un poco corta?

Esa es toda la información que he encontrado.

¿Esa es toda la información que has encontrado sobre Thomas Jefferson?

Sí.

¿Y sobre la Declaración de Independencia?

Sí.

¿Y sobre su mandato como presidente? ¿Y sobre su vida en Monticello?  
Sí.

¿Y se puede saber dónde has buscado la información?

En distintos libros.

Sí, ya me lo imagino. Déjame ver tus notas.

Solo tengo esta hoja.

Déjame verla.

El chico le dio la hoja de papel y volvió a su pupitre y se sentó pesadamente. Guthrie le observó. El chico parecía malhumorado. Tenía la mirada clavada en la pizarra. Los demás alumnos aguardaron callados, esperando a ver lo que decía Guthrie. Él miró por la ventana. Delante del instituto el sol todavía iluminaba las copas de los árboles, que proyectaban unas sombras tan definidas sobre la calle y la hierba seca que parecían dibujadas con un aerosol. Hacía semanas que no llovía y de noche las heladas cada vez eran más intensas. Volvió a mirar su lista y llamó a Victoria Roubideaux.

Ella se acercó a la pizarra. Llevaba una falda negra y un jersey de un suave tono amarillo. El pelo, negro como el carbón, le caía liso por la espalda. Guthrie se fijó en que se había cortado cuidadosamente las puntas para que el pelo acabara en una perfecta línea recta. Tenía mejor aspecto. Un aspecto más cuidado. Ella se detuvo delante de la pizarra y se dio la vuelta y empezó a leer con un tono de voz muy bajo. Tan bajo que casi no se la oía.

¿Podrías hablar un poco más alto, por favor?, dijo Guthrie.

¿Vuelvo a empezar desde el principio?

No, no hace falta.

Ella siguió leyendo sus notas, aunque apenas subió la voz. Guthrie observó su perfil. Sabía que la chica estaba viviendo en casa de Maggie Jones. Se lo había dicho la propia Maggie. Le parecía una buena idea. De hecho la chica

ya tenía mejor aspecto. Lo más probable es que hubiera sido Maggie quien le había cortado el pelo.

De repente los alumnos se alborotaron. Alguien había dicho algo en el fondo del aula y todas las chicas se habían dado la vuelta para mirar a Russell Beckman. Estaba sentado al final de la última fila, con los rizos pelirrojos peinados hacia delante sobre la frente y su chaqueta roja y blanca del instituto Holt County Union.

Victoria dejó de leer. Se quedó quieta, observando a sus compañeros con las notas en la mano. Parecía a punto de echarse a llorar.

¿Qué te pasa?, dijo Guthrie.

Ella se volvió hacia él y le miró con sus ojos oscuros.

¿Qué pasa?

Victoria no dijo nada. Se volvió hacia sus compañeros, que ahora la miraban en silencio y con gestos repentinamente inexpresivos, y clavó la mirada en Beckman. Estaba sentado en su esquina con la mirada perdida y las manos entrelazadas sobre el pupitre, como si no tuviera nada que ver con lo que había ocurrido. Ella siguió mirándole. Hasta que empezó a andar hacia la puerta, cada vez más rápido, y salió corriendo del aula. Detrás de ella la puerta chocó ruidosamente contra la pared y rebotó y Guthrie oyó sus pasos alejándose a toda prisa por las baldosas del pasillo.

Los alumnos se quedaron mirando la puerta que todavía no había dejado de temblar. Guthrie se levantó.

Alberta, dijo, ve a buscarla.

Una chica rubia de poca estatura se levantó en la primera fila.

¿Y si no la encuentro?

Tú ve a buscarla. No puede estar lejos.

Pero no sé adónde ha ido.

Te he dicho que vayas a buscarla.

La chica salió al pasillo.

Guthrie se acercó al pupitre de Russell Beckman. Los demás alumnos se fueron dando la vuelta a medida que Guthrie pasaba a su lado. Se detuvo delante del corpulento chico y le miró fijamente.

¿Qué has dicho?

No he dicho nada, dijo Russell Beckman.

Después hizo un gesto con la mano, como si se estuviera quitando de encima algo molesto.

¿Qué le has dicho a Victoria?

Si ni siquiera se lo decía a ella. Estaba hablando con este. Inclino la cabeza hacia el chico que se sentaba a su lado. Pregúnteselo a él.

Guthrie miró al chico de las botas vaqueras. Seguía teniendo la misma expresión malhumorada.

¿Qué ha dicho Beckman?

No lo sé. No le he oído.

No le has oído.

No.

Entonces ¿cómo es que le ha oído el resto de la clase?

Y yo qué sé. Pregúnteselo al resto de la clase.

Guthrie siguió mirándole. Después se volvió hacia Russell Beckman.

Quiero hablar contigo en el pasillo.

Yo no he hecho nada.

Venga, levántate.

Russell Beckman miró al chico de las botas vaqueras y resopló. El chico de al lado hizo una mueca. Había algo en sus ojos. Beckman volvió a resoplar, como si fuera objeto de una gran injusticia, y se levantó y empezó a andar lentamente entre los pupitres y salió al pasillo. Guthrie salió detrás de él y cerró la puerta. Se miraron.

Y ahora me vas a decir a mí lo que has dicho sobre Victoria.

Yo no he dicho nada sobre Victoria, dijo Russell.

Pues entonces me vas a escuchar a mí. Ya tienes bastantes problemas. Llevas varias semanas sin hacer el trabajo de clase y no pienso aprobarte hasta que te pongas al día.

¿Cree que eso me importa?

Te importará. Créeme que te importará.

¿Y usted qué sabe lo que me importa? Usted no sabe una mierda sobre mí. Sé más de lo que quisiera saber.

Váyase a la mierda.

Guthrie le cogió de un brazo. El chico forcejeó y chocó contra las taquillas metálicas. Se zafó violentamente de la mano de Guthrie y se colocó la chaqueta.

¿Qué cojones se cree que está haciendo? Usted no puede tocarme. Quíteme las manos de encima.

Tenía la cara de un intenso color rojo.

De ahora en adelante vas a mantener cerrada esa asquerosa boca, dijo Guthrie. Y espero por tu bien que nunca vuelvas a decir nada sobre Victoria.

Que le den por culo.

Guthrie volvió a cogerle del brazo pero el chico se zafó y le lanzó un puñetazo que le alcanzó de lleno en un lado de la cara y desapareció por el pasillo y salió a la calle y fue corriendo hacia el aparcamiento. Guthrie le observó desde las ventanas del pasillo. El chico se montó en su coche, un Ford azul oscuro, y salió del aparcamiento haciendo rechinar las ruedas. Guthrie permaneció junto a las ventanas y se obligó a sí mismo a respirar hondo un par de veces. No sentía la cara. Pensó que la sentiría sobradamente en un par de horas. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la boca y notó algo en la lengua y lo escupió en el pañuelo y se quedó mirándolo. Un trozo

de diente ensangrentado. Se lo metió en el bolsillo de la camisa y volvió a limpiarse la boca y se guardó el pañuelo. Al abrir la puerta de la clase se encontró con un silencio poco natural. Todos los alumnos le miraban.

Sacad los libros, dijo. Quiero que leáis el capítulo en el que estamos hasta que acabe la clase. Y os lo advierto, no quiero oír ni una sola palabra. Ya acabaremos las exposiciones orales mañana.

Los alumnos abrieron los libros. Alberta volvió justo antes de que sonara la hora. Cerró la puerta y se quedó de pie al lado de su pupitre sin mirar a Guthrie.

¿Dónde está Victoria?

Debe de haberse ido a casa, señor Guthrie.

¿Has mirado en los aseos?

Sí.

¿Y fuera?

No quería salir del edificio. Está prohibido salir sin permiso.

De todas formas, deberías haber salido a mirar.

Pero se supone que está prohibido.

Está bien. Siéntate.

La chica se sentó. Guthrie miró a sus alumnos. Ninguno leía. Todos le miraban. Entonces sonó la hora y empezaron a levantarse y Guthrie volvió a mirar por la ventana. Los árboles se recortaban oscuros contra la luz rojiza del atardecer.

## IKE Y BOBBY

Solo se la enseñaron a un niño. Querían volver a la casa abandonada. Querían entrar en la habitación y saber cómo se sentirían al estar dentro y al enseñársela a alguien más. Pero después se arrepintieron de haber querido saberlo. Era del curso de Ike, un niño alto y delgado con mucho pelo. Donny Lee Burris.

Fue un día al salir de clase. Ya habían salido del centro y habían cruzado las vías del tren. Estaban en Railroad Street. Pasaron por delante de su casa y Ike se detuvo y se puso en cuclillas. Era un día fresco y soleado de noviembre. No hacía nada de viento y era lo suficientemente tarde como para que sus sombras se alargaran detrás de ellos como harapos abandonados sobre la calle sin asfaltar. La tierra de la calle estaba seca y polvorienta después de tantos días sin llover.

Mirad. Estas huellas podrían ser de sus ruedas. No las toquéis.

Bobby y el otro niño, Donny Lee, se agacharon al lado de Ike para estudiar las huellas del coche del chico del instituto. Miraron en la dirección de las huellas, hacia donde había estado aparcado el coche esa noche, delante de la casa abandonada al final de Railroad Street, a unos cien metros de ellos, y también miraron más allá, hacia donde terminaba la calle sin tráfico y empezaban los hierbajos y los matorrales. El otro niño se levantó.

¿Cómo lo sabes?, dijo. Pueden ser de otro coche.

Son las de su coche, dijo Ike.

El niño siguió las huellas con la mirada y se dio la vuelta para mirar en dirección contraria y entonces borró un trozo de la huella con la punta del

zapato.

¿Qué haces?, dijo Ike. No hagas eso.

¿No íbamos a ver la casa?

Venga, vamos, dijo Ike.

Echaron a andar hacia la casa abandonada. A un lado de la calle la casa del hombre mayor que vivía al lado de ellos se alzaba pálida y silenciosa detrás de los frondosos arbustos y las altas ambrosías.

Al llegar al final de la calle se pararon a examinar el terreno de la casa abandonada, los algarrobos con las ramas rotas y la corteza medio pelada y los hierbajos y los girasoles marchitos que crecían por todas partes con la cabeza doblada por el peso. Todo tenía el aspecto seco y marrón de finales de otoño. La casa se alzaba polvorienta en medio del terreno, azotada por el paso del tiempo, con la puerta principal abierta de par en par y los cristales rotos. Excepto el de la ventana de la buhardilla, que, con su mosquitera desprendida en una esquina, tenía un aire misterioso, como si fuera un ojo a punto de cerrarse por el sueño.

¿Y ahora a qué esperamos?, dijo el niño.

A nada. Estamos mirando.

Yo voy a entrar.

Todavía se veían las huellas de las ruedas donde había estado aparcado el coche y las de las pisadas de los chicos y la chica del instituto al bajarse y subirse al coche. Ike y Bobby las examinaron agachados.

Yo voy a entrar, dijo el niño.

Tú te esperas, dijo Ike. Tienes que seguirme a mí.

Rodearon las huellas y entraron en el solar y recorrieron el camino cubierto de hierbajos hasta llegar al porche de madera seca y descolorida. Al entrar se encontraron una silla rota tirada en el suelo, un objeto inútil que los últimos inquilinos habían dejado abandonado como a un tullido incapaz de seguir su

ritmo. Una de las paredes estaba salpicada por largas manchas de humedad que descendían desde el techo. La chimenea estaba cubierta del hollín que desprendía el tubo de la estufa. El suelo estaba cubierto de periódicos amarillentos y colillas y trozos afilados de cristal verde. También había una lata oxidada.

¿Es aquí donde lo hicieron?, preguntó el otro niño.

Ike y Bobby miraron a su alrededor.

No, fue en el dormitorio, dijo Ike.

Vamos a verlo, dijo el niño.

Fueron a la siguiente habitación. El colchón seguía en el suelo con una vela encajada en una botella de cerveza a cada lado. Las colillas de los cigarrillos de la chica seguían en la tapa del tarro, con los filtros manchados de carmín. La manta del ejército estaba extendida sobre el colchón. Ike y Bobby se acercaron a la ventana desde la que habían visto a la chica y a los dos chicos del instituto que se habían aprovechado de ella y se asomaron por el hueco y vieron las hierbas pisoteadas justo en el sitio desde el que ellos lo habían visto todo aquella noche.

El otro niño se agachó al lado del colchón.

Ella gritaría mucho, ¿no?

Ike le miró.

¿Por qué iba a gritar?, dijo.

Porque eso es lo que hacen siempre. Chillan como locas cuando les entra por ahí. Porque los chicos la tienen muy grande y a las chicas les da mucho gusto.

Los dos hermanos le miraron con desconfianza.

¿Quién te ha dicho eso?, dijo Ike.

Eso es lo que pasa.

No te creo. Es mentira.

Me da igual lo que creas.

Pues ella no gritó, dijo Ike.

Estaba boca arriba sin moverse, dijo Bobby. Solo miraba el techo mientras esperaba que el chico dejase de molestarla.

Sí, claro, dijo el otro niño.

Apretó la cara contra la manta del ejército e inspiró con fuerza y los ojos se le pusieron en blanco.

¿Qué haces? ¿Por qué hueles la manta?, dijo Ike.

Quiero ver si todavía huele a la chica.

Los dos hermanos le miraron. Donny Lee hacía unas cosas muy extrañas. Acercaba la cara a la manta y la olía y después iba moviendo la manta bajo su nariz buscando el olor. A ellos no les gustaba que hiciera eso en esa habitación. No les parecía bien.

Deja esa manta en paz, dijo Bobby.

Solo la estoy oliendo.

Te he dicho que la dejes, dijo Bobby.

Deja ya la manta, dijo Ike. Y levántate de ahí.

El niño hizo una mueca de asco y se apartó del colchón y sacó la vela gastada del cuello de una de las botellas de cerveza.

Esta me la quedo, dijo.

No, dijo Ike. Déjala donde estaba.

No es tuya. Solo son trastos usados. No valen nada. ¿Por qué no puedo llevármela?

Ellos iban a decirle por qué cuando oyeron algo en el porche. Oyeron las suelas sobre los tablones de madera y después oyeron las pisadas entrando en la casa abandonada.

¿Quién hay ahí?

Era la voz del hombre mayor de la casa de al lado. Una voz aguda y

malhumorada. Una voz de loco. No contestaron. Miraron hacia el hueco de la ventana.

¿Quién hay ahí?, gritó la voz. ¿Quién está ahí dentro?

Le oyeron cruzar la primera habitación. Apareció en la puerta y los observó con su peto sucio y sus botines negros y la camisa de faena y los ojos rojos y enloquecidos y brillantes y la cara sin afeitar. Tenía una escopeta.

Malditos críos. ¿Qué hacéis aquí?

Solo estábamos mirando, dijo Ike. Ahora mismo nos vamos.

No tenéis ningún derecho a entrar aquí. Condenados críos. Siempre estáis rompiendo cosas.

No estábamos haciendo nada, dijo el otro niño. Además, esta casa no es suya.

Mira el listillo este. Maldito hijo de puta. Te voy a volar la tapa de los sesos.

Levantó la escopeta y apuntó al niño.

No, espere, dijo Ike. Ya nos vamos. No se preocupe. Venga, vámonos.

Empujó a Bobby y cogió al otro niño del brazo y tiró de él. Pasaron al lado del hombre mayor, que olía a queroseno y a sudor y a algo agrio como el grano almacenado en un silo. Él se volvió y los siguió sujetando el arma con manos temblorosas.

Y no se os ocurra volver por aquí si no queréis que os vuele la cabeza. La próxima vez no haré preguntas.

No estábamos haciendo nada, dijo el otro niño.

¿Qué has dicho? Me parece que al final voy a tener que llenarte la cabeza de plomo.

Volvió a levantar la escopeta y la movió hacia arriba y hacia abajo.

Ya nos vamos, dijo Ike. Ya nos vamos.

Salieron de la casa abandonada y corrieron hacia la calle. El viejo salió

detrás de ellos y los observó desde el porche. Al llegar a Railroad Street los niños se volvieron. El viejo seguía ahí, de pie en el porche, perfilado contra el sol del atardecer, con el peto sucio y la vieja camisa azul y la escopeta en la mano. Levantó el arma y volvió a apuntarlos. Ellos se alejaron.

Por lo menos tengo esto, dijo el otro niño en cuanto perdieron de vista al viejo.

Se paró y sacó la vela del bolsillo del pantalón.

Te habíamos dicho que no cogieras nada, dijo Bobby.

Solo es una vela.

Da igual lo que sea, dijo Ike. No es tuya. Tú no viste a la chica.

¿Y qué? La chica no me importa.

Tú no viste cómo estaba esa noche.

He visto a muchas chicas sin ropa. Les he visto las tetas muchas veces.

Pero a ella no la viste, dijo Ike.

¿Y qué?

Ella es distinta. Es muy guapa. ¿A que sí, Bobby?

Sí, es muy guapa, dijo Bobby.

Y a mí qué me importa. La vela es mía. La he cogido yo.

Siguieron andando. Cuando llegaron a la altura de la casa de Ike y Bobby el otro niño siguió andando hacia el pueblo y los dos hermanos dieron media vuelta, dejaron atrás la casa vacía y se dirigieron hacia donde estaban los dos caballos adormilados, junto al establo. Entraron en el corral para estar cerca de los caballos.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Al salir del café Holt, después de fregar y de cenar algo, no fue directamente a casa de Maggie Jones. En vez de eso caminó sin rumbo por el pueblo, sola, con el abrigo abotonado hasta la barbilla y las manos metidas en las mangas.

Telefoneó desde una cabina que había en la carretera, justo al final del pueblo, al lado de la zona de descanso con la mesa de picnic y los cuatro raquíticos olmos sin hojas. De día los corredores de ganado solían usar ese teléfono apoyados en el capó de sus polvorientas camionetas, tirando del cable mientras apuntaban los últimos precios en sus cuadernos. Pero ahora era de noche. El sol se había puesto hacía dos horas y el viento de invierno arrastraba el polvo por la carretera y lo depositaba en las crestas de tierra que se habían formado a cada lado. Las nuevas farolas iluminaban el asfalto desierto con una luz amarillenta. Pidió el número de información de Norka, el primer pueblo que había hacia el oeste, y llamó y la telefonista le dio el número de la madre del chico.

La mujer contestó inmediatamente. Parecía enfadada.

¿Está Dwayne?

¿De parte de quién?

Soy una amiga de Dwayne.

Dwayne ya no vive aquí.

¿Está en Denver?

¿Quién eres?

Victoria Roubideaux.

¿Cómo?

Ella volvió a decir su nombre.

Dwayne nunca me ha hablado de ti.

Somos amigos. Nos conocimos el verano pasado.

Eso es lo que tú dices. ¿Cómo sé que no estás mintiendo?

Ella miró la carretera. Un papel revoloteaba entre el polvo acumulado en la cuneta.

¿Podría darme su número de teléfono, por favor? Necesito hablar con él. Tengo que decirle algo.

Escúchame bien, jovencita. Ya te he dicho que no vive aquí y no voy a darle su número de teléfono a la primera chica que me lo pida. Mi hijo tiene cosas que hacer. Tiene un trabajo y no quiero que le molesten. Así que déjale en paz. ¿Me has entendido?

La mujer colgó.

Ella también colgó. Se sentía muy sola. Por primera vez estaba verdaderamente asustada. Ya casi nunca vomitaba por las mañanas pero a veces seguía teniendo ganas de llorar y los pantalones vaqueros y las faldas ya no le cerraban y para que no se le cayeran los sujetaba con una goma elástica y dos imperdibles. Eso había sido idea de Maggie Jones. Miró la carretera. Primero hacia un lado, después hacia el otro. Un gran camión cisterna se acercaba al pueblo desde el oeste. Oyó el silbido de los frenos cuando pasó a su lado. Sentado en lo alto de la cabina el conductor la miró de arriba abajo con la cabeza tan torcida que parecía que tenía el cuello roto.

Miró hacia el café de Shattuck. Estaba al otro lado de la carretera, a una manzana. Decidió ir al café. No quería volver a casa de Maggie tan temprano. Ella todavía no habría llegado y el viejo estaría ahí solo. Empezó a andar hacia el local. Se sentía frágil, sentimental. Era como si el pasado la atrajera hacia el café. Allí era donde compraban las hamburguesas y las Coca-Colas antes de conducir hacia el norte por los caminos de tierra sin nombre, hacia

las llanuras abiertas, los dos solos a esa hora del día en la que el cielo empieza a hacerse más profundo y a llenarse de color y empiezan a verse las primeras estrellas, cuando los pájaros vuelan de regreso a su hogar.

El café de Shattuck tenía una sala estrecha con tres mesas pegadas a la pared para la gente que no pedía desde el coche. Había una mujer joven con dos niñas pequeñas sentadas a una de las mesas. El pelo rojo de la mujer parecía teñido. Estaba comiendo chile de un tazón de poliestireno mientras las niñas comían perritos calientes y bebían batidos de chocolate con pajitas.

Victoria se acercó a la ventanilla que había junto al mostrador y pidió una Coca-Cola. La vieja señora Shattuck le dio el vaso y ella se sentó a la mesa de la esquina y dejó el bolso rojo encima de la mesa. Se desabrochó el abrigo, bebió un poco de Coca-Cola y miró por la ventana. Vio pasar un coche lleno de chicos del instituto. Tenía las ventanillas bajadas y la música sonaba a todo volumen. Al cabo de un rato pasaron dos camiones llenos de ganado que hicieron vibrar las ventanas del café. A través de las grandes aberturas de ventilación que se abrían en los costados de aluminio de los camiones se veía el pelaje marrón de las vacas. El aluminio estaba cubierto de chorros de estiércol.

La mujer del pelo rojo había encendido un cigarrillo después de acabarse el chile y seguía con el pie el ritmo de la música country que salía por los altavoces del techo. Tenía el talón fuera del zapato. «De verdad que me tenías, cielo, pero ya es demasiado tarde», decía la canción. La mujer seguía moviendo el pie. Y entonces, de repente, se levantó y gritó:

Ay, Dios mío, pero ¿es que eres tonta?

Tiró bruscamente del brazo de la más pequeña de las dos niñas, obligándola a levantarse.

Ya sabía yo que tenía que pasar.

Un charco de batido de chocolate se extendía sobre la mesa. El líquido

marrón empezó a derramarse por el borde. Parecía una pequeña cascada de agua turbia. La niña se apartó un poco de la mesa y miró cómo caía el líquido. Estaba pálida. Empezó a gimotear.

Ahora no empieces, dijo la mujer. Ni se te ocurra.

Cogió unas servilletas de papel y las pasó por la mesa, esparciendo aún más el charco marrón. Después se secó las manos con otra servilleta.

Joder, dijo. Mira la que has montado.

Por fin cogió su bolso y salió del café. Las dos niñas la siguieron gritando que las esperase.

La chica observó a la madre y a las dos hijas por la ventana del café. La madre ya había arrancado el coche y estaba dando marcha atrás sobre la gravilla cuando la mayor de las niñas consiguió abrir la portezuela del copiloto. Las dos niñas saltaban intentando montarse en el coche en movimiento. Por fin consiguieron entrar, pero la puerta se había quedado demasiado abierta y no lograban cerrarla. El coche se detuvo de golpe. La mujer se bajó y rodeó la parte delantera y cerró la portezuela abierta del otro lado con un sonoro portazo y volvió a subirse y dio marcha atrás hasta la carretera, donde giró antes de alejarse a toda prisa.

El batido se extendía por el suelo en un charco marrón. La señora Shattuck apareció arrastrando una fregona y empezó a limpiar el suelo. Se detuvo un momento y miró a la chica.

¿Has visto algo igual en toda tu vida?

Lo ha hecho sin querer, dijo la chica.

No, no me refiero a eso, dijo la señora Shattuck. ¿Creías que lo decía por la niña?

Ya eran más de las diez cuando llegó a casa. Aun así, era demasiado pronto.

Maggie Jones todavía no había vuelto del instituto. Se acercó de puntillas a la habitación del viejo y entornó la puerta para mirar dentro. Estaba dormido. Dormía en la parte trasera de la casa, en una habitación en la que él mismo podía controlar la temperatura. Y aunque hacía un calor sofocante se había dormido con la ropa puesta y una manta subida hasta el cuello. Sus zapatos se marcaban abruptamente bajo la manta y tenía un libro abierto apoyado a la altura del pecho. Ella volvió a cerrar la puerta y fue al cuarto de la costura donde dormía y se puso el camisón.

Estaba lavándose la cara en el cuarto de baño cuando la puerta se abrió de repente. Se dio la vuelta. El viejo la miraba con el pelo blanco alborotado. Los mechones parecían hebras secas de una mazorca de maíz. La miraba fijamente con los ojos brillantes e inyectados en sangre.

¿Qué estás haciendo aquí?, dijo él.

Ella le miró con cautela.

Vivo aquí, dijo por fin.

¿Quién eres? ¿Quién te ha dado permiso para entrar en esta casa?

Señor Jones...

Largo de aquí. Fuera. Voy a llamar a la policía.

Señor Jones, vivo aquí. Intente recordar. Usted me conoce.

No te he visto en mi vida.

Me ha invitado la señorita Jones.

La señora Jones está muerta.

No, esa señora Jones no. Su hija.

¿Dónde está mi hija?

No lo sé. Creo que tenía una reunión en el instituto. Debe de estar a punto de llegar.

Eso es mentira.

El viejo se acercó a la chica. Ella retrocedió. Él levantó la mano y le dio

una bofetada y después otra. Ella empezó a sangrar por la nariz.

Basta ya, señor Jones. Por favor, gritó. Estaba arrinconada contra la mampara de la ducha, de lado, protegiéndose el vientre con una mano por si él intentaba golpearla en otro sitio que no fuera la cara. Por favor. Usted realmente no quiere pegarme.

Fuera de aquí.

Está bien. Ya me voy. Salga un momento del baño y ahora mismo me voy.

El viejo la miró con ojos dementes.

Está todo en el banco, dijo. No te vas a llevar nada.

¿Qué? No, se equivoca. Por favor, espere fuera un momento. Por favor. ¿Haría eso por mí?

Yo tengo la llave. La tengo yo y tú no sabes dónde.

Sí, tiene razón. Pero espéreme fuera. Solo será un momento. Por favor.

¿Por qué tengo que esperar fuera?

Es solo un momento. Quiero limpiarme la cara.

Él la miró.

Se me está acabando la paciencia, dijo.

Después miró a su alrededor. Seguía teniendo los ojos rojos, salvajes. De repente se dio la vuelta y salió del cuarto de baño.

Ella corrió inmediatamente el pestillo y él permaneció fuera, hablando en voz baja, haciendo guardia al otro lado de la puerta, esperando a que ella saliera. La chica estuvo una hora entera encerrada en el cuarto de baño. Bajó la tapa del retrete y se sentó y atajó la hemorragia con papel higiénico. Él seguía fuera, hablando solo en el pasillo. Sonaba como si se hubiera sentado apoyado contra la pared.

A las once, cuando Maggie Jones llegó a casa, se encontró a su padre sentado

en el suelo delante del cuarto de baño.

Pero, papá, dijo, ¿qué haces aquí?

Está ahí dentro. No puede escapar.

¿Es usted, señorita Jones?

¿La oyes?, dijo el viejo. Es ella. La tengo atrapada.

Victoria vive aquí, papá, dijo Maggie Jones. ¿No te acuerdas de ella? ¿Estás bien, cielo?, dijo al tiempo que se acercaba a la puerta del cuarto de baño.

No sé qué he hecho, dijo la chica desde el otro lado de la puerta. No sé por qué se ha puesto así.

No pasa nada. No te preocupes. Tú no tienes la culpa, cielo.

Quiere la llave. Eso es lo que quiere, dijo el viejo.

No, papá, eso no es verdad. Venga, vamos a acostarte.

Eso es lo que quieren todas.

Maggie ayudó a su padre a levantarse y lo acompañó hasta el dormitorio. Él se dejó llevar dócilmente. Ella lo ayudó a desvestirse y le quitó los zapatos y los dejó en el suelo, al lado de la cama, mientras él esperaba desnudo en el sofocante calor de la habitación, con los brazos pegados al cuerpo. La piel le caía flácida de los codos y las rodillas y tenía los muslos delgados como dos palos y las nalgas insignificantes y viejas y cetrinas. Parecía un niño pequeño. Ella le ayudó a ponerse el pantalón del pijama y le abotonó la camisa y él se acostó en la cama y ella lo cubrió con las mantas.

Papá, dijo mientras le arreglaba un par de mechones. No puedes volver a hacer eso. Por favor. No puedes tratar así a Victoria.

Quiere la llave.

Escúchame, papá. Es nuestra invitada. Tienes que tratarla bien. La pobre ya tiene suficientes problemas.

De todas formas, no va a encontrar la llave.

Olvida eso ya, papá. Y ahora descansa. Seguiremos hablando mañana. Intenta dormir un poco.

Maggie se agachó y le dio un beso y mantuvo la cara apoyada contra la mejilla de su padre durante un buen rato. Él empezó a relajarse. Ella le pasó la mano por encima de los ojos y él los cerró. Ella siguió acariciándole la cara. Cuando por fin se durmió, Maggie Jones salió al pasillo y encontró a la chica en el dormitorio que habían improvisado en el cuarto de la costura. Estaba de pie, junto al tocador. El largo camisón blanco casi le llegaba hasta los pies. Tenía los ojos muy abiertos. Parecía muy cansada. Estaba pálida. Se acercó a ella. Solo era una chica de instituto y el embarazo empezaba a notarse alrededor de su cintura.

¿Te ha hecho daño, cielo?

No, estoy bien.

¿Seguro?

Sí, estoy bien, señorita Jones, pero creo que tengo que buscar otro sitio para vivir. Su padre me odia.

Pero, cielo, si ni siquiera sabe quién eres.

Pero me da miedo. No sé qué hacer.

¿Puedes quedarte en casa de alguna amiga?

No se me ocurre nadie, dijo la chica. No me gusta pedir favores.

Bueno, cielo, vete a la cama, dijo Maggie Jones. Ahora estoy aquí.

## IKE Y BOBBY

Era por la tarde. Estaban sentados en sus bicicletas, mirando la casa de Chicago Street desde la otra acera. Una casita con las fachadas enlucidas de estuco que se alzaba detrás de los tres pequeños olmos que crecían en el césped del jardín. Una larga lágrima de resina caía desde una rama podada, junto al estrecho camino de cemento que llevaba a la puerta principal. Era una casita de una sola planta. Ni siquiera tenía sótano. El tejado era de madera y el color verde de las fachadas había perdido toda su viveza. Aunque sabían que ella estaba dentro, la casita parecía vacía. Estuvieron mirándola mucho tiempo.

Entonces cruzaron la calle empujando las bicicletas y se detuvieron y volvieron a mirar a la casa, bajaron los caballetes y aparcaron las bicis en la acera y se acercaron a la puerta.

Venga, llama, dijo Bobby.

Ike llamó a la puerta de madera sin barnizar.

Llama más fuerte. No te va a oír, dijo Bobby.

Llama tú.

Bobby bajó la mirada.

Está bien, dijo Ike.

Volvió a llamar, esta vez un poco más fuerte, y esperaron con la vista clavada en el suelo. Detrás de ellos la calle estaba en silencio. No pasaba ningún coche. Cuando ya creían que no iba a abrir, la puerta se abrió hacia dentro y allí estaba su madre. Los miró con ojos apagados, sin brillo. No tenía buen aspecto. Parecía muy cansada. Había sido una mujer muy guapa con un

bonito pelo castaño y los brazos esbeltos y la cintura estrecha. Pero ahora parecía una mujer enferma. Tenía los ojos hundidos detrás de unas ojeras oscuras y estaba pálida y tenía la cara delgada y huesuda, como si llevara muchos días sin comer, como si hubiera perdido el apetito, como si masticar y tragar se hubiera convertido en un gran esfuerzo para ella. Todavía llevaba puesto el albornoz y tenía el pelo aplastado contra un lado de la cara.

Sí, dijo con un tono de voz seco y monótono que no reflejaba ningún sentimiento.

Hola, madre.

¿Ha pasado algo?, dijo mientras se ponía una mano en la frente para protegerse los ojos del sol.

No, solo queríamos verte.

Se sentían avergonzados. Se giraron y miraron hacia la calle, hacia la acera de enfrente, hacia el lugar exacto desde el que habían estado observando la casa.

¿Queréis entrar?

Si no te molestamos...

La siguieron al salón, donde la ropa descansaba tirada de cualquier forma sobre los muebles anónimos. Había tazas de café y platos llenos de comida sin probar por todas partes.

No esperaba a nadie, dijo ella.

Se sentó en el sofá y subió las piernas y metió los pies bajo su cuerpo. Ellos seguían de pie.

Sentaos donde queráis.

Ellos se sentaron en las dos sillas de madera que había enfrente del sofá y miraron hacia ella y tras esa primera vez ya no volvieron a mirarla a los ojos. Ella jugueteaba nerviosamente con el cinturón del albornoz, enroscándolo y desenroscándolo alrededor de un dedo. Sus piernas asomaban blancas por

debajo del dobladillo abierto del albornoz. Tenía los pies amarillentos.

¿Os ha mandado vuestro padre?

No, contestó Ike.

Papá no sabe que hemos venido, dijo Bobby.

¿Pregunta por mí?

Hablamos de ti, dijo Ike.

¿Y qué decís?

Que te echamos de menos.

Y que no sabemos si estarás bien aquí sola, dijo Bobby.

Eso me hace sentir mejor, dijo ella. Miró a su alrededor. ¿Cómo está él?

¿Papá?

Sí.

Está bien.

He oído que ahora pasa mucho tiempo fuera de casa.

A veces sale por la noche, cuando nosotros ya estamos acostados, dijo Ike.

¿Adónde va?

No lo sabemos.

¿No os lo dice?

No.

Eso no me gusta, dijo ella. Se miró las manos, las puntas de los dedos, largos y finos. Debe de pensar que estoy loca. Debe de pensar que me he vuelto completamente loca. Eso es lo que debe de pensar. Miró a los niños. ¿Sabíais que no quiere que vuelva a casa? Me ha dicho que no quiere que vuelva.

Nosotros sí queremos que vuelvas.

Todavía no estoy loca, dijo ella. No, no estoy loca. ¿A vosotros os parece que estoy loca?

No.

No. Claro que no, y ya no creo que me vaya a volver loca. Clavó la mirada en un punto del otro extremo del salón. Antes creía que acabaría volviéndome loca, pero ya no lo creo. Es solo que no sé qué hacer sobre las cosas que pienso. Me paso el día pensando. No consigo dejar de pensar. Todavía no sé qué voy a hacer sobre eso. Los estaba mirando fijamente. ¿Qué os parece? ¿Verdad que es un lío?

Podrías salir más a menudo, dijo Ike.

¿Crees que eso me ayudaría?

Puede que sí.

¿Cuándo vas a volver a casa?, dijo Bobby.

No lo sé. No me presionéis. Necesito tiempo. No quiero que me hagáis ese tipo de preguntas. ¿Vale?

Vale.

Le regaló una sonrisa triste a Bobby.

Gracias, dijo.

¿Quieres que te ayudemos a recoger un poco?, dijo Ike.

¿Por qué lo dices? ¿Qué pasa?

No, nada. Es por si querías que te ayudásemos a recoger todo esto.

Ike abarcó la habitación con un gesto de la mano.

No, no hace falta. Ahora estoy un poco cansada. Se cerró el cuello del albornoz con las dos manos. Creo que voy a tumbarme un poco. No me encuentro bien.

Tendrías que ir al médico.

Ya. Tienes razón. ¿Os importa que me eche un poco?

Pareces cansada, madre.

Volveremos otro día, dijo Bobby.

¿Quieres que te traigamos algo la próxima vez que vengamos?, dijo Ike.

Ella los miró.

No sé. Podrías traerme un poco de café. No me queda café.

Vale. Te traeremos café.

Podéis apuntarlo en mi cuenta en la tienda de Johnson.

Se levantó y fue andando lentamente al dormitorio y ellos salieron a la calle y hablaron de lo que iban a hacer y se montaron en sus bicicletas y fueron al colmado de Johnson, que estaba en Main Street, y se acercaron a un estante que estaba lleno de diferentes tipos de café con precios distintos y eligieron una lata verde que les sonaba y la cargaron a la cuenta de su madre. Después se acercaron a la tienda de Duckwall, que estaba en la misma manzana, y se pasaron quince minutos delante del mostrador de perfumes mientras el dependiente les enseñaba los distintos frasquitos.

¿Cuánto cuesta ese?, dijo Ike.

¿Este?

Sí.

Cinco dólares.

Al final eligieron el que podían pagar con lo que habían ganado repartiendo los periódicos y con lo que les quedaba del dinero que les había dado Raymond McPheron por ayudarle con el ganado: un frasco azul con un olor muy dulce y un tapón plateado y una etiqueta que decía «Noche en París». Con el dinero que les sobró compraron una cajita con la tapa transparente que tenía dentro una docena de bolitas de distintos colores de espuma para el baño. Le pidieron a la mujer de mediana edad que los había atendido que envolviera las dos cosas en papel de regalo y que les pusiera un lazo.

Y volvieron a la casita de Chicago Street. Ya era bastante tarde y empezaba a hacer frío. Las sombras de los árboles se alargaban sobre la calle. Llamaron a la puerta y esperaron mucho tiempo antes de que ella les abriera. Parecía que se acababa de despertar de un sueño largo y profundo.

Le dieron el café y ella cogió la lata con manos temblorosas y entonces le enseñaron las dos cajitas envueltas en papel de regalo.

¿Los habéis comprado vosotros?

Sí.

¿Qué son?

¿Por qué no los abres?

¿Me habéis comprado dos regalos?

Venga, ábrelos.

Ella deshizo los lazos con cuidado y desenvolvió los regalos. Al ver lo que contenían los paquetes se echó a llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Oh, Dios bendito, dijo sin dejar de llorar, y abrazó a los dos niños sin soltar los regalos. Oh, Dios, ¿qué voy a hacer con todo esto?

## LOS McPHERON

Maggie Jones fue a ver a los hermanos McPheron. La granja estaba a veintisiete kilómetros al sudeste de Holt. Era una fría tarde de sábado. A los lados de la carretera, las cunetas y los campos en barbecho estaban salpicados de parches de nieve congelada y las reses pacían dándole la espalda al viento. Al torcer en el camino de grava una bandada de pájaros levantó el vuelo y se alejó arrastrada por las rachas de viento. Junto a las vallas la nieve brillaba bajo el sol.

Recorrió el medio kilómetro que separaba el camino de grava de la casa, junto a la cual unos pequeños olmos adornaban desnudos el jardín. Al bajarse del coche un perro moteado se acercó corriendo y le olfateó las botas de cuero. Ella le acarició la cabeza y cruzó la puerta de la valla de reja metálica que rodeaba el jardín y se acercó a la casa y subió los escalones del porche. La mosquitera que cerraba el pequeño porche estaba remendada en varios sitios con cordel blanco de algodón. Entró en el porche y llamó a la puerta que daba a la cocina. Estaba más o menos ordenada. La mesa estaba vacía y los platos apilados en el fregadero, pero había varias pilas de periódicos y *Farm Journals* amontonadas contra las paredes y todo tipo de herramientas y piezas grasientas de maquinaria –engranajes; cojinetes, vástagos de pernos– apoyadas sobre trapos encima de las sillas. Solo quedaban dos sillas libres presidiendo la mesa de madera de pino. Maggie abrió la puerta.

Hola. ¿Hay alguien?, gritó. Su voz retumbó y se desvaneció en alguna habitación lejana.

Volvió a salir y se acercó al coche. A lo lejos se oía el ruido de un tractor.

Venía de uno de los terrenos de pasto que había hacia el sur. Caminó hacia el ruido y al ver a los dos hermanos McPheron se detuvo en una esquina del establo para resguardarse del viento. Harold conducía y Raymond iba de pie en la parte trasera del viejo y descolorido Farmall rojo que tiraba de un remolque, ahora vacío, destinado a transportar el heno. Venían de esparcir las balas de heno y las semillas de algodón por los pastos de invierno. Cruzaron la portilla de una valla y Raymond se bajó y la cerró y volvió a subirse al tractor y pasaron traqueteando ruidosamente por delante de los corrales y se detuvieron junto al establo. La válvula del alto tubo de escape se abrió para dejar salir una nueva nube de humo negro. Apagaron el motor y cuando la válvula se cerró definitivamente Maggie Jones se sorprendió al volver a oír el sonido del viento.

Se alejó unos pasos del establo y esperó a los dos hermanos. Ellos se bajaron del tractor y se acercaron a ella lentamente, como si estuvieran recorriendo el pasillo de una iglesia, como si su visita no los sorprendiera lo más mínimo. Se movían pesadamente, envueltos en sus monos de faena, y llevaban guantes de invierno y las gruesas gorras caladas hasta las cejas.

Señorita, te vas a congelar aquí fuera con este tiempo. ¿Te has perdido?

A veces pienso que sí, dijo Maggie Jones, y se rio. Quiero hablar con vosotros.

No sé, no sé. No me gusta cómo lo dices.

No me digas que ya os vais a echar atrás. Si ni siquiera os he dicho de qué se trata.

Seguro que vienes a pedirnos algo.

Sí, así es.

¿Qué os parece si lo hablamos dentro?, dijo Raymond.

Buena idea, dijo ella. Ya sabía yo que al menos uno de vosotros era un caballero.

Caminaron hacia la vieja casa entre ráfagas de viento helado. El perro salió a recibirlos y volvió a olisquear a Maggie y se resguardó de nuevo en el garaje. Al llegar al porche los dos hermanos se detuvieron a quitarse las botas cubiertas de excrementos.

Pasa, dijo Raymond. No nos esperes.

Ella abrió la puerta y entró en la cocina. La casa no estaba demasiado caliente pero al menos dentro se estaba resguardado del viento. Ellos entraron al cabo de unos segundos. Cerraron la puerta y se quitaron los guantes y los dejaron en la encimera. Estaban completamente rígidos, congelados en forma de garra. Después se desabrocharon los monos. Debajo llevaban jerséis negros y camisas de franela y calzoncillos largos.

¿Quieres un café?, dijo Raymond.

No te preocupes. Es demasiado lío.

Ya está hecho. Solo hay que calentarlo.

Raymond encendió uno de los fogones de la cocina y puso un cazo encima y vertió el café que quedaba en la cafetera. Después se quitó la gorra. El pelo canoso dibujaba una aureola alrededor de su cabeza. Maggie pensó que era una cabeza hermosa, perfectamente redondeada. Los dos hermanos tenían ese mismo aspecto. Harold quitó las grasientas piezas de maquinaria de una de las sillas y la acercó a la mesa antes de sentarse pesadamente sobre ella. Al entrar en calor, las caras de los dos hermanos McPheron se habían puesto completamente coloradas. Además les salía vaho de la cabeza. Parecían sacados de un viejo cuadro con campesinos descansando después de un duro día de faena.

Maggie Jones se desabrochó el abrigo y se sentó.

Quiero pedir un favor, dijo.

No me digas, dijo Harold. Bueno, por pedir no se pierde nada.

Cuéntanos, Maggie, dijo Raymond.

Se trata de una chica del instituto. Es una buena chica, pero se ha metido en un gran lío. Creo que vosotros podríais ayudarla. Me gustaría que lo pensarais y me dierais vuestra opinión.

¿Qué le pasa?, preguntó Harold. ¿Necesita dinero?

Ojalá solo fuera eso.

¿En qué clase de lío se ha metido?, dijo Raymond.

Tiene diecisiete años. Está embarazada de cuatro meses y no está casada.

Pues sí, comentó Harold, desde luego se ha metido en un buen lío.

Está viviendo conmigo, pero mi padre se está poniendo desagradable con ella. La verdad es que está perdiendo la cabeza. Se siente confuso y a veces se vuelve violento. La chica le tiene miedo.

¿Y su familia?, dijo Harold. ¿No tiene a nadie?

Su padre desapareció hace muchos años. No sé cuántos exactamente. Y ahora su madre la ha echado de casa.

¿Por lo del bebé?

Sí. La madre tiene bastantes problemas. Seguro que la conocéis.

¿Quién es?

Betty Roubideaux.

La mujer de Leonard, dijo Harold.

¿Le conocíais?

Hemos tomado algún trago juntos.

Me pregunto qué habrá sido de él.

Seguro que nada bueno.

Puede que se fuera a Denver, dijo Raymond. O puede que volviera al Rosebud de Dakota del Sur. Quién sabe. De eso hace ya mucho tiempo.

La cosa es que su hija sigue en Holt, dijo Maggie. Es una buena chica. Se llama Victoria.

¿Y el semental?, dijo Harold.

¿Quién? Ah, te refieres al padre.

Sí. ¿Cómo encaja él en todo esto?

No encaja. Victoria ni siquiera me ha dicho quién es. Lo único que sé es que no es de Holt. Es de fuera y, por lo que dice la chica, ya no la quiere. Y tampoco quiere al niño. Aunque creo que Victoria ni siquiera le ha dicho que está embarazada.

El café empezó a hervir en el cazo. Raymond se levantó y llevó tres tazas a la mesa y sirvió el café. Era negro y espeso como el betún.

¿Leche? ¿Azúcar?

Maggie miró la taza.

Un poco de leche, dijo.

Raymond sacó una jarra de leche de la nevera y la dejó sobre la mesa y se volvió a sentar. Maggie se echó un poco de leche en el café.

Bueno, dijo Harold. Ya tienes nuestra atención. Dices que no quieres dinero. Entonces ¿en qué podemos ayudarte?

Ella bebió un poco de café y miró el interior de la taza antes de volver a dejarla sobre la mesa. Después observó a los dos hermanos que la miraban, esperando, ligeramente inclinados sobre la mesa.

Lo que voy a pedirlos no es nada fácil. Lo entenderé perfectamente si decís que no. Quiero que penséis en la posibilidad de acoger a la chica, de que viva aquí con vosotros.

Los dos hombres la miraron sin pestañear.

¿Es una broma?, dijo Harold.

No, no lo es. Lo digo en serio.

No podían creer lo que acababan de oír. La observaron con cautela. Después se miraron las manos encallecidas, apoyadas sobre la mesa, y miraron por la ventana, hacia los pequeños olmos sin hojas.

Ya sé que parece una locura, dijo Maggie. Y supongo que lo es. Yo qué sé.

Pero me da igual. Lo único que sé es que esa chica necesita a alguien, que necesita una casa en la que pueda pasar el embarazo. Miró a los dos hermanos. Y vosotros también necesitáis a alguien. Sois un par de viejos solitarios. Necesitáis cuidar a alguien. Necesitáis tener a alguien por quien preocuparos. Y no me digáis que ya os preocupáis por vuestras vacas. Este sitio es demasiado solitario. Miraos al espejo. A este paso os moriréis sin haber tenido suficientes problemas en la vida. Al menos no de los que realmente cuentan. Os estoy dando la oportunidad de cambiar eso.

Los hermanos McPheron se revolviéron inquietos en sus asientos y la miraron.

Bueno, ¿qué me decís?

No dijeron nada.

Maggie se rio.

Creo que esta vez os he sorprendido de verdad. Pensadlo. Al menos haced eso por mí.

Demonios, Maggie, dijo por fin Harold. Pídenos dinero. Eso sería mucho más fácil.

Sí, sí que lo sería, pero no resultaría tan divertido.

Divertido. No sé yo si esa es la palabra adecuada para lo que nos propones. Yo más bien diría caótico. Por Dios santo, es de locos.

Bueno, al menos lo he intentado, dijo ella. Tenía que intentarlo. Se levantó y se abrochó el abrigo. Avisadme si cambiáis de opinión.

Salió de la casa. Ellos la siguieron hasta la valla y se quedaron mirándola mientras arrancaba y daba marcha atrás y se alejaba por el sendero lleno de baches. Maggie se despidió con la mano al pasar a su lado. Ellos le devolvieron el saludo.

Cuando el coche desapareció rumbo al camino de grava los dos hermanos McPheron regresaron a la cocina y se acabaron el café sin decir nada y se

pusieron las gorras y los guantes y se calzaron de nuevo las botas de goma y volvieron al trabajo. Era como si la proposición de Maggie les hubiera sumido en un súbito estado de mutismo.

No volvieron a hablar hasta mucho tiempo después, cuando el sol ya estaba a punto de ponerse y el azul del cielo ya había palidecido y las finas sombras azules de los olmos se alargaban sobre la nieve. Estaban en el corral de los caballos, trabajando junto al abrevadero, que estaba cubierto por una gruesa capa de hielo. A su lado los caballos, que ya habían mudado el pelaje para el invierno, los observaban pacientemente. El viento azotaba las colas de los caballos y se llevaba las volutas de su aliento, convirtiéndolas en jirones antes de hacerlas desaparecer.

Harold golpeaba la capa de hielo con un hacha. La golpeó una y otra vez hasta que por fin consiguió traspasarla y la cabeza de la herramienta se hundió y el mango, de repente muy pesado, se perdió de vista en el agua. Sacó el hacha y repitió la operación. Raymond empezó a sacar trozos de hielo con una pala, arrojándolos por encima de su hombro. Cuando por fin consiguieron deshacerse de todo el hielo levantaron la tapa de la caja impermeabilizada que flotaba en el agua. Dentro estaba el calentador. La llama del piloto se había apagado. Harold se quitó los guantes y sacó una larga cerilla del bolsillo interior de su mono y la encendió con la uña del dedo pulgar y protegió la pequeña llama ahuecando las manos mientras la acercaba al calentador. El piloto prendió y Harold ajustó la llama. Raymond cerró la tapa de la caja del calentador con un alambre y se aseguró de que todavía quedaba propano en la bombona que había junto al abrevadero. La bombona todavía estaba medio llena.

Esperaron un rato, resguardándose del frío junto al molino. Sedientos, los

caballos se aproximaron al abrevadero y observaron a los dos hombres y olisquearon el agua y bebieron con avidez. Después de beber retrocedieron un par de pasos y miraron a los dos hombres con ojos grandes y luminosos y redondos como pomos de caoba.

Casi había oscurecido. Solo se distinguía una fina franja de luz violeta al oeste sobre el horizonte.

Yo ya lo he pensado, dijo Harold. ¿Qué opinas tú?

Que venga, dijo Raymond. Lo dijo sin vacilar, como si llevara tiempo esperando que su hermano dijera algo para zanjar el tema. Después de todo, puede que no nos dé tantos problemas.

He estado pensando en lo que ha dicho Maggie, dijo Harold mirando hacia la envolvente oscuridad. Qué diablos. Míranos. Dos viejos solitarios. Dos solterones decrepitos perdidos en medio de la nada, a veintisiete kilómetros del pueblo más cercano, que además no es que sea gran cosa. Piénsalo bien. Somos dos viejos cascarrabias e ignorantes. Solitarios. Independientes. Estamos llenos de manías. ¿Cómo diablos vamos a cambiar a nuestros años?

No lo sé, dijo Raymond. Pero yo voy a intentarlo. Eso es lo único que sé.

¿Qué quieres decir con eso de que puede que no nos dé problemas?

No he dicho que no nos vaya a dar problemas. He dicho que puede que no nos dé tantos problemas.

¿Por qué no iba a darnos tantos problemas? No tenemos ni idea de los problemas que puede darnos. ¿Has vivido alguna vez con una chica de diecisiete años?

Sabes perfectamente que no.

Ni yo tampoco. Pero déjame decirte algo. Las chicas son distintas. Quieren cosas. Necesitan tener cosas. Y piensan cosas que tú y yo no podemos ni imaginarnos. Y, además, maldita sea, ¿qué sabemos nosotros de bebés?

Nada, absolutamente nada.

¿Y entonces?

Entonces nada. Ya aprenderemos. Así que decídete de una vez. ¿Vas a meterte en esto conmigo o no? Porque yo voy a hacerlo aunque tú no me ayudes.

Harold miró a su hermano. En la oscuridad no podía distinguir los rasgos de su cara. Tan solo veía una silueta familiar recortada contra el horizonte.

Está bien, dijo. Está bien. Lo haremos. Aunque no deberíamos. Pero déjame que te diga una cosa.

¿Qué?

Cada día eres más testarudo. Eso es todo lo que quería decirte. Eres mi hermano, pero cada día resulta más difícil vivir contigo. Y otra cosa.

¿Qué?

Te aseguro que esto no va a ser nada fácil.

No, no va a ser nada fácil, dijo Raymond.

## ELLA

Ya era tarde cuando fue a la casita de Chicago Street. Ella le había llamado al instituto. Aparcó y pasó junto a los tres olmos. El de la rama podada seguía mostrando la lágrima de resina, aunque a estas alturas del año ya no tenía un aspecto tan fresco. Subió al porche. Ella ya le estaba esperando en la puerta. Al entrar al salón Guthrie vio las dos maletas apoyadas en el suelo. Todo volvía a estar limpio y ordenado, como cuando Ella se había mudado. La casita había recuperado su aspecto pulcro y anónimo. Volvía a ser una simple casita de alquiler en el lado este de Holt.

Ella también tenía mejor aspecto. Se había lavado el pelo y se lo había peinado hacia atrás y llevaba puestos unos pantalones de lana y una blusa blanca. Había adelgazado desde la última vez que se habían visto, pero no parecía que fuese a perder más peso.

Guthrie señaló hacia las maletas.

¿Te vas de viaje?

Por eso te he llamado. Quería hablar contigo.

Tú dirás.

Ella le miró. Sus ojos todavía reflejaban una especie de fiereza herida, como si la tristeza y la rabia contenida siguieran a flor de piel.

Esperaba que hoy no te pusieras así, dijo ella.

Así, ¿cómo?

No quiero que esta vez sea así. Esta vez no.

¿Por qué no me cuentas lo que tienes pensado hacer? Me has llamado al instituto y he venido, ¿no?

¿Podemos sentarnos? Por lo menos siéntate.

Vale.

Ella se sentó en el sofá y él se sentó en una de las sillas de madera. Ella parecía pequeña en el sofá, incluso frágil. Guthrie sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa.

¿Te molesta que fume?

Preferiría que no lo hicieras.

Él la miró. No guardó el cigarrillo pero tampoco lo encendió.

Bueno, dijo. Cuéntame. Te escucho

Quería que supieras que me voy a Denver, a casa de mi hermana. No sé cuánto tiempo estaré. He hablado con mi hermana. Dice que puedo quedarme todo el tiempo que quiera. Tiene una habitación libre. En Denver tendré tiempo para pensar en todo lo que ha pasado. Mi hermana cree que es una buena idea.

¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

No lo sé. Aún no lo sé. El tiempo que haga falta.

¿Cuándo te vas?

Mañana por la mañana. Me llevaré el coche.

¿Vas a llevarte el coche? Está bien saberlo.

Tú no lo necesitas. Tienes la camioneta.

Guthrie miró a su alrededor. Examinó el salón y el pequeño comedor y el arco que lo separaba de la cocina. Se volvió hacia Ella.

¿De verdad crees que esa es la solución? ¿Marcharte así, sin más?

Ella le sostuvo la mirada.

A veces me agotas.

El sentimiento es recíproco, dijo él.

Se observaron mutuamente. Guthrie pensó que ella estaría buscando la manera de volver a encauzar la conversación, de volver a dirigirla en la

dirección que tenía pensada. Pero eso no iba a ser tan fácil. Habían pasado demasiadas cosas.

Ojalá no fuera así, dijo Ella por fin. Siento que tenga que ser así. Siento tantas cosas... Pero ya estoy cansada de lamentarme. Guthrie estaba a punto de decir algo, pero ella le interrumpió. Déjame acabar, por favor.

Solo iba a decir que...

Sí, ya lo sé. Pero déjame acabar. Necesito decirte esto. Me he dado cuenta de que quiero algo más que todo esto. Durante todos estos años quería más de ti. Quería que me quisieras por lo que soy, no por lo que tú querías que fuese. Ya sé que suena demasiado fácil, pero es la verdad. Alguien que me quiera por lo que soy. Tú no me quieres por lo que soy.

Te quería, dijo él. Antes te quería.

¿Y qué pasó con ese amor?

Muchas cosas. Demasiadas. Y al final se acabó, dijo él encogiéndose de hombros. Yo daba, pero no recibía nada a cambio. Tú no me dabas lo que necesitaba.

¿Lo que tú necesitabas?, dijo Ella acaloradamente. ¿Y qué pasa conmigo?  
¿Con lo que necesito yo?

¿Qué es lo que necesitas? Él también se había acalorado. Si ni siquiera sabes lo que quieres.

No tienes ningún derecho a decirme eso. Tú no eres quién para juzgarme.

Permanecieron en silencio, uno frente al otro. Guthrie pensó que ya estaban otra vez como siempre, discutiendo. Por buenas que fueran las intenciones con las que empezaban, siempre acababan igual. Siempre igual. Y ya llevaban así tres o cuatro años. Miró a Ella. Los dos intentaban recuperar el dominio de sí mismos. El termostato se accionó con un chasquido y el sistema de calefacción se puso en marcha.

¿Y los niños?, dijo él.

He pensado mucho en eso. Tendrás que quedártelos.

Vaya novedad.

Ya sé que te has estado ocupando tú de ellos. Yo ahora no puedo ayudarte. Pero me gustaría que durmieran aquí esta noche. Los llevaré a casa mañana por la mañana antes de irme.

No olvides que tienen que repartir los periódicos.

No te preocupes, llegarán a tiempo.

¿Y el dinero?, dijo él.

Me voy a llevar la mitad de los ahorros que tenemos en el banco.

¿Qué?

También es mi dinero. Es lo justo.

Él sacó una caja de cerillas del bolsillo y se encendió el cigarrillo que seguía sujetando en la mano. Expulsó el humo hacia la lámpara del techo y volvió a mirar a Ella.

Está bien, dijo. Saca el dinero del banco.

Ya lo he hecho, dijo ella. Cuida bien a los niños. Y hazles caso. Quiero que me llamen y que les dejes hablar conmigo todo el tiempo que quieran. Quiero que me prometas que no va a haber ningún problema con eso.

Puedes llamarlos cuando quieras. Y ellos te llamarán cuando quieran.

Y también quiero que vayan a verme a Denver. Pasado un tiempo. Cuando me haya instalado.

Me parece bien, dijo él. A ellos les gustará. Te echan de menos. Lo van a pasar mal.

Guthrie le dio una calada al cigarrillo y buscó un cenicero. No vio ninguno y Ella no se levantó para traerle uno. Se echó la ceniza en la palma de la mano.

¿Algo más?, dijo.

No, creo que no.

Bueno, me voy.

Se levantó sin decir nada más y salió al porche y ella le siguió y cerró la puerta. De camino al coche, Guthrie se limpió la ceniza de la mano. Esa misma tarde llevó a los niños a la casita de Chicago Street en la vieja camioneta. Ike y Bobby llevaban sus pijamas limpios en una bolsa de papel marrón apoyada en el asiento. La luz azulada de las farolas iluminaba todas las esquinas y el pueblo parecía tranquilo y sereno. Guthrie aparcó delante de la casita.

Mamá os llevará a casa mañana por la mañana, dijo Guthrie. Y tenéis los pijamas.

Ellos asintieron.

Bueno, pues entonces hasta mañana.

¿Podemos llamarte si necesitamos algo?, dijo Bobby.

Pues claro que sí. Pero no os preocupéis. Vais a estar muy bien con mamá.

Guthrie y los dos niños miraron en silencio la casita de estuco. Las luces estaban encendidas. La vieron pasar por delante de una ventana con algo en la mano. La nieve que cubría el jardín bajo los árboles desnudos brillaba a la luz del porche.

Sí, vais a estar muy bien, dijo Guthrie. Os lo vais a pasar en grande. Quién sabe, puede que os lo paséis tan bien que no queráis volver a casa, dijo.

Después les dio unas palmaditas en las piernas. Una broma.

Pero ellos no sonrieron. Ni sonrieron ni dijeron nada.

Venga, vuestra madre os está esperando. Os verá mañana por la mañana.

Buenas noches, papá.

Buenas noches, dijo él.

Los dos niños se bajaron de la camioneta y se acercaron a la casa y llamaron a la puerta y esperaron sin volverse a mirar a su padre hasta que ella les abrió. Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un elegante vestido azul.

Estaba guapa, allí de pie, enmarcada por el umbral de la puerta. Los niños entraron y ella cerró la puerta y Guthrie condujo entre las casitas separadas de la calle por pequeños jardines con la hierba seca. La mayoría tenían las luces encendidas. Guthrie pensó que dentro las personas estarían cenando o mirando la televisión en las estancias delanteras, mientras que en los dormitorios de la parte de atrás, él lo sabía bien, algunas parejas ya habrían empezado a discutir.

Al entrar Ike y Bobby vieron que su madre había puesto la mesa en el pequeño comedor. Todo estaba muy agradable, con las velas y sus pequeñas llamas que se reflejaban en los vasos y los cubiertos. Había cocinado hamburguesas con chile y una tarta redonda de chocolate. Quería que fuese una ocasión especial.

Pasad, dijo ella. Quitaos los abrigos y poneos cómodos. La cena ya está lista.

Ya hemos cenado, dijo Bobby sin apartar los ojos de la mesa. No sabíamos que ibas a prepararnos la cena.

¿No lo sabíais? Miró a Bobby y apoyó las manos en el respaldo de una silla. Después miró a su hermano. Pues claro que os he preparado la cena. Creía que eso había quedado claro.

Podemos comer más, dijo Ike.

No digas tonterías. Ya estaréis llenos.

No, de verdad. Aún tenemos hambre.

¿En serio?

Sí, en serio.

Sí, dijo Bobby.

Se sentaron y se comieron toda la comida que había preparado su madre.

Tuvieron mucho tiempo para comer mientras ella les hablaba de su decisión de mudarse a Denver. Ellos la escucharon sin decir nada. Guthrie ya se lo había contado. Ella les explicó que quería que fueran a visitarla pronto y que era mejor para todos que estuviera en Denver, incluso para ellos, aunque todavía no lo pudieran entender, porque así conseguiría volver a ser una buena madre para ellos. También les dijo que cuando estuviera bien del todo decidirían lo que harían después. Les preguntó si no les parecía una buena idea. Ellos dijeron que no lo sabían. Dijeron que puede que sí. Ella dijo que tendría que conformarse con eso, que era normal que ellos se sintieran un poco confusos.

Después de la cena jugaron al blackjack. Ella ya les había enseñado el año anterior cómo se jugaba. Se acercó al armario y abrió su bolso y sacó unas monedas para que pudieran apostar y dijo que para no complicar las cosas sería mejor que todas las monedas tuvieran el mismo valor, incluso las de un centavo y las de veinticinco. Se sentó frente a ellos, en la moqueta, con las piernas dobladas hacia un lado y el vestido tapándole las rodillas, y empezaron a jugar. Ella se comportaba como si estuviera muy contenta, como si estuvieran celebrando una fiesta de verdad. Bromeaba con ellos y una vez se levantó y trajo otros tres trozos de tarta de la cocina y cada uno se comió el suyo sentado en la moqueta. Mientras comían, los niños la miraban y sonreían cuando ella les decía cosas.

Al acabar de jugar a las cartas los niños fueron al cuarto de baño y se pusieron el pijama. Después fueron al dormitorio de su madre y se metieron en su cama.

Ella también fue a cambiarse al cuarto de baño. Se cepilló el pelo y se lavó la cara y se puso un camisón largo y volvió al dormitorio. Les dijo a los niños que les había preparado la cama en el salón, pero ellos le dijeron que preferían dormir con ella y se lo pidieron por favor, solo por esa vez. Además

ya estaban metidos en la cama. Ella los miró. Querían dormir uno a cada lado pero ella les dijo que así pasaría mucho calor. Se acostó en un extremo, con Bobby en el centro y Ike al otro lado. La luz del pasillo entraba por la puerta entornada. Permanecieron tumbados en silencio. De vez en cuando pasaba un coche por Chicago Street.

¿Estarás bien en Denver?, dijo Ike.

Espero que sí. Eso pretendo. Os llamaré en cuanto llegue. Vosotros también podéis llamarme.

Te llamaremos todas las semanas.

¿Papá tiene tu número de teléfono?, dijo Bobby.

Sí, dijo ella. Os quiero mucho. Lo sabéis, ¿verdad? A los dos. No quiero que lo olvidéis nunca. Os voy a echar mucho de menos. Pero sé que vais a estar bien con vuestro padre.

Ojalá no te fueras, dijo Ike.

Sí, no entiendo por qué tienes que irte, dijo Bobby.

Es difícil de explicar, dijo ella. Solo puedo decir que tengo que hacerlo. Tenéis que confiar en mí, aunque no lo comprendáis.

Ellos no dijeron nada.

Bueno, dijo ella al cabo de unos segundos, ¿queréis preguntarme algo más?

Los niños negaron con la cabeza.

Intentad dormir.

Cuando los niños se durmieron ella se levantó y se acercó a la ventana y contempló el jardín y la calle vacía y los árboles que se erguían desnudos e inmóviles. Fue a la cocina. Se preparó un café y se lo llevó al salón y se tumbó en el sofá y al cabo de un rato se quedó dormida. Se despertó temprano, con tiempo de sobra para levantar a los niños y prepararles un

cuenco de cereales antes de llevarlos en el coche de vuelta a la casa en la fría mañana de invierno. Al llegar a Railroad Street se inclinó sobre el asiento delantero y les dio dos besos y Guthrie salió a recibirlos al porche, y luego Ella se alejó conduciendo y atravesó Holt y cogió la carretera nacional 34, hacia el oeste, hacia la nueva vida que la esperaba en Denver.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

La siguiente vez que Maggie fue a la granja la chica iba sentada a su lado. Parecía asustada, preocupada, como si Maggie la llevara a confesarse o a la cárcel o a cualquier otro sitio por el estilo. Era un domingo frío y soleado. La nieve seguía brillando como si estuviera llena de pequeños cristales y el aire seguía soplando en ráfagas repentinas y constantes y las vacas seguían pastando en los prados. Nada parecía haber cambiado desde el día anterior. Tan solo el viento, que ahora venía del oeste, y la posición de las vacas, que se habían dado la vuelta con el viento para poder seguir comiendo mazorcas secas, envolviéndolas con sus lenguas antes de levantar la cabeza y mirar hacia lo lejos sin dejar de masticar.

Ya habían recorrido más de la mitad del camino cuando la chica habló por primera vez.

Señorita Jones, ¿podría parar un momento?

¿Qué pasa?

Por favor, pare.

Maggie Jones detuvo el coche en el arcén, junto a la nieve apelmazada. El viento parecía arrancar jirones blancos del humo que salía por el tubo de escape.

¿Estás mareada? ¿Tienes ganas de vomitar?

No.

¿Entonces?

Señorita Jones, no sé si podré soportarlo.

Pues claro que sí, cielo. No te preocupes. Todo saldrá bien.

De verdad. No sé si podré.

Maggie se volvió hacia ella. La chica estaba mirando hacia delante, agarrando el tirador de la puerta con una mano. Estaba rígida, tensa, como si estuviera esperando el mejor momento para abrir la puerta y salir corriendo.

Te lo voy a explicar otra vez, dijo Maggie Jones. No puedo garantizarte nada. No me pidas que lo haga. Tienes que intentar verlo como si fuera una oportunidad. Cuando llamaron anoche me dijeron que estaban dispuestos a intentarlo. Y eso no es poca cosa. Ya verás como todo sale bien. No debes tener miedo. Son buenas personas. Puede que te parezcan un poco bruscos, un poco toscos, pero no tienen malas intenciones. Es solo que llevan cincuenta años viviendo solos. Imagínate lo que debe de ser eso. Pero no tienes por qué preocuparte. Te cuidarán bien. Además, puedes seguir yendo al instituto. Tendrás que coger el autobús todos los días pero podrás acabar el curso. Ellos te tratarán bien. Recuerda que han tenido una vida dura. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando ellos eran pequeños. Dejaron de ir al colegio, aunque la verdad es que tampoco creo que fueran mucho antes del accidente. Después se dedicaron a la granja. Eso es lo que han hecho toda su vida. Es el único mundo que conocen.

Maggie miró a la chica e intentó adivinar lo que estaba pensando.

Ella seguía mirando la carretera.

Pero, señorita Jones, ¿cree que les gustaré?, dijo al cabo de unos instantes.

Sí, creo que sí, pero tienes que darles la oportunidad de conocerte.

Pero es que... No sé. Todo esto, irme a vivir al campo con dos hombres tan mayores, me parece una locura.

Tienes razón, cielo, pero es que vivimos tiempos de locos. A veces pienso que el mundo nunca ha estado tan loco como ahora.

La chica volvió la cabeza hacia la ventanilla lateral y miró las praderas que se extendían detrás de la valla. Las espigas de las jaboneras se erguían rectas

como palos astillados, con las vainas secas y oscuras, sobre el pasto de invierno.

¿Tienen perros?, dijo la chica.

Sí, tienen un perro viejo de granja.

¿Y gatos?

Yo no he visto ninguno. Pero me imagino que los habrá. Sería la primera granja que no tiene un par de gatos para encargarse de los ratones y las ratas.

Si me quedo en la granja tendré que dejar el trabajo en el café. Debería decírselo a Janine.

No serías la primera persona que deja ese trabajo. Janine lo entenderá.

¿De verdad cree que lo entenderá?

Sí.

La chica volvió a mirar por la ventanilla. Maggie Jones permaneció en silencio. El viento mecía el coche sobre las ruedas. La chica miró de nuevo hacia delante.

Puede seguir, dijo. Ya estoy mejor.

Me alegro, dijo Maggie.

Volvió a incorporarse a la estrecha carretera de asfalto. Giraron hacia el este en la carretera comarcal de grava y no tardaron en llegar al camino que conducía a la vieja casa, rodeada por la valla metálica herrumbrosa y con los raquíticos olmos sin hojas dentro del cercado. Maggie detuvo el coche delante de la valla oxidada y bajaron.

Los hermanos McPheron las estaban esperando. Salieron al porche y aguardaron sin decir nada ni hacer ningún gesto de bienvenida. Estaban tan tiosos e inmóviles como dos estatuas de santos menores.

Al salir del coche el viento cubrió la cara de Victoria con el pelo, haciendo que su primera visión de los hermanos McPheron se viera oscurecida por su espesa melena. Los dos hermanos se habían vestido para la ocasión. Llevaban

camisas nuevas con botones nacarados y pantalones limpios de domingo. Estaban recién afeitados y se habían puesto tanta brillantina que ni siquiera el viento era capaz de levantar sus cabellos canosos. La chica siguió a Maggie Jones.

Os presento a Victoria Roubideaux, dijo Maggie cuando llegaron al porche. Victoria, este es Harold y este es Raymond. Son los hermanos McPheron.

Al oír su nombre ellos dieron un paso adelante sin mirarla a la cara y le estrecharon la mano enérgica y brevemente y la mano de la chica les pareció pequeña y suave y maleable comparada con sus grandes manos encallecidas. Retrocedieron y la observaron. Ella permaneció al lado de Maggie Jones, sin moverse, con su chaquetón de invierno y sus pantalones vaqueros. Una chica muy joven con el pelo negro y los ojos negros y un bolso rojo colgado del hombro. Parecía tan joven, tan menuda, que resultaba difícil creer que estuviera embarazada.

Pasad, dijo Harold. Aquí fuera hace un frío de mil demonios.

Abrieron la puerta de la cocina y la chica entró seguida de Maggie. Después entraron ellos. Resultaba patente que habían hecho un esfuerzo por adecentar la casa. No había platos en el fregadero y la mesa estaba recién fregada y las piezas mecánicas habían desaparecido de las sillas en las que habían estado el día anterior y el suelo se veía tan bien barrido como si una inmigrante se hubiera empleado a fondo con la escoba.

Esta es la cocina, dijo Harold. Allí está el fregadero y al lado la cocina de gas. Dejó de hablar y miró a su alrededor. Aunque supongo que eso es bastante obvio. Aquí están el comedor y el salón.

Se adentraron en la casa. Eran dos habitaciones espaciosas atravesadas por haces de luz, pues las persianas resquebrajadas se habían quedado atrancadas en algún momento del pasado, dejando el salón y el comedor tan

desprotegidos como una escuela rural o un apeadero de trenes. En el comedor había una vieja mesa cuadrada de nogal justo debajo de una bombilla que colgaba desnuda del techo. La mesa estaba apoyada sobre un pesado pedestal. A su alrededor había cuatro sillas de madera. El descolorido tablero de la mesa estaba salpicado de zonas oscuras en los sitios de los que los hermanos McPherson acababan de quitar las revistas y los libros. Detrás, en la siguiente habitación, había dos viejos sillones reclinables colocados como dos inmensos animales domesticados delante de un televisor y una lámpara de pie situada justo en medio de los dos sillones, rodeada de pilas de periódicos y *Farm Journals* esparcidas sobre el suelo de linóleo. La chica lo observó todo con atención.

Supongo que te gustaría ver tu dormitorio, dijo Harold.

Señaló hacia el pequeño cuarto que había junto al comedor y los cuatro entraron. La vieja cama de matrimonio, cubierta por una colcha igual de vieja, y la pesada cómoda de caoba que había apoyada contra la pared ocupaban prácticamente toda la habitación. La chica pasó junto a la cama y abrió la puerta del armario empotrado. La ropa de un hombre y una mujer colgaba de una barra plateada encima de un par de cajas de cartón cubiertas de polvo. La ropa era tan vieja que más que negra parecía morada.

Dormían en esta habitación, dijo Harold. Estas son sus cosas.

¿Este era el cuarto de vuestros padres?, preguntó Maggie.

Cuando nos dejaron almacenamos aquí sus cosas, dijo Harold. Después miró a la chica. Puedes mover las cosas, colocarlas como más te guste.

Gracias, dijo ella.

Porque nosotros nunca entramos aquí. Tendrás la habitación para ti sola, dijo Raymond. Nosotros dormimos arriba.

Ah, dijo ella.

Sí, dijo él.

Bueno, dijo Harold. Y aquí está ese sitio. La chica se volvió hacia él con gesto interrogante. Está justo al lado de tu cuarto.

Ella no parecía entenderle. Miró a Maggie Jones.

A mí no me mires, dijo Maggie. No sé de qué está hablando.

¿Qué?, dijo Harold. Ya sabes. La letrina, el retrete. ¿Cómo lo llamáis vosotras?

Igual que vosotros, dijo Maggie Jones.

Nuestra madre siempre decía «ese sitio».

Ah.

Sí, eso es lo que decía. Harold se rascó la cabeza. Maldita sea, Maggie, estoy intentando ser educado. Lo único que intento es empezar con buen pie. No quiero asustar a la chica con nuestro lenguaje.

Maggie le acarició la mejilla recién afeitada.

Y lo estás haciendo muy bien, dijo.

Salieron del dormitorio y, mientras los demás esperaban en el comedor, la chica entró en el cuarto de baño. A pesar del pequeño tamaño de la habitación había un lavabo y un retrete y una bañera esmaltada levantada sobre cuatro patas con un grifo y una manguera roja que acababa en una alcachofa de ducha. Sobre los estantes de encima del lavabo había varios tarros de linimentos y bálsamos y tubos de pomadas para los músculos doloridos y adhesivos para dentaduras postizas y todo lo necesario para afeitarse. En el toallero que había al lado de la bañera, junto a las dos toallas viejas, había una de color rosa de la que todavía colgaba la etiqueta de la tienda. La chica salió del cuarto de baño.

Voy a por mi maleta.

Me parece muy buena idea, dijo Maggie.

¿Necesitas ayuda?, dijo Raymond.

No, gracias. Puedo yo sola.

En cuanto la chica se hubo marchado, Harold comentó:

Pero si es una cosita de nada. Y no se le nota el bebé.

No, apenas se le nota todavía, dijo Maggie. Aunque la ropa le empieza a ir estrecha. Se lo notaréis más cuando se quite el abrigo.

¿Le damos miedo?, dijo Raymond. No habla mucho.

¿Vosotros qué creéis?

Raymond miró por la ventana. La chica estaba cogiendo sus cosas del coche.

No tiene por qué tenernos miedo. No le haríamos daño por nada del mundo.

Lo sé, dijo Maggie. Pero ella todavía no os conoce. Tenéis que darle tiempo.

La chica volvió con una maleta de cartón en una mano y una bolsa de basura en la otra. Entró en el dormitorio. La oyeron moverse sobre el suelo de madera, arreglando provisionalmente las cosas. Volvió a salir.

Todo esto no debe de ser fácil para ti, dijo Raymond sin mirar a la chica. Espero que... Lo que quiero decir es que Harold y yo esperamos que puedas llegar a sentirte a gusto aquí. Que te sientas como en tu casa. Con el tiempo, claro. Ahora es normal que te sientas un poco rara.

La chica le miró. Después observó a su hermano.

Gracias, dijo. Gracias por dejar que me quede con ustedes.

De nada. Es un placer, dijo Raymond sin dejar de mirar el suelo.

Bueno, dijo Maggie, creo que yo ya no tengo nada más que hacer aquí. Será mejor que me vaya a casa y os deje solos para que os vayáis conociendo.

La chica parecía sorprendida. Una expresión de pánico cubrió el rostro de los hermanos McPheron.

¿Tiene que irse ya?, dijo la chica.

Sí, creo que sí. Creo que ya es hora de que me vaya.

Pensábamos que te quedarías a cenar, dijo Harold.

Hoy no, dijo ella. Pero ya vendré otro día.

Maggie salió. Los hermanos McPheron y Victoria la siguieron hasta el estrecho porche cerrado y la observaron alejarse hasta que el coche se perdió de vista. Entonces entraron a la cocina y se quedaron mirándose unos a otros plantados sobre el desnudo suelo de madera de la cocina.

Bueno, dijo Harold, creo que...

La casa estaba inmersa en un profundo silencio. Fuera se oía el débil canto de un pájaro y las copas de los cedros rojos que el viento balanceaba al lado del garaje.

Ya es hora de dar de comer a los animales, siguió diciendo Harold. Antes de que se haga de noche. Cuando volvamos prepararemos la cena.

Ella le miró.

No tardaremos mucho, dijo él.

¿A qué animales van a dar de comer?

A las reses.

Ah.

Vacas y novillas, dijo Raymond.

Ah.

Los hermanos McPheron y la chica se observaron en silencio.

Bueno, yo puedo ir deshaciendo la maleta, dijo ella.

## LOS McPHERON

Estaban sentados en silencio junto a la mesa. Habían acabado de cenar y habían recogido la mesa y habían fregado y habían dejado los platos y los cubiertos en el escurridor. Raymond estaba sentado a un extremo de la mesa, inclinado sobre un ejemplar del periódico *Holt Mercury*. Se mojaba el dedo antes de pasar cada página mientras se llevaba un palillo de un extremo a otro de la boca sin tocarlo con la mano. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Harold estaba sentado al otro extremo de la mesa, girado hacia un lado, con las rodillas separadas, untando aceite de visón en una bota de cuero. A su lado, la otra bota descansaba caída de costado sobre el viejo suelo agrietado de linóleo.

Fuera, el viento soplaba cada vez con más fuerza. Gemía en los recodos de la casa y resollaba entre los árboles sin hojas y levantaba la nieve y la arrastraba bajo la luz azulada de la bombilla que colgaba del poste telefónico de detrás de la casa.

La puerta que había al fondo del comedor estaba cerrada. La chica se había metido en su habitación al acabar la cena y no había vuelto a salir. Ellos no sabían qué pensar. Se preguntaban si todas las chicas de diecisiete años desaparecían así, de repente, después de cenar.

Cuando acabó de engrasar las dos botas, Harold se levantó y fue a dejarlas a la cocina, mudas y resplandecientes, junto a la pared. Volvió al comedor y se acercó a la puerta del dormitorio de la chica y escuchó unos segundos con la cabeza inclinada hacia un lado antes de llamar.

¿Victoria?

Sí.

¿Estás bien?

Pase, dijo la chica.

Y él pasó. La chica ya se había adueñado de la habitación. La había hecho suya. Le había dado un toque femenino, más limpio y ordenado, y había encontrado un sitio para cada una de sus cosas. Por primera vez en cincuenta años alguien parecía interesarse por esa pequeña habitación. Había puesto las cajas de cartón debajo de la cama y había relegado la ropa del armario a una esquina oscura. El viejo espejo con pequeñas grietas en los bordes relucía libre de polvo y, debajo, sobre la oscura cómoda de caoba, había un peine y varios lazos y un cepillo y una barra de labios y un perfilador de ojos y varias horquillas y un pequeño joyero de cedro con una diminuta cerradura de latón.

La chica estaba sentada en la cama. Llevaba puesto un camisón de invierno y se había echado un jersey sobre los hombros. Tenía un libro de texto y un cuaderno azul apoyados sobre el regazo y la lámpara de la mesilla le iluminaba la cara y el pelo con una luz amarillenta.

Solo quería saber si necesitabas algo, dijo Harold. ¿Tienes frío?

No. Estoy bien.

Va a ser una noche muy fría.

Estoy bien, dijo ella.

Miró a Harold. Se había detenido junto a la puerta. Tenía las manos metidas en los bolsillos y su cara curtida brillaba a la luz de la lámpara.

De todas formas, dijo él mirando a su alrededor, si necesitas algo, llámanos. La verdad es que no sabemos muy bien qué tenemos que hacer.

Gracias, dijo ella.

Él la miró tímidamente, como lo haría un animal, y cerró la puerta a su espalda.

En el comedor Raymond esperaba sentado con el periódico sujeto con

ambas manos.

¿Está bien?, dijo.

Sí, creo que sí.

¿Necesita más mantas?

No, me ha dicho que no.

¿No crees que deberíamos llevarle otra? Solo por si acaso.

No sé. ¿Has acabado con el periódico?

Va a ser una noche muy fría.

Ya se lo he dicho. Lo sabe. Dame la primera página. Ya la has leído.

Raymond le dio el periódico entero. Harold empezó a leer.

¿Qué estaba haciendo?, dijo Raymond al cabo de un rato.

Nada. Leyendo. Haciendo los deberes.

¿Estaba en la cama?

Harold dejó de leer y miró a su hermano.

Pues claro. ¿Dónde iba a estar?

Los dos hermanos se miraron un momento y Harold volvió a concentrarse en el periódico. Fuera, el viento soplaba incansable.

Ha cenado muy poco, dijo Raymond al cabo de un rato. ¿No te parece que ha cenado poco?

Harold siguió leyendo sin decir nada.

Puede que no le guste la carne, dijo Raymond.

Ha comido de sobra.

No sé. A mí me parece que casi no ha tocado el plato. Le he tenido que dar casi toda la comida al perro.

¿Se la ha comido?

¿Quién?

El perro.

¿Tú qué crees? Pues claro que se la ha comido.

Bueno, dijo Harold. Levantó un poco la cabeza y miró a su hermano por encima del periódico abierto. Puede que no le guste la carne con tanta pimienta.

¿A quién?

A la chica.

Harold volvió a centrarse en el periódico. Raymond se quedó mirando a su hermano con expresión culpable, como si le hubieran pillado haciendo algo que no debía.

¿Crees que no le ha gustado lo que he cocinado?

Quién sabe.

La casa crujió bajo la fuerza del viento.

Había pasado una hora. De repente Raymond se levantó y dijo:

Puede que tengas razón.

¿En qué?

En lo de la pimienta.

Empezó a subir la escalera. Harold lo siguió con la mirada.

¿Adónde vas?

Arriba.

¿Ya te vas a acostar?

No.

Harold escuchó los pasos de su hermano sobre los tablones de madera del piso de arriba. Raymond bajó con dos gruesas mantas de lana que olían a polvo y a desuso y abrió la puerta principal y se asomó al viento y a la nieve y sacudió las mantas. Después volvió al comedor y llamó débilmente a la puerta de la habitación de la chica para no despertarla si ya se había dormido. No se oía nada dentro. Abrió la puerta y entró. La chica estaba acurrucada bajo las mantas. La luz violácea de la farola iluminaba pálidamente sus rasgos. Raymond miró a la chica, miró la habitación, miró los cambios que

había hecho la chica y después la cubrió con las dos mantas. Cuando se dio la vuelta para salir vio a Harold mirando desde la puerta. Salieron juntos y dejaron la puerta ligeramente entreabierta.

No le conviene enfriarse, dijo Raymond.

Varias horas después, cuando se despertó sudando, Victoria apartó las mantas.

## GUTHRIE

Bueno, dijo Crowder, ya podemos empezar.

Estaban en la pequeña sala que había junto a la biblioteca, sentados alrededor de una mesa cuadrada. Lloyd Crowder, el director del instituto, presidía la mesa. Russell Beckman estaba sentado enfrente del director, flanqueado por sus padres. Su madre, una mujer bajita y rechoncha, llevaba un jersey rosa que le quedaba demasiado ajustado en los brazos y en el pecho. Su padre, un hombre corpulento, llevaba una brillante cazadora blanca de tacto satinado en cuya espalda podía leerse el lema del equipo del instituto: HALCONES DE HOLT. Guthrie estaba sentado a un lado de la mesa, entre los Beckman y el director. Había observado un momento a los Beckman antes de sentarse y había permanecido en silencio mientras esperaba a que comenzase la reunión. Sobre la mesa, delante de él, estaban las copias de los expedientes que había firmado. Al lado estaban los expedientes y los papeles que había traído el director. Era tarde. Ya hacía más de dos horas que habían acabado las clases.

Creo que todos se conocen, dijo Lloyd Crowder, así que voy a ir directamente al grano. Me gustaría acabar con esto lo antes posible. Apoyó sus gruesas manos sobre los papeles y se inclinó hacia delante. Como ya saben, estamos aquí para resolver el expediente disciplinario que se le ha abierto a su hijo. Cuando se abre un expediente mi deber es resolverlo y eso es precisamente lo que pretendo hacer. Miró a los cuatro rostros que lo observaban. Lo diré sin rodeos. El otro día, durante las horas de clase, Russell demostró un comportamiento dañino e inadecuado. Estamos aquí para

establecer cómo se produjeron los hechos y para decidir si su comportamiento es merecedor de algún tipo de sanción.

Pero ¿cómo se atreve a hablarnos así?, dijo la señora Beckman interrumpiendo al director. Sus mejillas habían adquirido una tonalidad rosada y el jersey se le empezaba a subir peligrosamente hacia el pecho. Habla como si el chico ya hubiera sido declarado culpable. Russ no ha hecho nada. Y si no, dígame usted qué ha hecho.

Eso es lo que intento hacer. Quizá lo consiga si no me interrumpe, dijo Crowder mirando fijamente a la madre de Beckman. Después cogió un folleto de la mesa. Pero antes que nada quiero leerles lo que dice el *Manual del estudiante*. Página nueve: «Los siguientes comportamientos pueden ser sancionados con la expulsión temporal del alumno u otras medidas disciplinarias». Y ahora paso al epígrafe de las normas del nivel tres: «La reincidencia en cualquier violación de una norma del nivel dos, el consumo o la posesión de tabaco o drogas en el recinto escolar, el uso o la posesión de fuegos de artificio en el recinto escolar, el acoso, la insubordinación, las agresiones físicas y/o verbales a miembros del personal, la intimidación o el enfrentamiento físico con un compañero, el robo, los daños a propiedades de la institución o la destrucción de las mismas, la posesión y/o el uso de armas...». Etcétera. Levantó la mirada del folleto. Esas son las normas y Russell las ha infringido.

¿Y eso por qué?, preguntó la señora Beckman. Russell nunca lleva su rifle cuando va a clase. Y que yo sepa tampoco ha destruido nada que fuera propiedad del instituto.

No me ha dejado acabar, dijo el director. Me gustaría que leyeran esto.

Les entregó una copia del expediente disciplinario.

La señora Beckman miró el documento con suspicacia antes de apoyarlo en la mesa. Su marido y su hijo se inclinaron para leerlo.

Si quieren, podemos repasarlo juntos, dijo Lloyd Crowder. Arriba está el nombre del alumno y la fecha del incidente. A continuación se expone detalladamente lo que ocurrió y al final figuran las posibles medidas disciplinarias. En un caso como este estaríamos hablando de una expulsión temporal de hasta cinco días. Resumiendo, el expediente dice que Russell le dijo algo hiriente a una de sus compañeras de clase, causándole como consecuencia una humillación pública. Después, cuando el señor Guthrie salió al pasillo para hablar con Russell del incidente, su hijo le insultó y se comportó de forma violenta. Y eso nos lleva de vuelta al párrafo del *Manual del estudiante* que acabo de leerles. «La intimidación o el enfrentamiento físico con un compañero.» «Las agresiones físicas y/o verbales a miembros del personal.»

¿Quién ha escrito esto?, preguntó la señora Beckman.

Lo ha redactado la secretaria basándose en la información proporcionada por el señor Guthrie.

Pues le voy a decir lo que pienso de este expediente, dijo la señora Beckman. No es más que un montón de mentiras.

¿De verdad lo cree?, dijo Guthrie desde su lado de la mesa.

Sí, claro que lo creo. La señora Beckman miró a Guthrie con odio. Desde luego que lo creo. Russ nos ha hablado de usted. Sabemos que le tiene manía. Por eso ha armado este escándalo. Porque le tiene manía. Usted siempre ha sido injusto con mi hijo. Este papel lleno de palabrejas raras no es más que una sarta de mentiras. Y le voy a decir lo que creo, creo que usted es un maldito mentiroso.

Por favor, señora Beckman, dijo el director. No estoy dispuesto a permitir este tipo de lenguaje.

Pero este papel solo contiene su versión, gritó la señora Beckman. Se giró bruscamente hacia el director y cogió el expediente y lo agitó en dirección a

Guthrie. Aquí solo está lo que dice él. ¿Por qué no le pregunta a Russell lo que pasó? ¿O es que a usted tampoco le interesa la verdad?

Tranquilícese, señora. No vaya a decir algo de lo que pueda arrepentirse después. El chico tendrá la oportunidad de contar su versión. ¿Russell?

El corpulento chico parecía petrificado. Permaneció inmóvil y en silencio.

Venga, dijo su madre. ¿A qué esperas? Cuéntale al director lo que nos has dicho a nosotros.

El chico miró a su madre. Después miró al director.

No le dije nada a esa chica. No me importa lo que diga él. No estaba hablando con ella. No tiene ninguna prueba contra mí. Ni siquiera sabe si dije algo.

Claro que lo sé, dijo Guthrie. Todo el mundo lo oyó. Y al oírlo, la chica dejó de leer y miró a Beckman y salió corriendo de clase.

¿A ver, qué dije? Pregúnteselo. No lo sabe.

¿Lo sabes, Tom?

No, dijo Guthrie. No lo oí bien, pero puedo imaginármelo. Se lo pregunté a los demás estudiantes, pero ninguno quiso decirme lo que había dicho. En cualquier caso, fuera lo que fuese, lo que dijo fue la causa de que la chica saliera corriendo de clase.

¿Cómo lo sabe?, dijo la señora Beckman. Eso solo es una suposición.

No, es mucho más que eso, dijo Guthrie. Todos los alumnos lo saben. Y si no, dígame, ¿por qué iba a salir corriendo la chica?

Por cualquier cosa, dijo la señora Beckman. Está embarazada, ¿no? Sí, la muy zorra se ha dejado preñar. Puede que tuviera que salir a mear.

Señora, dijo Tom Guthrie mirándola fijamente, es usted una maleducada, además de una pobre ignorante.

Y usted es un mentiroso de mierda.

Se lo advierto, dijo el director. No voy a permitir este tipo de

comportamiento.

Dígaselo a él.

Se lo estoy diciendo a los dos. Basta ya.

La señora Beckman miró airadamente al director y después a su marido. Finalmente observó a su hijo y se ajustó el jersey sobre el pecho y el estómago.

Cuéntale al director lo que pasó en el pasillo, Russ. Venga, cuéntaselo. A ver qué tiene que decir sobre eso.

El chico permaneció en silencio, tenso y malhumorado, con la mirada perdida al frente.

Venga, dijo su madre, cuéntaselo.

¿Para qué? Lo que yo diga no va a cambiar nada. Están todos en mi contra.

Da igual. Tú cuéntaselo. Cuéntale lo que nos has contado a nosotros.

El chico seguía con la mirada perdida en algún punto de la pared de enfrente. Entonces empezó a hablar con voz monótona, como si lo que estaba diciendo no tuviera nada que ver con él, como si estuviera cumpliendo una obligación fastidiosa.

Me dijo que saliera al pasillo. Yo salí. Estábamos hablando y de repente él va y me coge del brazo y me lo retuerce detrás de la espalda y me empuja contra las taquillas. Yo le dije que me soltara. Le dije que no tenía derecho a tocarme. Luego me solté y salí del instituto y me fui a casa.

El director permaneció en silencio.

¿Eso es todo? ¿No pasó nada más?

No.

¿No le diste un puñetazo?

No.

¿No dijiste nada más?

¿Como qué?

Dímelo tú.

No, no dije nada más.

Eso no es lo que dice el expediente.

¿Y qué?, dijo el chico sin mirar al director. El expediente está lleno de mentiras.

El director observó al chico durante un largo instante, estudiándolo, pensativo. Empezó a recoger los papeles que tenía delante y los introdujo en una carpeta marrón. Parecía haber tomado una decisión. Los demás le contemplaban en silencio. El director levantó la mirada de sus papeles.

Hemos acabado, dijo. Ya he oído más que suficiente para tomar una decisión. Russell, a partir de mañana, quedas expulsado durante los próximos cinco días. Durante ese tiempo se te suspenderá en todas tus clases. Es lo que estipulan las normas del instituto. Además, tendrás prohibido acercarte al colegio. No quiero verte por aquí durante esos cinco días. ¿Entendido? Puede que todavía estemos a tiempo de enseñarte algo, aunque no sea leyendo libros.

La señora Beckman se levantó con tanta brusquedad que la silla en la que había estado sentada cayó ruidosamente al suelo. Se había puesto completamente roja y el jersey se le había subido de nuevo, dejando a la vista su flácido estómago. Se volvió hacia su marido.

Nunca pensé que llegaría el día en que tuviera que ver algo así, le gritó. ¿Es que no vas a decir nada? ¿Es que no has oído lo que acaba de decir? Eres su padre. ¿Vas a quedarte ahí quieto como si no hubiera pasado nada?

El señor Beckman ni siquiera miró a su mujer. Tenía la vista clavada en el director.

¿Por qué no cierras el pico de una vez?, dijo sin levantar la voz.

Su mujer le miró llena de indignación. Empezó a decir algo pero lo pensó mejor y se calló. Él seguía mirando fijamente al director.

No sé nada sobre esos expedientes sancionadores, o lo que sean, dijo al cabo de un rato. Me importan una mierda los expedientes. Lo único que sé es que mi hijo tiene que jugar al baloncesto este fin de semana.

No podrá jugar, dijo el director. Su hijo está expulsado temporalmente. No puede representar al colegio hasta que cumpla su sanción.

Este fin de semana hay dos partidos. El equipo juega un torneo.

Sé perfectamente que el equipo de baloncesto juega un torneo. Llevo todo el día hablando por teléfono del dichoso torneo.

¿Y pretende decirme que mi hijo no va a jugar?

No, no hasta que haya cumplido su sanción disciplinaria.

¿Y todo porque, según el profesor este, Russell le dijo no sé qué a una putita que no sabe mantener las piernas cerradas?

Por eso y por lo que su hijo hizo en el pasillo.

¿Es su última palabra?

Sí.

¿Está completamente seguro?

Sí.

Pues me va a oír, maldito hijo de puta seboso. No sabe usted con quién está hablando.

El director se inclinó sobre la mesa y se encaró con el padre de Russell.

Más le vale callarse de una vez, dijo. ¿Me está amenazando? Dígame, ¿es una amenaza?

Puede pensar lo que quiera. Me ha oído perfectamente.

Esto es demasiado. No tengo por qué soportar sus amenazas. Llevo muchos años en este instituto y no será usted quien me eche de aquí. Y ahora, adiós. Esta reunión ha terminado.

El señor Beckman seguía mirándole. Se levantó y movió violentamente el brazo hacia atrás, indicándoles a su mujer y a su hijo que había llegado el

momento de irse. Al llegar a la puerta se detuvo un momento y se dio la vuelta.

Escúcheme bien, maldito saco de grasa. Hay muchas maneras de conseguir las cosas. No voy a olvidar esto. Le aseguro que esto no va a quedar así.

Volvió a girarse y les dio un empujón a su mujer y a su hijo y salió al pasillo detrás de ellos.

El director se sentó y se quedó mirando la puerta abierta. Al cabo de unos segundos sacudió la cabeza y se volvió hacia Tom Guthrie.

Bueno, dijo, estarás contento con el lío en el que nos has metido. Iba a llevar todo esto con mano izquierda. Sí, con mano izquierda. Sin acalorarme. Y mira lo que ha pasado. No me gusta nada lo que ha pasado. Pero te voy a decir algo: a partir de ahora ándate con cuidado.

¿Lo dices por los Beckman?

Sí.

¿Y qué me dices de ti?

A mí no me va a pasar nada. Solo estaba fanfarroneando. No le quedaba más remedio con esa mujer que tiene. En cuanto a ti, tómate las cosas con calma. No te conviene enfrentarte a los Beckman. Y, por Dios santo, cuando vuelva el chico ten más cuidado con lo que haces. Ya te lo he dicho, lo que queremos es que se gradúe lo antes posible para perderlo de vista.

Para eso tendrá que hacer el trabajo de clase.

Aunque no lo haga.

No voy a cambiar de opinión, dijo Guthrie.

Hazme caso, dijo el director. Es por tu bien. Te recomiendo que me hagas caso.

## IKE Y BOBBY

Por la tarde, después de salir de clase, subieron la escalera de madera y recorrieron el estrecho pasillo oscuro y llamaron a la puerta. Esta vez no iban a cobrar los periódicos.

Hoy no es sábado, dijo Iva Stearns al abrir la puerta. ¿Venís a pedirme un adelanto?

No, dijo Ike.

Entonces ¿qué queréis?

Los niños giraron la cabeza y miraron al pasillo detrás de ellos. Aun cuando hubieran sabido cómo hacerlo, eran demasiado humildes, demasiado vergonzosos, como para decir a qué habían venido.

La señora Stearns los observó.

Ya veo. Será mejor que paséis.

Los niños entraron sin decir nada. El apartamento estaba igual que siempre, lleno de cosas por todas partes, con la calefacción demasiado alta y el suelo cubierto de pilas de facturas y periódicos y las bolsas de la compra amontonadas sobre la tabla de planchar y el televisor portátil encima del gran mueble de madera maciza. Olía a tabaco y a polvo acumulado del condado de Holt. La señora Stearns cerró la puerta y observó pensativamente a los dos niños apoyada en sus dos bastones plateados. Llevaba una fina bata azul y el mismo delantal de siempre y calcetines de hombre y unas zapatillas muy gastadas.

Bueno, os diré lo que podemos hacer, dijo. Estaba pensando en preparar unas galletas, pero me faltan algunos ingredientes y me duelen demasiado las

piernas como para salir a comprarlos. Podrías ir vosotros a comprar lo que me hace falta.

Sí. Díganos lo que necesita.

Os haré una lista. ¿Os gustan las galletas de copos de avena?

Sí.

Pues entonces haremos galletas de copos de avena.

Se sentó con dificultad en el sillón que había junto a la pared y apoyó los dos bastones sobre uno de los brazos mientras recuperaba el aliento. Se alisó la bata y el delantal sobre las delgadas rodillas.

Traedme el bolso. Está en la otra habitación. Encima de la mesa. Ya sabéis dónde.

Bobby entró a la otra habitación, que estaba igual de llena de cosas, y encontró el bolso y volvió y se lo dio a la señora Stearns. Los dos niños esperaron quietos, mirándola sin decir nada. Ella inclinó la cabeza hacia delante. Tenía el pelo medio blanco medio amarillo y tan fino que apenas le cubría la cabeza y tenía la piel irritada detrás de las orejas, donde se apoyaban las patillas de las gafas. El cable de su anticuado aparato para la sordera desaparecía bajo el cuello de la bata.

Abrió el bolso de piel y sacó un monedero. Después buscó un billete de diez dólares y se lo dio a Ike.

Con esto debería bastar. No os olvidéis de traerme el cambio.

No se preocupe.

Y, ahora, vamos a ver. ¿Qué necesitamos? Miró a los niños como si ellos pudieran saberlo. Ellos esperaron en silencio. Necesitamos muchas cosas.

Hurgó en el bolso y sacó una pluma y siguió hurgando, pero no encontró lo que buscaba.

Necesito un trozo de papel. Eso servirá. Pasadme el periódico.

Era el *Denver News* de ese mismo día. Seguía enrollado con la goma, tal y

como se lo habían llevado esa mañana. La señora Stearns quitó la goma y lo desenrolló y arrancó un trozo de la primera página y empezó a escribir en el espacio en blanco del margen: copos de avena, huevos, azúcar moreno. Tenía esa caligrafía fluida de los cuadernos Palmer que se enseñaba antes en los colegios, pero la mano le temblaba un poco, como si tuviera fiebre o frío.

Tú tienes el dinero, dijo mirando a Ike, así que la lista te la voy a dar a ti, le dijo a Bobby, y le dio el trozo de papel de periódico. Venga, daos prisa. Os estaré esperando.

¿Dónde quiere que compremos las cosas, señora Stearns?, preguntó Ike.

En la tienda de Johnson. La conocéis, ¿no?

Sí.

Pues venga. No tardéis.

Los niños se acercaron a la puerta.

Un momento. ¿Cómo vais a entrar cuando volváis? No quiero tener que volver a levantarme para abriros.

Sacó una llave del bolso y se la dio a Ike.

Ellos salieron del apartamento y bajaron la escalera y salieron al frío de Main Street y fueron a la tienda de Johnson que estaba en la esquina con Second Street. Una vez dentro comprar las cosas resultó mucho más difícil de lo que habían imaginado. Había dos tipos distintos de azúcar moreno, copos de avena de cocción rápida o de cocción normal y en cajas grandes o medianas y los huevos venían en tres tamaños y dos colores. Mientras analizaban las distintas posibilidades, los demás clientes, que eran mujeres de mediana edad o madres jóvenes, los observaban con curiosidad mientras empujaban sus carritos.

Entonces ¿compramos el azúcar moreno barato?, dijo Ike.

Sí, dijo Bobby.

¿Y la caja grande de copos de avena de cocción normal?

Sí.

¿Compramos los huevos medianos?

¿Por qué los medianos?

Porque están en medio.

¿Y qué?

Es importante, dijo Ike. Están entre los grandes y los pequeños. Así ni nos pasamos ni nos quedamos cortos. Bobby le miró pensativamente.

Está bien, dijo por fin. Pero ¿de qué color?

¿Cómo que de qué color?

¿Blancos o morenos?

Se volvieron hacia la nevera y miraron los distintos tipos de huevos.

Mamá compraba los blancos, dijo Ike.

Sí, pero la señora Stearns no es mamá. Puede que ella prefiera los morenos.

¿Por qué iba a preferir los morenos?

Nos ha pedido que compremos azúcar moreno.

¿Y qué?

Podría habernos pedido azúcar blanco.

Está bien, compraremos los huevos morenos.

Sí.

Los medianos.

Vale.

Llevaron los huevos y los copos de avena y el azúcar moreno al mostrador y pagaron. La cajera les sonrió.

¿Vais a preparar galletas?

Ellos no dijeron nada. Tomaron el cambio y salieron a la calle y volvieron al edificio de la señora Stearns y subieron la escalera hasta las dependencias oscuras y sobrecalentadas de la anciana encima del callejón. Abrieron la

puerta con la llave que les había dado. Al entrar vieron que ella se había quedado dormida en el sillón. Tenía la cabeza caída hacia delante y casi no se la oía respirar. Se acercaron a ella sin saber qué hacer y se fijaron en el débil movimiento de su pecho y en cómo subía y bajaba los hombros al respirar. Estaban un poco asustados. Ike se inclinó hacia ella y dijo:

Señora Stearns, ya hemos vuelto.

Se quedaron quietos, mirándola y esperando.

Señora Stearns, dijo Ike. Se volvió a inclinar hacia ella. Ya hemos llegado.

Le tocó el brazo.

De repente, ella dejó de respirar y se atragantó. Abrió los ojos y parpadeó varias veces detrás de las gafas y levantó la cabeza y miró a su alrededor.

¿Ya habéis vuelto?

Sí, ahora mismo, dijo Ike. Acabamos de entrar.

¿Lo tenéis todo?

Sí.

Estupendo.

Le dieron el cambio y el recibo de la tienda y ella se acercó la palma abierta de la mano a la cara y contó el dinero con un dedo de la otra mano y guardó los billetes y las monedas en el bolso. También le dieron la llave de la puerta, pero ella no la cogió.

Os la confío, les dijo. Así, si alguna vez os apetece volver, no tendré que levantarme a abrir la puerta. ¿Vale?

Ellos asintieron.

Está bien, dijo ella. Y ahora vamos a ver si consigo levantarme. Empezó a hacerlo muy lentamente, apoyándose con las dos manos cerradas en los brazos del sillón. Ellos querían ayudarla, pero no sabían dónde podían tocarla. Por fin consiguió ponerse en pie. Hacerse vieja es un verdadero incordio. Además de un absurdo. Cogió sus dos bastones. Apartaos un poco.

No quiero tropezarme.

La siguieron lentamente hasta la cocina. Nunca habían estado en la cocina de la señora Stearns. Era un cuarto muy pequeño con una ventanita que daba a la azotea del edificio de al lado y una mesa de madera con una tostadora encima y una nevera muy pequeña y un cubo de basura y un viejo fregadero esmaltado con una taza de café sucia y las migas de las tostadas del desayuno.

Antes que nada tenéis que lavaros las manos.

Se lavaron las manos al mismo tiempo. Después ella les dio un paño y les fue pidiendo los ingredientes que faltaban a partir de una vieja receta amarillenta y manchada de grasa, pero aún legible, que en algún momento había arrancado de un bote de copos de avena. Ellos los cogían del armario y los dejaban en la mesa.

¿Qué nos hace falta ahora?, dijo ella. Leed lo que dice aquí.

Vainilla.

La vainilla está ahí arriba, en el estante de en medio. ¿Qué más?

Bicarbonato.

Ahí arriba. ¿Qué más?

Ya está todo.

Perfecto. Para saber cocinar solo hace falta saber leer las recetas. Así siempre podréis cocinar lo que queráis. No lo olvidéis. Y no solo aquí. También podéis hacerlo en vuestra casa. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Ellos la miraron atentamente. Bobby volvió a leer la receta.

¿Cómo se mezcla la mantequilla y el azúcar?, preguntó Ike.

Déjame ver.

Lo dice aquí: «Mezclar la mantequilla y el azúcar».

Tenéis que mezclar las dos cosas hasta que quede una masa suave, como si fuera un queso cremoso.

Ah.

Podéis usar un tenedor.

Pusieron la mantequilla y el azúcar en un gran cuenco y los mezclaron con los demás ingredientes mientras ella permanecía detrás de ellos, supervisándolos, instruyéndolos. Después echaron la masa a cucharadas sobre la bandeja engrasada con mantequilla y metieron las galletas crudas en el horno.

Se me acaba de ocurrir algo, dijo ella. Mientras esperamos a que se hagan las galletas os voy a enseñar una cosa.

La señora Stearns se arrastró penosamente hasta el cuarto de al lado y volvió con una caja de cartón medio rota y la dejó sobre la mesa y la destapó. El anticuado álbum de fotos estaba desgastado de tanto mirarlo durante tantas tardes solitarias. Se las fue enseñando una a una. Eran todas de su hijo, Albert.

Este es Albert, dijo señalando la primera foto con un largo dedo manchado de nicotina. Es mi hijo. Murió en la guerra. En el Pacífico.

Los niños se inclinaron para ver mejor la foto.

Sí, este es mi Albert, con su uniforme de la marina. Es mi foto preferida de él. Está hecho todo un hombre. Miradle bien. ¿Verdad que era guapo?

Era un chico alto y delgado. Llevaba un uniforme azul de gala con la gorra blanca echada hacia atrás y unos zapatos negros muy brillantes. Tenía una gran sonrisa y los ojos entornados para protegerse del sol. Detrás de él había un árbol frondoso y un estanque umbrío.

Pienso en él todos los días. Todos los días.

Dio la vuelta a la página. En la siguiente foto Albert le rodeaba los hombros con el brazo a una mujer delgada de pelo oscuro y ondulado. La mujer llevaba un vestido blanco.

¿Quién es ella?, dijeron los niños.

¿Quién creéis que es?

Ellos se encogieron de hombros.

Soy yo.

Ellos se volvieron hacia la señora Stearns y la miraron.

Sí, soy yo hace muchos años. Aunque os parezca mentira, yo también he sido joven.

Los niños siguieron mirándola. Tenía la cara llena de manchas y la piel le colgaba flácida de las mejillas y llevaba el pelo recogido. Olía a humo de cigarrillos. Volvieron a mirar la foto, a la mujer del bonito vestido blanco.

Esa fue la última vez que Albert estuvo en casa.

¿Y su padre?, preguntó Ike. ¿No estaba también en casa?

No, él no estaba, dijo ella, y su voz sonó más dura, más cansada. Ya se había ido.

Nuestra madre también se ha ido. Está en Denver, dijo Bobby.

Sí, dijo ella. Miró a los niños. Sus caras estaban muy cerca de la suya. Sí, creo que he oído algo.

Porque estaba en una casa alquilada, dijo Ike. Ahora está en Denver, en casa de su hermana.

Ah.

Vamos a ir a verla muy pronto. En Navidad.

Eso está muy bien. Seguro que os echa muchísimo de menos. Yo lo haría. Seguro que se siente como si le faltara el aire.

A veces nos llama por teléfono, dijo Ike.

El reloj del horno empezó a sonar. Sacaron las primeras galletas y la oscura cocina se impregnó de un olor a canela y a masa recién horneada. Los niños se sentaron a la mesa y se comieron las galletas con la leche que ella les sirvió en dos vasos azules. Ella estaba apoyada en la encimera mirándolos mientras bebía una taza de té y, aunque no tenía hambre, también se comió

un trocito de galleta. Después se encendió un cigarrillo y echó la ceniza en el fregadero.

Vosotros no habláis mucho, ¿eh?, dijo ella. Me pregunto en qué estaréis pensando todo el rato.

¿Sobre qué?

Sobre nada. Sobre las galletas que habéis preparado.

Están buenas, dijo Ike.

Si queréis, os las podéis llevar a casa.

¿Usted no las quiere?

Me quedaré unas pocas. Vosotros llevaos el resto cuando os vayáis.

## GUTHRIE

¿Ya te vas?, preguntó Maggie Jones.

Guthrie estaba en el vestíbulo con su chaquetón de invierno en la mano. Detrás de Maggie la mayoría de los profesores sostenían pequeños platos de papel y hablaban y comían y bebían formando pequeños grupos. Otros hacían lo mismo sentados en las sillas y en el sofá. En una esquina del salón una profesora escuchaba al padre de Maggie Jones, que llevaba una camisa de pana y una corbata verde y gesticulaba continuamente con las manos mientras contaba alguna anécdota de los viejos tiempos.

Si todavía es muy pronto, dijo Maggie.

La verdad es que hoy no estoy de humor, dijo Guthrie. Creo que será mejor que me vaya.

¿Adónde vas a ir?

No lo sé. Puede que vaya a tomar una copa al Chute. ¿Por qué no vienes conmigo?

No puedo dejar solos a mis invitados.

Guthrie se puso el chaquetón y se subió la cremallera.

Espérame en el Chute, dijo Maggie. Iré en cuanto pueda.

Vale. Te esperaré un rato.

Abrió la puerta y salió. El aire frío le golpeó en la cara y en las orejas, incluso dentro de la nariz. Había coches aparcados a todo lo largo de la manzana. Anduvo hasta su camioneta y se subió. El motor tardó en arrancar. Guthrie se metió las manos en los bolsillos y esperó a que el interior de la camioneta se calentara un poco antes de ponerse en marcha. Paró en la

gasolinera que había tres manzanas al sur de la casa de Maggie y se bajó dejando el motor en marcha y compró un paquete de cigarrillos y volvió a subirse a la camioneta y condujo hasta el Chute Bar and Grill, que estaba solo a otro par de manzanas. El aire del bar estaba cargado de humo y alguien había puesto varias monedas en la máquina de música. Estaba la gente de siempre, las personas que siempre iban al Chute los sábados por la noche.

Guthrie se sentó junto a la barra y Monroe se acercó a él secándose las manos con un paño blanco.

¿Qué te pongo, Tom?

Guthrie pidió una cerveza de barril y Monroe se la sirvió y empezó a frotar una mancha en la barra, pero al final resultó que la mancha formaba parte de la madera.

¿Te la apunto?

No, no hace falta.

Guthrie le dio un billete y Monroe se acercó a la caja registradora que había junto al gran espejo y metió el dinero y sacó el cambio y se lo llevó a Guthrie.

¿Alguna novedad?, dijo Guthrie.

Aún es temprano, dijo Monroe, y se fue a hacer algo al otro extremo de la barra.

Guthrie miró a su alrededor. Había tres o cuatro hombres sentados a su izquierda y varios grupos en los reservados que había a su espalda y más gente en las mesas y los reservados y la mesa de billar de la sala del fondo. Judy, la secretaria del instituto, estaba en una de las mesas con otra mujer. Al ver a Guthrie levantó su vaso y movió dos dedos. Él le devolvió el saludo levantando un poco la cabeza y se dio la vuelta y miró hacia la puerta de entrada. Había otro par de hombres y una mujer con una chaqueta militar que parecía tener dificultades para mantener el equilibrio sobre el taburete. El

hombre que estaba más cerca se volvió hacia Guthrie. Era Buster Wheelright.

Hombre, Tom.

¿Qué tal, Buster?

Aquí estamos. No me quejo.

Haces bien. Para lo que sirve...

Ya.

Guthrie bebió un sorbo de cerveza y volvió a mirar a Buster.

Has adelgazado mucho, dijo. Casi no te reconozco.

A que sí. ¿Qué tal se me ve?

Tienes buen aspecto.

Acabo de salir de una cura de desintoxicación. Por eso he perdido tanto peso.

¿Qué tal te ha ido?

¿Con lo de la cura?

Sí.

Bien. Al principio me cogió una depresión de caballo con eso de no poder beber. Me pasaba el día llorando. Pero el médico me dio unos antidepresivos. Después de eso todo fue mucho mejor. Solo que no podía cagar.

Guthrie sonrió y agitó la cabeza.

Vaya problema.

No lo sabes tú bien. No se puede vivir sin cagar.

No, supongo que no.

Así que me dieron unos laxantes que me limpiaban de arriba abajo. Por eso perdí tanto peso. No paraba. Comía como un caballo y cagaba como un elefante.

Buster soltó una carcajada. Le faltaban varios dientes en un lado de la boca.

Suena un poco radical, dijo Guthrie.

Desde luego, no es algo que quieras hacer todos los días.

Los dos bebieron de sus vasos. Guthrie miró hacia la sala del fondo. Judy y su amiga se reían de algo que estaba diciendo el corpulento hombre de cabello rizado que se había sentado con ellas.

¿Y tu socio?, preguntó Guthrie. No lo veo por ninguna parte.

¿A quién?

Terrel.

Joder. ¿Es que no te has enterado?

¿De qué?

Fue ayer por la mañana, cuando volvía al pueblo. Al llegar a Hoag Street la perrita moteada de Smythe se cruzó delante del camión. Por lo visto, Terrel pensó que la había atropellado, así que frenó un poco y abrió la puerta y se asomó para ver si estaba detrás del camión. No te lo vas a creer, pero se inclinó tanto que al final se cayó del camión. Aterrizó de cabeza. El camión siguió andando solo hasta que se estrelló contra la valla del jardín de Helen Shattuck. A Terrel se lo llevaron al hospital. Creían que le había dado un infarto. Cuando recuperó el sentido les explicó lo que había pasado, que se había caído del camión. Está tan gordo que se desequilibró al asomar medio cuerpo.

Guthrie sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.

¿Está bien?, preguntó.

Sí. Le duele mucho la cabeza, pero nada más.

¿Y la perra?

Ni la tocó. Está perfectamente. Volvió tan tranquila a casa. ¿Crees que hay alguna moraleja en ello?

No me extrañaría.

Mi madre decía que todo tiene una moraleja. Solo hay que saber encontrarla.

Puede que tuviera razón. Tu madre sabía lo que se decía.

Sí, sí que lo sabía. Ya hace veintisiete años que murió.

Guthrie se encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Buster. Buster cogió el pitillo y lo observó durante unos segundos antes de llevárselo a la boca. Los dos hombres fumaron y se acabaron sus bebidas. Monroe trajo otra cerveza para Guthrie y una cerveza y un chupito para Buster. Guthrie sacó un billete y lo puso sobre la barra.

Cóbrate también lo de Buster, dijo.

Buster le dio las gracias con un gesto de la cabeza y cogió el chupito y se lo bebió de un trago y después bebió un largo sorbo de cerveza.

Judy se acercó a la barra. Se detuvo detrás de Guthrie y le dio un golpecito en el hombro.

Creía que estarías en la fiesta de Maggie, dijo cuando él se volvió.

De ahí vengo. ¿Tú por qué no has ido?

Ya tengo bastante con ver a los profesores todos los días en el instituto. Son siempre las mismas caras y las mismas charlas.

Ya, dijo Guthrie. Tienes buen aspecto.

Gracias.

Judy dio una vuelta completa sobre sí misma, como si estuviera en un baile. Llevaba un top blanco con mucho escote y unos pantalones vaqueros muy ceñidos y unas botas de cuero rojo. El top convertía sus pechos en suaves y agradables montículos.

Te invito a una copa, dijo Guthrie.

Iba a invitarte yo.

Puedes invitarme a la siguiente.

Vale. Pero luego no me digas que no.

Monroe le trajo un ron con Coca-Cola a Judy. Ella bebió un sorbo y removió el líquido con una pajita y volvió a beber.

¿Quieres sentarte?, dijo Guthrie.

No hay más taburetes.

Siéntate en el mío. Me quedaré un rato de pie.

No, gracias. Soy más joven que tú.

¿Seguro?

Soy la chica más joven del bar. Soy la chica más joven que haya salido jamás un sábado por la noche.

Blandió un puño en el aire y lo agitó.

El hombre que estaba sentado a la izquierda de Guthrie estaba escuchando y se giró y miró a Judy. Llevaba un sombrero vaquero negro con una pluma.

Si me das un beso de buenas noches puedes sentarte en mi taburete, dijo. Además, yo ya estaba a punto de marcharme.

¿Nos conocemos?, dijo Judy.

No, pero eso tiene fácil arreglo.

Vale, dijo Judy. Pero agáchate un poco. Eres demasiado alto.

Cuando el hombre se agachó Judy le cogió los mofletes con las dos manos,ladeó la cabeza para evitar el ala del sombrero y le dio un sonoro beso en los labios.

¿Qué tal así?

Joder, dijo él, y se pasó la lengua por los labios. Creo que después de todo me voy a quedar un rato más.

Ni lo pienses, dijo Judy tirándole del brazo.

Él se levantó y le dio una palmadita en el hombro y se fue. Judy se sentó en el taburete vacío y se volvió hacia Guthrie.

¿Quién era?, preguntó ella.

Vive al sur de Holt. Se pasa por aquí de vez en cuando. No sé cómo se llama.

Es la primera vez que lo veo.

No viene mucho. Una vez cada dos o tres semanas.

Guthrie y Judy hablaron sobre varias cosas, sobre el instituto y sobre Lloyd Crowder y sobre algunos estudiantes. Después ella empezó a hablarle de su hija, que estaba estudiando primer curso en la Universidad de Fort Collins. Le dijo que todavía no se había acostumbrado a estar sola en casa, que había demasiado silencio, y Guthrie le habló un poco de sus hijos. Después ella le contó el chiste de la rubia que va en avión a Hawái y él le preguntó si sabía qué era lo peor que te podían decir cuando estás meando en un baño público. Pidieron otra ronda y ella insistió en pagar.

¿Te importa que te haga una pregunta?, dijo Judy con la nueva copa en la mano.

Dime.

¿Tu mujer sigue en Denver?

Guthrie la miró.

Sí, dijo finalmente.

¿Sigue allí?

Sí.

¿Qué crees que va a pasar?

No lo sé. Puede que se quede en Denver. Está viviendo en casa de su hermana.

Entonces ¿no vais a volver?

Lo dudo.

¿Te gustaría?

Guthrie volvió a mirarla.

¿No podríamos hablar de otra cosa?

Lo siento, dijo ella.

Él se encendió un cigarrillo y ella lo observó mientras fumaba. Después le quitó el cigarrillo de la mano y le dio una calada y echó el humo por la nariz

y le dio otra calada y se lo devolvió.

Quédatelo.

No, solo quería una calada. Lo he dejado.

¿Seguro?

Sí. Solo quería darle una calada. Oye, ¿por qué no vienes a cenar a casa algún día? Podría preparar unos filetes, o lo que sea. Se te ve muy solo. Y a mí tampoco me vendría mal un poco de compañía. La casa se ha quedado tan silenciosa sin mi hija.

Puede que algún día.

Venga. Anímate.

Lo pensaré.

Siguieron charlando hasta que la amiga de Judy se acercó a la barra y cogió a Judy del brazo y tiró de ella.

Por Dios, no me dejes sola con él, dijo la amiga.

Hasta luego, dijo Judy.

Guthrie observó a las dos mujeres. Volvieron a la mesa de la otra sala y levantaron de la silla al hombre del pelo rizado y lo llevaron a la mesa de billar. Al volver a mirar a su derecha Guthrie vio que Buster Wheelright se había ido. Había dejado unas monedas en la barra y se había marchado. Guthrie miró a su alrededor. La mujer de la chaqueta militar estaba dormida en la barra con la cabeza apoyada sobre los brazos. Él se acabó la cerveza y salió al frío del invierno y se montó en la camioneta y se fue a casa.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Un día de diciembre se presentó en el aula de Maggie Jones. Maggie estaba sentada a su mesa, corrigiendo unos trabajos con un bolígrafo rojo.

¿Señorita Jones?

Maggie levantó la mirada.

Victoria. Pasa.

Ella entró y se detuvo delante de la mesa. Estaban solas. No había nadie más en el aula. Victoria había engordado. Se le empezaba a notar claramente el embarazo y tenía la cara más rellena. La tela de su blusa brillaba ceñida a su estómago. Maggie dejó los trabajos a un lado.

Acércate, dijo. Déjame que te vea bien. Vaya... Estás muy bien. Gírate, a ver cómo estás de perfil.

La chica se puso de perfil.

¿Cómo te sientes?

El bebé está empezando a moverse.

¿Sí? Maggie sonrió. Parece que comes bien. ¿Necesitas algo? ¿No deberías estar en clase?

Le he dicho al señor Guthrie que tenía que ir al baño.

¿Te pasa algo?

La chica miró a su alrededor. Se quedó de pie junto a la mesa y cogió un pisapapeles de la mesa y lo volvió a dejar en su sitio.

Señorita Jones, dijo, no hablan.

¿Quiénes?

Nunca dicen más de dos palabras seguidas. No es que tengan nada contra

mí. Tampoco hablan entre ellos.

¿Te refieres a los hermanos McPheron?

Sí. Hay demasiado silencio. No sé qué puedo hacer. Cenamos. Ellos leen el periódico. Yo me voy a mi cuarto a estudiar. Y ya está. Todos los días lo mismo.

¿Lo demás va bien?

Sí, son buenos conmigo. Si se refiere a eso. Son amables.

Pero no hablan.

Ni siquiera sé si me quieren allí. Nunca sé lo que están pensando.

¿Has intentado hablar con ellos? Podrías buscar un tema de conversación.

La chica miró a la mujer con gesto exasperado.

Yo no entiendo nada de vacas, dijo.

Maggie se echó a reír. Dejó el bolígrafo rojo encima de los trabajos y se reclinó sobre el respaldo de la silla y estiró los hombros.

¿Quieres que intente hablar con ellos?, dijo.

Sé que tienen buenas intenciones, dijo la chica. No creo que me quieran ningún mal.

Dos días después, al acabar las clases, Maggie Jones se encontró a Harold McPheron delante de la zona de refrigerados del supermercado de la carretera 34, en el lado este de Holt. Estaba olisqueando un paquete de chuletas de cerdo. Se acercó a él.

¿A ti te parece que esto está fresco?, preguntó él mientras le acercaba el paquete.

Tienen demasiada sangre, dijo ella.

Con estos paquetes no hay quien sepa si la carne huele bien. Con tanto maldito plástico no se olería ni el culo de una mofeta.

No sabía que comieras mofetas.

Ese es el problema. Con tanto plástico ya no hay manera de saber lo que estás comiendo. Te aseguro que eso no pasa con nuestra carne de vaca. Cuando sacas un trozo del congelador sabes perfectamente lo que puedes esperar.

Dejó el paquete en la nevera y cogió otro. Se lo acercó a la cara y lo olió. Hizo una mueca con los ojos medio cerrados. Dio la vuelta al paquete y miró la parte de abajo con suspicacia.

Maggie le observaba divertida.

Quería hablar contigo, dijo, pero ya nos veremos otro día que estés menos ocupado.

¿Por qué? ¿Qué he hecho ahora?

Más bien lo que no habéis hecho. Ninguno de los dos.

Harold dejó el paquete y se giró hacia ella. Llevaba puesta la ropa de faena: pantalones vaqueros y el chaquetón de invierno y un viejo sombrero blanco inclinado hacia un lado.

¿De qué estás hablando?

¿Queréis que Victoria se quede con vosotros?

Pues claro, dijo él. ¿Qué pasa? Parecía sorprendido.

Me imagino que os habréis acostumbrado a tenerla en casa. ¿Verdad que es agradable tener a una chica joven en la granja?

¿Qué hemos hecho mal?

No le hacéis suficiente caso, dijo Maggie Jones. No le dedicáis suficiente tiempo. Tenéis que hablar más con ella. A las mujeres nos gusta tener un poco de conversación por las noches. No me parece que sea pedir demasiado. Solo pedimos que habléis un poco con nosotras.

¿Hablar de qué?

De cualquier cosa. Pero de corazón.

Maldita sea, Maggie. Sabes perfectamente que no sé hablar con las mujeres. Lo sabías antes de traer a la chica a la granja. Y a Raymond le pasa lo mismo. Nunca hemos sabido hablar con las mujeres. Y menos todavía con una chica joven como Victoria.

Por eso te lo estoy diciendo. Ya es hora de que aprendáis.

Pero, maldita sea, ¿de qué vamos a hablarle?

Ya se os ocurrirá algo.

Maggie se alejó empujando su carrito por el pasillo del supermercado. Su falda, larga y oscura, revoloteaba enérgicamente en torno a sus piernas. Harold la observó alejarse entre perplejo y alarmado.

Llegó a casa justo antes de que anocheciera. Raymond no estaba. Le encontró detrás de las cuadras. Le hizo entrar dentro y le explicó nerviosamente lo que le había dicho Maggie Jones en el supermercado mientras él compraba la cena.

Raymond le escuchó sin decir nada. Después miró a su hermano fijamente a los ojos.

¿Eso es lo que te ha dicho?

Sí.

¿Nada más? ¿Eso es todo?

Todo lo que recuerdo.

Entonces tenemos que hacer algo.

Sí, me parece que sí, dijo Harold.

Pero tenemos que hacerlo ya, dijo Raymond. No podemos dejarlo para la semana que viene.

Eso mismo pienso yo. Tenemos que hacer algo.

Lo hicieron esa misma noche. Habían decidido esperar hasta después de la cena, pero ni un minuto más.

Habían cenado carne asada con cebollas rojas y patatas hervidas, judías verdes y pan, unos brillantes melocotones en almíbar y café. Como de costumbre casi no habían hablado mientras comían sentados formalmente a la mesa del comedor. Después la chica había recogido todo y lo había llevado a la cocina y había fregado los platos. Estaba a punto de irse a su cuarto cuando Harold dijo:

Victoria. Tuvo que aclararse la garganta antes de poder continuar. Si no te importa, a Raymond y a mí nos gustaría preguntarte algo. Solo si no te importa. Antes de que te pongas con tus estudios.

¿Sí?, dijo ella. ¿De qué se trata?

Nos preguntábamos... qué piensas de los precios.

La chica miró a Harold.

¿Qué?

En la radio han dicho que la soja ha bajado un punto. Pero el precio del ganado se mantiene estable.

Queremos saber qué piensas tú, dijo Raymond. ¿Qué crees que es mejor? ¿Vender o comprar?

Ella los observó sin decir nada. Los dos hermanos la miraban fijamente, casi con desesperación, sentados a ambos lados de la mesa, con las caras sobrias y curtidas, aunque bondadosas y bienintencionadas.

No lo sé. No sé nada de eso. Pero quizá podrían explicármelo.

Pues claro, dijo Harold. Al menos podemos intentarlo. Porque ya se sabe que el mercado de valores... Pero ¿por qué no te sientas?

Raymond se levantó y separó de la mesa la silla de Victoria. La chica se sentó lentamente y él empujó un poco la silla hacia la mesa y ella le dio las

gracias y él rodeó la mesa y se sentó en su silla. Ella se acarició el vientre. Al darse cuenta de que los dos hermanos la estaban mirando levantó las manos y las apoyó sobre la mesa.

Estoy lista, dijo. Adelante.

Sí, claro, dijo Harold. El mercado de valores nos dice lo que vale cada día la soja y el maíz y el ganado y el trigo y los cerdos y la harina. En la radio dicen los precios todos los días al mediodía. La soja a seis dólares. El maíz a dos dólares cuarenta. Los cerdos a cincuenta y ocho centavos. Es el precio de ese día.

Victoria le escuchaba con atención.

Así la gente sabe lo que valen las cosas. Así se mantienen al corriente.

Y también está la panceta de cerdo, dijo Raymond.

Harold abrió la boca para seguir hablando, pero de repente cambió de idea. Él y la chica miraron a Raymond.

¿Cómo?, dijo Harold.

La panceta de cerdo. En la radio también dicen lo que vale el vientre de cerdo.

Solo estaba dando algunos ejemplos, dijo Harold. Pero, sí, es verdad, también está el vientre de cerdo.

Si quisieras, también podrías comprar vientre de cerdo, le dijo Raymond a la chica con gesto serio. O vender, si ya tuvieras.

¿Qué es el vientre de cerdo?, dijo ella.

El beicon que desayunas.

Ah.

Es la carne que hay debajo de las costillas.

Sí, dijo Harold. El mercado también nos dice lo que vale eso cada día. ¿Lo entiendes?

Victoria miró a Harold. Después miró a Raymond. Ellos esperaban que

dijera algo. La miraban expectantes, como si le acabaran de explicar las cláusulas de un testamento o las precauciones que hay que tomar para evitar una enfermedad mortal o el contagio de la peste.

No del todo, dijo ella finalmente. ¿Cómo sabe los precios el hombre de la radio?

Le llaman desde los principales mercados del país. Recibe informes de Chicago y de Kansas. A veces también de Denver.

¿Y cómo se venden las cosas?

A ver cómo te lo podemos explicar, dijo Raymond inclinándose hacia ella. Digamos, por ejemplo, que quieres vender trigo. Digamos que lo tienes guardado en el silo que hay al lado de las vías del tren, que lo tienes allí desde julio, que fue cuando lo segaste. Imagínate que ahora quieres vender un poco del trigo que tienes. Llamas al encargado del silo y le dices que venda, por ejemplo, cinco mil fanegas. Él las vende al precio del día. Después llegan los camiones y se llevan el trigo que has vendido.

¿Adónde se lo llevan?

A distintos sitios. Lo más normal es que lo compre una empresa de molienda para hacer harina.

¿Y cuándo te pagan?

Te dan un cheque ese mismo día.

¿Quién?

El encargado del silo.

Pero te descuentan un dinero por haber tenido almacenado el trigo, dijo Harold. Y también te cobran por el secado. Aunque con el trigo cobran muy poco por el secado. Con el maíz es mucho más caro.

Contemplaron a la chica en silencio. Empezaban a sentirse mejor. Todavía no estaba todo arreglado, pero querían pensar que empezaba a verse algo de luz al final del túnel. Siguieron mirando a la chica, esperando que dijera algo.

Ella movió la cabeza y sonrió. Ellos se fijaron en sus bonitos dientes y en lo suave que tenía la piel.

Todavía no lo entiendo del todo, dijo ella. ¿Cómo se hace con el ganado?

El ganado, dijo Harold. Vamos a ver cómo podemos explicártelo.

Y empezaron a hablar del ganado que se sacrificaba para obtener carne y de los sementales y de las vaquillas y de los terneros y le explicaron lo que era cada cosa y estuvieron hablando hasta que se hizo tarde. Hablando. Conversando. Y a veces se desviaban un poco del tema del ganado y hablaban de otras cosas. Los dos hombres mayores y la chica de diecisiete años, sentados juntos a la mesa en el comedor de la casa de la granja, después de haber cenado y de haber recogido y fregado, mientras al otro lado de las paredes y las ventanas sin cortinas, en las llanuras, empezó a soplar un frío viento del norte y el cielo se cubrió con las nubes de una nueva tormenta de invierno.

## IKE Y BOBBY

Como estaba planeado pasaron las navidades con su madre. Guthrie los llevó a Denver en la camioneta y los acompañó hasta el séptimo piso del edificio de Logan Street donde vivía la hermana de Ella. Subieron en ascensor y después de recorrer un pasillo muy largo y luminoso con una moqueta en el centro entraron en el apartamento. Guthrie estuvo hablando un momento con Ella sin acaloramiento ni discusiones, pero no se sentó y se marchó enseguida.

Ella parecía menos nerviosa. Tenía la cara más rellena y no estaba tan pálida ni tan tensa. Se alegraba mucho de ver a los niños. Los estuvo abrazando mucho tiempo con los ojos llenos de lágrimas. Al principio sonreía todo el tiempo. Se sentaron juntos en el sofá y ella les cogió las manos y se las apretó sobre el regazo. Estaba claro que los había echado mucho de menos.

De alguna manera, su madre parecía sometida a la voluntad de su hermana, que era tres años mayor que ella. Era una mujer pequeña, un poco maniática y de ideas fijas, con los ojos grises y la barbilla muy pequeña. Las dos hermanas solían discutir sobre cosas sin importancia, como la manera de poner la mesa o la temperatura del apartamento, pero en las cosas importantes siempre se hacía lo que quería la hermana mayor. Entonces Ella adoptaba un aire distante y pasivo y no intentaba defender su postura. A los niños no les gustaba que hiciera eso. Pensaban que su tía era una mandona y querían que su madre se enfrentara a ella.

El apartamento tenía dos dormitorios. Ellos dormían con su madre. Por la

noche los tres hablaban y contaban chistes y jugaban a las cartas y luego ellos se acostaban sobre dos esteras cubiertas de mantas dobladas que hacían las veces de colchón. Era como ir de acampada. Pero después su madre empezó a encerrarse en la habitación con la luz apagada y en silencio. Había recaído cuatro días después de llegar los niños, el día después de la fiesta de Navidad. Ese día todo había salido mal. El jersey rojo que le habían comprado Ike y Bobby le iba demasiado grande, aunque ella dijo que le gustaba mucho, y además los niños no se habían acordado de comprarle nada a su tía. Su madre les había regalado una camisa a cada uno. Después, un día que se sentía mejor, los llevó al centro y les compró unos zapatos nuevos y un par de pantalones y calzoncillos y calcetines. Cuando estaban pagando en el mostrador de la tienda Ike dijo:

Es demasiado caro, madre. No nos hacen falta tantas cosas...

Vuestro padre me ha mandado algo de dinero, dijo ella. ¿Volvemos a casa?

El apartamento siempre estaba silencioso. Su tía trabajaba como supervisora en los juzgados municipales. Tenía un despacho en el centro. Después de trabajar veintitrés años en los juzgados no tenía una buena opinión de los seres humanos que, según ella, eran caprichosos y excéntricos y siempre estaban cometiendo delitos. Había estado casada durante tres meses, pero desde entonces no quería saber nada de los hombres. Tenía dos pasiones: un gato amarillo muy gordo que se llamaba Theodore y el culebrón de la una. Como a esa hora trabajaba, lo grababa en vídeo. Pasara lo que pasase, lo veía religiosamente en cuanto llegaba a casa por la tarde.

Los niños se aburrían. Al principio su madre parecía encontrarse mejor, pero ahora volvía a estar mal y su tía les había dicho que no hicieran ruido y que la dejaran descansar. Se lo había dicho una tarde que había entrado en la habitación de su madre y las dos habían estado hablando una hora con la puerta cerrada.

No hagáis ruido y dejadla descansar, les dijo al salir de la habitación.

Si no hemos hecho ruido.

No voy a permitir que me llevéis la contraria.

¿Qué le pasa a mamá?

Vuestra madre no es una mujer fuerte.

Así que su tía se iba a trabajar todos los días y su madre se encerraba en su cuarto con la luz apagada y se tapaba la cara con las dos manos y ellos se quedaban solos en el apartamento del séptimo piso del edificio de Denver. Su tía les había prohibido salir. Leían un poco y veían la televisión, hasta que casi se quedaban ciegos, aunque a la una la apagaban para que el vídeo grabara el culebrón de su tía. Su único recurso era la terraza a la que se salía desde el salón por una puerta corredera de cristal. Desde la terraza se veía toda la calle y los coches aparcados junto a las aceras y las copas de los árboles sin hojas. Salían a la terraza y miraban los coches que pasaban y a las personas que sacaban a pasear a sus perros. Se abrigaban bien y salían a la terraza. Se inclinaban sobre la barandilla y escupían y miraban cómo caía la saliva. Después se inventaron un juego que consistía en ver quién era capaz de hacer que un trozo de papel llegara más lejos arrastrado por el viento. Hasta tenían un sistema de puntuación que dependía de la distancia y del sitio donde caía el trozo de papel. Pero el resultado realmente era impredecible, pues solo dependía del viento. Al final descubrieron que era mejor tirar cosas más pesadas, sobre todo huevos.

Al cabo de un par de días un vecino se lo dijo a su tía. Esa tarde, cuando llegó a casa después del trabajo, se quitó el abrigo y lo colgó y los agarró a los dos de las muñecas y los obligó a entrar en la habitación de su madre.

¿Sabes lo que han estado haciendo estos dos?

Su madre se incorporó ligeramente.

No, no lo sé. Estaba muy pálida. Pero seguro que no es nada tan malo.

Han estado tirando huevos.

¿Qué?

Han estado tirando huevos desde la terraza.

¿Es verdad eso?, preguntó su madre mirándoles a los ojos.

Ellos no dijeron nada. Simplemente miraron a su madre. Su tía todavía los tenía agarrados de la muñeca.

Pues claro que es verdad, dijo su tía.

Bueno, estoy segura de que no volverán a hacerlo. Los pobres se aburren mucho.

Desde luego que no van a volver a hacerlo. Ya me encargo yo de eso.

Y así se acabó lo de los huevos. Su tía les prohibió salir a la terraza.

Una noche, al final de la semana, se despertaron cuando todavía no había amanecido. Su madre no estaba en la habitación. Abrieron la puerta del dormitorio y fueron al salón. Aunque las luces estaban apagadas entraba bastante luz por las cristaleras de la terraza. Su madre estaba envuelta en una manta en el sofá. Tenía los ojos abiertos, pero no se movía.

¿Mamá?

¿Qué hacéis despiertos?

No sabíamos dónde estabas.

No podía dormir, dijo ella. Pero no pasa nada. No os preocupéis.

¿Podemos sentarnos contigo?

Hace frío, dijo ella.

Voy a por una manta, dijo Ike.

¿Cuándo vas a volver a casa?, dijo Bobby. En casa estarías mejor que aquí.

No lo sé. No estoy segura. Necesito más tiempo.

Pero...

Venga, sentaos a mi lado. Aquí os va a dar frío. Deberíais estar en la cama.

Se sentaron junto a su madre y estuvieron mirando por las cristaleras durante mucho tiempo.

Su padre vino a recogerlos al día siguiente. Los niños estaban muy contentos. Pero también se sentían confusos e intranquilos porque su madre tenía que quedarse sola con su tía en el apartamento de Denver. Guthrie les preguntó qué tal lo habían pasado, pero ellos no dijeron mucho. No querían traicionar a su madre. El viaje de vuelta a Holt se les hizo muy largo. Se sintieron mejor cuando llegaron a casa y subieron a su habitación. Desde allí podían mirar por la ventana y ver el establo y el molino y el corral.

## LOS McPHERON

Era Navidad y estaba de vacaciones hasta después del día de Año Nuevo. Victoria Roubideaux se quedó en la granja con los hermanos McPheron. Los días pasaban muy despacio. El suelo estaba cubierto de sucias placas de hielo. La temperatura nunca subía de cero grados y de noche hacía un frío horrible. Ella se quedaba en casa, leyendo revistas y cocinando, mientras los dos hermanos iban y venían, alimentando al ganado y rompiendo las capas de hielo que se formaban en los abrevaderos. Volvían a casa cubiertos de escarcha, medio congelados, con los ojos vidriosos y las mejillas tan rojas como si se hubieran quemado. El día de Navidad no habían hecho nada especial y tampoco tenían planes para Nochevieja.

La chica cada vez pasaba más tiempo en su habitación. Se levantaba tarde y por la noche se quedaba despierta escuchando la radio y arreglándose el pelo, leyendo cosas sobre bebés, pensando, garabateando en un cuaderno.

Los hermanos McPheron no sabían qué pensar. Se habían acostumbrado a la rutina de los días que la chica tenía clase, cuando se levantaba temprano y desayunaba con ellos y después se iba al instituto en autobús y volvía a la granja por la tarde. Cada vez se sentían más cómodos en su compañía. Por las tardes, cuando llegaban a casa, ella solía estar leyendo una revista o viendo la televisión, y juntos repasaban los acontecimientos del día y hablaban sobre cualquier cosa. Pero ahora ella pasaba cada vez más tiempo encerrada en su habitación. No sabían lo que hacía allí, pero tampoco querían preguntárselo. Pensaban que no tenían derecho a interrogarla. Así que no decían nada y cada vez se preocupaban más.

Una tarde, cuando volvían a casa en la camioneta, Harold dijo:

Me parece que Victoria no está bien.

Sí. Yo también lo he notado.

Se levanta demasiado tarde.

Puede que todas las chicas jóvenes se levanten tarde, dijo Raymond.

Sí, puede que sí, pero no tan tarde. El otro día entré en casa un momento a las nueve y media y ella se acababa de levantar.

No sé, dijo Raymond mientras miraba por encima del tembloroso capó de la camioneta. Creo que lo que le pasa es que se siente sola. Creo que se aburre.

Puede que tengas razón. Y además, no creo que eso sea bueno para el bebé. ¿El qué?

Que se sienta sola. Que esté triste. Seguro que no es bueno para el bebé. Ni tampoco puede ser bueno que se acueste y se levante tan tarde.

Bueno, dijo Raymond, necesita descansar.

Necesita acostarse a su hora, eso es lo que necesita. Necesita un horario regular.

¿Cómo sabes eso?

No lo sé, dijo Harold, no como un hecho fehaciente. Piensa en una novilla preñada. No se pasa toda la noche despierta yendo de un lado para otro. ¿A que no?

¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver con Victoria?

He estado pensando mucho en eso. Tienen muchas cosas en común. Las dos son jóvenes. Las dos están en la granja y solo nos tienen a nosotros para que las cuidemos. Además, las dos son primerizas. Piénsalo.

Ya habían llegado a la casa. Raymond miró a su hermano sin poder creer lo que estaba oyendo.

Una novilla no tiene nada que ver con una chica.

Lo único que digo es que... Tú piénsalo bien, dijo Harold.

Lo que dices es que Victoria es igual que una vaca.

Eso no es verdad. Eso no es lo que he dicho.

Maldita sea. Es una chica. No tiene nada que ver con una vaca. No puedes comparar a una chica con una vaca.

Ya sé que no es una vaca. Y no tienes por qué ponerte así.

No me gusta que digas que Victoria es una novilla.

Yo no he dicho eso. Yo nunca diría eso.

Pues a eso sonaba.

Solo se me ha ocurrido que tenían cosas en común. ¿Es que tú nunca piensas cosas así?

Sí, puede que a veces las piense.

Pues ya está.

Pero eso no quiere decir que las diga.

Vale. Está bien. He hablado antes de pensar. ¿Me pego un tiro ahora o espero a que anochezca?

Ya te avisaré, dijo Raymond. Miró por la ventanilla. La chica ya había encendido las luces de la casa. La pobre se aburre. No tiene nada que hacer.

Desde luego no parece que tenga muchos amigos, dijo Harold.

No, no parece que los tenga. Nunca llama a nadie por teléfono. Tampoco la llaman a ella.

Podríamos llevarla al pueblo a ver una película. Hacer algo para que se divierta.

No puedo creer que hayas dicho eso.

¿Qué tiene de malo ir al cine?, preguntó Harold.

¿Tú nos imaginas a nosotros dos en el cine? ¿A nosotros dos allí, sentados en una butaca comiendo palomitas llenas de sal mientras un actor de Hollywood se beneficia a una chica desnuda? ¿Y con Victoria sentada a

nuestro lado?

Bueno...

Pues eso.

Vale, dijo Harold. Tienes razón.

Yo, desde luego, no voy a ir a ver ninguna película, dijo Raymond.

Pero tenemos que hacer algo.

Eso no lo discuto.

Sí, tenemos que hacer algo.

Ya lo sé, dijo Raymond. Se frotó las manos entre las rodillas para calentárselas. Las tenía rojas y agrietadas. Estamos igual que el otro día, cuando le hablamos de lo del precio de las cosas. Es como si cada vez que arreglaras un problema se presentara otro nuevo. A veces pienso que con una chica joven como Victoria es imposible arreglar todos los problemas.

Entiendo lo que dices.

Los dos hermanos miraron la casa en silencio. Les pareció vieja y gastada por el tiempo. La pintura estaba desconchada y las ventanas del piso de arriba parecían devolverles la mirada. Al lado de la casa el viento mecía los olmos desnudos.

¿Sabes lo que pienso?, preguntó Harold. Empiezo a entender a la gente que tiene hijos. Todo parece fácil visto desde fuera, pero luego no es tan fácil. Se volvió hacia su hermano. Eso es lo que pienso. Raymond seguía observando la casa en silencio. ¿Me estás escuchando?

Sí.

¿Y por qué no dices nada?

Estoy pensando.

¿Y qué? ¿Es que no puedes pensar y hablar al mismo tiempo?

No, en este caso no, dijo Raymond. Necesito concentrarme.

Vale, dijo Harold. Tú sigue pensando. Yo ya no digo nada más. Pero

tenemos que encontrar una solución, y rápido. No puede ser bueno estar tanto tiempo sola en esa habitación. No puede ser bueno ni para ella ni para el bebé.

Harold McPheron llamó a Maggie Jones esa misma noche. Él y Raymond habían decidido llamarla después de que la chica se hubiese vuelto a encerrar en su habitación después de cenar.

¿Adónde irías si quisieras comprar una cuna?, dijo en cuanto Maggie contestó.

Tú debes de ser uno de los hermanos McPheron, dijo Maggie al cabo de unos segundos.

Así es. El más guapo e inteligente.

Ah, entonces eres Raymond.

Eso no ha tenido ninguna gracia, dijo Harold.

¿No?

No. Pero dime, ¿adónde irías a comprar una cuna?

Supongo que iría a los grandes almacenes que hay en Phillips. Tienen una sección entera de artículos para bebés.

¿Dónde están esos grandes almacenes?

En la plaza. Enfrente del juzgado.

¿En el lado norte de la plaza?

Sí.

Vale, dijo Harold. Bueno, ¿qué tal va todo?

Ella se echó a reír.

Bien, gracias.

Me alegro. Bueno, feliz Año Nuevo, dijo él, y después colgó.

Al día siguiente los hermanos McPheron dejaron de trabajar hacia las

nueve de la mañana. Volvieron a casa y subieron al porche y dieron patadas en el suelo para sacudirse la nieve de las botas y se quitaron las gorras. La chica estaba desayunando en la cocina. Se detuvieron en el umbral y vacilaron unos instantes antes de entrar. Ella los miró. Finalmente entraron y se sentaron frente a ella. La chica llevaba puesto un camisón de franela y un jersey y calcetines. El pelo le brillaba iluminado por los rayos de sol que entraban por las ventanas del lado sur.

Harold se aclaró la garganta.

Hemos estado pensando, dijo. Nos gustaría llevarte a comprar unas cosas a Phillips. Si te parece bien, claro.

Ella parecía sorprendida.

Pero ¿por qué?

Será divertido, dijo Raymond. ¿No te apetece? Creíamos que te gustaría salir un rato.

Sí, pero ¿qué vamos a comprar?

Podemos comprar cosas para el niño. Cuando nazca necesitará un sitio donde dormir, ¿no?

Sí, claro.

Pues entonces tendremos que comprárselo.

Ella le miró y sonrió.

¿Y si es una niña?

Supongo que tendremos que hacer de tripas corazón y quedárnosla de todas formas, dijo Raymond adoptando una expresión exageradamente grave. Aunque sea una niña, necesitará un sitio para dormir. ¿O es que las niñas no duermen?

Salieron a las once. Antes los dos hermanos McPheron habían ido a dar de

comer al ganado. Al volver se asearon y se cambiaron de pantalón y de camisa y se pusieron los elegantes sombreros Bailey que solo usaban cuando salían de la granja. La chica los esperaba sentada junto a la mesa de la cocina con su chaquetón de invierno y el bolso rojo colgado del hombro.

Se montaron en la camioneta y condujeron hacia el pueblo. Era un día frío y soleado. Victoria iba en medio, entre los dos hermanos, con una manta sobre las piernas. Cada vez que tomaban una curva los papeles y los alicates y las pinzas para la batería y los tazones sucios resbalaban de un lado a otro sobre el salpicadero. Llegaron a Holt y cruzaron el pueblo y pasaron por debajo del nuevo depósito de agua y siguieron hacia el norte. A su alrededor los oscuros rastrojos de trigo y de maíz sobresalían congelados entre la nieve y los brotes de trigo de invierno brillaban tan verdes como si fueran joyas. Un coyote solitario corría con largas y regulares zancadas a un lado de la carretera. Su larga cola parecía una voluta de humo detrás de su cuerpo. Al ver la camioneta, el coyote se detuvo un instante y volvió a correr, esta vez todo lo rápido que podía, y cruzó la carretera y chocó contra la valla alambrada y salió despedido hacia atrás y se levantó inmediatamente y volvió a chocar. Presa del pánico, trepó por la alambrada como lo haría un hombre y se alejó corriendo por la llanura, de nuevo libre, sin detenerse ni una sola vez para mirar hacia atrás.

¿Estará bien?, preguntó la chica.

Sí, creo que sí, dijo Raymond.

Hasta que se encuentre con alguien que haya salido a cazar coyotes con una camioneta llena de perros, dijo Harold.

¿Hacen eso?

Sí, sí que lo hacen.

Siguieron adelante. La llanura estaba salpicada de granjas aisladas con establos y cuadras y a lo lejos se veían las pequeñas y oscuras manchas de los

árboles que rodeaban las casas de otras granjas más lejanas. Pasaron junto a una en la que había un granero rojo y varios caballos pastando. Alguien había decorado los postes de la valla con botas vaqueras a lo largo de unos doscientos metros. Al llegar al pueblo de Red Willow giraron hacia el oeste y pasaron frente a la escuela rural de Lone Star y atravesaron los campos de trigo y después, al llegar a una pequeña elevación de terreno, divisaron el pueblo en medio del amplio valle arbolado del río South Platte.

Era la una y media cuando llegaron. Aparcaron en la plaza, delante del juzgado, y entraron en una pequeña cafetería y se sentaron a una mesa con un mantel verde. Eran los únicos clientes. La mujer que estaba fumando un cigarrillo sentada frente a la barra se levantó y les llevó tres vasos de agua y la carta. Victoria pidió un sándwich de queso y una sopa de tomate.

Deberías pedir algo más, dijo Raymond. Todavía falta mucho para la cena.  
Pidió un vaso de leche.

Que sea un vaso grande, por favor, le dijo Raymond a la camarera.

¿Y ustedes qué desean?

Los dos hermanos McPheron pidieron los filetes de pollo, que venían con puré de patatas y judías verdes y maíz y ensaladilla de gelatina de zanahoria.

La ensaladilla está muy buena, dijo la camarera.

¿Sí?, dijo Harold.

Sí, yo la como a menudo.

Eso suena bien. ¿El pollo viene con salsa?

Sí.

Muy bien. Antes nos gustaría tomar un café. Solo, por favor. Tráiganos dos tazas.

La mujer desapareció en la cocina y les llevó los cafés y el vaso de leche y al poco tiempo volvió con la comida. Los tres comieron en silencio. Cuando los hermanos acabaron pidieron tres tartas de manzana con helado, pero la

chica solo se comió la mitad de la suya. Pagaron la cuenta y fueron andando a los grandes almacenes.

Los escaparates exhibían juegos de muebles de dormitorio y sofás y lámparas. En cuanto entraron, una mujer bajita con un vestido marrón se acercó a ellos.

¿Puedo ayudarles en algo?

Buscamos la sección de cunas, dijo Harold.

¿Cunas para bebés?, dijo ella.

Sí, señora. Creo que pronto vamos a necesitar una. Harold le guiñó un ojo a Victoria. Queremos echar un vistazo a lo que tiene.

Sígueme, por favor.

La siguieron por varios pasillos hasta llegar a donde estaban las cunas.

Como pueden ver, tenemos una amplia oferta, dijo la mujer.

Había docenas de cunas, con sus mantitas y sus colchones respectivos, entre las cómodas y los cambiadores a juego. Los hermanos McPheron miraron a su alrededor, desconcertados por la gran variedad. Después miraron a Victoria. Ella se quedó a un lado, sin decir nada.

No sé. ¿Podría explicarnos un poco en qué se diferencian?

Con mucho gusto, dijo la mujer. Aquí tenemos una cuna con un acabado fácil de limpiar que, además, por supuesto, no es tóxico para el bebé. Esta barandilla de plástico está pensada para que el bebé la pueda morder cuando le empiecen a salir los dientes. Este lateral puede subirse o bajarse para proporcionar un fácil acceso a la cuna. También son importantes los adornos, como los de estas ruedas. Esta otra cuna tiene una base de una sola pieza para el colchón. Estos soportes de aquí permiten ajustar el colchón a diferentes alturas. Este otro modelo tiene un mecanismo para bajar la barandilla presionando con la rodilla. En este otro la barandilla se baja al soltar estos dos pasadores. Esta cuna de aquí puede convertirse en cama si se quitan las

barandillas laterales.

La mujer dejó de hablar y esperó con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

¿Tienen alguna pregunta?

¿Por qué llevan adornos las ruedas?, dijo Harold.

Es un efecto decorativo.

¿Perdón?

Queda más bonito.

Supongo que eso es importante, que las ruedas sean bonitas.

Es un accesorio atractivo, dijo ella. A mucha gente le gusta.

Ya veo.

Los hermanos McPheron se acercaron a las cunas y las examinaron minuciosamente. Manipularon los laterales, levantándolos y bajándolos, y caminaron alrededor de las cunas para verlas por delante y por detrás y ajustaron la altura de los soportes y se agacharon para ver las cunas desde abajo y las empujaron y las hicieron rodar hacia delante y hacia atrás. Raymond se inclinó sobre una cuna y le dio un golpecito al colchón. El colchón rebotó un par de veces.

¿A ti qué te parece, Victoria?, dijo. ¿Te gusta esta?

Es demasiado cara, dijo ella. Todas son demasiado caras.

Tú no te preocupes por eso. Eso es cosa nuestra. ¿Cuál te gusta más?

No lo sé. Puede que esta, dijo señalando hacia la más barata.

Sí, es bonita, dijo Raymond, aunque a mí me gusta más esta.

Al final los hermanos McPheron escogieron la cuna que podía convertirse en cama, la más cara de todas. Era de madera. Parecía robusta y el lateral ajustable se deslizaba con facilidad, por lo que Victoria podría subirlo y bajarlo sin ningún problema.

¿Podría entregarnos una como esta hoy mismo?, preguntó Harold.

Por supuesto, dijo la dependienta.

Pues muy bien. Nos la llevamos.

Supongo que sabe que no incluye el colchón, ¿verdad?

¿No incluye el colchón?

No. Los colchones nunca van incluidos.

Necesitamos una cuna y, desde luego, nos gustaría que la cuna tuviera un colchón. Esta chica va a tener un bebé y le aseguro que ese bebé no va a dormir sobre una tabla de madera, aunque se pueda ajustar a tres niveles distintos.

Pueden elegir entre todos estos modelos, dijo la dependienta.

Empezó a enseñarles los colchones y ellos escogieron uno que después de estrujarlo y de darle la vuelta un par de veces parecía suficientemente resistente. Después eligieron las sábanas y las mantas.

Victoria observaba a los dos hermanos McPherson con una actitud cada vez más silenciosa y distante. Hasta que por fin dijo:

Todo esto es demasiado. No hace falta que compren tantas cosas.

¿Es que no podemos divertirnos un poco?, dijo Harold. Creía que habíamos venido a pasarlo bien.

Pero todo esto cuesta demasiado dinero. ¿Por qué quieren comprarme todas estas cosas?

No te preocupes, dijo Harold. Estuvo a punto de rodearle los hombros con un brazo, pero en el último momento se contuvo. La miró fijamente a los ojos. De verdad, no te preocupes, volvió a decir. Queremos regalarte estas cosas. Será nuestro regalo para el bebé.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas. Harold se sacó el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se lo dio. Ella se secó las lágrimas y se sonó. Después le devolvió el pañuelo.

¿Quieres quedártelo?, dijo Harold.

Ella negó con la cabeza.

Entonces ¿se lo llevan todo?, dijo la dependienta.

Harold se guardó el pañuelo y se volvió hacia ella.

Sí, nos lo llevamos todo, dijo.

Muy bien. Solo quería saber si estaban ustedes seguros.

Absolutamente.

La dependienta llamó a un chico y le dijo que fuera al almacén. El chico volvió empujando un carro con dos grandes cajas de cartón y la dependienta sumó los importes.

¿Van a pagar al contado o con tarjeta?

Con un cheque, dijo Raymond.

Se inclinó sobre el mostrador y apoyado en un codo relleno el cheque con cara de concentración. Al acabar se aseguró de que todo estaba bien y arrancó el cheque del talonario y sopló varias veces sobre la tinta y le dio el cheque a la dependienta. Ella lo examinó detenidamente.

¿Podría enseñarme algún documento de identificación, por favor?

Raymond sacó una vieja cartera del bolsillo interior del chaquetón y le enseñó su carnet de conducir. Ella miró la foto y después miró a Raymond.

Creía que estaba prohibido llevar sombrero en la foto del carnet.

En Holt siempre llevamos sombrero. ¿Hay algún problema? ¿Es que no me parezco al de la foto?

No, no. Al contrario. No hay duda de que es usted.

Le devolvió el carnet y él lo introdujo en la cartera y volvió a guardársela en el bolsillo del chaquetón. La dependienta le entregó el recibo.

Y muchas gracias por comprar en nuestra tienda, dijo la dependienta a modo de despedida.

El chico empezó a empujar el carro hacia la salida, llevando el nuevo colchón y la nueva cuna dentro de sus planas cajas de cartón impresas con el

brillante rótulo de la fábrica y avanzando garbosamente por el pasillo central. Pero Harold le detuvo.

Podemos llevar las cajas nosotros, dijo.

Ya se las llevo yo.

No hace falta.

Uno detrás del otro, los hermanos McPheron agarraron las cajas y se las cargaron debajo del brazo y salieron a la calle con sus immaculados sombreros y empezaron a andar hacia la camioneta. La chica iba detrás con la bolsa de las sábanas y las mantas. En la plaza la gente se daba la vuelta a verlos pasar. Mujeres de mediana edad, muchachas adolescentes y jubilados, todos observaron el extraño desfile de los dos hombres mayores y la chica embarazada. El viento invernal era más frío ahora y el sol empezaba a inclinarse hacia el oeste. Al otro lado de la plaza, el edificio de granito del juzgado se erguía gris y sólido bajo su tejado verde. Cargaron las cajas en la camioneta y las amarraron con una cuerda amarilla que sacaron de la caja de herramientas y dieron marcha atrás y salieron de la plaza y de la ciudad y se adentraron en el valle del río South Platte y avanzaron hacia el frío invierno de las llanuras.

Ya era casi de noche cuando llegaron a la granja. En el temprano ocaso de finales de diciembre el cielo parecía cerrarse sobre ellos cuando giraron hacia la casa. Iluminados por los faros de la camioneta, los ojos de unas reses centellearon como si fueran rubíes. Eran una vaca vieja y tres gruesas novillas.

Ten cuidado, dijo Raymond.

Ya las he visto, dijo Harold.

La vaca estaba en medio del camino, mirando la camioneta con la cabeza

levantada. Se dio la vuelta y desapareció a un lado de la carretera y las novillas la siguieron.

Cuatro, ¿no?

Harold asintió.

Siguieron avanzando lentamente, sin perder de vista a las reses, hasta llegar a la casa. Se bajaron y subieron al porche y los dos hermanos McPheron se pusieron las botas y las gorras de faena y volvieron a salir al frío y a montarse en la camioneta y reunieron a las reses y las condujeron trotando hasta la valla. Raymond se bajó de la camioneta y abrió la portilla y Harold revolucionó el motor para que las reses retrocedieran. Los cuatro animales se dieron la vuelta y empezaron a trotar junto a la valla, levantando puñados de nieve entre los hierbajos, iluminados por los potentes faros de la camioneta. Sus vientres se balanceaban hacia un lado y otro mientras avanzaban con la típica torpeza de su especie. Raymond las esperaba en el camino. Cuando las reses llegaron a la portilla gritó y movió los brazos arriba y abajo y los animales cruzaron la valla. Se volvió a subir a la camioneta y empujaron a los cuatro animales hacia los prados. Esperaron un momento para ver hacia dónde se dirigían. A esas alturas ya había oscurecido por completo. Cada vez hacía más frío. Dieron la vuelta y volvieron a casa. Cuando llegaron, la luz de la farola ya brillaba azulada en lo alto del poste que había junto al garaje.

Subieron al porche y se limpiaron las suelas de las botas contra los tablones del suelo y entraron al calor de la cocina. La chica ya había preparado la cena y había puesto platos y vasos y cubiertos para tres en la mesa de madera de la cocina.

¿Estás viendo lo mismo que yo?, preguntó Harold.

Sí, dijo Raymond. Es como cuando madre preparaba la cena.

La cena está lista, dijo la chica. Estaba de pie, al lado del horno, con un

pañó blanco de cocina atado a la cintura. Tenía la cara sonrosada por el calor del horno y los ojos le brillaban. Ya está todo preparado. Hoy podríamos cenar aquí. Resulta más hogareño que en el comedor.

Me parece muy bien, dijo Harold.

Los hermanos McPheron se asearon y los tres cenaron juntos en la cocina y hablaron del viaje a Phillips y de la dependienta del vestido marrón y del chico del carrito y de la cara que había puesto cuando se habían llevado las cajas debajo del brazo. Después de cenar los dos hermanos montaron la cuna mientras ella les leía las instrucciones. Al acabar la colocaron junto a la pared interior de la habitación de la chica y estiraron cuidadosamente una de las sábanas y colocaron una manta doblada. Después los dos hermanos se sentaron a ver las noticias de las diez mientras ella fregaba los platos de la cena.

Esa noche, al acostarse en la mullida cama que había pertenecido al matrimonio McPheron, la chica observó con satisfacción la cuna. El barniz de la madera resplandecía contra las descoloridas florecitas rosas del papel pintado de la pared. La chica se imaginó lo que sentiría al mirar la carita que pronto yacería en la cuna. A las diez y media oyó los pasos de los dos hermanos McPheron al subir la escalera para acostarse.

Al día siguiente se levantó tarde, como lo había hecho durante los seis días de las vacaciones. Pero esa mañana era distinto. Ahora ya no importaba. Los hermanos McPheron habían llegado a la conclusión de que eso era algo normal en una chica de diecisiete años. Antes no sabían qué debían hacer, pero ahora ya no creían que tuvieran que hacer nada.

Dos días después era Año Nuevo y las clases empezaban al día siguiente.

## GUTHRIE

Todo estaba lleno de volantes. Había volantes en las ventanas del dormitorio y en la colcha de la cama y cosidos a las almohadas, incluso alrededor del espejo que había encima de la cómoda. Pensó que sería una manía personal de Judy. Estaba en el cuarto de baño, insertándose algo, tomando precauciones. Él se fumó un cigarrillo mirando el techo. Un círculo de luz se dibujaba sobre la pintura rosa justo encima de la lámpara de la mesilla.

Judy salió del cuarto de baño. Se había puesto un camisón muy corto y no llevaba nada debajo. Guthrie se fijó en los oscuros medallones de sus pezones y en el perfil de sus pequeños senos y en la oscura uve de su vello.

No hacía falta que hicieras eso. Estoy operado, dijo él.

¿Cómo sabes lo que estaba haciendo?

Me lo imagino.

Pues no te imagines demasiadas cosas. Podrías equivocarte, dijo ella.

Después sonrió. Tenía los dientes muy blancos. Se metió en la cama con él. Hacía mucho tiempo que Guthrie no estaba con una mujer. Hacía casi un año que había dejado de acostarse con Ella. El cuerpo de Judy estaba lleno de calidez.

¿Cómo te hiciste esa cicatriz?, preguntó Judy.

¿Cuál?

Esa que tienes en el hombro.

No lo sé. Supongo que me la haría con algún alambre de espino. ¿Tú no tienes cicatrices?

Por dentro.

¿Por dentro?

Sí.

No te comportas como si las tuvieras.

Para qué iba a hacerlo. No sirve de nada.

No, la verdad es que no.

Ella estaba tumbada de costado, mirándole.

¿Por qué te has decidido a venir?

No lo sé, dijo él. Supongo que me sentía solo. Ya lo dijiste tú la otra noche en el Chute.

¿Y quién no se siente solo?, dijo ella.

Se incorporó sobre el codo y se acercó a él y le besó y él le apartó el pelo de la cara y, entonces, sin decir nada más, se puso encima de él y él sintió su cuerpo contra el suyo y le acarició la espalda y la estrecha cintura y las suaves caderas.

¿Qué ha sido de Roger?, dijo Guthrie.

¿Qué? Judy se rio. ¿No te parece que es un momento un poco raro para hacer esa pregunta?

Se me ha ocurrido cuando estabas en el cuarto de baño.

Se marchó. Era lo mejor para todos.

¿Cómo le conociste?

Judy se incorporó para mirarle.

¿De verdad quieres hablar de eso ahora?

Él asintió.

Le conocí en un bar en Brush. Hace mucho tiempo de eso. Era sábado por la noche. Yo era más joven.

Todavía eres joven. Tú misma lo dijiste la otra noche.

Ya, pero cuando conocí a Roger era mucho más joven. Le conocí en ese bar de Brush y se convirtió en mi marido. Era muy dulce, un auténtico

seductor. Me sedujo para que viera las cosas a su manera.

¿Ah, sí?

Después, con el tiempo, dejó de ser tan dulce.

Judy parecía triste. Guthrie pensó que no tenía que haber sacado el tema. Volvió a apartarle el pelo de la cara. Ella sonrió y se inclinó para besarle. Él la abrazó y volvió a sentir la calidez de su cuerpo. En el cuarto de baño, además del camisón, Judy se había puesto colonia. Se besaron.

¿Te importa que te pida otra cosa?

¿Qué?

¿Por qué no te quitas el camisón?

Eso me gusta más, dijo ella.

Volvió a incorporarse y se quitó el camisón. Estaba preciosa iluminada por la lámpara.

¿Así está mejor?

Sí, dijo él. Mucho mejor.

Dos horas antes Guthrie había pasado por delante de la casa de Maggie Jones, pero las luces estaban apagadas. Había estado conduciendo un rato por Holt y había parado a comprar cigarrillos y cervezas y había salido del pueblo y después de conducir unos cinco kilómetros había dado la vuelta en la estrecha carretera y había ido a casa de Judy, la secretaria del instituto. Ella le había abierto la puerta y le había invitado a pasar.

Ahora, algunas horas después, mientras se despedían, Judy le preguntó si volvería alguna vez.

Tal vez, dijo él.

Sabes que no tienes por qué, pero me gustaría que lo hicieras.

Gracias, dijo Guthrie.

Guthrie pensaba que lo que había ocurrido aquella noche quedaría entre Judy y él. Pero al día siguiente la voz ya se había corrido por Holt. No sabía cómo se había enterado Maggie Jones, pero se había enterado. El lunes por la tarde, al acabar las clases, Maggie fue a verle a su aula.

¿No tienes nada que decirme?

¿Por qué lo dices?, preguntó Guthrie sin evitar su mirada.

Maldita sea, no me hagas esto. Eres demasiado viejo para jugar a hacerte el tonto.

Guthrie la miró. Se quitó las gafas y limpió los cristales y volvió a ponérselas.

¿Cómo te has enterado?

¿Es que todavía no sabes que vives en un pueblo? ¿Crees que hay una sola persona en Holt que no conozca tu camioneta?

Guthrie hizo girar la silla y miró por la ventana. Los mismos árboles invernales. La misma calle. Las mismas aceras. Volvió a mirar a Maggie, que seguía esperando junto a la puerta.

No, esto no va a ser así.

Entonces ¿qué fue lo de anoche?, dijo ella.

No lo sé. Tenía la noche libre. Supongo que no sabía qué hacer.

Podrías haber venido a verme. A mí me hubiera gustado que vinieras.

Pasé por tu casa, pero las luces estaban apagadas.

Así que decidiste ir a ver a Judy, ¿no?

Algo así.

Maggie le observó en silencio.

¿Va a ser algo que se repita?, dijo por fin.

No, creo que no. No.

Está bien, dijo Maggie. Pero quiero que sepas una cosa. No estoy dispuesta a competir por ti. No pienso meterme en ninguna competición por ti. Solo quiero que sepas eso. Maldita sea, eres un cabrón.

Salió del aula y durante el resto del día y de la noche Guthrie se sintió torpe y confuso.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Era por la tarde y estaba en el pasillo del instituto cuando Alberta se acercó a ella con algo en la mano.

Está esperando fuera, le dijo. Me ha pedido que te diera esto.

¿Quién?

No sé cómo se llama. Se ha acercado a mí y me ha pedido que te diera esto cuando te viera. Toma, cógelo.

Cogió la nota. Estaba escrita a lápiz: «Vicky. Te espero en el aparcamiento. Dwayne». Dio la vuelta al trozo de papel. No había nada escrito en el otro lado. Aunque era la primera vez que veía su letra, los garabatos inclinados hacia atrás eran exactamente como los había imaginado. No creía que fuera una broma. Tenía que ser él. La verdad es que tampoco le sorprendía demasiado que hubiera ido a verla. Al final, había venido. ¿Qué significaba aquello? Ella llevaba esperando ese momento desde que había empezado el otoño y, ahora, en pleno invierno, Dwayne había ido a verla cuando ella ya no creía que fuera a hacerlo. Miró a Alberta. Su compañera la miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera metida en una especie de culebrón y estuviera a punto de escuchar alguna declaración impactante que le permitiera saber cómo debía reaccionar.

Victoria pasó junto a ella con toda naturalidad y abrió la puerta metálica de su taquilla y sacó su chaquetón y se colgó el bolso rojo del hombro.

¿Qué vas a hacer, Vicky?, preguntó Alberta. Ten cuidado. Es él, ¿verdad?

Sí, dijo ella. Es él.

Dejó a Alberta junto a las taquillas y empezó a andar hacia la puerta de

entrada y salió al frío de la tarde y se dirigió hacia el aparcamiento que había en la parte trasera del instituto. Andaba despacio, como si estuviera sumida en una suerte de trance. Al dar la vuelta al edificio vio el Plymouth negro esperando al fondo del solar asfaltado. Tenía el motor encendido. Oyó el leve murmullo del tubo de escape, un sonido familiar que le hizo recordar todas aquellas tardes de verano. Él estaba recostado en el asiento del conductor, fumando un cigarrillo. Ella se fijó en el hilo de humo que salía por la ventanilla entreabierta. Él la estaba mirando. Cuando llegó a la altura del coche, el chico se enderezó en el asiento.

No se te nota demasiado, dijo. Pensaba que se te notaría más.

Ella no dijo nada.

Tienes la cara un poco más gorda.

Dwayne la miraba con un aire ligeramente crítico, como lo había hecho siempre, con esa calma, esa especie de distanciamiento que siempre mantenía respecto a las cosas. Ahora lo recordaba bien.

Tienes buen aspecto. Déjame que te vea de perfil.

No.

Venga, déjame que te vea. Quiero ver si se te nota de perfil.

He dicho que no. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

Todavía no lo sé. Quería saber cómo estabas. Me han dicho que estás viviendo en una granja con dos viejos.

¿Quién te lo ha dicho? Creía que te habías ido a Denver.

Estoy viviendo en Denver, pero todavía tengo amigos aquí, dijo él. Parecía sorprendido.

¿Qué quieres?, preguntó ella.

Estás enfadada conmigo. Puedo verlo.

Creo que tengo razones para estarlo.

Sí, puede que sí, dijo él. Pareció reflexionar sobre algo. Apagó el cigarrillo

en el cenicero del coche. Sus movimientos eran pausados, tranquilos. Volvió a mirarla. No te pongas así. He venido a verte, ¿no? Para saber si quieres venirte a Denver.

¿Contigo?

Sí. ¿Por qué no?

¿Y qué haría yo en Denver?

Lo que hace todo el mundo. Yo qué sé. Podrías vivir en mi apartamento. Podríamos vivir juntos, volver a empezar donde lo dejamos. Ese bebé es mío, ¿no?

Sabes perfectamente que sí.

Pues eso, dijo él. Por eso he venido.

Ella le miró. El motor del coche seguía en marcha. Hacía frío. Habían pasado seis meses y demasiadas cosas desde la última vez que se habían visto, pero él tenía el mismo aspecto de siempre. Delgado y moreno y con el pelo rizado. Seguía igual de guapo. Pero ella ya no quería sentir nada por él. Creía que ya no sentía nada. Él la había dejado embarazada y se había ido sin decirle nada y después su madre la había echado de casa y tampoco había podido quedarse a vivir con la señorita Jones y al final se había ido a la granja de los hermanos McPheron, aunque, por raro que pudiera parecer, vivir con ellos no había sido tan horrible. Además, las cosas cada vez iban mejor en la granja. Y ahora, así, de repente, él había vuelto. No sabía qué debía sentir.

¿Por qué no subes al coche, Vicky? Te vas a congelar ahí fuera.

Ella miró a su alrededor. No había una sola nube en el cielo, pero el sol no calentaba. No había nadie más en el aparcamiento. Todo el mundo estaba en clase. Miró los coches vacíos de los otros estudiantes. Las ventanas estaban cubiertas de escarcha. Los coches llevaban aparcados desde las ocho de la mañana. Parecían fríos, desolados.

¿Es que ni siquiera vas a hablarme?, preguntó él.

Ella le miró.

No debería estar aquí, dijo por fin.

Claro que sí. He venido a por ti. Sé que tendría que haberte llamado antes. Lo siento. Reconozco que me he equivocado. Venga, sube. Te vas a congelar.

Ella siguió mirándole. Se sentía incapaz de pensar con claridad. Una ráfaga de viento le azotó la cara. Miró el campo de fútbol cubierto de nieve y las graderías vacías que se elevaban a ambos lados. Volvió a mirar a Dwayne. Él seguía esperando. Entonces, sin saber por qué lo hacía, dio la vuelta al coche y se subió y cerró la puerta. Dentro hacía calor. Se miraron. Él no intentó tocarla. Sabía que no era el momento. Salieron del aparcamiento.

Te he echado de menos, dijo él sin dejar de mirar hacia delante, hablando por encima del volante del Plymouth negro.

No te creo, dijo ella. ¿Por qué no me dices la verdad?

Es la verdad.

Salieron de Holt y fueron hacia el oeste por la carretera 34. Media hora después, al pasar Norka, empezaron a ver las montañas: una imperfecta línea azul que se perfilaba vagamente en el horizonte a cien kilómetros de distancia. Casi no hablaron. Él fumaba y en la radio sonaba una emisora de Denver y ella miraba las praderas ocre y los oscuros rastrojos de maíz y el ganado y los postes telefónicos que se sucedían a intervalos regulares junto a las vías del tren. Al llegar a Brush cogieron la carretera interestatal. Ahora que la carretera era mejor, Dwayne empezó a conducir más rápido. Al pasar Fort Morgan, donde el vapor de la depuradora de aguas residuales atravesaba perezosamente la carretera, la chica dijo lo que llevaba pensando desde hacía cinco minutos.

Preferiría que no fumaras en el coche.

Él la miró.

Antes no te molestaba.

Antes no estaba embarazada.

Eso es verdad.

Dwayne abrió un poco la ventanilla y tiró el cigarrillo encendido y volvió a cerrarla.

¿Qué tal así?

Mejor.

¿Por qué tienes que sentarte tan lejos? Que yo sepa nunca te he mordido.

Puede que hayas cambiado.

¿Por qué no te acercas un poco y lo compruebas?, dijo él.

Después sonrió hasta mostrarle los dientes.

Ella se deslizó sobre el asiento para acercarse a él y él le rodeó los hombros con el brazo y le dio un beso en la mejilla y ella apoyó la mano sobre su muslo y siguieron conduciendo, igual que lo habían hecho durante el verano, cuando iban a la granja abandonada que había al norte de Holt. Llegaron a Denver al anochecer.

Ella no sabía qué hacer. Su vida había cambiado por completo. Tenía diecisiete años y estaba embarazada y pasaba la mayor parte del tiempo sola en un apartamento de Denver mientras Dwayne, un chico con el que había empezado a salir en verano y al que no estaba segura de conocer bien, trabajaba en la fábrica de Gates. El apartamento tenía dos habitaciones y un cuarto de baño. Había barrido y había fregado y había limpiado todo el apartamento el primer día y había ordenado los armarios el segundo y había lavado las únicas sábanas de Dwayne y sus vaqueros sucios y sus camisas de

trabajo el tercer día y había preparado la cena todas las noches y en todo ese tiempo solo se había cruzado con una mujer al bajar al cuarto del sótano donde estaban la lavadora y la secadora. La mujer no le había dirigido la palabra y ella había pensado que o estaba loca o estaba molesta con ella por alguna razón que ignoraba. Durante esos primeros días que había estado en Denver había hecho todo lo que había podido. El primer sábado por la tarde, cuando Dwayne salió del trabajo, fueron a un centro comercial y él le compró unas camisas y un pantalón, porque ella todavía tenía toda su ropa en Holt. Pero eso no era suficiente y ella no tenía nada que hacer y se sentía más sola de lo que se había sentido nunca.

La primera noche, al llegar al apartamento, habían aparcado en el garaje lleno de coches oscuros. Después subieron la escalera hasta el primer piso y recorrieron el largo pasillo de baldosas que llevaba al apartamento de Dwayne.

Ya estás en casa, dijo él después de abrir la puerta.

Ella miró las dos habitaciones y el cuarto de baño y al cabo de un rato él la llevó al dormitorio. Nunca habían estado juntos en una cama. Él la desnudó y le miró la tripa, redonda y suave, y los pechos, duros e hinchados y surcados por unas venas azules, y los pezones, más grandes y más oscuros que en verano. Después le rodeó el vientre con las dos manos.

¿Se mueve?

Sí, desde hace dos meses.

Dwayne mantuvo las manos sobre su tripa, esperando que el bebé se moviera para él. Después la besó en el ombligo y se levantó y se desnudó y se acostó a su lado.

¿Todavía me quieres?, dijo.

Puede, dijo ella.

¿Cómo que puede? ¿Qué quiere decir eso?

Quiere decir que ha pasado mucho tiempo y que te fuiste sin decirme nada.  
Pero te he echado mucho de menos.  
Entonces él la besó y empezó a acariciarla.  
No sé si deberíamos hacer esto, dijo ella.  
¿Por qué?  
Por el bebé.  
No te preocupes por el bebé. No pasa nada.  
Pero has de tener mucho cuidado.  
Siempre tengo cuidado.  
No. Siempre no.  
¿Cuándo no he tenido cuidado?  
Estoy embarazada, ¿no?  
La miró a la cara.  
Eso fue un accidente. No lo hice aposta.  
Pero ocurrió.  
Tú también podrías haber hecho algo. No es solo culpa mía.  
Lo sé. He pensado mucho en eso.  
Dwayne la miró unos segundos, a sus ojos oscuros.  
Pareces distinta. Has cambiado.  
Estoy embarazada. Soy distinta.  
Ya, pero no es solo eso. ¿Te arrepientes?  
¿De lo del bebé?  
Sí.  
No. Quiero tenerlo.  
Entonces ¿vas a dejar que te bese?  
Ella no dijo nada, no lo rechazó. Entonces él volvió a besarla y acariciarla  
y después se puso encima de ella y, apoyando el peso sobre los brazos, la  
penetró y empezó a moverse muy despacio y durante un rato todo pareció

estar bien. Pero aun así ella seguía preocupada.

Cuando acabaron se quedaron tumbados sin decir nada. El dormitorio no era muy grande. Él había colgado un par de pósters en las paredes. Había una ventana con la persiana bajada y fuera se oía el ruido del tráfico de Denver.

Después se levantaron y él pidió una pizza por teléfono y el repartidor la trajo y él le pagó y le dijo algo gracioso y el chico se rio y después se fue y ellos se comieron la pizza y se quedaron viendo la televisión hasta medianoche. Al día siguiente él se levantó temprano para ir al trabajo y ella se sintió sola y perdida.

## LOS McPHERON

Ya hacía tres horas que había anochecido cuando aparcaron delante de la casa de Maggie Jones. Subieron al porche y llamaron a la puerta. Cuando les abrió, Maggie aún llevaba la falda larga y el jersey con los que había ido al instituto. Estaba descalza.

¿Qué ocurre?, dijo. Pasad.

Los dos hermanos McPheron todavía no habían llegado al salón cuando empezaron a hablar, interrumpiéndose entre sí.

No ha vuelto a casa, dijo Harold. Llevamos horas buscándola por todo el pueblo.

No sabemos dónde puede estar, dijo Raymond.

Llevamos más de tres horas dando vueltas por el pueblo. La hemos buscado por todas partes.

Supongo que estáis hablando de Victoria, dijo Maggie.

No parece que haya ninguna amiga con la que podamos hablar, dijo Raymond. Al menos ninguna que nosotros sepamos.

¿No ha vuelto a la granja en el autobús después de acabar las clases?, preguntó ella.

No.

¿Ha vuelto tan tarde alguna otra vez?

No. Esta es la primera vez.

Tiene que haberle pasado algo, dijo Harold. Puede que se la hayan llevado o algo así.

Cuidado con lo que dices, dijo Raymond. Aún no sabemos nada. No quiero

ni pensar que pueda haberle pasado algo malo.

Tienes razón. Dejadme que haga unas llamadas, dijo Maggie. ¿Por qué no os sentáis mientras tanto?

Entraron en el salón como si fuera un tribunal de justicia o algún tipo de templo. Miraron a su alrededor, indecisos, y finalmente se sentaron en el sofá. Maggie fue a llamar desde el teléfono de la cocina. Los dos hermanos McPheron se quedaron en el salón con las gorras de faena apoyadas sobre las rodillas, esperando hasta que ella volvió.

He llamado a dos o tres chicas de su clase, dijo Maggie, y al final he llamado a Alberta Willis. Me ha dicho que le entregó a Victoria una nota de un chico que estaba esperando en su coche en el aparcamiento del instituto. Le he preguntado si sabía lo que ponía la nota, y me ha dicho que era algo privado, que no era asunto suyo.

Pero ¿la has leído?, le he preguntado.

Sí, pero solo una vez.

Dime, por favor. ¿Qué ponía?

No ponía nada, señorita Jones. Solo ven a verme al aparcamiento, y luego su nombre. Dwayne.

¿Le conoces?, le he preguntado.

No, solo sé que es de Norka. Pero ya no vive allí. Nadie sabe dónde vive.

¿Y fue Victoria al aparcamiento, como decía la nota?

Sí, fue al aparcamiento. Intenté decirle que no lo hiciera. La advertí.

¿Y no has vuelto a verla después de eso?

No. No he vuelto a verla.

Así que, les dijo Maggie a los McPheron, creo que se ha ido con él. Con ese chico.

Los dos hermanos se quedaron mirándola sin decir nada. Parecían tristes y cansados.

¿Conoces a ese chico?, preguntó Harold por fin.

No. Que yo sepa, nunca le he visto. Pero al parecer el verano pasado estuvo en algunos bailes. Así es como conoció a Victoria. Me lo contó la noche que su madre la echó de casa. No me dijo cómo se llamaba, pero tiene que ser el mismo chico.

Y esa chica, Alberta, ¿sabe cómo se apellida el tal Dwayne?

No.

Los dos hermanos siguieron mirando a Maggie Jones sin saber qué decir.

Por lo menos sabemos que no está herida, dijo finalmente Harold. O perdida.

No creo que lo esté.

No se ha perdido, dijo Raymond. Eso es lo único que sabemos. Pero no sabemos si estará bien.

Seguro que está bien, dijo Maggie. O al menos eso quisiera creer.

Pero ¿por qué se habrá ido con ese chico?, dijo Raymond. ¿Crees que estará molesta con nosotros por algo?

Claro que no.

¿Seguro?

Seguro. No tiene nada que ver con eso.

Harold recorrió el salón con la mirada.

Llevo toda la tarde pensando en eso y no se me ocurre qué podemos haber hecho que la haya molestado.

Pues claro que no. No se te ocurre nada porque no habéis hecho nada.

Harold asintió. Volvió a mirar a su alrededor y se levantó.

Bueno, supongo que ya es hora de irnos, dijo mientras se ponía la gorra. Ya no podemos hacer nada más.

Raymond no se movió.

¿Crees que es ese chico?, dijo. El que la dejó embarazada.

Sí, dijo Maggie. Tiene que ser él.

Raymond la observó un momento. Luego dijo:

Oh. Hizo una pausa. Bueno, creo que me estoy haciendo viejo. Cada vez me cuesta más entender las cosas.

Y como no se le ocurrió qué más decir, se levantó. Su mirada se perdió más allá de Maggie.

Bueno, vámonos. Gracias por tu amable ayuda, Maggie Jones.

Salieron de casa de Maggie y se montaron en la camioneta y volvieron a la granja. Al llegar se pusieron los monos de faena y cogieron unas linternas y se acercaron a ver a la novilla que habían metido en el cobertizo cerrado de al lado de los establos al ver que estaba muy inquieta y que tenía las ubres muy hinchadas.

Se dieron cuenta de que le pasaba algo en cuanto la iluminaron con las linternas. Estaba encorvada y tenía el rabo levantado. Los miraba con los ojos muy abiertos. Dio un par de pasos nerviosos hacia un lado y entonces ellos vieron que la placenta le colgaba debajo de la cola. Una pezuña rosada le asomaba por la vulva. La novilla se alejó un poco dando dolorosos pasitos, encogida sobre sí misma, retrocediendo hacia el muro trasero, la pezuña de su ternerito sobresaliendo tras ella como de un trozo de arpillera sucia.

Rodearon el cuello de la novilla con una cuerda y la arrinconaron contra la pared del cobertizo y entonces Harold se quitó los guantes y empujó con todas sus fuerzas, hasta que consiguió volver a meter la pezuña dentro del cuerpo de la novilla. Después introdujo la mano y palpó al ternero e intentó colocarlo como debería estar, con la cabeza delante, pero no lo consiguió. La novilla estaba agotada. Tenía la cabeza caída y el lomo cada vez más encorvado, y no dejaba de mugir. No quedaba más remedio que usar las

cintas. Rodearon las patas del ternero con los lazos, por encima de los jarretes, y sujetaron la pieza en forma de U contra el trasero de la novilla y empezaron a tirar. La novilla jadeaba y resoplaba. Volvió la cabeza hacia atrás y los miró con los ojos en blanco y soltó un aterrorizado mugido. Hasta que la cabeza del ternero por fin empezó a asomar junto a sus patas delanteras y, de repente, cayó pesadamente, viscoso y mojado, al suelo helado y ellos le limpiaron el hocico y se aseguraron de que podía respirar y lo dejaron sobre un montón de paja. Tardaron una hora en vaciar el útero de la novilla, que no dejaba de mugir, y en volver a colocárselo. Después la cosieron con un hilo muy grueso y le inyectaron penicilina y levantaron al ternero y le acercaron la boca a las ubres de la novilla, que olisqueó un poco a su cría y empezó a lamerla. La cría se pegó al cuerpo de su madre y empezó a mamar.

Pasaba la medianoche cuando salieron del cobertizo. Era una noche oscura y triste y silenciosa. En el cielo, las estrellas relucían con tanta frialdad que parecían hechas de hielo.

Entraron en la cocina sin quitarse los monos de faena y se sentaron junto a la mesa. Estaban cubiertos de sangre y completamente agotados.

¿Crees que estará bien?, dijo Raymond.

Es joven y está sana. Pero nunca se sabe lo que puede pasar.

No, nunca se sabe. No podemos saber si está bien. Ni siquiera sabemos adónde la habrá llevado el chico.

Puede que la haya dejado abandonada en Pueblo, o en Walsenburg, o en cualquier otro lugar cerca de Denver. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Yo quiero pensar que está bien, dijo Raymond.

Eso espero, dijo Harold.

Fueron al piso de arriba y se acostaron y permanecieron despiertos en sus habitaciones, a ambos lados del pasillo, incapaces de conciliar el sueño, pensando en la chica y en lo distinta que parecía la casa, en lo vacía y lo

solitaria que se había quedado sin ella.

## GUTHRIE

Lloyd Crowder le llamó por teléfono a última hora de la tarde.

Te recomiendo que vengas lo antes posible. Trae las notas y todos los papeles que tengas. Van a por ti.

¿Quiénes van a por mí?

Los Beckman.

Guthrie salió de casa y se montó en la camioneta y condujo hasta la sede del consejo del distrito escolar, situada junto al instituto. Los vio en cuanto entró en la sala. Estaban sentados en la tercera fila, cerca de la pared. Beckman, su mujer y el chico. Los tres se dieron la vuelta al oírle entrar. Él se sentó en una de las últimas filas. Los miembros del consejo escolar estaban sentados a la mesa que presidía la sala frente al público, cada uno con una plaquita con su nombre. En la pared de detrás de la mesa colgaban las fotos de los estudiantes más distinguidos de las últimas promociones. Ya habían leído el acta de la última reunión y habían aprobado varias cuestiones rutinarias y estaban a punto de aprobar el presupuesto después de repasarlo punto por punto. Votaban cuando los estatutos lo exigían y la reunión transcurría sin sobresaltos. Al acabar, el presidente del consejo abrió el turno de ruegos y preguntas.

Una mujer muy delgada se levantó y se quejó de los autobuses escolares.

Quisiera hacer una petición, dijo. Antes el autobús recogía a mis hijos a las siete y volvía a dejarlos en casa a las cuatro. Ahora los recoge a las seis y media y no llegan hasta las cinco menos cuarto. Lo que pasa es que el conductor no puede ir más rápido con todos esos niños gritando y

levantándose de sus asientos. Además, los niños siempre están diciendo palabrotas. Si se las quitáramos no sabrían decir nada más.

Como sabe, la seguridad es nuestra máxima prioridad, dijo el presidente del consejo. No se puede descuidar la seguridad de los niños.

Una vez el conductor tuvo que aparcar el autobús para regañar a una niña, dijo la mujer. Le dijo que llevaba toda la mañana gritando. ¿Y saben lo que hizo la niña? En vez de pedir perdón, miró al conductor y se puso a gritar como una loca. A mi hija no le hizo ninguna gracia. No veo por qué tiene que aguantar esas cosas.

Un alumno pierde el privilegio de ir en el autobús del colegio cuando no cumple las normas, dijo el presidente del consejo mirando al supervisor. ¿No es así?

Sí. A la tercera violación de las normas se pierde el privilegio.

Pues ya es hora de que alguien aprenda a contar hasta tres, dijo la mujer.

Tiene usted toda la razón, señora. Le sugiero que hable directamente con el director.

Ya lo he hecho.

Ah. Bueno. Quizá debería intentar hablar con él de nuevo. Pero de todas formas le agradezco que haya compartido su preocupación con este consejo. Miró a su alrededor. ¿Alguna otra cosa?

Esta vez fue la señora Beckman quien se levantó.

Sí, desde luego que sí. Y, además, ya veo que alguien le ha avisado, dijo mirando a Guthrie. Pues voy a decirles una cosa. Me da igual que esté aquí. Odia a mi hijo. El semestre pasado le suspendió en historia de América. Le tiene manía.

¿Le importaría decirnos de qué está hablando, señora?, dijo el presidente.

Le voy a decir de lo que estoy hablando. Primero se pelea con él en el pasillo por culpa de esa putita. Después no le deja jugar el torneo con el

equipo de baloncesto. Y eso puede costarle la beca de la Universidad de Phillips a mi hijo. Y encima le suspende todo el semestre. De eso estoy hablando. Y quiero saber qué van a hacer ustedes.

El presidente miró al supervisor. El supervisor miró a Lloyd Crowder, que estaba sentado al otro extremo de la mesa. El presidente se volvió hacia él.

¿Puedes decirnos de qué se trata, Lloyd?

No hace falta que les cuente nada, dijo la señora Beckman. Ya se lo he contado yo todo.

Así es, señora, dijo el presidente, pero también me gustaría escuchar lo que tiene que decir el director del instituto.

Crowder se puso de pie y explicó detalladamente lo que había sucedido y aclaró que él mismo había decidido expulsar al chico durante cinco días.

¿Está aquí el señor Guthrie?, quiso saber el presidente.

Es ese hombre que está sentado ahí, dijo la señora Beckman señalándole con el dedo.

Ya veo, dijo el presidente. Señor Guthrie, ¿tiene usted algo que decir?

Básicamente ya lo ha dicho todo el director del instituto. Russell no ha hecho el trabajo que he pedido en clase. Le dije varias veces que tenía que esforzarse más si quería aprobar, pero él no me hizo ningún caso. Al final no me quedó más remedio que suspenderle.

Siempre cuenta las mismas mentiras, dijo la señora Beckman. ¿Se van a quedar ahí tan tranquilos mientras les miente?

Si quieren verlo, puedo mostrarles el cuaderno de calificaciones, dijo Guthrie. Aunque realmente preferiría no enseñarlo en público. La verdad es que no estoy seguro de si es lícito hacerlo.

Que lo enseñe, gritó la señora Beckman. Que lo enseñe. Así verán lo que le está haciendo a mi hijo Russell. Le odia.

El presidente del consejo observó a la mujer durante unos instantes.

Señora, dijo, quiero que sepa que este consejo no es partidario de interferir en la labor docente de los profesores.

Pues más les vale interferir de una vez. Ese mentiroso de Guthrie es un cabrón.

Señora, no voy a permitir ese lenguaje. Si tiene alguna queja, preséntesela al supervisor y estudiaremos el asunto en la próxima sesión ejecutiva. No podemos decidir esto en una sesión pública.

Ya veo. Es usted como todos los demás, dijo ella. ¿Para eso le hemos elegido?

Ya es suficiente, señora.

Entonces ¿podrá graduarse Russell?

Si no aprueba historia me temo que no.

Pero por lo menos podrá subir al estrado a recoger un diploma en blanco, ¿no?

Es posible. Pero tendrá que dar clases de recuperación en verano. De momento, creo que lo más conveniente sería asignarle un tutor personal para que le dé clases de historia. ¿Sería eso posible?, dijo volviéndose hacia el supervisor.

Sí, creo que podrá arreglarse.

Bien, dijo el presidente. Miró a la señora Beckman y a su hijo y a su marido. Señor Beckman, ¿quiere añadir usted algo a lo que ha expuesto su mujer?

Desde luego que voy a añadir algo, dijo, y se levantó. Esto no va a quedar así. Le aseguro que no va a quedar así. Maldita sea. Iré a los tribunales si hace falta. ¿O es que se creen que no tengo cojones para hacerlo?

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Consiguió un trabajo en Denver. No era gran cosa. Hacía sustituciones por la noche en la tienda de autoservicio de una gasolinera que abría veinticuatro horas al día en Wadsworth Boulevard, a unos dos kilómetros del apartamento. Cuando le hizo la entrevista el gerente, un hombrecillo con una camisa blanca, la llevó por toda la tienda haciéndole preguntas.

¿Dónde pondrías las salchichas de Viena y las sardinas?

En los estantes de los productos enlatados, dijo ella.

No, al lado de las galletas. Queremos que los clientes compren las dos cosas al mismo tiempo. Como ves, todo está pensado.

Le preguntó cuándo salía de cuentas y ella le dijo que a finales de mayo.

Era mentira.

¿Todavía tienes náuseas?

No. Ya no.

Recuerda que solo es un trabajo a tiempo parcial, dijo el gerente. Solo te llamaríamos para hacer sustituciones. ¿Te interesa?

Sí.

Está bien. Ven mañana y te enseñaremos cómo funciona todo.

Y durante tres días estuvo yendo a la gasolinera por la tarde y por la noche para aprender el funcionamiento de la tienda. Luego tuvo que esperar casi dos semanas hasta que la llamaron para hacer la primera sustitución. Llamaron un lunes por la noche cuando acababan de cenar. Dwayne estaba cansado y no quería llevarla. Ella dijo que iría andando. Cuando ya estaba en la puerta Dwayne se levantó de mala gana y la llevó en coche. Ninguno de los dos dijo

nada durante el trayecto. Trabajó toda la noche y por la mañana, cuando acabó su turno, Dwayne ya había empezado el suyo en la fábrica. Volvió al apartamento en autobús. Dwayne le había dejado una nota en la mesa del salón: «Te veré por la noche. Ya no estoy enfadado contigo». Estaba escrita a lápiz, con la misma letra infantil que la nota que había leído un mes antes en el instituto.

Dos semanas después, la noche que estaba haciendo su tercera sustitución, un hombre entró en la tienda a la una y media de la mañana. Ella estaba sola detrás del mostrador. El hombre iba de un lado a otro, cogiendo cosas de los estantes y volviendo a dejarlas en su sitio. Era un hombre muy flaco con la cara muy arrugada y el pelo lacio y castaño. Se acercó al mostrador sin haber cogido nada.

¿Conoces a Doris?

¿A quién?

A Doris. Trabaja aquí.

Sí, la conozco.

¿Qué tal te cae?

Es simpática.

Es una puta zorra. Me ha echado del apartamento y ha llamado a la policía.

Ah, dijo ella.

Lo observó para intentar averiguar lo que iba a hacer.

¿Sabes lo que tengo en el coche? Venga, intenta adivinarlo.

No lo sé.

Tengo una pistola, dijo él mirándola fijamente a los ojos. Una pistola con tres balas. Una para ella, otra para su maldito perro y la última para mí. Me encantaría pegarle un tiro a ese maldito perro. Crees que estoy loco, ¿verdad?

No le conozco.

Pues sí que lo estoy. Estoy loco y odio a ese puto perro. Pero a ti no te

haría daño. ¿A qué hora sales del trabajo?

Todavía no lo sé.

Claro que lo sabes.

No. Cada noche salgo a una hora distinta.

Bueno, dame un paquete de chicles. De todas formas me voy a cargar a ese maldito perro. Lo tengo en el coche. Puede que ella me echara del apartamento, pero yo tengo a su perro. Bueno, adiós, y no trabajes mucho.

Cogió el paquete de chicles y salió de la tienda.

Lo vio montarse en el coche y alejarse y anotó el número de la matrícula y se lo dio al gerente y durante unos días leyó los periódicos buscando alguna noticia sobre el hombre, pero no encontró nada. Cuando se lo contó a Doris, ella le dijo que era más o menos inofensivo. No sabía de lo que le hablaba, ella no tenía perro. El último que había tenido fue hacía cinco años.

En Denver Dwayne la llevó a un par de fiestas. Un viernes fueron al apartamento de Carl y Randy. Dwayne los conocía de la fábrica en la que trabajaba. Randy era una chica alta con las piernas delgadas. Llevaba unos pantalones vaqueros muy ceñidos y un top muy pequeño y se había arreglado el pecho. Carl era muy hablador. Cuando llegaron al apartamento ya estaba borracho. Había mucha gente. Todos bebían y fumaban y encima de una mesa había una cesta llena de porros. Las paredes estaban cubiertas de papel de aluminio y todavía no habían quitado las luces de Navidad y hacía mucho calor y la música estaba tan alta que ella la sentía en el vientre. La gente bailaba y se reía. Una chica movía la cabeza sin parar mientras bailaba encima del sofá. Delante de ella, un chico y dos chicas bailaban chocando las caderas. Randy le llevó una copa y ella se quedó junto a la pared, observándolo todo. Dwayne se fue a la cocina con Carl.

Diviértete, le dijo Randy.

Sonrió y abrió los brazos en un gesto que daba a entender que todo estaba a su disposición. Después se fue.

Ella se quedó donde estaba.

Al cabo de un rato fue a la cocina a buscar a Dwayne. Estaba jugando a las cartas. Ella se colocó detrás de su silla. Él le puso la mano en la barriga y le dio una palmadita y bebió un trago de su copa.

¿Cómo está mi hombrecito?, preguntó.

Ella estuvo mirando cómo jugaban durante un rato y después se fue al cuarto de baño. Llamó a la puerta cerrada. Alguien la entreabrió. Dentro, dos chicos esperaban su turno sentados en el borde de la bañera mientras otro penetraba a una chica sobre el retrete. La chica estaba desnuda de cintura para abajo y tenía las piernas muy largas y abiertas. Puede que fuera Randy, aunque Victoria no pudo verla bien, porque la puerta se cerró igual de rápido que se había abierto.

Llegaron a casa hacia las cuatro de la madrugada. Ante la insistencia de los demás, al final Victoria había bebido cuatro o cinco vodkas con zumo de pomelo y había dado una calada cada vez que le pasaron un porro. Se sentía tan sola y tan fuera de lugar y deseaba tanto ser como los demás que al final se olvidó de todo y acabó por sumergirse en la música y bailó y bailó, sosteniéndose la barriga con las manos mientras daba vueltas alrededor de la habitación. Se despertó con ganas de vomitar, como al principio del embarazo, solo que esta vez la causa era diferente. Vio que tenía una magulladura roja en el muslo y se la tocó con la punta de los dedos. No recordaba cómo se la había hecho. Se dio la vuelta. Dwayne seguía dormido. Ella se quedó tumbada a su lado. Se sentía triste. Miró el fino haz de luz que se escurría por el borde de la persiana. Ni siquiera sabía qué tiempo hacía fuera. Pronto se sumió en una especie de bruma de incredulidad y tristeza. La

asustaba pensar en lo que podría haberle hecho a su bebé la noche anterior. Solo se acordaba de las primeras horas de la fiesta. Recordaba que había bailado. Pero había más cosas, cosas que la asustaban, y lo que más la asustaba era lo que no conseguía recordar.

## LOS McPHERON

Una noche, a finales de invierno, Raymond McPheron fue al pueblo para asistir a una reunión de la Junta de la Cooperativa del Silo del Condado de Holt. Raymond era uno de los dieciséis miembros electos de la junta. Cuando terminó la reunión fueron a tomar una cerveza al bar Legion.

Es una pena que no funcionara lo de esa chica, le dijo el hombre que estaba sentado a la mesa enfrente de él.

No era un granjero, sino alguien del pueblo al que solo conocía de vista.

Sí que lo es, dijo Raymond.

Bueno, al menos me imagino que le sacaríais partido mientras estuvo con vosotros.

¿Qué quieres decir?

¿Cómo os lo montabais con ella? ¿Os turnabais? Venga, dinos la verdad. ¿Era cariñosa?

El hombre sonrió. Tenía los dientes pequeños, perfectamente colocados.

Raymond le miró durante unos segundos sin decir nada. Después se inclinó sobre la mesa y le agarró de la muñeca, justo debajo del puño de la camisa.

Como te vuelva a oír hablar así de Victoria Roubideaux, te juro que te rompo la cabeza.

Pero ¿qué cojones...?, dijo el hombre mientras intentaba zafarse. Suéltame. Estás advertido.

Tranquilo. No quería fastidiarte.

Sí. Sí que querías.

Solo he dicho lo que comenta la gente.

Pero te lo he oído comentar a ti.

Suéltame de una vez. ¿Es que te has vuelto loco?

No quiero volver a oírte hablar de esa chica. ¿Entendido?

Raymond aflojó el puño. El hombre se levantó.

Maldito viejo loco, dijo. Solo estaba bromeando.

Sí, eso es lo que soy. Y por eso te conviene tener cuidado con lo que dices.

El hombre le miró y fue a la barra y se puso a hablar con el camarero y con un hombre que estaba sentado en un taburete. Todo el mundo había visto lo que había pasado. El hombre se frotó la muñeca y siguió hablando sin dejar de mirar a Raymond.

Él se acabó la cerveza y se levantó y salió a la calle y se montó en la camioneta y volvió a la granja. Al llegar a casa entró en la habitación de la chica y encendió la lámpara del techo y miró la vieja cama y la cuna nueva, con su sábana limpia y la manta doblada encima. Todo estaba igual que aquella mañana que la chica se marchó para no volver. Miró el resto de las cosas y pensó en la chica y se acordó del día que habían ido a comprar la cuna y finalmente apagó la luz y subió al piso de arriba y se detuvo delante de la puerta abierta del dormitorio de su hermano.

¿Estás despierto?

Ahora sí. ¿Qué ha pasado?, dijo Harold. Te he oído subir. Tiene que haber pasado algo malo para que montes tanto escándalo. La luz del pasillo apenas entraba en la oscuridad del dormitorio. En la pared del fondo, una pálida ventana cuadrada dejaba pasar un poco de luz. Harold se incorporó en la cama. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ido mal la reunión? Los precios del maíz han caído en picado.

No.

Entonces ¿qué ha pasado?

He estado tomando una cerveza en el Legion.

¿Y qué? Que yo sepa, eso todavía no es un delito.

La gente está diciendo cosas.

¿Qué gente?

La gente del pueblo. Dicen cosas sobre Victoria. Y sobre ti y sobre mí. Sobre lo que hacíamos nosotros tres.

Así que es eso. ¿Y qué te esperabas? Dos viejos y una chica viviendo solos en el campo sin nadie que los vea. Con una chica joven y muy guapa. Y nosotros todavía somos hombres, aunque estemos más secos que una boñiga en agosto. Tenía que pasar. Es normal que la gente diga cosas.

Puede que sea normal, dijo Raymond. Miró a su hermano, tumbado en la cama en la habitación oscura. Pero no me gusta nada que hablen con sus sucias bocazas de ella. No me gusta nada.

¿Y qué vas a hacer? No podemos hacer nada.

Tal vez no, dijo Raymond. Empezó a darse la vuelta para ir a su dormitorio, pero en el último momento cambió de idea. Puede que incluso llegue a comprenderlo, dijo, pero eso no quiere decir que tenga que gustarme. Nunca me acostumbraré a ello lo suficiente como para que me guste.

## IKE Y BOBBY

Se despertaron muy temprano, en la misma cama y casi al mismo tiempo. Encima de los ventanales que daban al norte se dibujaba una mancha de humedad en la pared. Ike se levantó y empezó a vestirse. Después lo hizo Bobby, mientras su hermano miraba por el ventanal. Detrás del molino, en el corral, Elko parecía estar haciendo algo raro.

Se ha vuelto loco, dijo Ike.

¿Quién?

Elko.

Bobby se acercó al ventanal.

Acabaron de vestirse y fueron al piso de abajo. Guthrie estaba fumando y bebiendo un café sentado a la mesa de la cocina. Estaba leyendo algo, un periódico o una revista, como hacía todos los domingos por la mañana, a la luz del sol. Los niños salieron al porche y cruzaron a toda prisa el jardín y entraron en el corral. El caballo todavía no estaba muerto. Estaba de pie, dándose coces en el vientre al lado del establo, lejos de Easter y de los gatos. El sudor le oscurecía el cuello y los costados. Se dejó caer al suelo y rodó sobre la tierra, dando patadas al aire como si fuera una cucaracha o un insecto panza arriba, y resopló y se volvió a levantar y giró el largo cuello hacia atrás y siguió dándose coces en el vientre, como si lo tuviera cubierto de moscas. Pero no eran las moscas las que lo atormentaban. Los niños volvieron corriendo a casa.

Guthrie estaba preparando unos huevos revueltos.

Si habláis al mismo tiempo no me entero de lo que decís.

Ellos repitieron lo que habían dicho.

Voy a ver qué le pasa. Vosotros esperadme aquí. Y comeos los huevos.

Salió al porche y los niños se sirvieron los huevos y empezaron a comer sentados a la desnuda mesa de madera apoyada contra la pared, uno enfrente del otro, masticando en silencio y mirándose y escuchando y volviendo a masticar, sus cabezas castañas y sus ojos azules casi idénticos sobre los platos desportillados. Al acabarse los huevos, Ike se levantó y se acercó a la ventana.

Ya vuelve, dijo.

Se va a morir, dijo Bobby.

¿Quién?

Tu caballo. Se va a morir hoy.

Eso no es verdad. Cómete el desayuno.

Ya me lo he comido.

Pues come algo más.

Guthrie entró en la casa y llamó por teléfono a Dick Sherman. Hablaron unos minutos y Guthrie colgó.

¿Qué le pasa a Elko?, dijo Ike. ¿Qué te ha dicho el doctor? No le va a hacer daño, ¿verdad?

Elko no está bien.

Pero ¿por qué hace eso?

No lo sé.

¿Todavía se está dando coces?

Sí. Creo que tiene algo en el estómago. Dick nos dirá lo que le pasa.

Yo creo que se va a morir, dijo Bobby.

Cállate, Bobby.

Pero se puede morir.

Tú no lo sabes. Tú no sabes lo que le pasa a Elko. Así que cierra la boca.

Basta ya, dijo Guthrie.

Los niños se miraron.

Callaos los dos. Tenéis que ir a repartir los periódicos. Ya hace más de media hora que ha pasado el tren.

¿No podemos repartirlos después?

No. La gente está esperando los periódicos.

Pero el doctor Sherman ya se habrá ido cuando volvamos.

No os preocupéis, yo os contaré lo que me diga. Venga, marchaos ya.

No dejes que le haga daño.

No te preocupes. Dick nunca le haría daño.

Los niños volvieron a salir por segunda vez al frío de la mañana. Miraron hacia el corral. Elko seguía encorvado sobre tres patas, dándose coces en el vientre. Se subieron a las bicis y se alejaron pedaleando sobre la gravilla suelta de Railroad Street y giraron hacia el este, en dirección al apeadero de Holt.

Cuando acabaron de repartir los periódicos se reunieron en la esquina de Main con Railroad y volvieron a casa. Ya eran las ocho y media y unas gotas de sudor perlaban ligeramente sus frentes. Pasaron junto a la vieja central eléctrica y dejaron atrás la casa de la señora Frank en Railroad Street y la hilera de arbustos de lilas de su jardín, en cuyas ramas empezaban a brotar pequeñas hojas con forma de corazón. Al llegar a su casa vieron una camioneta aparcada delante del corral.

Es la camioneta de Dick Sherman, dijo Ike. Aún no se ha ido.

Seguro que sigue dándose coces, dijo Bobby. Seguro que sigue dándose coces y resoplando.

Siguieron pedaleando sobre la gravilla suelta y pasaron junto al álamo

plateado y dejaron las bicicletas delante del porche y se acercaron al corral, pero no entraron. Se quedaron mirando con la cabeza asomada entre los tablones de la valla. Guthrie y Dick Sherman estaban hablando de pie al lado del caballo. Elko estaba tumbado de costado. Tenía el cuello muy estirado, como si quisiera beberse los cimientos de arenisca del establo. Los niños solo podían verle un ojo. Lo tenía muy abierto y oscuro. Se preguntaron si también tendría abierto el otro, si estaría mirando ciegamente la tierra sobre la que estaba tendido. Tenía la boca abierta. Los niños se fijaron en sus dientes, grandes y amarillentos y cubiertos de polvo, y en su larga lengua. Al ver a los niños, su padre se acercó a la valla.

¿Lleváis mucho tiempo ahí?

No, acabamos de llegar.

Volved a casa.

Ellos no se movieron. Ike no dejaba de mirar a través de los tablones del corral.

Está muerto, ¿verdad?

Me temo que sí, hijo.

¿Por qué se ha muerto?

No lo sé. Dick va a intentar averiguarlo. Por eso es mejor que os vayáis a casa.

¿Qué le va a hacer?

Tiene que abrirlo. Se llama autopsia.

¿Por qué tiene que hacer eso?, preguntó Bobby. Si ya está muerto.

Es la única manera de saber por qué ha muerto. No es nada agradable. No creo que queráis verlo.

Sí queremos. Queremos verlo, dijo Ike.

Guthrie observó a sus hijos. El sudor todavía no se había secado sobre sus frentes. Ellos le miraban con sus ojos azules, esperando que él dijera algo,

esperando en silencio a pesar de su impaciencia.

Está bien, dijo. Pero deberíais volver a casa. Esto no os va a gustar.

Ya lo sabemos, dijo Ike.

No, no creo que lo sepas, hijo.

Ya hemos visto lo que hacen con los pollos, dijo Bobby.

Ya, pero Elko no es un pollo.

Se sentaron sobre la valla y lo vieron todo. Dick Sherman usó un cuchillo con el mango de acero. Era un cuchillo muy afilado. Empezó clavándolo en el vientre del caballo y luego avanzó en zigzag, cortando la piel mientras tiraba con la otra mano para ensanchar el corte. Cuando el cuchillo empezó a resbalarle en las manos, limpió la sangre en el pelo castaño del caballo. Después, cuando el corte tenía más o menos un metro de longitud, Dick Sherman y Guthrie empezaron a desollar al animal. Guthrie tiraba de la piel y Sherman iba cortando, separándola de las costillas y de la bolsa que cubría el estómago, dejando a la vista las fibras rojas de los músculos y una capa muy fina de grasa amarilla. Dick Sherman se había puesto de rodillas delante del vientre del caballo y Guthrie estaba detrás del animal, agachado hacia delante. Tenían la cara cubierta de sudor y la camisa pegada al cuerpo. De vez en cuando paraban un momento para secarse la frente con la manga. El caballo seguía teniendo los ojos abiertos. Parecía mirar el cielo con indiferencia, como si no supiera o no le importara lo que le estaban haciendo, o como si hubiera decidido que nunca volvería a mirar otra cosa que no fuera ese cielo de invierno sin nubes. Pero Dick Sherman todavía no había acabado.

Clavó el cuchillo en la ingle, en la cara interior de la pata trasera de arriba, y cortó a través del grueso músculo para poder cercenar el tendón junto a la

articulación. Así, con la ayuda de Guthrie, podría estirar la pata hacia atrás para examinar los intestinos del animal.

Tira fuerte, Tom, dijo Sherman. A ver si puedes echar la pata hacia atrás.

Guthrie tiró con todas sus fuerzas y cuando la articulación cedió siguió tirando hasta dejar la larga y esbelta pata apuntando hacia el cielo, perpendicular al cuerpo, en una postura horrible, espantosa. Sentados en la valla, viendo aquello, los niños empezaron a comprender que Elko estaba muerto.

El músculo de la inglete que Sherman acababa de seccionar había quedado al aire, grueso y pesado y crudo como una gran chuleta. La piel del animal se había desgarrado al tirar Guthrie de la pata y la herida cada vez sangraba más. Ahora iban a abrirle las entrañas. Sherman cortó la bolsa que rodeaba el estómago y las tripas amarillas y azules del caballo se derramaron sobre el polvo y el estiércol del corral y la tierra se cubrieron de sangre y de mucosa y de fluidos amarillos y ambarinos. Las membranas brillaban, plateadas, bajo el sol.

¿Tienes unas tijeras de podar, Tom?, dijo Sherman. Nos vendrían muy bien.

Creo que tengo unas en el establo, dijo Guthrie. Se incorporó lentamente y entró en el establo y salió con una herramienta con dos largos mangos y un doble filo que usaba para podar las ramas de los árboles y los arbustos y se la dio a Dick Sherman.

Sherman dejó el cuchillo y cogió las tijeras.

Necesito que tires hacia arriba.

Guthrie se inclinó sobre el caballo y tiró con ambas manos, separando la piel de las costillas, para que Dick Sherman pudiera abrir la caja torácica. Seccionó las costillas de una en una. Los huesos se rompían y crujían como ramas secas partiéndose en dos. Fue entonces cuando los niños acabaron de

comprender que Elko estaba muerto. Nadie podría sobrevivir a una cosa así. Miraron al caballo sin mover un solo músculo, encaramados a la valla con los ojos muy abiertos y la cara muy pálida.

Cuando Dick acabó de cortar las costillas, Guthrie retiró la piel del pecho para que pudiera examinar el corazón y los pulmones del caballo. Dick cogió el corazón con las dos manos y lo miró y le dio la vuelta. Después hizo unos cortes con el cuchillo y miró la parte interior del corazón. Estaba sano. Y los pulmones también. Examinó la aorta y las venas principales, buscando posibles cicatrices causadas por lombrices, pero no encontró ninguna. El caballo no tenía parásitos internos. Así que se concentró en el vientre y levantó las entrañas del caballo y metió la mano y sacó más intestinos de la tripa. Eran viscosos y amarillentos. Tiraba con fuerza, intentando sacar las pesadas entrañas del animal. Parecía que salían más cosas de las que él quería porque descartaba algunas partes y levantaba otras, buscando, y las entrañas se le escurrían entre las manos. Hasta que vio que una parte del intestino grueso era demasiado ancha y estaba demasiado oscura. Entonces dejó de buscar.

¿Ves esto?, dijo. Esta parte que está muy oscura. La que tiene un tono azul oscuro.

Guthrie asintió.

Tiene el intestino grueso retorcido. Eso es lo que lo ha matado. Sherman levantó las dos manos para que Guthrie pudiera verlo mejor. Aquí abajo. Al retorcerse, dejó de circular la sangre y esta parte del intestino se pudrió. Por eso está hinchado y tiene ese color tan oscuro. Al soltarla, la víscera retrocedió hasta ocupar su lugar junto al resto de los intestinos. Casi parecía estar viva. Pobre animal. Tiene que haberlo pasado muy mal.

Los dos hombres se incorporaron. Dick Sherman se agachó y se volvió a levantar y estiró los brazos por encima de la cabeza. Guthrie miró a los dos

niños. Seguían sentados en silencio encima de la valla.

¿Estáis bien?, dijo.

Ellos asintieron.

¿Seguro?

Ellos volvieron a asentir.

¿No queréis volver a casa?

Ellos negaron con la cabeza.

Bueno. En cualquier caso, ya ha pasado lo peor. Casi hemos terminado.

Ya era más de media mañana. Una luminosa mañana de domingo de finales de abril.

Necesitamos alambre, Tom, dijo Dick Sherman. O cordel. Sí, casi mejor cordel.

Así que Guthrie fue al establo y volvió con un par de metros de grueso cordel. Sherman empezó a coser a Elko por el pecho. Hizo un agujero en la piel con el cuchillo y pasó el cordel por el agujero y lo anudó e hizo otro agujero enfrente del primero y juntó los dos lados. Después avanzó unos quince centímetros y repitió la operación, una y otra vez, cada vez más cerca de las patas traseras, mientras Guthrie iba metiendo las resbaladizas vísceras y sujetándolas dentro del animal muerto hasta que Sherman cosía la piel a esa altura. Guthrie no tardó en tener las manos tan rojas y viscosas como Sherman. Al acabar de coser el vientre rodearon la pata levantada con un lazo de cordel y la bajaron y la ataron a la otra pata.

El caballo estaba tendido sobre la tierra con la boca y los ojos abiertos y el cuello estirado y el largo vientre marrón cosido con cordel amarillo. Desde la valla, los dos niños todavía podían verle las vísceras, oscuras y ensangrentadas, entre los huecos que habían quedado entre cada tramo de

cordel. Dick Sherman y Guthrie no habían podido cerrarlo completamente. Había demasiado que cerrar. Era como cuando se hace un agujero muy grande en la tierra y luego no se puede rellenar del todo. Hagas lo que hagas el agujero se sigue notando; la cicatriz sigue ahí. Así que los dos niños continuaban viendo las entrañas de Elko, y pese a que ya no podían verlo con los ojos, estaba ya en su memoria por si querían volver a recordarlo por la noche.

Pero todavía era mediodía. Al acabar de coser a Elko, ensangrentados y sudorosos, Dick Sherman y Guthrie se acercaron al abrevadero que había en la esquina del corral y se lavaron las manos y los brazos con el agua que llegaba desde el molino. Dick Sherman limpió el cuchillo y Guthrie las tijeras de podar y se inclinaron debajo del fino chorro de agua fría y se lavaron la cara y bebieron y volvieron a incorporarse y se secaron la boca y los ojos con la manga de la camisa mientras el agua les chorreaba por el cuello.

Ya es la hora de comer, dijo entonces Guthrie. Te invito a almorzar en el café. Y no digas que no.

Te lo agradezco, dijo Dick Sherman, pero no puedo. Le he prometido a mi hijo que le llevaría a pescar a Chief Creek.

¿No eres demasiado joven para tener un hijo con el que ir a pescar?

Sí, pero se ha empeñado en que lo lleve. Seguro que ahora mismo está pensando que no voy a llegar a tiempo. Sherman hizo una pausa, pensativo. Sí, la verdad es que todavía no soy tan viejo.

Claro que no, dijo Guthrie. Ninguno lo somos.

Salieron del corral y Dick Sherman se montó en su camioneta y se fue a casa. Los niños se bajaron de la valla y se acercaron a su padre. Él apoyó una mano en la cabeza de cada uno y los miró. Tenían la cabeza caliente después de estar tanto tiempo bajo el sol, pero ya no estaban tan pálidos. Les apartó el pelo de la frente.

Todavía tengo que hacer una cosa antes de acabar.

¿El qué?, dijo Ike.

Tengo que llevarlo al prado. No podemos dejarlo aquí.

Supongo que no, dijo Ike.

Si quieres, puedes abrir las portillas.

Vale.

Abre primero la del corral. Bobby.

¿Sí?

Tú vigila a Easter. No dejes que salga. Mantenla alejada de la portilla.

Así que Guthrie metió la camioneta en el corral y, mientras enganchaba un lazo alrededor del cuello de Elko, Ike cerró la portilla. Después los dos niños se subieron a la parte trasera de la camioneta y su padre arrancó y empezó a avanzar y el cuerpo de Elko dio la vuelta detrás de ellos y los siguió arrastrándose pesadamente sobre la tierra con la cabeza un poco levantada. Las patas del caballo subían y bajaban y su cuerpo rebotaba con los baches. Rodearon el establo levantando una nube de polvo y fueron hasta el prado, dejando a su paso un ancho rastro donde el cuerpo de Elko había barrido la tierra. Easter los siguió trotando durante unos cincuenta metros y después se detuvo y bajó la cabeza y dio unas coces al aire y se quedó quieta, mirando cómo se alejaba el cuerpo de Elko. Atravesaron el pequeño prado que había al norte del establo y, al llegar a la portilla del cercado que daba al gran prado que había hacia el oeste, Guthrie frenó y Ike saltó de la camioneta y abrió la portilla.

No hace falta que la cierres. Solo va a ser un momento, dijo Guthrie.

Ike volvió a subirse a la camioneta y siguieron avanzando. Uno de los trozos de cordel con los que habían cosido a Elko se había roto y una víscera del caballo que parecía una cuerda gruesa se salió del vientre y se enganchó con algo y se rompió.

Guthrie condujo hasta la zona de grava al final del prado y detuvo la camioneta. Se bajó y le quitó el lazo del cuello a Elko. Ya estaba. Habían terminado.

¿Queréis conducir?

Los dos niños negaron con la cabeza.

¿Seguro? Podéis turnaros.

Los niños no apartaban los ojos del caballo muerto.

Bueno, al menos venid delante conmigo.

Preferimos quedarnos aquí, dijo Ike.

Bueno. Decídmelo si cambiáis de idea. Os dejaré conducir a los dos.

Volvieron a casa. Aunque los niños no tenían hambre, Guthrie los llevó a comer al café Holt, en Main Street. Por la tarde Ike y Bobby fueron al pajar. Al cabo de un par de horas, al ver que no volvían y que tampoco se les oía, Guthrie se acercó al establo para ver qué estaban haciendo. Subió la escalera y los encontró sentados en una bala de paja, mirando en silencio por la ventana.

¿Qué hacéis?

Nada.

¿Estáis bien?

¿Qué le va a pasar ahora?, dijo Ike.

¿A Elko?

Sí.

Bueno... Con el tiempo dejará de estar allí. Solo quedarán sus huesos. Seguro que lo habéis visto antes con algún otro animal. Venga, vamos a casa.

No quiero ir a casa, dijo Bobby.

Yo tampoco, dijo Ike.

Bueno, podéis quedaros un rato. Pero no tardéis mucho. ¿Vale?

Por la noche cenaron en la mesa de la cocina. Después los niños vieron la televisión con su padre hasta que llegó la hora de irse a la cama. Dejaron el ventanal entornado para que entrase la brisa. Después se acostaron juntos. Por la noche, mientras su padre dormía, creyeron oír a unos perros peleando y aullando en el gran prado al noroeste de la casa. Se levantaron y miraron por el ventanal, pero no vieron nada. Tan solo las familiares estrellas blancas del cielo y los árboles oscuros y el espacio vacío.

## MAGGIE JONES

¿Quieres venir a casa?, dijo ella mientras bailaban agarrados.

¿Crees que debería?

Sí.

Entonces creo que iré.

Llevaban dos horas en el Legion. Entre baile y baile a veces se sentaban con los otros profesores y veían tocar a los músicos al otro lado de las grandes puertas correderas que solo se abrían los sábados por la noche.

Ike y Bobby habían ido a Denver a pasar el fin de semana con su madre. Guthrie había llegado solo al bar hacia las diez de la noche. Al entrar, el Legion ya estaba lleno. Había bajado la escalera y le había pagado la entrada a una mujer sentada en un taburete y se había mezclado con los demás clientes. Los músicos habían hecho una pausa y la barra estaba llena de gente pidiendo bebidas. Guthrie pidió una cerveza y se acercó a la pista de baile. Fue entonces cuando vio a varios profesores sentados alrededor de una de las mesas de la sala que había a la izquierda de la pista. Maggie Jones estaba entre ellos. Al verle, ella le indicó que se uniera a ellos con un movimiento del brazo y él levantó el vaso de cerveza y se acercó a la mesa.

¿No quieres sentarte?, preguntó Maggie Jones.

No hay ninguna silla libre.

Pues entonces tendremos que encontrar una.

Guthrie miró a su alrededor. Debía de haber unas cien personas en las mesas y los reservados y alrededor de la pista de baile y amontonadas delante de la barra. Y todas ellas bebiendo y hablando y contando todo tipo de cosas

y gritando y riendo a carcajadas. Desde luego el Legion estaba animado esa noche. Volvió a mirar a Maggie Jones. Estaba muy guapa. Llevaba pantalones vaqueros negros y una blusa negra anudada con un lazo que dejaba a la vista un generoso escote y unos pendientes de plata en forma de aro. Con la tenue luz que había en el local sus ojos parecían tan negros como el carbón. Al ver que no iban a encontrar una silla libre Maggie se levantó y se apoyó contra la pared al lado de Guthrie.

Esperaba que vinieras esta noche, dijo.

Pues aquí estoy, dijo él.

Los músicos volvieron a subir a la tarima que hacía las veces de escenario y cogieron sus instrumentos.

No te vas a librar de bailar conmigo, dijo ella mientras sonaban los primeros acordes de una canción.

No sabes a lo que te arriesgas bailando conmigo.

Sé muy bien a quién se lo pido. Ya te he visto bailar antes.

No puedo imaginarme dónde.

Aquí mismo.

Guthrie sacudió la cabeza.

Debe de hacer mucho tiempo de eso.

Sí, pero es que llevo mucho tiempo observándote. Más de lo que te imaginas.

Ahora empiezas a asustarme.

No soy de las que dan miedo, dijo ella. Pero tampoco soy una cría.

Nunca he dicho que lo fueras.

Me alegro. Pero no lo olvides. ¿Vale? Y ahora sácame a bailar de una vez.

¿Estás segura de que quieres bailar conmigo?

Completamente segura.

Muy bien. ¿Quiere bailar conmigo, señorita Maggie Jones?

La verdad es que no es la invitación más galante que me han hecho, pero qué demonios.

Guthrie la cogió de la mano y salieron a la pista de baile. Era una canción muy animada. La empujó suavemente hacia atrás y ella volvió hacia él sin soltarle la mano y él le hizo dar una vuelta sobre sí misma y ella volvió a alejarse y acercarse y él la hizo girar de nuevo sobre sí misma y cuando se acercó otra vez a él le dijo:

Maldita sea, Tom Guthrie. Estoy haciendo yo todo el trabajo.

Pero Guthrie vio que sus ojos sonreían.

Y pasaron dos horas. Las luces de baile se habían apagado y el grupo de música había acabado por esa noche. Se encendieron las luces blancas, iluminando todo el local, y los clientes empezaron a levantarse y, como si acabaran de despertar de un largo sueño, estiraron los brazos y miraron a su alrededor y se pusieron los abrigos y empezaron a desfilarse lentamente hacia la puerta.

Ya sabes dónde vivo, dijo Maggie Jones.

Sí, a no ser que te hayas mudado.

No, sigo donde siempre. Te espero en casa.

Maggie se adelantó y él subió la escalera y entró en los aseos que había en el vestíbulo. Había dos personas esperando delante de él. Un hombre mayor con una camisa azul hablaba con el hombre que estaba a su lado mientras los dos orinaban.

¿Cuántos años llevas casado, Larry?

Doce.

Joder, chaval. Lo que te queda todavía.

Larry se giró para mirarlo y se subió la bragueta y salió de los aseos.

Guthrie ocupó su lugar.

Fuera, las pequeñas partículas de condensación que flotaban en el aire despedían destellos de luz iluminadas por las farolas. Los clientes del Legion se llamaban y gritaban unos a otros en el aparcamiento que había junto a la entrada. En el cielo, las estrellas brillaban frescas y puras entre las nubes dispersas. Guthrie arrancó la vieja camioneta y salió del aparcamiento y después de recorrer un par de manzanas giró hacia el sur, hacia la casa de Maggie. La luz del porche estaba encendida. Se acercó a la puerta y dudó durante unos instantes. Al final entró sin llamar. La casa estaba silenciosa. Maggie salió de la cocina. Estaba descalza. Se acercó a él.

¿No me vas a besar?, dijo.

¿Hay alguien más en casa?

Solo mi padre. Acabo de ir a verle. Ya se ha acostado. Está dormido.

Entonces no veo por qué no, dijo Guthrie.

Maggie se inclinó hacia él y Guthrie la besó. Incluso descalza, era casi tan alta como él. La atrajo hacia sí y la besó con más fuerza.

¿Por qué no vamos a mi cuarto?, dijo ella.

Desnuda, Maggie parecía tan suave y untuosa como una mujer pintada en un lienzo. Tenía los pechos grandes y las caderas anchas y las piernas largas y musculosas. Guthrie estaba sentado en una silla, mirándola. Por primera vez desde que la conocía, Maggie pareció vacilar, reticente.

Ya no soy tan joven. Seguro que ya no te parezco atractiva, dijo ella tapándose el vientre con una mano.

Estás preciosa, dijo él. Y sabes de sobra que me atraes mucho.

¿Lo dices en serio?

Dios, sí. ¿No lo sabes? Creía que tú lo sabías todo.

Sé muchas cosas, pero siempre es agradable oírlo. Maggie se metió en la cama. Venga. ¿A qué esperas?

Estoy intentando quitarme las botas. Tengo los pies tan hinchados que no me salen. Están empapadas. Me siento como si hubiera estado andando por un río. Y es todo por tu culpa. Si no me hubieras obligado a bailar...

Pobrecito, dijo ella.

En eso tienes razón.

¿Quieres que te ayude?

No, no hace falta.

Por fin consiguió quitarse las botas. Se levantó y se desnudó y miró a Maggie. Se quedó de pie, temblando de frío. Ella levantó las sábanas y él se acostó a su lado.

Estás helado. Venga, acércate.

Y Guthrie se acercó y sintió el calor de Maggie. Tenía el cuerpo más voluptuoso que había conocido en toda su vida. Guthrie se sintió como si estuviera rodeado de satén.

¿Hablabas en serio cuando dijiste que te empezaba a asustar?, dijo Maggie. Sí.

Lo digo en serio. Dime la verdad.

Estoy hablando en serio. A veces me desconciertas.

¿Te desconcierto?

Sí.

¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué te desconcierto?

Porque eres distinta de las demás. No te asustas por nada. Nunca te das por vencida. Siempre sabes lo que quieres.

Ella le besó. Sus ojos oscuros lo miraron en la penumbra.

Claro que a veces me desanimo, y me asusto, pero estoy loca por ti, dijo ella. Después metió el brazo bajo las sábanas y le buscó la entrepierna. Bueno, al menos una parte de ti tiene claro lo que quiere.

Es que resultas muy convincente, dijo Guthrie.

Después se quedaron dormidos y las estrellas giraron hacia el oeste. Hacia las cuatro y media de la mañana Maggie le despertó y le preguntó si prefería irse a casa antes de que amaneciera.

¿Quieres que me vaya?

No.

Volvieron a dormirse y, al amanecer, cuando oyeron al padre de Maggie en la cocina, ella se levantó.

Tengo que prepararle el desayuno, dijo.

Guthrie la observó mientras ella se levantaba y se ponía una bata y salía de la habitación. Se quedó un rato en la cama, escuchándolos hablar en la cocina, y después se levantó y se vistió y fue al cuarto de baño. Cuando entró en la cocina el padre de Maggie estaba sentado ante un cuenco de copos de avena con un paño de cocina alrededor del cuello.

¿Y tú quién te crees que eres?, dijo el anciano al verle.

Es Tom Guthrie, papá. Ya le conoces.

¿Qué quiere? No necesitamos otro coche. ¿Está intentando venderte un coche?

Guthrie se despidió y fue a su casa y se quitó las botas y se puso las zapatillas de deporte y volvió a salir a la calle y condujo hasta el apeadero. Los ejemplares del *Denver News* estaban en el andén, amarrados con un cordel. Se sentó con los pies colgando sobre las vías del tren y cortó el cordel y enrolló los periódicos de uno en uno y se levantó y los puso en el asiento de delante de la camioneta y empezó a recorrer las tranquilas calles de Holt, todavía vacías a esas horas de la mañana, y arrojó los periódicos delante de

las puertas y los porches sin bajarse de la camioneta. Y luego subió las escaleras de los edificios de Main Street y dejó más periódicos delante de las puertas de los oscuros apartamentos situados encima de los negocios. Ya era media mañana cuando acabó de repartir los periódicos. Volvió a casa y fue al establo y dio de comer a la yegua y a los gatos y al perro y después se preparó unos huevos revueltos y unas tostadas y bebió dos tazas de café sentado en la cocina, mientras los rayos inclinados del sol iluminaban la mesa. Se fumó un cigarrillo y se tumbó a leer el periódico en el sofá. Tres horas después, cuando se despertó, tenía el periódico doblado sobre el pecho, como un vagabundo que se protege del frío. Se quedó un rato tumbado, sin moverse, rodeado del silencio, y pensó en lo que había pasado la noche anterior. Pensó que podía ser el principio de algo y se preguntó si realmente quería que lo fuese. Por la tarde llamó a Maggie por teléfono.

¿Estás bien?, dijo.

Sí. ¿Y tú?

Yo también.

Me alegro.

Anoche lo pasé muy bien, dijo él. ¿Te gustaría que volviéramos a quedar?

No me estarás pidiendo una cita, ¿verdad?, dijo Maggie. ¿A plena luz del día?

No sé si lo llamaría así, dijo Guthrie. Pero si te apetece podría invitarte a cenar una hamburguesa en el Shattuck. Para ver cómo va la cosa.

¿De cuándo estamos hablando?

De ahora mismo. Esta noche.

Dame quince minutos.

Guthrie colgó y fue al piso de arriba y se puso una camisa limpia y entró en el cuarto de baño y se lavó los dientes y se peinó. Después se miró al espejo.

No te mereces la suerte que tienes, se dijo a sí mismo en voz alta. Ni se te ocurra pensar en lo que estás haciendo.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

El siguiente fin de semana, cuando llegó a casa, Dwayne le dijo que tenían otra fiesta. Pero ella no quería ir. Tenía miedo de lo que pudiera pasar y de cómo se sentiría después por lo que podría haberle hecho al bebé. No quería tomar nada que pudiera perjudicarlo. Y además, no le apetecía ir a la fiesta. No era feliz con Dwayne. Las cosas no eran como ella las había imaginado. No eran como las había soñado. Era como si hubieran pasado directamente a los problemas que empiezan a aparecer después de años de matrimonio, como si se hubieran saltado la luna de miel, la época de las alegrías y la felicidad.

Al decirle que no iba a ir, él se enfadó y se fue dando un portazo. Ella estuvo viendo la televisión durante un rato y se acostó temprano. Hacia las tres de la madrugada se despertó al oír un ruido en la cocina. Dwayne había dejado caer algo de cristal: un tarro o un vaso. Él maldijo en voz alta y entró un momento en el cuarto de baño y después se desnudó en el dormitorio. Cuando se acostó a su lado olía a humo y a cerveza. Ella no abrió los ojos.

¿Estás despierta?, dijo él.

Sí.

Te lo has perdido.

¿Qué ha pasado?

No te lo voy a decir. Te lo has perdido.

Se acercó a ella y empezó a tocarle el muslo, buscando por debajo de su camión. Respiraba muy cerca de su cara y su aliento le ardía en la mejilla, le agitaba el pelo.

Ahora no quiero, dijo ella. Quiero dormir.

Pero yo sí quiero.

Le levantó el camisón y pasó la mano sobre su barriga hinchada y le apretó los pechos doloridos.

No hagas eso, dijo ella, y se dio la vuelta.

Él la atrajo hacia su cuerpo y la besó y le bajó las bragas.

No puedo hacerlo, dijo ella. No es bueno para el bebé.

¿Y eso desde cuándo?

Desde ahora.

¿Y qué pasa conmigo?

Ya estaba erecto. Cogió la mano de ella y se la llevó a la entrepierna y la apretó contra su músculo.

Entonces puedes hacer otra cosa, dijo él.

Es muy tarde, Dwayne.

Da igual. Mañana es domingo. Venga. Se tumbó boca arriba, pero ella no se movió. Venga.

Ella se bajó el camisón para cubrirse la barriga y se rodeó los hombros con la manta, como si fuera un chal, y después se puso de rodillas y le cogió el miembro y empezó a mover la mano.

No. Así no.

Así que Victoria tuvo que inclinarse sobre él, encorvándose sobre el vientre y apartándose el pelo de la cara. Él seguía tumbado boca arriba, con las piernas estiradas. A ella le pareció que tardaba mucho en llegar. Tenía la mente en blanco. No pensaba en él. Ni siquiera pensaba en el bebé. Hasta que por fin Dwayne gimió y se sacudió y se quedó quieto. Ella se levantó y fue al cuarto de baño y se lavó los dientes y se miró los ojos en el espejo y se enjabonó la cara, todo muy despacio, deseando que él se durmiera antes de que ella volviera. Cuando por fin regresó al dormitorio él ya estaba dormido.

Se acostó a su lado y estuvo pensando, preguntándose cosas, mirando cómo el techo iba haciéndose cada vez más claro. Hacia las seis y media se levantó y salió del dormitorio y cerró la puerta y fue al salón y llamó a información y le dieron el número de teléfono que había pedido.

¿Señorita Jones?

¿Victoria? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

¿Cree que podría volver, señorita Jones? ¿Cree que me dejarían volver con ellos?

¿Dónde estás, cielo?

En Denver.

¿Estás bien?

Sí. ¿Cree que podría volver?

Pues claro que sí.

Quiero decir a la granja, con ellos.

Eso no puedo decírtelo. Pero se lo podemos preguntar.

Sí, dijo la chica. Claro.

Colgó y fue al cuarto de baño y recogió las pocas cosas de aseo que había comprado desde que estaba en Denver y las metió en una bolsa y volvió al dormitorio y sacó del armario la ropa que le había comprado Dwayne y cuando ya la tenía toda y estaba a punto de salir del cuarto él se dio la vuelta y abrió los ojos.

¿Qué haces?

Nada.

¿Qué haces con toda esa ropa?

Voy a poner una lavadora.

Él la observó durante unos segundos.

¿Qué hora es?, dijo por fin.

Aún es muy temprano.

Él siguió mirándola. Después cerró los ojos y volvió a dormirse. Ella salió del dormitorio. Dwayne había dejado las llaves y la cartera encima de la mesa. Cogió un poco de dinero y dobló sus escasas posesiones y las metió con la bolsa de aseo en una caja de cartón y la cerró con un trozo de cuerda y salió del apartamento con sus pantalones nuevos de embarazada y la misma camisa y el mismo chaquetón y el mismo bolso rojo con los que había llegado a Denver y bajó la escalera y salió a la fría mañana y fue a la parada del autobús y se sentó. Estuvo esperando más de una hora. Pasaron muchos coches. Gente yendo al trabajo o a la primera misa del domingo. Una mujer paseando a un perrito con un lazo en la cabeza. Al oeste, donde acababa la ciudad, las colinas se levantaban desnudas, ocultando los grandes picos nevados de la cordillera, y el amanecer teñía de rojo las rocas de las laderas. Por fin llegó el autobús y ella se subió y se sentó al lado de la ventanilla.

Al llegar a la estación se sentó y esperó a que saliera el primer autobús hacia el este, hacia las llanuras de Colorado, y desde allí, más al este, hacia Omaha y luego Des Moines y Chicago. Tres horas después, cuando por fin anunciaron la salida de su autobús, se levantó y cogió la caja de cartón y se puso en la cola, que avanzaba lentamente hacia el conductor que pedía los billetes en la puerta del autobús. Cuando solo quedaba una persona delante de ella, vio a Dwayne en el vestíbulo. Por primera vez, sintió miedo. Dwayne también la había visto. Se acercó corriendo. No se había peinado y parecía muy enfadado.

¿Adónde crees que vas?, dijo él.

La cogió del brazo y la sacó de la fila.

Por favor, Dwayne, dijo ella. Suéltame. Por favor.

Te he preguntado que adónde vas.

¿Qué pasa ahí?, preguntó el conductor.

Tú no te metas en esto, dijo Dwayne.

El conductor le miró durante unos segundos. Después miró a la chica.

¿Tienes el billete?

Sí.

Déjame verlo.

Victoria le dio el billete. El hombre la examinó atentamente, tomando conciencia de su embarazo, y luego volvió a mirar a Dwayne. Cogió la caja de cartón de la chica. En la parte de arriba tenía escrito: «Victoria Roubideaux. Holt. Colorado».

¿Esto es tuyo?, le preguntó.

Sí, dijo ella, es mío.

Puedes subir cuando quieras. Ya me encargo yo de meter la caja en el maletero.

Te he dicho que no te metas en esto, dijo Dwayne. No es asunto tuyo.

Mira, chaval, por lo que veo, esta chica quiere subir al autobús. Y eso es exactamente lo que va a hacer, dijo el conductor.

Dio un paso hacia delante y se puso entre Dwayne y la chica. Era un hombre de estatura media. Llevaba una camisa gris y una corbata del mismo color. Así que ella supo lo que tenía que hacer.

Maldita sea, Vicky, dijo Dwayne.

Intentó agarrarla, pero solo consiguió coger el bolso rojo. Tiró de él y la correa se rompió.

Mi bolso, dijo ella. Dame mi bolso.

Si tanto lo quieres, ven a por él, dijo Dwayne manteniéndolo fuera de su alcance.

Devuélveselo ahora mismo, dijo el conductor.

Vete a la mierda, dijo Dwayne, y después retrocedió un par de pasos.

Ella le miró y supo inmediatamente lo que tenía que hacer. Se dio la vuelta y cogió la mano que le ofrecía el conductor y subió con cuidado al autobús.

Los pasajeros que ya estaban sentados en sus asientos la miraron y ella avanzó lentamente por el pasillo y ellos continuaron mirándola y después miraron a Dwayne, que la seguía desde fuera del autobús. Ella encontró un asiento libre y se sentó y Dwayne se detuvo a su altura y la miró con una mano metida en el bolsillo trasero del pantalón y el bolso rojo en la otra.

Volverás, decía. Ya verás cómo vuelves. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Volverás.

Aunque no le oía, ella podía leer en sus labios lo que decía. Dwayne volvió a decir lo mismo. Ella movió la cabeza de un lado a otro.

No, susurró junto al cristal. No volveré. No volveré contigo nunca.

Giró la cabeza y miró hacia delante y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. El conductor ocupó su asiento y cerró la puerta y el autobús empezó a alejarse del andén. Cuando el autobús comenzó a subir la rampa miró a Dwayne por última vez. No se había movido. Seguía de pie en el mismo sitio, mirándola, viendo cómo se alejaba. Ella pensó que daba pena, que cualquiera podría sentir lástima de él, ahí solo al lado del espacio vacío que acababa de dejar el autobús.

Se quedó dormida y no se despertó hasta que el autobús se detuvo en Fort Morgan. En las llanuras, el paisaje empezaba a reverdecer después del invierno. Mirando los arbustos de artemisa y las jaboneras y los primeros brotes de grama azul empezó a sentirse mejor.

El autobús volvió a parar en Norka, el pueblo de la madre de Dwayne. Victoria nunca la había visto. Solo había hablado con ella una vez, desde el teléfono público que había a la salida de Holt. Ahora sabía que nunca la conocería y también sabía que eso ya no le importaba. La madre de Dwayne nunca sabría que un nieto suyo iba a nacer a poco más de sesenta kilómetros

de su pueblo.

El autobús entró en el condado de Holt y siguió avanzando por la llanura y cruzó las carreteras comarcales polvorientas que avanzaban de norte a sur como líneas trazadas en un libro infantil y la chica miró las acequias y las vallas de alambre de espino en las granjas aisladas y a las vacas con sus terneros recién nacidos y el trigo verde y vio a una yegua bermeja con un potrillo y, a lo lejos, en el horizonte, al sur, vio las pequeñas colinas de arena, azules como ciruelas.

Ya estaba anocheciendo cuando el autobús pasó por debajo del puente del ferrocarril y empezó a reducir la marcha para entrar en Holt. Las farolas empezaban a encenderse. Pasó por delante del café de Shattuck y del Legion y paró en la gasolinera de la esquina de Main Street. La chica se levantó y bajó lentamente los escalones. Hacía frío.

El conductor sacó la caja del maletero y la dejó sobre la acera y ella le dio las gracias y él fue a la tienda de la gasolinera y volvió con un vaso de plástico lleno de café y subió al autobús y arrancó.

La chica se acercó al teléfono público que había en la fachada lateral de la tienda y llamó a Maggie Jones.

¿Victoria? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

Estoy en Holt.

¿Dónde?

En la gasolinera de Main Street. ¿Cree que me dejarán volver con ellos?

Cielo, nada ha cambiado desde esta mañana. Quizá te dejen volver. No lo sé. No puedo hablar por ellos.

¿Cree que debería llamarles?

No, creo que sería mejor que se lo dijeras en persona. Si quieres, puedo llevarte a la granja.

No se lo ha dicho, ¿verdad? No les ha dicho que iba a volver.

No, creo que eso tienes que decírselo tú.

## LOS McPHERON

Maggie la llevó a la granja, igual que lo había hecho aquel otro domingo del otoño anterior, conduciendo los veintisiete kilómetros al sur de Holt. La chica estaba asustada, igual que la vez anterior, solo que ahora lo miraba todo de otra manera porque le resultaba familiar, y al cabo de veinte minutos llegaron a la granja y pararon delante de la valla de la casa. La chica se quedó contemplando la vieja casa sin moverse, sin decir nada. Se encendió la luz de la cocina y después la del porche y vio salir a Raymond.

Ve a hablar con él, dijo Maggie Jones. No tiene sentido seguir esperando.

Tengo miedo de lo que puedan decirme.

Si no sales del coche y hablas con ellos nunca saldrás de dudas.

Victoria abrió la puerta y se bajó del coche sin dejar de mirar al hombre mayor. Harold se unió a su hermano en el porche y los dos la observaron en silencio. Ella se acercó lentamente a la casa. Andaba inclinada hacia atrás para equilibrar el peso del cuerpo. Llevaba el chaquetón abierto para que no le apretara la tripa. Se detuvo junto al primer escalón y miró a los dos hermanos McPheron.

Soy yo, dijo. He vuelto.

Ellos la miraron.

Eso ya lo vemos.

Ella los miró.

He vuelto para pedirles que me perdonen, para preguntarles si puedo volver a quedarme en su casa.

Los dos hermanos siguieron observándola en silencio. Tenían el pelo tieso

y despeinado y todavía llevaban puesta la ropa de faena.

Ella miró nerviosamente a su alrededor.

Todo sigue igual, dijo. Me alegro de ver que nada ha cambiado. Volvió a mirar a los dos hermanos. Esperó unos segundos. También quería agradecerles todo lo que han hecho por mí. Y pedirles perdón por todos los problemas que les he causado. Han sido muy buenos conmigo.

Los hermanos continuaron mirándola sin decir nada. Ni siquiera se movían. Era como si no la reconocieran. O como si no quisieran acordarse de ella. No podía saber lo que estaban pensando.

Me alegra ver que están bien, dijo ella al fin. Bueno, ya no les molesto más.

Se dio la vuelta y volvió hacia el coche.

Ya había recorrido la mitad del camino cuando oyó la voz de Harold.

¿Seguro que no volverás a marcharte sin decir nada?, preguntó.

Ella se detuvo. Se dio la vuelta.

No, claro que no, dijo.

Porque no queremos volver a pasar por algo así.

Lo sé.

Eso tiene que quedar claro.

Les prometo que no volverá a suceder, dijo ella.

No se movió. El viento agitaba su chaquetón.

¿Te encuentras bien?, dijo Raymond. No te habrán hecho daño, ¿verdad?

No. Estoy bien.

¿Quién está en el coche?

La señorita Jones.

¿Maggie Jones?

Sí.

Eso pensaba.

Hace frío aquí fuera, dijo Harold. ¿Quieres pasar?

Tengo que recoger mis cosas del coche.

Entra en casa. Ya me ocupo yo de tus cosas.

La chica caminó hacia la casa y subió los escalones y Raymond bajó del porche y se acercó al coche. Maggie Jones sacó la caja de cartón del asiento trasero y se la dio a Raymond. Harold y la chica los miraban desde el porche.

¿Qué tal está?, susurró Raymond.

Parece que está bien, dijo Maggie. ¿Estáis seguros de que queréis volver a intentarlo?

Necesita un techo, ¿no?

Sí, pero...

Raymond se dio la vuelta sin dejarla acabar, mirando hacia la oscuridad que empezaba a cernirse más allá del establo.

Nunca ha querido hacernos daño, dijo. Todo ha sido distinto desde que ella llegó. La hemos echado de menos todo este tiempo. Y, además, ¿qué íbamos a hacer si no con la cuna?

Miró un momento a Maggie Jones y empezó a andar hacia la casa con la caja de cartón.

Os llamaré, gritó Maggie.

Volvió a subirse al coche y se alejó lentamente de la granja.

Dentro de la casa, los dos hombres y la chica embarazada se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. La habitación había vuelto a su antiguo desorden. Las sillas libres estaban cubiertas de pernos y abrazaderas y muelles ennegrecidos y las revistas y los periódicos se amontonaban en una pila contra la pared del fondo. La encimera estaba llena de platos sucios.

Harold se levantó y preparó café y calentó un poco de sopa de lata.

¿No quieres contarnos lo que ha pasado?, dijo.

Preferiría esperar a mañana, dijo ella.

No hay ninguna prisa. Podemos esperar hasta que estés preparada.

En la cocina solo se oía el viento y el hervor de la sopa en el fuego.

Estábamos preocupados por ti, dijo Raymond, sentado frente a ella en la mesa. Estábamos muy preocupados. No sabíamos dónde estabas. No sabíamos qué habíamos hecho para que te fueras.

No fue por eso, dijo ella. Ustedes no hicieron nada malo.

Pero nosotros no lo sabíamos.

No fue por eso, volvió a decir ella. Lo siento. No quería hacerles daño.

Y entonces empezó a llorar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y ella intentaba secárselas con la manga, pero no podía contenerlas. No emitió ningún sonido mientras lloraba.

Los dos hermanos se miraron.

Venga, dijo Raymond. No te preocupes. No pasa nada. No pienses en eso ahora. Estamos muy contentos de que hayas vuelto.

No quería hacerles daño.

Pues claro que no. No pasa nada. Deja de preocuparte por eso, dijo él. Después alargó el brazo por encima de la mesa y le dio una palmadita en la mano. Fue un gesto torpe. No sabía bien cómo hacerlo. Venga, vale ya. Lo importante es que has vuelto. No te preocupes más.

## IKE Y BOBBY

Estaban sentados con los demás niños en la primera fila del cine, mirando esas dos caras con bocas descomunales giradas de medio perfil que se decían cosas mientras el coche patrulla se llevaba a un tercero y sus luces rojas se reflejaban parpadeantes en el rostro de los dos protagonistas. Al fondo, el campo se deslizaba por la pantalla como si lo arrastrase un viento incomprensible en un sueño campestre. Entonces el volumen de la música aumentó y las luces de la sala se encendieron y los niños salieron del cine con los demás espectadores. En la calle, por encima de las farolas, el cielo estaba salpicado de unas estrellas tan brillantes que parecían piedras blancas desperdigadas en el oscuro lecho de un río. Varios padres esperaban a sus hijos aparcados en doble fila. Los chicos mayores se montaron en sus propios coches y condujeron por Main Street, pitándose unos a otros cuando se cruzaban con otro coche lleno de adolescentes, como si no se hubieran visto desde hacía semanas o meses.

Los dos niños empezaron a andar hacia el norte por la amplia acera. Cruzaron Third Street y miraron los sofás de terciopelo y las mecedoras de madera que había en el escaparate de la tienda de muebles y pasaron por delante de la ferretería y de la redacción del *Holt Mercury* y cruzaron Second Street y pasaron junto al café con las sillas apoyadas encima de las mesas y junto a la tienda de deportes y la mercería y cruzaron las vías del tren y pasaron por delante del elevador de grano que se perfilaba contra la noche como una inmensa iglesia y llegaron a Railroad Street. Siguieron andando por la calle desierta, entre los árboles que ya habían empezado a brotar, y

todavía no habían llegado a la altura de la casa de la señora Frank cuando de repente apareció un coche y se paró delante de ellos. Reconocieron inmediatamente a las tres personas que iban dentro. Eran el grandullón pelirrojo y la chica rubia y el otro chico a los que habían visto hacía cinco meses en la habitación iluminada con velas de la casa abandonada que había al final de la calle.

Eh, niñas, ¿queréis que os llevemos?, dijo el pelirrojo, que era el que conducía.

Los niños le miraron. Las luces del salpicadero teñían de amarillo un lado de su cara.

Venga, Bobby, dijo Ike. Vámonos.

Empezaron a cruzar la calle, pero el pelirrojo les cortó el paso con el coche.

Os he hecho una pregunta.

No queremos que nos llevéis, dijo Ike.

El chico pelirrojo se volvió hacia el otro chico.

Dice que no quieren que los llevemos.

Pues peor para ellos. Los vamos a llevar de todas formas.

El chico pelirrojo volvió a mirar a los niños.

Mi amigo dice que os vamos a llevar aunque no queráis. ¿Qué vais a hacer si os llevamos a dar un paseo? ¿Se lo vais a decir al cabrón de vuestro padre?

Déjalos en paz, Russ, dijo la rubia. Como sigamos aquí nos van a ver. Estaba sentada entre los dos chicos. El pelo le rodeaba la cara como si fuera algodón de azúcar. Venga, vámonos.

Espera un momento.

Vámonos, Russ.

Te he dicho que esperes un momento, joder.

¿Los obligo a subir?, preguntó el otro chico.

Sí. No parece que vayan a subir solos.

El chico se bajó y rodeó el coche y se acercó a los dos niños. Ellos retrocedieron un par de pasos. El pelirrojo también se había bajado. Era tan alto como el padre de los niños y llevaba puesta la cazadora del instituto.

Corre, Bobby, dijo Ike.

Se dieron la vuelta, pero el pelirrojo los agarró antes de que pudieran empezar a correr.

¿Adónde creéis que vais?

Suéltanos, dijo Ike.

Intentaron golpearle con las manos y las piernas, pero el pelirrojo los sujetaba con los brazos estirados, fuera de su alcance. El otro chico cogió a Bobby y le retorció el brazo detrás de la espalda y el pelirrojo levantó a Ike en el aire y metieron a los dos niños en el asiento trasero del coche y después ellos se subieron en los de delante.

Dejadnos en paz, dijo Ike. No os hemos hecho nada. Dejadnos salir.

Vosotros no me habéis hecho nada, pero el cabrón de vuestro padre sí, dijo el pelirrojo.

Russ, ¿qué vas a hacerles?, dijo la chica rubia.

Se había girado en el asiento de delante y estaba mirando a los niños.

No les voy a hacer nada. Solo vamos a dar un paseo.

La chica se volvió hacia él.

¿Un paseo? ¿Adónde?

Cállate. Ya te enterarás cuando lleguemos.

El cabroncete ese me ha dado una patada cuando le he metido en el coche, dijo el otro chico.

¿Te ha dado en los huevos?

Qué va.

El pelirrojo encendió el motor y las ruedas del coche chirriaron sobre la

grava y volvieron a chirriar cuando giraron en Ash Street y cuando se adentraron en el estrecho camino de tierra que iba hacia el campo.

Fuera, la noche había adquirido un tono azul oscuro. Los faros iluminaban el camino y a veces los niños veían la cuneta y algún arbusto y los hierbajos que crecían junto a la carretera y los postes de la valla de alambre de espino y las luces de las granjas que salpicaban la oscura llanura. En el asiento de delante, los chicos estaban bebiendo cerveza. El de la derecha bajó la ventanilla y tiró una lata vacía y gritó y volvió a subir la ventanilla. Ike y Bobby los miraban sin decir nada, quietos como conejos, esperando. La chica se giró hacia ellos y los observó durante unos segundos y después volvió a mirar al pelirrojo.

Están muy asustados, dijo. Solo son unos críos, Russ. Tienen miedo. ¿Por qué no dejas que se vayan?

¿Cuántas veces tengo que decirte que te calles? La miró un momento. ¿Se puede saber qué cojones te pasa hoy?

Siguieron conduciendo. La grava chocaba ruidosamente contra los bajos del coche. Llegaron a la cima de una pequeña pendiente y, de repente, el pelirrojo hizo derrapar el coche y se detuvo.

Ya estamos bastante lejos, dijo.

Los dos chicos se bajaron del coche y sacaron a los niños del asiento trasero y los arrastraron en la noche hasta una pequeña elevación del terreno. Aunque ya no quedaba el menor rastro de nieve, el aire era frío y el viento soplaba con fuerza. El camino de tierra estaba rodeado de arbustos de artemisa y la hierba seca del año anterior se mezclaba con brotes recién salidos detrás de la valla de alambre de espino. Las lejanas estrellas teñían todo con una luz pálida y sombría.

Russ, dijo la chica.

¿Qué?

No irás a dejarlos aquí, ¿verdad?

Eso es exactamente lo que voy a hacer. Les vendrá bien hacer un poco de ejercicio. Solo son unos ocho kilómetros. Y tú cállate de una puta vez. ¿O es que quieres volver andando con ellos? ¿Es eso lo que quieres?

No.

Pues entonces deja de dar el coñazo.

Los dos niños esperaban quietos, en la noche, con los ojos muy abiertos. El motor del coche seguía encendido y los faros iluminaban la tierra y cubrían de sombras el firme irregular del camino.

Eh, niñas, ¿sabéis dónde estáis?

Los dos niños miraron a su alrededor.

Aquellas luces del fondo son el pueblo, dijo. Mirad hacia donde señalo, joder. ¿Veis las luces? Solo tenéis que volver andando por el camino. Y no se os ocurra decirle a nadie lo que ha pasado. No quiero ni pensar en lo que os voy a hacer si os chiváis.

Los niños miraron las luces del pueblo. Después miraron a la chica, que seguía sentada en el asiento delantero del coche, justo debajo de la luz encendida del techo. Aunque ella también los miraba, no dijo nada. No iba a ayudarlos. Ellos volvieron a mirar hacia las luces del pueblo y esperaron, aterrorizados, envueltos en sus chaquetones de lana, con la cabeza descubierta.

¿Habéis oído lo que he dicho?

Sí.

Pues entonces venga. Andando.

Se apartaron del coche y empezaron a avanzar en dirección el pueblo.

¿Y ya está?, dijo de repente el otro chico. ¿Ya se ha acabado la diversión?

¿Qué más quieres?

Ya pensaré algo.

El chico miró a los niños. Ellos retrocedieron, pero él cogió a Bobby del brazo antes de que pudiera huir.

Este es el cabrón que me ha dado la patada.

Lo arrastró hasta el centro del camino. Bobby gritaba y agitaba los brazos y pataleaba. El chico le dio la vuelta y le obligó a tumbarse boca abajo.

Suéltale, gritó Ike. Déjale en paz, cabrón.

El pelirrojo agarró a Ike y le empujó contra el capó del coche. El otro chico se inclinó sobre Bobby y le quitó los zapatos y los tiró muy lejos, hacia la oscuridad, y luego le quitó los pantalones y los tiró a la zanja que había al lado del camino y le bajó los calzoncillos y se los arrancó de los pies y los lanzó por el aire. Bobby seguía pataleando.

Ike se soltó y corrió hacia el otro chico y le dio un puñetazo y una patada antes de que el pelirrojo pudiera apresarle de nuevo.

¿Le tienes bien agarrado?, dijo el otro chico.

Sí.

Pues no le sueltes, maldita sea.

No te preocupes. No se va a volver a escapar.

El otro chico levantó a Bobby del suelo y lo sostuvo en alto, como si fuera un extraño espécimen digno de estudio. Se dio la vuelta para que la chica pudiera verlo desde el coche.

¿Te gustaría chuparle la pollita, Sharlene?

La chica no dijo nada.

Bobby seguía pataleando en el aire, desnudo de cintura para abajo, con el pene encogido y arrugado como una vaina de guisantes vacía. Estaba llorando.

Déjale en paz, gritó Ike. Te he dicho que le dejes en paz. Intentó soltarse, pero el pelirrojo le sujetaba con fuerza. Suéltale, cabrón. No te ha hecho nada. Sois unos hijos de puta.

Mira la de tacos que sabe el enano este, dijo el chico. ¿Por qué no haces que se calle de una vez, Russ?

El pelirrojo le hizo una zancadilla a Ike y le clavó las rodillas sobre la espalda. Le quitó los zapatos y los pantalones y los arrojó hacia la oscuridad y después le quitó los calzoncillos y también los tiró y levantó al niño en el aire y se lo enseñó a la chica.

Mírale. Este tampoco tiene pelos, dijo el otro chico. Seguro que su papaíto tampoco tiene.

Seguro que ese hijo de puta es maricón, dijo el pelirrojo.

Soltó a Ike y el niño se acercó a su hermano. Los dos estaban llorando. Se pusieron en cuclillas. Allí, iluminados por los faros del coche, cubriéndose las rodillas con los chaquetones, parecían dos enanos desvalidos, abandonados en plena noche en un camino de tierra, lejos, muy lejos de la seguridad de su casa.

Vámonos de una puta vez, dijo el otro chico. Ya estoy harto de estos dos.

El pelirrojo miró fijamente a los dos niños.

No os olvidéis de lo que os he dicho. Como se os ocurra chivaros lo vais a pasar muy mal.

Los niños le miraron sin decir nada, agachados en medio del camino.

¿Me habéis oído? Más vale que no lo olvidéis.

Los dos se subieron al coche y el pelirrojo revolucionó el motor y el coche salió disparado y los niños miraron cómo se alejaban las dos luces rojas en medio de la oscuridad y escucharon el sonido del motor hasta que solo quedó el silencio de la noche. Las estrellas brillaban afiladas y distantes y el viento soplaba sin cesar.

¿Estás bien, Bobby? ¿Te ha hecho daño?

Bobby estaba temblando. Se secó las lágrimas y los mocos con la manga del chaquetón y se levantó.

No veo mis zapatos, dijo. Empezó a buscarlos, descalzo, sobre la tierra fría. La chica ni siquiera ha intentado ayudarnos.

No podía. Él no la dejaba.

Ni siquiera lo ha intentado.

Tardaron media hora en encontrar los zapatos y los pantalones y los calzoncillos. La ropa se había quedado tiesa por el frío. Se vistieron y empezaron a andar hacia el sur, hacia las luces del pueblo.

Podríamos parar en alguna de las granjas, dijo Bobby.

¿Quieres que se enteren?

No tenemos que decir lo que ha pasado.

Tendríamos que decir algo.

Siguieron andando. Iban muy juntos, mirando justo delante de sus pies. El camino casi no se distinguía en la oscuridad.

Además, en las granjas siempre sueltan a los perros por la noche, dijo Ike.

Ya era más de medianoche cuando llegaron a Railroad Street. Un poco antes, cuando todavía estaban en el camino de tierra, habían visto los faros de un coche que avanzaba en su dirección y habían pensado que era el coche del pelirrojo que había vuelto a buscarlos y se habían tumbado entre los hierbajos de la cuneta. La tierra estaba muy fría y el suelo olía a humedad. El coche había pasado de largo, salpicándoles la espalda de tierra. No era el coche del pelirrojo. Podrían haberlo parado, pero ya era demasiado tarde. Así que siguieron andando, sin hablar, y oyeron aullar a unos coyotes en las llanuras y a las reses que se movían entre los rastrojos de maíz. Delante de ellos, las luces del pueblo siempre parecían estar igual de lejos, y estaban muy cansados y les dolían los pies cuando por fin entraron en los límites del pueblo y caminaron bajo la primera de las farolas de la calle.

Su padre no estaba en casa. Eso hizo que volvieran a sentir miedo. Cerraron la puerta con llave y tiraron los chaquetones en el suelo de la entrada y fueron al piso de arriba a lavarse al cuarto de baño. Se miraron en el espejo. Tenían la cara cubierta de suciedad y las mejillas y los labios llenos de lágrimas y de mocos, y sus ojos se veían turbios y extraños. Todavía se estaban lavando cuando oyeron entrar a su padre.

¿Ike? ¿Bobby? ¿Estáis aquí?, gritó desde el piso de abajo.

Ellos no contestaron.

Al ver los chaquetones tirados en el suelo, Guthrie subió corriendo y los encontró en el cuarto de baño, aclarándose la cara en el lavabo. Ellos se dieron la vuelta y le miraron como si los hubiera sorprendido haciendo algo de lo que deberían sentirse avergonzados.

¿Por qué no me habéis contestado?, dijo. ¿Dónde estabais? Os he buscado por todas partes. Estaba a punto de llamar a Bud Sealy.

Ellos siguieron mirándole sin decir nada.

¿Qué ha pasado?, preguntó Guthrie. ¿Es que no vais a decir nada?

Los niños siguieron sin hablar. Los ojos de Bobby se llenaron de lágrimas y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas y se puso a sollozar con tanta fuerza que parecía que se iba a ahogar, pero no dijo una palabra.

¿Qué te pasa?, dijo Guthrie. Venga, tranquilízate. Alcanzó una toalla y les secó la cara, primero a Bobby y luego a Ike. ¿Tan horrible ha sido? Acompañó a los niños a su habitación y se sentó en la cama entre los dos y los rodeó con los brazos y los atrajo hacia su cuerpo. Y ahora quiero que me digáis lo que ha pasado.

Bobby seguía llorando. De vez en cuando se estremecía con un hipido. Los niños evitaban la mirada de su padre.

Ike, dime qué ha pasado.

Ike negó con la cabeza.

Sé que os ha pasado algo. Estáis llenos de tierra. Miraos los pantalones.  
¿No me vas a decir lo que ha pasado?

Ike volvió a negar sin apartar la mirada de los ventanales.

¿Ike?, insistió Guthrie.

Hasta que al final el niño se volvió hacia su padre y le miró con ojos suplicantes y desesperados.

Déjanos en paz, gritó. Tienes que dejarnos en paz.

No pienso dejaros en paz. Decidme de una vez lo que ha pasado.

No podemos decírtelo. Nos advirtió que no se lo dijéramos a nadie.

¿Quién os advirtió que no se lo dijerais a nadie? ¿De qué estás hablando?

El chico grande, el pelirrojo. Nos dijo... que no se lo contáramos a nadie.

¿Es que no lo entiendes?

Guthrie observó a su hijo. Tenía los ojos rojos y muy brillantes. Ike no dijo nada más. No podía decir nada más. Ahora no. Estaba a punto de echarse a llorar y se giró de nuevo hacia el ventanal.

## GUTHRIE

Permaneció a su lado hasta que se quedaron dormidos. Prefería no pensar en lo que soñarían esa noche. A la mañana siguiente, después de desayunar y de haber hablado con su padre la noche anterior, los niños fueron capaces de contarle más porque a la luz del día ya no estaban tan asustados. Era domingo. Guthrie salió de casa y condujo hacia el sur de Holt, hacia la parte más acaudalada del pueblo, donde estaban las casas más grandes. Gum Street era una calle tranquila con sauces y olmos y almeces y setos de lilas en los jardines cubiertos de césped. Las campanas de la torre de la iglesia metodista empezaron a repicar un par de manzanas al oeste. Inmediatamente las siguieron las de la iglesia católica, una manzana al este.

Se bajó de la camioneta y se acercó a la casa blanca de madera. Subió al porche y llamó a la puerta. Le abrió la señora Beckman. Llevaba una bata y unas zapatillas que dejaban los dedos al descubierto y tenía el pelo cardado rociado de laca. Bajita y rechoncha, le miró con gesto rencoroso.

¿Qué hace usted aquí?

Dígale a Russell que salga.

¿Qué quiere?

Quiero hablar con él.

Mi hijo no tiene nada de que hablar con usted. Seguía agarrando el pomo de la puerta con su mano rechoncha. Esta es mi casa y usted no tiene nada que hacer aquí. Márchese y déjenos en paz.

Dígale que quiero hablar con él. No me irá hasta que salga.

Doris, dijo una voz masculina desde dentro de la casa, cierra la maldita

puerta. Hace frío.

Sal un momento. No te vas a creer quién ha venido a vernos, gritó la mujer sin apartar la vista de Guthrie. Ni siquiera se molestó en volver la cabeza. Ven.

¿Quién es?

Es él.

Se oyeron unos pasos y el señor Beckman apareció en el umbral de la puerta.

¿Qué quiere?, le dijo a su mujer.

Quiere hablar con Russell.

¿Por qué?

No me lo ha dicho.

Guthrie observó al matrimonio en el umbral de la puerta, Beckman alto y delgado por encima de su bajita y rechoncha mujer. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones oscuros. Tenía una sección del periódico en la mano.

¿Qué quiere, Guthrie?

Russell molestó a mis hijos anoche. Quiero hablar con él.

¿De qué diablos está hablando ahora? ¿No sabe que es domingo? ¿Es que no puede dejarnos en paz?

Dígale que salga, dijo Guthrie.

Beckman le miró de arriba abajo.

Está bien, dijo. Veamos cómo acaba esto. Se giró hacia su mujer. Llámale.

Está durmiendo.

Pues despiértale.

Este hombre no tiene ningún derecho a venir a molestarnos a nuestra casa. ¿Qué derecho tiene?

Te he dicho que vayas a despertarle.

La señora Beckman desapareció dentro de la casa. Un momento después, su marido se dio la vuelta y cerró la puerta a sus espaldas. Guthrie esperó en el porche mirando la acera y las hojas que empezaban a brotar en los árboles y las grandes casas que se alzaban silenciosas y apacibles a ambos lados de la calle. En la casa de al lado, Fraiser salió al porche vestido de domingo y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se encendió uno. Al ver a Guthrie le saludó con un movimiento de cabeza. Guthrie le devolvió el saludo. Después salió la señora Fraiser y su marido señaló hacia el parterre que había junto al porche y los dos se acercaron a las flores y la señora Fraiser se agachó para examinarlas de cerca y levantó la cabeza y le dijo algo a su marido y él le contestó. Todavía hablaban junto al parterre cuando el señor Beckman salió al porche seguido de su hijo y de su mujer. El muchacho iba descalzo y se notaba que acababa de despertarse. Se había puesto unos pantalones vaqueros y una camiseta.

Aquí lo tiene, le dijo el señor Beckman a Guthrie. Y ahora, ¿va a decirnos qué es eso tan importante de lo que quería hablarle?

Guthrie miró al chico.

Esta vez te has pasado de la raya, le dijo. Su voz sonaba tensa, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por controlarse. Les habéis hecho daño a mis hijos. Tú y tu amiguito Murphy. Anoche los obligasteis a subir a tu coche y los insultasteis y los humillasteis. Y luego pensasteis que sería divertido sacarlos del pueblo y quitarles la ropa y dejarlos allí para que tuvieran que volver andando medio desnudos. Solo son dos niños. Son pequeños. Tienen nueve y diez años. Ellos nunca os han hecho nada. ¿Sabes lo que eres, Russell? Eres un cobarde. Si tienes algo contra mí, métete conmigo, pero no vuelvas a tocar a mis hijos.

¿De qué está hablando?, dijo el señor Beckman. ¿Sabes de qué está hablando, Russ?

No sé de lo que está hablando. No tengo ni idea. Está loco. Si ni siquiera conozco a sus hijos.

Eres un mentiroso, dijo Guthrie. Le costaba pronunciar las palabras. Su voz sonaba tensa incluso a sus oídos, apenas capaz de mantener el control. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

¡No conozco a sus hijos!, dijo el chico. No los he visto en mi vida. Déjeme en paz. Siempre me está acosando. Déjeme en paz.

Maldito cabrón. Eres un maldito mentiroso. Ya no pudo contenerse más. Cogió al chico por el cuello de la camiseta. Maldito hijo de puta. No vuelvas a tocar a mis hijos. Empujó al chico contra la pared, sujetándolo con una mano mientras lo amenazaba con el puño cerrado delante de la cara. Como vuelvas a tocarlos...

Pero el padre de Russell intervino. Agarró a Guthrie de un brazo.

Suéltele, gritó. Suéltele ahora mismo.

No vuelvas a tocarlos. Estás avisado, le gritó Guthrie al chico. Tenía la cara prácticamente pegada a la de Russell. Maldito hijo de puta. Le levantó la barbilla con el puño hasta que su cabeza chocó contra la pared. El chico estaba de puntillas, con la cabeza inclinada hacia atrás. Miraba a Guthrie con los ojos llenos de miedo y de sorpresa y de odio mientras se aferraba a sus muñecas.

¡Suéltele de una vez!, gritó el señor Beckman.

La señora Beckman le estaba golpeando en la espalda, tirándole de la americana, gritando algo incomprensible, aullando de forma enloquecida. Su marido seguía tirando del brazo de Guthrie. Hasta que le soltó y retrocedió un paso y le golpeó con el puño en un lado de la cara y Guthrie cayó arrastrando al chico consigo. Las gafas le colgaban de una sola patilla. El padre de Russell se agachó y volvió a golpearle, esta vez justo encima de la oreja.

En la casa de al lado, los Fraiser lo habían observado todo. La señora

Fraiser entró a llamar a la policía y su marido fue corriendo por el jardín para intentar separarlos.

Basta ya, gritó. Basta ya.

Guthrie se levantó y empujó violentamente al chico. El señor Beckman se arrojó sobre él, lanzando puñetazos al aire. Guthrie se agachó y le golpeó con todas sus fuerzas en el cuello. Beckman cayó hacia atrás. Casi no podía respirar. Su mujer gritó y se agachó para intentar ayudarlo, pero él la apartó hacia un lado. El chico se abalanzó sobre Guthrie con la cabeza agachada. Le golpeó en el costado y chocaron contra la barandilla del porche y Guthrie notó que algo crujía y los dos cayeron violentamente al suelo.

Mientras Guthrie forcejeaba con el chico, su padre, que ya se había recuperado, se agachó y encontró un hueco y le dio un puñetazo en la cara. Guthrie soltó al chico y, entonces, el padre y el hijo empezaron a golpearle al mismo tiempo mientras él intentaba darse la vuelta rodando. Cuando por fin dejaron de golpearle, la señora Beckman se acercó corriendo a él y le dio una patada en la espalda. Guthrie rodó hacia ella y, antes de que pudiera darle otra patada, le agarró el pie. Ella cayó ruidosamente sobre los tablones del porche y se quedó sentada con el vestido levantado y se puso a gritar hasta que su marido la cogió por debajo de los hombros y la ayudó a incorporarse y le dijo que se callara. Guthrie se puso de rodillas y se levantó. Sangraba copiosamente por la nariz y tenía un corte en la ceja. El bolsillo de la americana colgaba descosido como una lengua sedienta. Se quedó de pie, intentando recuperar el aliento. Ya se le empezaba a inflamar un ojo y sentía un fuerte dolor en el costado. Buscó las gafas por el suelo, pero no las encontró.

Ya está bien, dijo Fraiser. Debería darles vergüenza.

Lárguese de aquí, Guthrie, dijo el señor Beckman.

Hijo de puta, resopló Guthrie.

Lárguese de aquí si no quiere que le demos otra paliza.

Dígale a ese cabrón...

No tengo nada que decirle a mi hijo. Déjelo en paz de una puta vez.

Dígale que no vuelva a tocar a mis hijos. Se lo advierto. Que no vuelva a tocar a mis hijos.

Basta ya, dijo Fraiser. Escúchenme los dos.

Entonces apareció el coche patrulla del sheriff y Bud Sealy se bajó y se acercó corriendo al porche sin cerrar la portezuela. Era un hombre corpulento, barrigudo y con la cara muy roja.

¿Qué está pasando aquí?, preguntó. Desde luego, no creo que sea una reunión dominical de la iglesia. Subió al porche y observó a los dos hombres. Estoy esperando a que alguien me diga lo que está pasando.

Ha atacado a mi hijo, dijo Beckman. Se ha presentado en mi casa diciendo que Russell le había hecho no sé qué a sus hijos y luego le ha atacado. Pero le hemos dado una lección que no olvidará.

¿Es verdad lo que dice, Tom? ¿Es eso lo que ha pasado?

Guthrie no contestó. Seguía mirando a los Beckman.

No vuelvas a tocarlos, le dijo a Russell. Te lo advierto.

¿Lo ve?, le dijo Beckman al sheriff. No tengo por qué escuchar estas mierdas en mi propia casa.

¿Sabéis lo que os digo?, dijo Bud Sealy. Que vais a acompañarme a la comisaría. Los tres. Así podremos hablar tranquilamente sobre lo que ha pasado. Tom, tú ven conmigo. Beckman, usted y su hijo síganme en su coche.

¿Y yo qué?, dijo la señora Beckman. A mí también me ha atacado.

Venga usted también, dijo el sheriff. Con ellos en su coche.

## LOS McPHERON

Se lo contó todo a la mañana siguiente. Les contó cómo Dwayne había ido a buscarla al instituto y cómo ella se había subido al coche y cómo había ido a Denver sin saber siquiera por qué y cómo había esperado que las cosas fueran de una manera y cómo habían sido realmente y cómo había sido su vida en el pequeño apartamento de Denver. Los dos hermanos la escucharon sin dejar de mirarla a la cara en ningún momento. Después del desayuno salieron y dieron de comer a los animales y regresaron a casa y se lavaron y se pusieron los sombreros buenos y la llevaron al pueblo para que la viera el doctor Martin.

De camino al pueblo, en la camioneta, ella les contó otras cosas que no les había contado mientras desayunaban. Les dijo que una noche había ido a una fiesta con Dwayne y que había bebido mucho y que había perdido el control y entonces dejó de hablar y se quedó quieta en el asiento delantero de la camioneta, sentada entre los dos hermanos, con las manos por debajo del vientre, como si quisiera sostener al bebé.

¿Así que bebiste demasiado?

Sí, dijo ella sin apartar la mirada de la carretera, y de repente sus ojos se humedecieron y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

¿Y qué pasó, Victoria?, dijo Raymond. Porque parece que pasó algo más.

Sí.

Cuéntanos qué pasó.

También fumé hierba.

¿Te refieres a marihuana?

Sí. Y no sé qué hice después. Al día siguiente no me acordaba de nada, pero cuando me desperté tenía cardenales y no sabía cómo me los había hecho.

¿Volviste a ir a alguna de esas fiestas?

No. Solo fui a esa. Pero tengo miedo. Tengo miedo por lo que pueda haberle hecho al bebé.

¿Por qué? ¿Crees que le hiciste daño?

No lo sé. Por eso tengo miedo.

Seguro que el bebé está bien, dijo Raymond. Me acuerdo de una novilla que estaba preñada y se tragó un trozo de alambre de espino. No le pasó nada. Ni a ella ni al ternero.

¿De verdad?

De verdad. No les pasó nada.

La chica miró a Raymond, escrutando su cara bajo el ala del sombrero.

¿Y el ternero estaba bien cuando nació?

Perfectamente.

¿En serio?

Sí. Nació en perfecto estado.

Victoria siguió mirándole y Raymond le devolvió la mirada y asintió varias veces.

Gracias, dijo ella al cabo de un rato. Después se secó las lágrimas con la manga. Gracias por contarme eso.

Y además era un buen ternero. De buen tamaño.

Siguieron conduciendo. Llegaron a Holt y aparcaron delante de la clínica. El cielo estaba despejado, tan azul como el interior de un cuenco de porcelana china. La chica entró en la clínica con los dos hermanos McPheron y le dijo a la mujer de recepción quién era y a qué había venido.

Hace meses que no vienes a hacerte una revisión.

He estado fuera.

Siéntate en la sala de espera.

Victoria se sentó con los dos hermanos. Casi no hablaron mientras esperaban, porque había mucha gente en la sala. Una hora después seguían esperando.

Harold miró a la chica y de pronto se levantó y fue a hablar con la mujer de recepción.

Supongo que sabe para qué estamos aquí, ¿no?

¿Perdón?

Esa chica ha venido a ver al doctor.

Lo sé.

Llevamos una hora esperando. ¿Sabe el doctor que esa chica lleva una hora esperando?

Tiene que esperar su turno.

Quiero que le diga al doctor que esa chica lleva una hora esperando. Y no pienso moverme de aquí hasta que se lo diga.

La mujer le miró con indignación e incredulidad. Él le sostuvo la mirada hasta que ella se levantó y desapareció detrás de la puerta que llevaba a las salas de reconocimiento. Regresó al cabo de unos minutos.

El doctor la atenderá después del siguiente paciente.

Así está mejor, dijo Harold. No es como debería ser, pero es mejor que nada.

Volvió a sentarse. Al cabo de unos minutos, la enfermera llamó a la chica. Ella se levantó y ellos la observaron mientras se alejaba y siguieron esperando. Unos cinco minutos después, Harold se inclinó hacia Raymond.

¿Vas a explicarme qué demonios es eso que has contado en la camioneta?, le susurró a su hermano.

¿El qué?, dijo Raymond.

Lo de la novilla que se tragó el alambre de espino. ¿Cuándo pasó eso? Yo no lo recuerdo.

Me lo he inventado.

Así que te lo has inventado. Observó largamente a su hermano. ¿Y qué más te vas a inventar?

Todo lo que haga falta.

Lo que tú digas.

Sí. Y además voy a hablar con ese doctor en cuanto salga Victoria.

¿Y qué le vas a decir?

Quiero hacerle un par de preguntas.

Entonces iré contigo.

Puedes venir o quedarte, dijo Raymond. Yo sé lo que me hago.

Siguieron esperando erguidos en sus asientos, sin leer ni hablar con nadie, simplemente frotándose las manos mientras miraban hacia la ventana que había al otro lado de la sala de espera, con los sombreros puestos, como si estuvieran al aire libre. Entraron y salieron varios pacientes. En el suelo, los rayos de sol que se colaban por la ventana se desplazaban lentamente por las baldosas. Media hora después la chica abrió la puerta y se acercó a ellos con una sonrisa en los labios. Los dos hermanos se levantaron.

Salgo de cuentas en dos semanas.

¿De verdad?

Sí.

¿Qué más te ha dicho el doctor?

Dice que estoy bien. Y el bebé también está bien.

Eso es una buena noticia, dijo Raymond. Sal fuera y espéranos en la camioneta.

¿Por qué? ¿Adónde van?

Tú espéranos fuera. No tardaremos.

La chica salió a la calle y los dos hermanos McPheron pasaron junto a la recepcionista y abrieron la puerta interior y avanzaron hacia las salas de reconocimiento. La recepcionista se levantó y corrió detrás de ellos, preguntándoles adónde creían que iban, recordándoles que no podían entrar allí, pero ellos continuaron adelante, como si no la oyeran o como si les diera igual lo que dijera, y empezaron a asomarse a las puertas que había a lo largo del pasillo, sorprendiendo a los pacientes que estaban dentro de las salas, que inmediatamente salían al corredor para ver qué ocurría. Al llegar al final del pasillo, los hermanos McPheron oyeron la voz del doctor Martin detrás de una puerta. Se detuvieron y escucharon durante unos segundos, hasta que Raymond llamó a la puerta y entró sin esperar a que el doctor respondiera.

Salga un momento, dijo. Queremos hablar con usted.

Pero qué demonios..., exclamó el doctor. Salgan inmediatamente de aquí.

La mujer cuyo corazón estaba auscultando se cerró apresuradamente la bata de papel y los miró, apretándose el fino material contra sus pechos caídos.

Queremos hablar con usted, dijo Raymond.

Harold estaba justo detrás de su hermano, mirando por encima de su hombro. La recepcionista estaba detrás de Harold. Seguía protestando por la intolerable actitud de los dos hombres mayores y ellos seguían sin prestarle la menor atención. El doctor salió de la sala de reconocimiento y cerró la puerta a sus espaldas. Sus ojos brillaban con indignación detrás de sus gafas sin montura, por encima de su impecable traje azul, su inmaculada camisa blanca y su pulcra pajarita.

¿Qué demonios se creen que están haciendo?

Queremos hablar con usted, dijo Raymond.

¿Y no puede esperar?

No, doctor. Me temo que no.

Está bien. Hablen. ¿De qué se trata?

Esto no le concierne a ella, dijo Raymond señalando a la recepcionista.

El doctor se volvió hacia la mujer.

Puede volver a la recepción, señora Barnes. Ya me encargo yo de esto.

No he podido evitarlo, dijo ella. Les he dicho que no podían pasar, pero no me han hecho caso y han entrado por la fuerza.

No se preocupe. Vuelva al mostrador.

La recepcionista se dio la vuelta y se alejó malhumorada y el doctor hizo pasar a los dos hermanos McPheron a la sala vacía que había al otro lado del pasillo.

Supongo que no querrán perder el tiempo en algo tan civilizado como sentarse, ¿verdad?

No.

Ya me lo imaginaba. Bien. Ustedes dirán.

¿Está bien?, dijo Raymond.

¿Quién?

Victoria Roubideaux.

Por supuesto que sí.

Ese chico no se portó nada bien con ella.

Supongo que se refiere al chico de Denver.

Sí, a ese miserable cabrón.

Victoria me ha hablado de él. Me ha explicado lo que pasó en la fiesta. Por suerte no parece haber afectado al bebé.

Más vale que sea así, dijo Raymond. Más vale que todo salga bien. Se lo advierto. Asegúrese de que todo salga bien. Esa chica ya ha sufrido demasiado.

No creo que vayan a ganar nada amenazándome. Yo haré todo lo que esté en mis manos. Pero no todo depende de mí.

No, todo no. Pero una gran parte sí.

Y usted haría bien en tranquilizarse.

Me tranquilizaré cuando vea que el bebé ha nacido y que está sano y que la madre también está bien. Y ahora díganos todo lo que le ha dicho a ella.

## IKE Y BOBBY

Esa tarde de domingo, mientras Guthrie daba un paseo en coche con Maggie Jones, los niños estaban solos en casa sin saber muy bien qué hacer. Entraron en el dormitorio de Guthrie y de su madre y examinaron minuciosamente los diversos objetos que sus padres habían acumulado a lo largo de los años. Algunos eran de antes de que nacieran ellos. Había fotos y prendas de vestir y cajones llenos de ropa interior y una caja con alfileres de corbata y antiguos relojes de bolsillo y una vieja punta de flecha india y cascabeles de serpiente y una medalla ganada en una carrera. Dejaron la caja en su sitio y salieron al pasillo y entraron en el cuarto de invitados, donde todavía había bastantes cosas de su madre, y cogieron algunas y las tocaron y las olieron y se probaron una de sus pulseras de plata, y volvieron a su habitación y miraron por el ventanal y vieron la casa del viejo vecino y la casa abandonada que había al final de Railroad Street y el campo abierto que se extendía detrás y el terreno donde se celebraban las ferias, con la tribuna vacía pintada de blanco, y entonces fueron al piso de abajo y salieron a la calle y se montaron en sus bicicletas.

Fueron al apartamento del edificio de Main Street, el que estaba encima de los comercios, al fondo del pasillo oscuro. El ejemplar del *Denver News* que habían dejado a primera hora de la mañana ya no estaba en el felpudo. Llamaron a la puerta, pero no les contestó nadie. Usaron la llave que les había dado ella hacía varios meses, el día que habían ido a la tienda y les había dicho «Os la confío», y entraron. Iva Stearns estaba sentada en su sillón al fondo de la habitación. Llevaba la bata azul con la que la habían visto

siempre y tenía la cabeza caída hacia un lado. Como siempre, hacía un calor sofocante y, como siempre, la habitación estaba abarrotada de todo tipo de objetos.

Señora Stearns, dijo Ike desde el umbral de la puerta. Ella no respondió. Los niños se acercaron. Había un cigarrillo consumido con la ceniza intacta en el cenicero que estaba apoyado en el ancho brazo del sillón. Una larga y fría brasa de color blanco.

Señora Stearns. Somos nosotros.

Al cabo de unos segundos, Ike estiró la mano y le tocó el brazo para despertarla. Apartó la mano tan rápido como si se hubiera quemado. La señora Stearns tenía el brazo muy frío. Su piel estaba tan fría y rígida como si hubiera sido colocada sobre palos de madera o algún tipo de cojinetes de acero en un sótano en invierno.

Tócala, dijo Ike.

¿Por qué?

Tú tócala.

Bobby le tocó el brazo. Apartó rápidamente la mano y se la metió en el bolsillo del pantalón.

Estuvieron mirando el cuerpo inmóvil de Iva Stearns durante mucho tiempo, rodeados por el olor a tabaco y a polvo, y con el vago sonido amortiguado que subía de la calle como desde una gran distancia. Durante las horas que habían pasado desde su último aliento, la cara de la anciana parecía haber colapsado y ahora tenía la nariz más levantada y más brillante, como hecha de cera, y sus ojos parecían haberse desvanecido detrás de las gafas. Sobre su regazo, las viejas manos surcadas por grandes venas azules estaban firmemente entrelazadas en una especie de estasis muda y terrible, tan duras y silenciosas como las raíces desenterradas de un árbol.

Quiero tocarla otra vez, dijo Ike.

Esta vez dejó más tiempo la mano sobre el brazo. Bobby también volvió a tocarla.

¿Nos vamos?

Bobby asintió.

Salieron del apartamento y cerraron la puerta con su llave y volvieron a casa y dejaron las bicicletas delante del porche y fueron a ensillar a Easter.

Y así, en plena tarde primaveral de aquel año, se alejaron del corral como dos viajeros dispuestos a recorrer el ancho mundo, con Bobby montado en la silla y Ike detrás de él, sobre la grupa.

Cuando se puso el sol ya estaban casi a veinte kilómetros del pueblo.

Todavía no habían encontrado el camino que buscaban. Al salir de casa habían rodeado el pueblo y habían cabalgado hacia el sur junto a la carretera de asfalto, entre los hierbajos secos y los nuevos brotes de primavera de la cuneta. La cercanía de los coches que pasaban por la carretera ponía nerviosa a la yegua. Algunos coches pitaban al adelantarlos y algunos pasajeros gritaban y los saludaban moviendo los brazos, y cuando pasaban grandes camiones el viento parecía empujarlos contra la valla de alambre de espino. Entonces la yegua se asustaba y quería galopar, pero ellos se lo impedían y ella trotaba un poco hacia un lado y subía y bajaba la cabeza y después seguía andando.

Cuando se dieron cuenta de que se habían pasado el cruce, ya era de noche. Creían que reconocerían el camino al verlo, pero todos los caminos se parecían. Al final pararon en una granja que había al lado de la carretera y Ike se bajó de la yegua y llamó a la puerta y preguntó por el camino.

El hombre que había abierto la puerta llevaba zapatillas y pantalones oscuros y una camisa blanca de domingo. Tenía un periódico en la mano.

¿No quieres entrar un momento, hijo?

No. Nos están esperando.

¿En la granja?

Sí, señor. ¿Podría decirnos cómo llegar? Creo que nos hemos pasado el cruce.

Tenéis que volver hacia el pueblo. El camino está a tres kilómetros de aquí. Es el segundo que os encontraréis. Después le dijo a Ike las cosas en las que tenía que fijarse para reconocer el camino. ¿Te acordarás de todo?

Ike asintió.

¿Seguro que no queréis entrar un momento?

No. Tenemos que irnos.

Está bien, pero tened cuidado en la carretera.

Ike volvió a donde le esperaba su hermano montado en la yegua y Bobby sacó el pie del estribo para que su hermano pudiera montar y volvieron a la carretera. Los faros de los coches que venían en dirección contraria surgían de la creciente oscuridad y aumentaban de tamaño y de intensidad hasta cegarlos y después pasaban a su lado como veloces trenes precipitándose hacia el infierno. Junto a la carretera, la yegua brincaba y bailaba nerviosamente y los niños apenas conseguían controlarla. Al final, aprovechando que no venía ningún coche, se incorporaron a la carretera y galoparon a rienda suelta. Pasaron el primer camino de tierra y al llegar al segundo se desviaron hacia el este y aminoraron el paso para que la yegua descansara.

Ha dicho que está a unos once kilómetros de aquí, dijo Ike. Veremos un buzón. Hay unos olmos. La casa está un poco apartada del camino y tiene un establo y varios corrales. Además hay un granero.

Empezaba a hacer frío. Siguieron cabalgando bajo la luz de las estrellas. Oían al ganado pastando al sur del camino. Ya eran las diez y media de la

noche cuando vieron el buzón.

No veo ningún olmo, dijo Bobby. ¿No dijo que había unos olmos?

Sí, pero dijo que estaban al lado de la casa.

No veo lo que pone en el buzón.

Tiene que ser esta entrada, dijo Ike. ¿No ves la luz ahí al fondo?

¿Qué hacemos?

Tenemos que intentarlo. No tenemos otra opción. Ya es muy tarde.

Espolearon a la yegua y se desviaron hacia la granja. Easter ya había sudado y se había secado y había vuelto a sudar, así que no la apremiaron mientras los llevaba al paso hacia la casa de la granja, donde solo se veía una luz solitaria. Al llegar, el viejo perro salió ladrando del garaje. Los niños desmontaron y ataron a Easter a uno de los postes de la valla que había delante de la casa y el perro se acercó a ellos y los olisqueó y después empezó a lamerles las manos. Los niños cruzaron la valla y subieron la escalera del porche y llamaron a la puerta. Les abrió una chica en camisón. Los niños no sabían quién era. Pensaron que se habían equivocado de casa. La chica tenía un aspecto tan pesado e informe que pensaron que le ocurría algo malo. Se sujetaba la tripa con las dos manos y la tela del camisón se estiraba sobre su enorme barriga. Entonces se dieron cuenta de que la habían visto antes en el pueblo, pero no sabían cómo se llamaba. Estaban a punto de darse la vuelta, de irse sin decir nada, cuando los dos hermanos McPheron aparecieron detrás de la chica.

Pero... ¿qué demonios tenemos aquí?, dijo Harold.

¿Que qué tenemos aquí?, dijo Raymond. Si no me equivoco, son los hijos de Guthrie.

Los hermanos McPheron llevaban pijamas de franela a rayas, con el corto y tieso pelo como cepillos de púas. Ya estaban durmiendo.

No se equivoca, señor, dijo Ike.

Maldita sea, dijo Harold. Pasad. No os quedéis ahí fuera. ¿Qué hacéis aquí? ¿Ese caballo es vuestro?

Sí, señor.

¿Habéis venido a caballo?

Sí, señor.

¿Con quién habéis venido? ¿Está vuestro padre con vosotros?

No. Hemos venido solos.

Maldita sea, chicos. Menuda excursión. ¿Es que os habéis perdido?

No, señor.

Entonces os apetecía dar un paseo de domingo por la noche. ¿Es eso?

Queríamos venir a verlos, dijo Bobby.

Ya veo. Harold observó a los niños. Estaban muy serios. ¿Y queríais vernos por alguna razón especial?

No.

Por nada especial, ¿eh? Bueno, supongo que de momento bastará con eso. Venga, entrad en casa.

¿Estará bien ahí nuestra yegua?, preguntó Ike.

¿Está bien atada?

Sí.

Pues entonces creo que estará bien. Iremos a verla después.

Ha sudado mucho por el camino.

Ya veo, ya. Si queréis, luego podemos cepillarla. Pero ahora es mejor que entréis.

Así que entraron y, después de estar fuera tanto rato en la oscuridad, la cocina les pareció cálida y luminosa. Se quedaron de pie al lado de la mesa. Ahora que habían llegado no sabían qué hacer.

¿Queréis sentaros?, dijo la chica, que hasta entonces no había hablado. Su voz sonaba amable.

Al verla con más luz la reconocieron. Era una chica del instituto, no mucho mayor que ellos, pero se veía enorme. Sabían que eso era lo que les pasaba a las mujeres cuando iban a tener un bebé, pero se sentían incómodos al mirarla. Sin decir nada, apartaron dos sillas de la mesa y se sentaron.

Debéis de estar cansados, dijo la chica. ¿Habéis cenado? Seguro que tenéis hambre.

Comimos algo hace un rato, dijo Ike.

¿Cuándo?

Hace un rato. A la hora de almorzar.

Entonces estaréis muertos de hambre. Voy a prepararos algo.

Se desenvolvía con soltura en la cocina. Los niños no apartaban la vista de ella. Observaban cómo iba de un lado a otro, de la nevera a los fogones, preparando la comida, con su pelo negro y su inmensa barriga, pero cuando la chica se daba la vuelta siempre miraban hacia otro lado. Finalmente les llevó la comida a la mesa: carne y patatas y maíz y un plato con pan y mantequilla y dos vasos de leche.

¿A qué esperáis?, dijo la chica. Podéis comer todo lo que queráis.

¿Vosotros no vais a comer?, preguntó Ike.

Nosotros ya hemos cenado hace mucho rato, dijo ella. Pero si queréis me sentaré con vosotros. Puede que tome un vaso de leche.

Mientras los niños cenaban, Harold fue a encargarse de la yegua. La llevó al corral y la dejó beber en el abrevadero y la metió en una de las cuadras y le quitó la silla y la cepilló. Después le puso un poco de pienso y dejó la puerta entreabierta por si quería beber más agua en el corral.

Mientras tanto, Raymond fue al salón y llamó por teléfono a Guthrie.

¿Tom?, dijo. Hablaba muy bajo.

Sí.

Están aquí, con nosotros.

¿Ike y Bobby?

Por Dios, Tom, no te lo vas a creer. Han venido hasta aquí a caballo.

Sabía que se habían ido con la yegua. El sheriff los está buscando, dijo Guthrie. No sabía dónde se habían metido.

Bueno, pues aquí están.

¿Están bien?

Yo diría que sí. Sí, creo que sí. Aunque se les ve un poco tristes. Están muy callados.

Voy para allá.

Tom, dijo Raymond. Miró hacia la cocina. Los niños seguían comiendo. La chica les estaba diciendo algo y ellos la escuchaban con mucho interés. Podrían quedarse a dormir.

¿En vuestra casa?

Sí.

¿Por qué iban a quedarse a dormir?

No sé. Creo que sería lo mejor.

¿Por qué?

Bueno. Como te he dicho, parecían un poco tristes.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

Podrías venir a buscarlos mañana por la mañana, dijo Raymond. Y no te olvides de traer el remolque para la yegua.

Tengo que pensarlo. ¿Puedes darme un minuto?

Raymond oyó cómo Guthrie hablaba con alguien al fondo. Luego volvió a ponerse.

Bueno, si de verdad no es molestia, supongo que pueden quedarse, dijo Guthrie. Estoy con Maggie Jones. A ella le parece buena idea. Iré a

recogerlos mañana.

Vale. Pues hasta mañana.

Pero diles que has hablado conmigo, dijo Guthrie, y que iré a recogerlos mañana a primera hora.

Ahora mismo se lo digo.

Raymond colgó el auricular y volvió a la cocina.

Cuando los niños acabaron de cenar, los hermanos McPheron apartaron las viejas mecedoras de delante de la televisión y Victoria les preparó una cama en el salón extendiendo gruesas mantas sobre el suelo de madera. Después les llevó un par de almohadas viejas.

Yo estaré ahí mismo, les dijo.

¿Dormiréis bien ahí?, preguntó Harold.

Sí, señor.

Si necesitáis algo, pegad un grito.

Gritad fuerte, dijo Raymond. Ya no oímos tan bien como antes.

¿Seguro que no necesitáis nada más?, insistió Harold.

Seguro. Estamos bien.

Bueno, pues entonces creo que ya es hora de que nos acostemos todos. Me parece que ya hemos tenido suficientes emociones por hoy.

La chica entró en su habitación y los hermanos McPheron fueron al piso de arriba. Cuando se quedaron solos, los niños se quitaron los zapatos y los pusieron delante del viejo televisor y después se quitaron los pantalones y se acostaron sin quitarse la camisa. Tumbados entre las mantas, en el suelo del salón de la vieja casa, contemplaron el techo y las paredes iluminados por el resplandor que entraba del patio.

Tiene tanta tripa que parece que va a tener más de un bebé, dijo Bobby.

Puede que vaya a tener gemelos.

¿Están casados?

¿Quiénes?

La chica y los viejos.

No.

Entonces ¿por qué está aquí ella?

No lo sé. ¿Por qué estamos aquí nosotros?

A la luz del pálido resplandor, miraron los descoloridos diseños y las manchas de humedad del papel pintado de la pared. Al cabo de un rato, cerraron los ojos y empezaron a respirar pausadamente y se durmieron.

Guthrie llegó muy temprano. Metió la yegua en el remolque mientras los niños desayunaban los huevos con jamón que les había preparado la chica, y luego los tres regresaron a casa.

Os he echado de menos, dijo Guthrie en la camioneta. No sabía adónde habíais ido. Estaba preocupado.

Los niños no dijeron nada.

¿Estáis bien?

Ellos asintieron.

¿Seguro?

Sí.

Está bien. Pero no quiero que volváis a hacer algo así. Miró a los dos niños, sentados a su lado en el asiento delantero de la camioneta. Sus caras se veían pálidas y calladas. Entonces cambió de tono. Os pido que no volváis a hacer algo así, que nunca más os marchéis sin avisarme.

La señora Stearns está muerta, dijo Ike de repente.

¿Quién?

La señora del apartamento de Main Street. Está muerta.

¿Cómo lo sabéis?

Fuimos a verla ayer. Estaba muerta.

¿Se lo habéis dicho a alguien?

No.

Alguien debería hacer algo con ella, dijo Bobby. Alguien debería encargarse de ella.

Llamaré a alguien en cuanto lleguemos al pueblo.

Siguieron avanzando en silencio.

Papá, dijo Ike al cabo de un rato.

Dime.

¿Mamá va a volver algún día a casa?

No, dijo Guthrie. Se quedó pensativo un momento. Creo que no.

Pero su ropa y sus joyas siguen en casa.

Tienes razón, dijo Guthrie. Habría que llevarle sus cosas.

Sí, querrá tenerlas, dijo Bobby.

## VICTORIA ROUBIDEAUX

Las contracciones empezaron hacia el mediodía del martes y dio a luz hacia el mediodía del miércoles. Eso eran doce horas más de lo que el doctor le había dicho que durarían. Pero ese martes, cuando empezaron, los dolores no eran muy fuertes y ella ni siquiera estaba segura de lo que eran. Solo sabía que había sentido unos calambres en la espalda y que luego se habían ido desplazando hacia delante y que después, poco a poco, se habían ido haciendo más intensos. Entonces había empezado a estar segura de que eran contracciones, y aunque había sentido miedo, también se había sentido feliz y orgullosa.

Pero no quería armar ningún revuelo. Deseaba hacer las cosas bien. No quería dejarse traicionar por falsas alarmas o por la ansiedad. Así que al principio no se lo dijo a los hermanos McPheron. Ellos estaban fuera, trabajando en el corral, examinando a los terneros y a sus madres en la soleada tarde de finales de primavera. Durante las últimas dos semanas, desde aquella visita al doctor, nunca se alejaban demasiado de la casa. Trabajaban en los corrales o en el establo, y cuando no quedaba más remedio que alejarse tomaban las precauciones necesarias y uno de los dos se quedaba más cerca de la casa, lo suficientemente cerca como para poder oír a la chica si los llamaba.

Ese martes, durante esas primeras horas de incertidumbre, la chica había estado entrando y saliendo de su cuarto, asegurándose de que todo estaba preparado, examinando la cuna una y otra vez, ordenando lo que ya estaba ordenado, quitando el polvo de las esquinas en las que no había tenido tiempo

de acumularse desde que volvió de Denver. Había hecho y deshecho varias veces la bolsa de viaje con todo lo que llevaría al hospital, incluidos el camión y las compresas y la ropa para el bebé y todas esas otras cosas que había leído que necesitaría, además de las que Maggie Jones le había sugerido que llevara. Siempre había pensado que llamaría a Maggie cuando empezaran los dolores, pero luego consideró que era mejor esperar, que la llamaría desde el hospital, cuando estuviera segura de que no era una falsa alarma. Quería que aquello fuera algo íntimo. Algo para ella misma. Y también para los hermanos McPheron. No quería que hubiera más gente. Pensaba que era lo menos que podía hacer por los dos viejos hermanos. Así que fue de un lado a otro y esperó a que las contracciones se hicieran más intensas, más precisas, y entonces, hacia las cinco de la tarde, salió de casa y se acercó a los corrales y esperó junto a la valla mientras los dos hermanos examinaban a una vaca y a un ternero.

Ya han empezado, dijo cuando ellos se dieron cuenta de que estaba junto a la valla. Solo quería que lo supieran. Todavía es demasiado pronto para ir al hospital. El doctor dijo que las contracciones durarían unas doce horas, así que no hay prisa. Solo quería que lo supieran.

Harold y Raymond tenían sujeto contra el suelo a un ternero bermejo. A un par de metros de distancia, la madre del ternero los miraba con gesto nervioso y enojado. Los hermanos observaron a la chica sin decir nada y entonces fue como si los dos hubieran comprendido al mismo tiempo lo que intentaba decirles. Soltaron al ternero, que mugió y se levantó y trotó hacia su madre y se pegó a su costado. Cuando la vaca empezó a lamerlo para tranquilizarlo, ya estaban junto a la chica.

¿Estás segura?

Sí, dijo ella.

¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?, dijo Raymond.

Estoy bien.

No deberías haber salido, dijo Harold. Deberías estar en casa.

No pasa nada, dijo ella. Estoy bien. Solo he salido porque quería que lo supieran.

Sí, pero... Maldita sea, Victoria. Ni siquiera deberías estar de pie. Vuelve a casa. Este no es sitio para ti.

Estoy bien, de verdad. Solo quería decírselo. Me voy adentro.

Ella se dio la vuelta y echó a andar. Desde la valla, los hermanos McPheron observaron a esa chica adolescente con su pesada carga y su largo pelo negro cayéndole por la espalda, que caminaba eligiendo cuidadosamente sus pasos sobre el sendero de tierra bajo el sol de última hora de la tarde. De repente se paró antes de llegar a la escalera del porche y permaneció quieta, con la cabeza ligeramente caída, sujetándose la barriga con las dos manos, esperando a que pasara la contracción. Al cabo de un rato levantó la cabeza y siguió andando. Cinco minutos después, sin decirse nada, sin decidirlo siquiera de forma consciente, los dos hermanos sacaron a las vacas y los terneros a uno de los prados y siguieron los pasos de la chica.

La encontraron en su cuarto. Estaba tumbada en la vieja cama de matrimonio. Ellos no podían estarse quietos. Le dijeron que creían que lo mejor sería que la llevaran ya al hospital, que así no correría ningún riesgo innecesario, que tuviera cuidado al levantarse, pero que lo mejor era que se fueran ya. Le dijeron que se diera prisa, pero que lo hiciera despacio.

Todavía es demasiado pronto, dijo ella. No quiero ser una carga para nadie. Tampoco quiero que se rían de mí por llegar demasiado pronto.

Así que esperaron unas horas mientras la luz se desvanecía y el sol se ocultó detrás de las praderas. Los hermanos encendieron las luces del piso de abajo y Raymond fue a preparar la cena. La chica se sentó a la mesa con ellos y bebió un poco de té, pero no comió nada. Cuando le vinieron los dolores

miró fijamente al frente y respiró hondo y después miró a los dos hermanos y sonrió e hizo un gesto con la mano, como dándoles a entender que no pasaba nada. Ellos la miraban sin saber qué hacer. Al final, ella se levantó y volvió a su cuarto y se tumbó. Los dos hermanos se miraron entre sí. Acabaron de cenar y fueron al salón y se sentaron en sus mecedoras e hicieron como si estuvieran leyendo el *Holt Mercury*. La casa estaba muy silenciosa. Cada quince o veinte minutos, uno de los dos se levantaba y se acercaba al cuarto de la chica para ver cómo estaba.

Hacia las nueve de la noche la chica salió de su cuarto con la bolsa de viaje en la mano. Se detuvo junto a la mesa de nogal.

Creo que deberíamos irnos ya, dijo. Creo que ha llegado la hora.

Cuando llegaron al hospital, las enfermeras le hicieron todo tipo de preguntas. Su nombre, la fecha prevista del parto, el grupo sanguíneo, si había roto aguas y cuándo, cómo eran las contracciones, con qué frecuencia las tenía y cuánto duraban, si había sangrado, la cantidad y el color de la sangre, si el bebé se movía, cuándo y qué había comido por última vez, si era alérgica a algo, si estaba tomando algún medicamento... Ella contestó pacientemente todas las preguntas mientras los hermanos McPheron esperaban a su lado con un gesto en el que se mezclaban la indignación y el pánico. Después trajeron una silla de ruedas y las enfermeras la llevaron a la sala de dilatación y los hermanos se quedaron esperando en el pasillo y ella se desnudó y se puso una bata de hospital y una de las enfermeras la examinó y le dijo que solo había dilatado tres centímetros, que eso era todo. Le volvió a preguntar cuándo habían empezado las contracciones y la chica se lo volvió a decir y la enfermera le dijo que lo más probable era que todavía tardase mucho en dar a luz, aunque nunca se sabía, porque ella misma había visto

casos en los que el bebé había nacido mucho antes de lo esperado, como si tuviera prisa, y que por eso nunca se sabía.

Una hora después, como todo seguía igual, las enfermeras dejaron que los dos hermanos McPheron pasaran a verla a la sala de dilatación. La chica le había pedido a una de las enfermeras que los dejara pasar. Ellos entraron con gesto grave y los sombreros cogidos en la mano, como si llegasen tarde a un servicio religioso o alguna celebración formal por motivos totalmente ajenos a su control aunque con la mejor de las intenciones, y se apoyaron en la pared al lado de la cama. Al principio se mostraron reticentes a mirarla. Era una habitación con dos camas separadas por una cortina que colgaba de un carril sujeto al techo. La cama estaba levantada, de forma que la chica más que tumbada estaba sentada. Las enfermeras le habían puesto una vía intravenosa y había un monitor a la cabecera de la cama. Cuando por fin la miraron le pareció que tenía la cara un poco roja y un poco hinchada. Sus ojos parecían todavía más oscuros.

Las enfermeras dicen que todavía falta bastante, dijo ella.

Sí, a nosotros también nos lo han dicho.

Tenía que haber esperado más. He venido demasiado pronto.

No digas eso. Has venido cuando tenías que venir, dijo Raymond. Estás mucho mejor aquí que en casa.

Pero no quiero ser un incordio, dijo ella. Creía que faltaba menos.

No eres ningún incordio, dijo Harold. Además, nos has hecho un favor. Ya empezábamos a estar un poco nerviosos, estando tan lejos del pueblo. ¿Qué íbamos a hacer si el bebé se adelantaba? Si por nosotros hubiera sido, te habríamos traído hace cinco horas.

Solo quería hacerlo bien. No quería que tuvieran que esperar tanto tiempo.

Deja de preocuparte por eso, dijo Raymond. No pienses en nosotros. Nosotros somos lo de menos ahora. Tú preocúpate del bebé y de lo que tienes que hacer ahora. Y si hay algo que podamos hacer para ayudarte, dínoslo. No sabemos nada de estas cosas. No sabemos qué podemos hacer para ayudarte.

Bueno, dijo Harold. Si quieres podemos ir a por la cinta para sacar terneros. Eso es lo único que sabemos de traer seres vivos a este mundo.

Ella le miró con cierto aire inexpresivo, desconcertado.

Maldita sea, dijo él. Lo siento. Era una broma. Solo era una broma. Perdóname, Victoria.

Ella movió un poco la cabeza y sonrió. Tenía la cara muy sonrosada y los dientes muy blancos.

Ya lo sé, dijo. No se preocupe. Pueden hacer todas las bromas que quieran. Son tan buenos conmigo.

De repente la chica pareció encogerse y empezó a jadear con los ojos cerrados. Al acabar la contracción volvió a abrir los ojos, pero al principio no miró a los hermanos McPheron. Seguía concentrada en lo que estaba ocurriendo dentro de su cuerpo. Los dos hermanos se sentaron en las sillas que había apoyadas contra la pared y miraron a la chica y sufrieron por ella como no habían sufrido por nadie desde hacía más de cincuenta años.

Cuando el doctor Martin fue a examinarla a medianoche, les dijo que era mejor que se fueran a casa a descansar un rato. Todavía faltaba mucho para que Victoria diera a luz. Era normal, tratándose de una primeriza. También les dijo que él iba a quedarse a dormir en el hospital y que las enfermeras le avisarían cuando llegara el momento. Les dijo que, si querían, también los llamarían a ellos. Pero los hermanos McPheron le dijeron que no pensaban irse a ninguna parte y se quedaron con la chica, y ella consiguió dormir un

poco entre las contracciones mientras ellos permanecían sentados a su lado, esperando en silencio, en una especie de nube, esperando con ella. Las enfermeras entraban cada media hora y los dos hermanos tenían que salir de la sala de dilatación mientras examinaban a la chica y después regresaban a su lado. Y así fue pasando la noche. Cuando por fin amaneció, los hermanos estaban muy pálidos y tenían la cara demacrada y los ojos muy rojos. La chica, en cambio, parecía tranquila. Estaba cansada, pero eso no parecía haber influido en su determinación. Seguía concentrada en lo que tenía que hacer. Les pidió que se fueran a casa a descansar un poco, pero ellos no estaban dispuestos a dejarla sola.

Hacia las nueve de la mañana, mientras las enfermeras volvían a examinar a la chica, Harold miró a su hermano. Estaban esperando en el pasillo.

Alguien tiene que ir a dar de comer al ganado, dijo.

Yo no pienso moverme de aquí, dijo Raymond.

Ya me imaginaba que dirías eso, dijo Harold. Entonces iré yo. Tú quédate con ella. Cuídala por los dos. Yo regresaré en cuanto acabe.

Cuando volvieron a entrar, Harold le dijo a la chica que tenía que ir a dar de comer al ganado. Ella le dijo que sí, que por favor lo hiciera, y él le tocó el brazo con una mano y se fue. Raymond volvió a sentarse al lado de la pared. Cuando llegaban las contracciones intentaba animar a la chica y ella se concentraba con fuerza, y así iba pasando el tiempo.

Más tarde una de las enfermeras le pidió a Raymond que saliera otra vez al pasillo. Él esperó a que acabaran de reconocerla, pero tardaban más de lo normal. Entonces salieron empujando la cama y Raymond miró a la chica y ella le miró a él e intentó sonreír y desapareció por el pasillo antes de que él pudiera pensar en algo que decirle. Una de las enfermeras le dijo que el

doctor Martin le estaba administrando oxitocina por vía intravenosa para provocar el parto y que la llevaban al paritorio. La enfermera también le dijo que debería salir un rato, que por su aspecto le vendría bien un poco de aire fresco. Le avisarían en cuanto hubiera nacido el bebé.

¿Va todo bien?

Sí. No se preocupe.

Salió a la calle y respiró el aire fresco y esperó. No hizo nada más que eso, respirar y esperar. Ni siquiera se apoyó en la pared. Era como si alguien le hubiera dejado ahí, a un par de metros de la entrada trasera del hospital, y le hubiera dicho que no se moviera hasta que le avisaran. No había nadie más. Se quedó ahí de pie, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, mirando el callejón y el aparcamiento, hasta que el doctor Martin le encontró una hora después.

¿McPheron?

Raymond se volvió lentamente.

Ya puede ir a verla.

¿A Victoria?

Sí.

¿Está viva?

¿Qué? Pues claro que está viva.

¿Está bien?

Está muy cansada, pero está bien. ¿No quiere saber cómo está el bebé?

¿Qué ha sido?

Una niña.

Y dice que Victoria Roubideaux está bien.

Sí, perfectamente.

Raymond observó al doctor durante unos instantes.

¿No me está mintiendo?

Por supuesto que no.

No sabía..., dijo Raymond. Tenía miedo de que...

Y entonces, sin previo aviso, tomó la mano del doctor, se la estrechó con fuerza, dos veces, la soltó y entró en el hospital.

Ella todavía tenía al bebé entre los brazos cuando Raymond entró en la habitación del pabellón de maternidad. Lo sujetaba contra su pecho, contemplándolo arrobada. Levantó la vista hacia Raymond. Los ojos le brillaban.

El doctor dice que estás bien.

Sí. ¿A que es preciosa?

Victoria giró un poco a la niña para enseñársela a Raymond.

Él miró a la recién nacida. Tenía el pelo negro y la cara roja y un poco aplastada y un arañazo en la mejilla, y en su inexperiencia él pensó que tenía cara de vieja, que a lo que más se parecía era a una vieja abuela arrugada.

Sí, es preciosa, dijo.

¿Quiere tomarla en brazos?

Oh, no sé cómo se hace.

Claro que sabe.

No quiero hacerle daño.

No se preocupe. No va a hacerle daño. Tome. Sujétele bien la cabecita.

Raymond tomó a la niña como si fuera una pieza de una vajilla delicada y la levantó ante de él y la miró.

Bueno, bueno, dijo al cabo de unos instantes. La niña le miraba sin pestañear. Pero mira lo que tenemos aquí.

Harold entró en la habitación mientras su hermano sostenía al bebé.

Me han dicho que estabais aquí. ¿Estás bien, Victoria?

Sí, dijo ella. Es una niña. Puede tomarla en brazos.

Harold, que todavía llevaba puesta la ropa de faena, estaba cubierto de polvo y de paja y olía a ganado y a sudor.

Creo que será mejor que no me acerque demasiado. Estoy muy sucio.

No pasa nada. Envuélvala bien con la mantita. Tarde o temprano tendrá que acostumbrarse a ustedes.

Así que Harold también tomó en brazos a la niña y Raymond se sentó al lado de Victoria y apoyó una mano sobre su brazo. Estaba cansada y un poco mareada.

Vaya, vaya, dijo Harold mientras miraba a la recién nacida. La sostuvo delante de su cara y la criatura le miró sin pestañear, como si estuviera estudiándolo, igual que acababa de hacer con su hermano. ¿Has visto, Raymond? Parece que vamos a tener dos mujeres en casa. ¿Crees que podremos acostumbrarnos?

Entonces entró una enfermera a la que no habían visto antes y les dijo que no podían estar en la habitación y que ya eran lo suficientemente mayores como para saberlo y que solo el padre podía estar en la habitación y que como estaba claro que ninguno de ellos era el padre tendrían que salir inmediatamente y que la chica necesitaba descansar y que si no se habían dado cuenta de que estaba agotada y que, además, el bebé tenía que estar en un entorno higiénico. Después le quitó la niña a Harold. Pero ni ellos ni la chica se quejaron. No tenían ninguna razón para quejarse. Todo había salido bien y Victoria había tenido a su bebé y era una niña sana con los ojos claros y el pelo oscuro de su madre, y eso era todo lo que se podía pedir, en Holt o en cualquier otro sitio del mundo.

A la mañana siguiente, una hora después del amanecer, el gerente del

matadero de Holt llamó al doctor Martin. Quería saber lo que debía hacer con la carne.

¿De qué me está hablando?

De la carne.

¿De qué carne?

La que han traído los hermanos McPheron. Se han presentado aquí hace una hora y me han hecho abrir antes de tiempo. Ni siquiera he podido tomarme un café. Me han dejado dos cuartos traseros de primera calidad. ¿Qué quiere que haga con ellos? Los McPheron me han dicho que eran para usted.

¿Para mí?

Dijeron que usted sabría por qué.

¿Me está tomando el pelo?

No. Eso es lo que dijeron.

Bueno. Sí, pensándolo bien, creo que sí sé por qué. Es más, creo que me he ganado esos dos cuartos traseros. De repente su voz se hizo más aguda. No se le ocurra deshacerse de esa carne. Ahora mismo salgo. En cuanto me vista voy para allá.

## IKE Y BOBBY

Aunque hacía ocho días que estaban de vacaciones, la piscina municipal todavía no estaba abierta, la liguilla de béisbol todavía no había empezado y la feria, con todas sus atracciones, no se inauguraba hasta la primera semana de agosto.

Se levantaban temprano para repartir los periódicos y volvían a casa y daban de comer a Easter y al perro y a los gatos antes de desayunar. Guthrie impartía clases tres tardes a la semana en los cursos de verano de la Universidad de Phillips. Y su madre seguía en Denver. Guthrie les había dicho que tenían que hacerse a la idea de que se iba a quedar a vivir allí. A menudo, por las mañanas, cabalgaban a lomos de Easter por las vías y se llevaban el almuerzo, y en una ocasión llegaron hasta el pequeño cementerio situado a medio camino de Norka, donde había una pequeña arboleda de álamos con sus hojas agitándose al viento, y se comieron el almuerzo bajo el sombreado moteado de los árboles, y a última hora de la tarde regresaron con el sol deslizándose detrás, proyectando ante ellos una sola sombra de los dos y el caballo juntos, una fina, oscura y grotesca sombra que era como un anticipo de aquello en lo que estaban a punto de convertirse. Hacía ocho días que estaban de vacaciones, pero se pasaban casi todo el día solos.

Una tarde, mientras Guthrie estaba dando clases en Phillips, fueron a la vía del tren y caminaron hacia el oeste entre los raíles. Era un día seco y caluroso. Dejaron atrás la casa del viejo y después la casa abandonada del

final de Railroad Street. Caminaban por las traviesas, sobre el balasto de piedras rojas, entre los brillantes raíles, avanzando siempre hacia el oeste. Cuando ya llevaban recorridos casi dos kilómetros se detuvieron junto a una loma de tierra y se sacaron las monedas y el bote de pegamento de los bolsillos.

Pegaron las cuatro monedas al raíl y esperaron. Primero la de un centavo y después la de cinco y la de diez y la de veinticinco. El sol de media tarde se reflejaba en las monedas de cobre y de plata y en la pulsera que habían cogido de la cómoda del cuarto de invitados, donde la había dejado su madre hacía meses, esa misma pulsera que se habían probado el día que habían encontrado muerta en su apartamento a la señora Stearns. Al principio no sabían cómo colocar la pulsera sobre el raíl. Si la ponían de lado saldría volando por el aire en cuanto la golpeará la gran rueda de la locomotora y caería entre los hierbajos y los arbustos y tendrían que buscarla, y además sabían que era muy posible que no la encontrarán porque ya habían perdido algunas monedas así y por eso ahora las pegaban al raíl con una gota de pegamento. Pero entonces se les ocurrió que podían ponerla rodeando el raíl como si este fuera un brazo y lo intentaron y encajó. Así que la pulsera también estaba sobre el raíl, esperando junto a las cuatro monedas. El tren ya no tardaría mucho en pasar.

Se pusieron en cuclillas y esperaron a cinco metros de las vías, justo delante del corte vertical que había en la loma de tierra roja. Nadie podía verlos, allí ocultos tras la loma, en esa calurosa tarde de finales de mayo. Ike sacó del bolsillo de su camisa dos cigarrillos sisados a su padre y le dio uno a Bobby. Después sacó una caja de cerillas, encendió una y prendió su cigarrillo, luego le acercó la llama a su hermano y Bobby encendió el suyo, y después apagó la cerilla clavándola boca abajo en la tierra. Fumaron y esperaron. Al cabo de un rato, escupieron en la tierra entre sus pies. Pero el

tren no llegaba. Siguieron fumando, sosteniendo los cigarrillos en alto y mirándolos, dando una calada y echando el humo y mirándose entre sí antes de dar otra calada. El tren no llegaba. Ike escupió y la saliva dibujó un arco y cayó delante de las vías del tren. Bobby hizo lo mismo. Acabaron los cigarrillos y los apagaron, y Ike se levantó y miró en la dirección por la que tenía que llegar el tren. No se veían ni sus luces ni su reluciente mole negra. Ike se acercó a las vías y se tumbó y apoyó la oreja sobre el raíl. Al cabo de unos segundos empezó a sonreír.

Ya viene, dijo. Ya viene.

¿Cómo lo sabes?, dijo Bobby.

Lo he oído, dijo Ike. Ya viene.

Bobby se acercó y escuchó también.

Es verdad, dijo.

Se alejaron de las vías y volvieron a ponerse en cuclillas y siguieron esperando. Un saltamontes los observaba masticando entre unos hierbajos. Ike le tiró un puñado de tierra y el saltamontes voló hasta las vías del tren. Entonces oyeron el largo silbido del tren al pasar por el cruce situado como a un kilómetro y medio. Esperaron. La pulsera y las monedas estaban sobre el raíl. Y entonces vieron el tren. Se acercaba oscuro y amenazante, a toda velocidad. Y cada vez sonaba más fuerte y se hacía más grande y el suelo empezó a temblar y entonces llegó, como una criatura sacada de una pesadilla. El saltamontes seguía observando a los niños. Ellos miraron al maquinista a bordo de la rugiente locomotora, y el aire se convirtió en un remolino de polvo y los niños tuvieron que protegerse los ojos mientras pasaba la larga hilera de vagones. Finalmente los chirridos y el traqueteo y los silbidos empezaron a alejarse y el hombre que iba en el furgón de cola los miró y ellos lo miraron, sin agitar las manos. Esperaron unos segundos antes de ir a por las monedas y la pulsera.

Se agacharon junto a las vías. Las monedas se habían convertido en esferas ovaladas. Sin profundidad ni textura, las brillantes cabezas de los presidentes parecían sombras deformes y fantasmales. La pulsera estaba aplastada, tan fina y frágil como una hoja de papel. Examinaron las monedas y la pulsera en sus manos y al cabo de un rato hicieron un agujero en la tierra y enterraron las cuatro monedas junto con la pulsera de su madre y marcaron el lugar con una piedra.

¿Nos fumamos otro cigarrillo?, dijo Ike.

Sí, dijo Bobby.

Muy bien.

Ike sacó otros dos cigarrillos del bolsillo de su camisa y los niños volvieron a ponerse en cuclillas a la sombra de la loma de tierra roja. Miraron hacia las vías del tren bajo el sol y ninguno de los dos se movió ni dijo nada durante un buen rato.

## LOS McPHERON

Una tarde, hacia finales de mes, al volver del establo, vieron un coche negro aparcado delante de la casa. Era la primera vez que lo veían.

¿Quién será?

Nadie que yo conozca, dijo Harold.

La matrícula era de Denver. Rodearon el coche y subieron al porche. Él estaba en el comedor, sentado junto a la mesa de nogal. La chica estaba sentada frente a él con la niña en brazos. Era un joven alto y delgado. No se levantó al verlos entrar.

He venido a llevarme a Victoria, dijo. Y a la niña. Es mi hija.

Así que tú eres el padre, dijo Harold.

El chico y los hermanos McPheron se observaron durante unos segundos.

No te levantas para saludar cuando alguien entra en el comedor de su propia casa, dijo Harold.

No suelo hacerlo, dijo el chico.

Este es Dwayne, dijo Victoria.

Ya, dijo Harold. ¿Y qué te trae por aquí, Dwayne?

Ya se lo he dicho. He venido a llevarme lo que es mío. A ella y a la niña.

Yo no voy a ir a ninguna parte, dijo la chica.

Sí que vas a venir.

¿Quieres irte con él, Victoria?, dijo Raymond.

No. Ya se lo he dicho a él.

Claro que quieres. Solo estás haciéndote la dura. Solo quieres que te engatusen

Eso no es verdad.

Hijo, creo que deberías irte, dijo Harold. No eres bienvenido en esta casa. Creo que Victoria ha dejado claro lo que piensa. Y Raymond y yo también lo tenemos muy claro.

Me iré cuando ella recoja sus cosas, dijo Dwayne. Venga, Vicky, prepara tus cosas.

Ya te he dicho que no me voy contigo.

Venga, no te hagas de rogar.

Te he dicho que no.

¿Es que estás sordo?, dijo Harold. Ya la has oído.

Maldita sea, dijo Dwayne. Ya le he dicho que no me voy a ir sin lo que es mío. Venga, recoge tus cosas de una puta vez.

No, dijo ella.

Dwayne se levantó de un salto y dio la vuelta a la mesa y cogió a la chica de un brazo y la obligó a levantarse.

Maldita sea. Te he dicho que recojas tus cosas.

Los hermanos McPheron rodearon la mesa en dirección a él.

Hijo. Déjala en paz. Suéltala.

El muchacho tiró de Victoria. El bebé cayó al suelo y empezó a llorar. La chica se soltó y se agachó para coger a su hija. La niña lloraba inconsolablemente.

Lo siento, dijo Dwayne. No quería hacerle daño a la niña. Venga, Vicky. Vámonos.

Ya te he dicho que no vamos a ir contigo, gritó ella.

Basta ya, dijo Harold.

Los hermanos McPheron cogieron a Dwayne por los brazos. Él forcejeó, se retorció y pataleó intentando soltarse, pero ellos se mostraron duros y decididos y eran más fuertes que él, y lo levantaron en el aire y lo sacaron de

la casa.

Soltadme.

Bajaron la escalera del porche y le soltaron al otro lado de la valla del jardín, junto a su coche.

El chico los miró.

Vale, vale, dijo. Ya me voy.

No vuelvas por aquí.

Esto no va a quedar así, dijo el chico.

Y no se te ocurra volver a molestar a Victoria.

Dwayne se dio la vuelta y se subió al coche y arrancó e hizo chirriar las ruedas y desapareció por el camino. Los hermanos McPheron volvieron a entrar en la casa. La chica sostenía a la niña en brazos sentada junto a la mesa. La pequeña parecía un poco más tranquila, pero seguía llorando mientras su madre la arrullaba.

¿Estás bien, Victoria?, dijo Raymond.

Sí.

¿Te ha hecho daño?

No, pero me ha asustado. Intenté entretenerle. Recogí un par de cosas y las metí en una bolsa. Tenía que ganar tiempo. Esperaba que no tardaran demasiado en venir a casa.

¿Crees que volverá?, dijo Harold.

No.

Pero es posible que lo haga.

No lo sé. Puede que sí. Pero creo que solo estaba fanfarroneando.

Tú no querías irte con él, ¿verdad?, dijo Raymond.

Claro que no. Estoy bien aquí. Aquí es donde quiero estar.

Vale, pues entonces aquí es donde estarás.

La chica se dio la vuelta y se desabrochó la blusa y le dio el pecho a la niña

y la pequeña dejó de llorar, y los hermanos McPheron apartaron la mirada.

## HOLT

Día de los Caídos. A última hora de la tarde, las dos mujeres salieron al porche. A su espalda, la luz de la cocina perfilaba sus siluetas. Salvo por la discrepancia de tamaños, podrían haber sido madre e hija. Las dos tenían el pelo oscuro y la cara sonrosada y un poco sudorosa después de preparar la cena, y después de añadir las dos hojas supletorias a la mesa del comedor y de cubrirla con el mantel blanco y de colocar las velas y los cubiertos y la vieja vajilla de porcelana que la chica había encontrado, descolorida y desconchada después de décadas de desuso, en el último estante de la cocina.

Sentado a la mesa, el padre de Maggie Jones esperaba en silencio con el paño de cocina sujeto al cuello de la camisa. Miraba por las ventanas sin cortinas, viejo y canoso, sumido en algún recuerdo lejano. Cogió el cuchillo y el tenedor y esperó.

¿Hay alguien?, dijo de repente.

Fuera, en el porche, las dos mujeres observaban a los niños mientras jugaban con la pequeña en el columpio del jardín. Más lejos, junto a los corrales, los tres hombres hablaban tranquilamente, con una bota descansando en el tablón inferior de la valla y un codo apoyado en el superior.

Los niños mecían a la pequeña de oscuro pelo negro en su pequeño columpio.

No sé, había dicho Guthrie una hora antes. No sé si será buena idea. No sé.

Pero la chica le había dicho que no se preocupara, que seguro que cuidaban bien de ella, y Maggie Jones le había dado la razón.

Pero tened mucho cuidado, había dicho por fin Guthrie.

Así que los niños estaban con la pequeña en el columpio colgado bajo uno de los raquíuticos olmos, turnándose para mecerla en su regazo en el frío anochecer, bajo la luz azulada de la granja.

Mientras tanto, en la valla del corral, los hermanos McPheron y Guthrie contemplaban a las reses. La vaca de patas bermejas estaba entre ellas. Guthrie la observó. Ella parecía mirarle con rencor.

Es la misma, ¿verdad? La que le dio la coza a Bobby.

Sí.

¿Y su ternero? No veo que tenga ningún ternero.

Es que no lo tiene, dijo Raymond.

¿Al final no estaba preñada?

No.

¿Qué vais a hacer con ella?

Un día de estos tendremos que ir a venderla al mercado.

Harold miró a la vaca y después hacia el horizonte, cada vez más oscuro.

Hemos oído que los Beckman se han buscado un abogado, dijo.

Sí, dijo Guthrie. Yo también lo he oído.

¿Qué vas a hacer?

Todavía no lo sé. Depende de cómo salgan las cosas. Pero no pasa nada. Si hace falta, siempre puedo buscarme otro trabajo.

¿No irás a hacerte granjero?, dijo Harold.

No, creo que no, dijo Guthrie con una sonrisa. Ya he visto a lo que conduce eso. Señaló hacia la casa con la cabeza. ¿Qué va a hacer la chica?

Ojalá se quede mucho tiempo, dijo Raymond. Todavía le queda un año de instituto. Y además tiene que recuperar este último trimestre. La verdad es que creo que la tendremos por aquí bastante tiempo. Al menos eso es lo que esperamos.

Puede que quiera ir a la universidad, dijo Guthrie.

Eso nos gustaría. Pero todavía queda mucho tiempo para eso. Es pronto para preocuparse. Sí, todavía es pronto.

El viento empezó a agitar las ramas altas de los árboles.

Las golondrinas salieron del granero para cazar insectos hoja y hormigas león en la oscuridad.

El aire se hizo más suave.

El viejo perro salió del garaje y se acercó lentamente a los niños y les olfateó los pantalones y olisqueó a la pequeña y le lamió la frente con su cálida lengua, y luego se acercó al porche y miró a las dos mujeres, y miró a su alrededor y giró sobre sí mismo y se tumbó sobre la tierra sin dejar de mover el rabo.

Las dos mujeres permanecieron quietas en el porche mientras la brisa les refrescaba el rostro, y se desabrocharon un par de botones de la blusa y dejaron que el aire acariciara sus pechos y se escurriera entre sus brazos.

Pronto, muy pronto, llamarían a todos a cenar. Pero todavía esperarían un poco más, ahí, en el porche de la casa de la granja, a veintisiete kilómetros de Holt, en aquel anochecer de finales de mayo.

El autor quisiera agradecer el generoso apoyo y aliento que le han prestado: Mark Haruf, Verne Haruf, Edith y Bryan Russell, Sorel Haruf, Whitney Haruf, Chaney Haruf, Rodney y Gloria Jones, Richard Peterson, Laura Hendrie, John Walker, Jon Tribble, Ken Keith, Peter Matson, Gary Fisketjon, el doctor Tom Parks, el doctor Douglas Gates, Greg Schwipps, Alissa Cayton, Sue Howell, Karen Greenberg, la Universidad de Southern Illinois, el Consejo de Artes de Illinois, y, sobre todo, Cathy Haruf.

## La novela más célebre del autor de *Nosotros en la noche*.



En la pequeña comunidad de Holt, Colorado, un profesor de instituto intenta lidiar con la depresión de su esposa y sacar adelante a sus dos hijos, que empiezan a descifrar el mundo adulto.

Una adolescente es expulsada de casa cuando su madre descubre que está embarazada y, gracias a una profesora, encuentra cobijo en la granja de dos viejos hermanos solteros que viven aislados cuidando de su ganado como han hecho siempre.

Las vidas de todos ellos, con sus silencios, su soledad y sus anhelos, se cruzan para construir refugios inesperados y familias excepcionales.

**Tras el éxito internacional de *Nosotros en la noche* recuperamos una de las novelas más célebres de Kent Haruf, por la cual estuvo nominado al National Book Award y al Los Angeles Times Book Prize. Haciendo acopio de una prosa sobria y una aparente sencillez narrativa, Haruf ha logrado crear en el pueblo imaginario de Holt un paisaje de una particular grandeza mítica que comparte territorio geográfico y humano con Richard Ford, Annie Proulx o Cormac McCarthy. Los protagonistas de las novelas de Haruf ponen de manifiesto la forma positiva que el autor tenía de ver el mundo, sin sentimentalismos, pero con una sabiduría y una honestidad que han calado hondo en los lectores.**

**«En este pueblo inventado, hombres y mujeres sin familia acaban**

**componiendo una sola que perpetúa el valor de las cosas fundamentales.  
Una América que quizá solo los escritores puedan recuperar.»**

*JUAN MARÍN, *El País* (Babelia)*

**«Haruf ha escrito una novela tan redonda, tan delicada y encantadora,  
que tiene el poder de apasionar al lector.»**

*The New York Times*

**«Una exploración sobre cómo distintas voces dispares, únicas y aisladas  
pueden unirse en las circunstancias menos pensadas. [...] Una obra coral  
que merece ser leída en voz alta.»**

*The Guardian*

**«Una historia sin estridencias, con una bonita cadencia. Una reflexión  
conmovedora sobre la verdadera naturaleza y la necesidad de la familia,  
entendida en un sentido amplio.»**

*Kirkus Reviews*

**«Una historia conmovedora sobre el duelo, la soledad y la ira, pero  
también sobre la bondad, la honestidad, el amor y la construcción de  
nuevas familias.»**

*Publishers Weekly*

**Kent Haruf** es autor de otras cinco novelas y de *West of Last Chance*, un libro que combina narrativa con fotografías de Peter Brown. Sus historias parten siempre de los espacios y las gentes de ciertas pequeñas comunidades de Colorado, de donde es oriundo. Ha sido galardonado con el Whiting Foundation Writers' Award, el Mountains & Plains Booksellers Award y el Wallace Stegner Award, y obtuvo una mención especial de la PEN/Hemingway Foundation; también fue finalista del National Book Award, el Los Angeles Times Book Prize y el New Yorker Book Award.

Después de que, en febrero de 2014, los médicos le diagnosticaran que le quedaba poco tiempo de vida, Kent Haruf logró reunir fuerzas para escribir *Nosotros en la noche* (Literatura Random House, 2016), su última novela. Tuvo tiempo de trabajar en la edición del libro hasta que en noviembre de ese mismo año, con setenta y un años y justo después de haber entregado las últimas correcciones, falleció.

Título original: *Plainsong*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 1999, Kent Haruf

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2000, Agustín Vergara, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Jessica Brilli

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3346-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] «Canto llano» (*plainsong*) es referencia al título original de la novela. (N. del T.)

# Índice

La canción de la llanura

Guthrie

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Guthrie

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Los McPheron

Victoria Roubideaux

Guthrie

Ike y Bobby

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Los McPheron

Ella

Victoria Roubideaux

Los McPheron

Guthrie

Ike y Bobby

Guthrie

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Los McPheron

Guthrie

Victoria Roubideaux

Los McPheron

Guthrie

Victoria Roubideaux

Los McPheron

Ike y Bobby

Maggie Jones

Victoria Roubideaux

Los McPheron

Ike y Bobby

Guthrie

Los McPheron

Ike y Bobby

Victoria Roubideaux

Ike y Bobby

Los McPheron

Holt

Sobre este libro

Sobre Kent Haruf

Créditos

Nota